

alzaba el palacio de los Césares, construido por Cayo Octavio. El palacio y lo que le rodeaba parecía pequeño y alejado en la distancia, pero Lucano, a pesar de la gran cantidad de polvo que llenaba de forma palpable y ardiente el aire, pudo ver el palacio imperial rodeado por un bosque de blancas columnas, ascendiendo piso a piso en niveles cada vez más reducidos de columnas menores y arcos ascendentes. Templos, verdes jardines colgantes, terrazas y hermosas villas descendían desde el palacio a lo largo de toda la majestuosa colina rodeada por profusión de arcos, pórticos, foros, teatros y una inmensidad de poblados monumentos. Pensó que en aquel gran palacio vivía el propio Zeus rodeado por sus hijos en palacios menores, que se extendían alrededor, fríos y aislados en medio de floridos patios y perfumadas fuentes. Todo ello resaltaba bajo el sol, brillando como fuego blanco, una poblada y aislada ciudad pequeña, de poder real y belleza.

Por primera vez Lucano, que había quedado absorto por todo lo que había visto aquel día empezó a pensar en su próxima entrevista con Tiberio César. Trató de recordar lo que Diodoro había dicho de aquel hombre, sus fríos caprichos, la desconfianza que sentía hacia todos los romanos, hasta tal punto que había establecido guarniciones de soldados fuera de las murallas de Roma, soldados que sólo le rendían cuentas a él. Antaño había sido un hombre alegre y feliz, cuando estaba casado con su amada Vipsania, pero había cedido a las demandas de su madre y su emperador y se había divorciado de su encantadora esposa para casarse con una mujer que después le había traicionado. Desde entonces se había transformado en un hombre sombrío, y vengativo, pese a todas las declaraciones que hacía de que todos los romanos debían disfrutar de libertad de palabra y pensamiento, incluido el Senado, con quien externamente tenía deferencias e internamente despreciaba. Pero al menos tenía genio delegar el poder, y sus magistrados, procónsules y procuradores tenían libertad de acción y de juicio. Si mostraba señales amenazadoras de hacerse tiránico e intolerante, y si absorbía cada vez más el poder que pertenecía al Senado, al pueblo y a las Cortes de Justicia y mostraba signos de un absoluto despotismo, nadie se le oponía. Esto, había escrito Diodoro con disgusto a Lucano, era más falta del Senado y de las Cortes de Justicia que de Tiberio. Sin embargo, en aquella época era aún administrador hábil y justo, soldado de corazón, pese a que con frecuencia era blanco de los chistes groseros, de la plebe romana, que escribía comentarios obscenos sobre él y su infiel esposa Julia incluso dentro de las murallas de Roma. Algunas veces, manos atrevidas, escribían con letras rojas: « ¿Dónde está nuestra República? ¡Que vivan para siempre los hombres libres (*igenui*)! ¡Abajo con el tirano!»

Pero la República había muerto y ningún César la había condenado a muerte.

La ciudad, como Plotio había dicho, estaba de fiesta aquel día. Pero los romanos estaban siempre de fiesta, siempre honrando a un dios nativo o extranjero. Cualquier excusa era una disculpa para una fiesta, para sacrificios, para celebraciones, en circos y teatros, o en los innumerables baños públicos. Tres circos anunciaban carreras de cuadrigas y combates entre gladiadores, y multitud de esclavos pasaban por entre el populacho pregonando la noticia, incluyendo la información de que algunos de los mejores y más atrevidas obras de teatro griego, estaban a punto de ser representadas en ciertos teatros. Multitudes se abrían paso insistentemente en dirección de aquellos espectáculos públicos, maldiciendo a los perezosos que les impedían el paso y gritando imprecaciones en todas las lenguas.

El joven médico y su escolta empezaron a ascender hacia el Palatino y a medida que ascendían, el aire se hacía más fresco. Lucano se sintió encantado por la belleza que le rodeaba y momentáneamente olvidó a Tiberio. Allí había menos gente, y aquellos que pasaban iban en literas, carros o cuadrigas y eran hombres y mujeres de importancia, que iban a los templos y teatros que rodeaban al palacio, a sus villas o en busca de audiencia ante el emperador. Lucano miró el rostro aguileño de los hombres y los pintados rostros de bellas mujeres que le sonreían repentinamente y con placer. A pesar de su belleza le parecían extrañas y gastadas y, de alguna forma, depravadas. Vio a través de puertas de villas abiertas para admitir a aquellos que volvían a sus casas, vislumbres de deslumbrantes jardines, fuentes inquietas y plateadas, de blancos arcos y pórticos llenos de héroes montados y dioses. Nunca en ningún lugar del mundo había sido la divinidad tan bella y elegantemente adornada ni nunca en el mundo, pensó el joven, había existido tan poca fe. Los dioses adornaban la ciudad imperial, pero no la gobernaban.

Alcanzaron un nivel elevado y Lucano miró hacia abajo, a la tremenda y voraz ciudad llena de las ruidosas y multicolores corrientes de humanidad, a sus deslumbrantes monumentos y asfixiantes edificios, disminuidos en las doradas distancias. De nuevo se sintió sobrecogido por el peso y la potencia de Roma, por su increíble grandeza, su fuerza dinámica, sus millones de sobrecargados, grises y excitables pueblos, su fiera aunque prodigiosa y vulgar grandeza, sus multitudes laboriosas, su furioso rugir, sus tormentas banderas y, desde aquella altura, su rara e incandescente belleza. Vio el verde y perezoso Tíber y sus esculpidos puentes, los edificios que se extendían sobre ambas orillas y los blancos y sonrosados techos que brillaban vivamente bajo el sol. Aquí y allá ardía alguna cúpula entre puntiagudas cornisas, como una luminaria menor. Sus ojos se agrandaron, su espíritu se sintió casi abrumado, y de nuevo se sintió vagamente aterrizado. Pequeñas gotas de sudor empezaron a perlar su frente.

Las puertas del palacio guardadas por rígidos pretorianos, se abrieron por completo para él y su escolta. ¿Qué ocurriría si hubiese ofendido a Tiberio? ¿Y si el emperador, a quien Diodoro había desdeñado con rudo lenguaje, hiciese que aquella ofensa cayese sobre Iris y los niños? El prefecto de los pretorianos fue a su encuentro en un enorme vestíbulo del palacio. Era un hombre enorme y formidable de mirada suspicaz bajo su yelmo. Brillaba como una estatua de bronce y mármol moreno bajo el gran techo de cristal que remataba el vestíbulo y admitía el sol, y sus pasos eran mesurados y firmes. Plotio saludó con el brazo derecho y presentó a Lucano, quien no supo como saludar a aquel imponente hombre que le miraba con curiosidad.

—Saludos —dijo con brevedad. ¿De modo que aquel era el griego hijo adoptivo de Diodoro Cirino, el médico?

—Saludos —respondió Lucano con cierta rigidez porque le disgustaba el escrutinio. El prefecto sonrió; tenía unos agudos dientes caninos.

—César te ha ordenado venir —comentó, dando a entender por el tono de su voz que César era una persona inescrutable y dado a los más extraordinarios caprichos. Lucano se ruborizó, luego dijo fríamente:

—Es esto lo que he entendido. ¿Crees que estaría aquí si no fuese así?

Plotio ocultó una sonrisa con dificultad, porque el prefecto se sintió a la vez sorprendido y disgustado por las palabras de Lucano. Sin embargo, después de un momento, se sintió impresionado por los modales orgullosos del joven médico, el vigor de su firme mandíbula y la obvia ausencia de temor obsequioso. Como muchos hombres brutales y militares sentía una secreta pasión por los muchachos y hombres jóvenes. Decidió que le gustaba el hermoso Lucano y puso su mano sobre el erguido hombro del joven.

Se sentía más libre hablando latín vulgar, pero habló en griego, para complacer a Lucano, a quien evidentemente producía disgusto.

—Has sido muy honrado —dijo.

Y notó con placer los grandes hombros del joven, el cuello firme como una columna y los bellos rasgos de su rostro y sus grandes ojos azules. Lucano no se movió. De repente recordó al tratante de esclavos, Linus, y una ola cálida de asco se apoderó de él. Sin embargo, no se movió, dominando su odio repentino. Contestó en latín:

—César es muy amable.

Luego miró a Plotio que estaba mirando con el ceño un poco fruncido. Habló al joven capitán desdeñando escapar de la presionante mano morena que reposaba en su hombro.

—¿Cómo debo saludar al César?

Plotio tuvo que luchar de nuevo con una sonrisa porque Lucano le había hablado en griego, el lenguaje de los patricios y de los educados, luego respondió con gravedad:

—Entras en su augusta presencia y cuando se dé cuenta de ti, que puede no ser inmediatamente, debes caer sobre tus rodillas y tocar con tu frente el suelo.

Lucano dijo:

—Pero esta postura es sólo para honrar a los dioses; los judíos se postran ante Jehová, pero no ante ningún hombre.

El prefecto hundió con más fuerza sus dedos en el hombro de Lucano con un gesto paternal.

—Mi querido muchacho —dijo—. ¿No has oído? César es un dios, y debes darle los honores de una divinidad.

Lucano vio que Plotio movía la cabeza con ansiedad, por lo tanto no dijo nada. El prefecto, sonriendo con afecto añadió:

—Yo mismo te conduciré ante el divino Augusto.

Despidió a Plotio con un gesto breve de su cabeza, y Plotio lleno de aprehensiones, saludó y se alejó. Tras un gesto afectuoso del prefecto, Lucano le siguió.

El joven médico no había estado nunca en un lugar como aquel, y jamás se había imaginado tal esplendor e inmensidad. Incluso olvidó al prefecto en su asombro e intento de verlo todo. Pasaron desde el enorme portal a una también enorme habitación y a infinidad de patios y salas, los suelos de las cuales eran de mármoles policromos, blancos como la nieve entrelazados con brillantes piedras rojas, azules o mosaicos, todo reflejando la luz como si poseyesen un fulgor interno. Bosques de suaves columnas se abrían por doquier, de ónix, mármol blanco, dorados metales o alabastros. Estatuas de dioses y diosas se alzaban en medio de arcos; bustos de César y de sus predecesores descansaban sobre pequeñas columnas. Las paredes relumbraban con mosaicos representando victorias y episodios de las vidas de los dioses, tan hábilmente trabajadas que parecían los más delicados y heroicas pinturas. Divanes y sillas se alineaban junto a las paredes, de marfil y ébano, decoradas con oro y cubiertas con cojines mullidos, de rojas, azules, blancas y amarillas sedas. Mesas de mármol exquisito y de maderas delicadas estaban colocadas cerca de ellas con lámparas de oro y plata aún no encendidas, jarrones pequeños de cristal de Alejandría llenos de flores, bandejas de plata y oro cubiertas de brillantes y coloreadas granadas, uvas, higos y aceitunas blancas y negras. Enormes techos parecían flotar sobre las columnas de cristal o mármol, algunos de ellos pintados de blanco y adornados con delicados dibujos de oro. Por todos los sitios, en todos los rincones, existían jarros llenos de flores, jarrones importados de Catay, Persia y la India, brillantes con innumerables y sutiles tonalidades. Fuentes perfumadas prestaban al aire sus perfumes.

No había ningún vestíbulo o habitación que no estuviese llena de activos esclavos, correos, pretorianos, militares de alta graduación, senadores que esperaban audiencia, patricios y augustales que estaban allí con el mismo propósito. Algunos de los últimos estaban sentados, entregados a chistes, críticas o comentarios, o negligentemente sirviéndose de las delicadezas que había sobre las mesas. Cuando veían al prefecto le sonreían encantadoramente, conociendo su poder, e intercambiando alguna palabra con él. Viendo su apariencia, los caballeros se hacían guiños unos a otros, se cubrían las bocas con las manos y susurraban obscenos comentarios.

El prefecto y su acompañante pasaron a través de abiertas columnatas, después a otra profusión de habitaciones, hasta que Lucano se sintió mareado. A veces vislumbraba jardines a través de una ventana o de

una puerta guardada; los árboles verdes y la hierba, las flores de vivos colores contrastaban con la fría blancura del interior. A veces creía ver amplias pinturas sobre las paredes, tan lívida e inesperadamente aparecían los jardines ante él sobre las anchas terrazas. Sus oídos percibían voces, música y risas distantes, y desde fuera llegaban hasta él los cánticos de los pájaros y el murmullo de gigantescas fuentes. Ocasionalmente una dama de palacio pasaba junto a él y su escolta, su hermoso rostro cubierto con cosmético, su negro, dorado o rubio cabello, sujeto en doradas redes, su vestido de un frágil color blanco; invariablemente todas las damas miraban a Lucano y le sonreían. Las joyas brillaban deslumbradoras sobre los blancos cuellos, pechos, brazos, muñecas, y dedos.

Llegaron ante unas puertas de bronce de tales proporciones que Lucano se sintió asombrado. Estaban guardadas por pretorianos. A un gesto, cuatro de ellos abrieron las puertas y Lucano vio ante él una gran biblioteca amueblada con austeridad. Sentado ante una mesa, con el ceño fruncido y leyendo, estaba un hombre de aspecto vulgar, vestido con una túnica purpúrea y toga blanca, que lentamente alzó sus ojos oscuros y resentidos.

—Salve, divino César —dijo el prefecto saludando—. He traído...

—Ya lo veo —interrumpió Tiberio con una voz acre—, puedes dejarme, mi buen prefecto. Llévate a los pretorianos contigo, cierra la puerta y espera fuera.

Aquello era increíble. Sólo los más altos potentados tenían audiencias privadas con César y esto en las más raras ocasiones. El prefecto miró boquiabierto.

—Vete —dijo Tiberio en tono frío y cortante. El prefecto confundido, saludó de nuevo, hizo un gesto a sus pretorianos, salió y la puerta fue cerrada tras ellos.

Tiberio se reclinó hacia atrás, en su silla y miró a Lucano sin hablar. Lucano le miró a su vez con una cándida curiosidad. Allí estaba el César, el mismo corazón y centro del poderío y potencia romana y resultaba ser un hombre sencillo y ordinario, alto, delgado, con una cabeza calva, aspecto amargado y un rostro pálido con manchas de eczema sobre sus mejillas, que brillaban a causa de un ungüento aceitado.

Lucano no sentía temor ante aquel hombre impresionante. Tan sólo sentía curiosidad. También, con su mente de médico comenzó automáticamente a considerar que aquella piel áspera había sido tratada en forma equivocada. Más aún, su mente percibió que Tiberio sufría alguna clase de oscura anemia para cuyo tratamiento los sacerdotes médicos egipcios habían recomendado mucho un régimen alimenticio a base de hígado.

Tiberio, tras un largo silencio, se dio cuenta del agudo estudio de Lucano y sonrió. Para Lucano era una sonrisa desagradable; sin embargo, si otros la hubiesen visto, se hubiesen sentido sorprendidos ante su rara benignidad.

—Saludos, Lucano, hijo de Diodoro Cirino —dijo César.

Lucano vaciló y recordó lo que Plotio le había dicho. Pero no podía arrodillarse ante ningún hombre. Por lo tanto su sonora y juvenil voz respondió:

—Saludos, César.

La sonrisa de Tiberio se ensanchó divertida; sus labios delgados se separaron y mostraron unos dientes pequeños y amarillentos. Indicó una silla cerca de su mesa.

—Siéntate, por favor —dijo.

Aquellos que le esperaban y que habían estado esperando durante horas hubiesen contenido la respiración a causa de la sorpresa porque nadie se sentaba en presencia de César, excepto durante las comidas. Pero Lucano, aparentemente, no sabía esto y por lo tanto con sencillez hizo una reverencia cortés con su cabeza, se sentó y esperó.

—Un día agradable —dijo Tiberio.

—Sí —respondió Lucano, y esperó de nuevo.

CAPITULO XXVII

Lucano no podía saber que se le había concedido un gran honor al permitirle ver al César solo, sin nadie presente, ni siquiera un soldado de la guardia. No podía saber que el astuto Tiberio había visto al instante que se hallaba ante un joven en quien se podía confiar absolutamente. Lucano, por su parte, trataba rápidamente de clasificar al César. Un hombre rudo y resentido, ¿de qué estaba resentido? ¿Su esposa infiel; sus amigos, sus cargas, Roma? Lucano sintió una repentina compasión. En algún lugar de los jardines cercanos a la biblioteca los pavos reales gritaron; el distante sonido de una música alegre llegó hasta allí. Pero en la biblioteca los dos hombres, un poderoso César y un sencillo médico, se miraron uno a otro con franqueza. Lucano percibió un débil y desagradable olor procedente de ungüentos que César tenía esparcidos por la cara. Deseó hablar, pero recordó que César debía ser siempre el primero, Tiberio, a su vez, vio que Lucano no sentía el menor temor ante él. Por un momento se sintió asombrado, preguntándose si el joven sería tonto. Sin embargo, le impresionó la apariencia de Lucano. Tiberio dijo, contemplando de nuevo a Lucano con atención:

— ¿Puedo expresarte mi condolencia, mi buen Lucano, por la muerte de tu padre? Un hombre justo, heroico y sencillo. El último de los grandes romanos.

Su voz, aunque aguda y contenida, tenía una nota de sinceridad. Lucano sonrió con gratitud. No era probablemente un secreto para Tiberio que Diodoro había desdeñado sus cualidades militares, y sin embargo César podía hablar con la máxima amabilidad de él, y Lucano, aunque su tristeza volvió a renovarse, pensó que Tiberio era, a su vez un hombre justo. Tiberio se reclinó hacia atrás en su silla y miró a través de la abierta ventana iluminada por el sol.

—He ordenado que se eleve una estatua suya en el pórtico del Senado —dijo.

Perezosamente se rascó un lugar irritado de su rostro. Lucano sonrió ante la ironía. Los senadores tendrían el dudoso placer de ver siempre en su propio pórtico la estatua de uno que les había denunciado, armado con marmórea espada.

—Señor, eres muy sutil —dijo.

Tiberio alzó sus negras cejas. Por lo visto el joven no era tonto. Luego dijo:

—Si hubiese tenido diez mil hombres como Diodoro Cirino en Roma, hubiese dormido alguna noche bien. Pero basta. Me preocupa, Lucano, el hacer todo lo que pueda para aliviar el dolor de la familia y honrar al tribuno. Pero no comprendo tu carta. Te he nombrado oficial médico en Roma, con disgusto de los médicos más antiguos, y me has pedido que retire el nombramiento. Siento curiosidad por saber por qué.

Lucano se ruborizó. No se había dado cuenta de que no sólo era increíble, sino peligroso rechazar lo que César ofrecía. Era como si una mariposa hubiese desafiado a un águila. Luego respondió suavemente:

—Roma no me necesita. Esto es lo que te escribí, señor. Pero los pobres y esclavizados necesitan mis servicios en las provincias.

Tiberio permaneció silencioso, sus ojos se estrecharon y se fijaron con interés en el hermoso rostro del joven. Pareció reflexionar profundamente. Estaba considerando algo que no podía comprender y que le parecía una locura. Pensó en los antiguos filósofos que habían mandado que el hombre tratase a sus prójimos con amabilidad. También en los sacerdotes de los templos de Roma que exhortaban en nombre de los dioses a la gente para que fuesen amables de corazón y justos y misericordiosos. Sin embargo todo aquello era pura palabrería. Ningún hombre en sus cabales lo creía, considerando lo que el mundo era y había siempre sido. En la boca de Tiberio jugueteó una sonrisa.

—Eres médico ciudadano de Roma, el hijo adoptivo de un hombre grande y honorable, poseedor de riquezas —dijo—. Las puertas de los patricios y augustales están abiertas ante ti. Lo que yo te he ofrecido es sólo el pórtico y sin embargo abandonas todo por el propósito de atender a indignos pobres, mendigos y esclavos.

¿Pertenece Lucano a alguna extraña y oscura secta de estoicos, o se habría dedicado a algún peculiar dios extranjero?

Lucano respondió:

—Sí, porque todo lo demás, para mí, no significa nada.

—¿Por qué?

Lucano volvió a ruborizarse.

—Porque de otra manera mi vida no tendría significado.

Tiberio volvió a fruncir el ceño. ¿Qué otro significado tendría la vida sino el poder, la riqueza, y la posición social? Reflexionó sobre su propia vida y sus delgados rasgos revelaron un dolor involuntario. ¿Qué significado tendría su propia vida? Se preguntó en una súbita clarividencia. Había hecho todo lo que había podido; había sido un cuidadoso administrador, intentando despertar el orgullo de un Senado vulgar al que hubiese deseado devolver sus poderes. No le gustaba Tácito, pero estaba de acuerdo en que expresaba sólidas opiniones. Él, que era soldado, tan sólo deseaba la paz en todas las fronteras. No había añadido impuestos extraordinarios, a pesar de las voraces demandas de la plebe romana, que pedía nuevos beneficios. Cuando los cortesanos se quejaban de injusticias personales les aconsejaba fríamente que llevaran sus asuntos a las Cortes de Justicia y él no interfería las tareas y atributos de aquéllas.

Estaba tratando, en aquellos momentos, de salvar a Roma, de restaurar algunas de las cualidades que la habían hecho grande. Pero el pueblo depravado no aceptaba su dignidad ni su anterior disciplina ni carácter. Tenía el terrible presentimiento de que la infección terminaría por infectarle a él y que enfurecido volvería el golpe contra aquellos que insistían en corromperlo. Pensó en su esposa, en aquellos que ansiaban el trono; pensó en su único hijo, Druso, un joven de violentas pasiones pero mente limitada, ocupado en aquellos días en alzar a las tribus germanas una contra otra en el Iliricum, creyendo con simpleza que la paz sólo podía ser obtenida por medio de la sangre.

Tiberio podía sentir que las fuerzas inexorables, que le rodeaban, que destruían en él la justicia, le degradarían hasta el nivel de un perro romano por medio de su avaricia, su política barata, sus exigencias, su lujuria y su propio deseo de poder. Ellos habían hecho de su vida una nulidad, pensó con terrible claridad, entre todos ellos, su esposa, su hijo, sus generales y el Senado. Pero más que ningún otro las despreciables multitudes de Roma, la insaciable, políglota plebe que miraba a su César como una deidad enmarcada en una cornucopia de innumerables beneficios destinados a los perezosos, los débiles, los indignos, los irresponsables, los incansables estómagos que se alimentaban a expensas de prójimos industrioses. ¡Bestias desalmadas! De pronto Tiberio odió a Roma.

Miró a Lucano, que le había hablado como un chico de escuela acerca del significado de la vida.

—¿Ha de tener la vida significado? —preguntó—. Ni siquiera los dioses han dado sentido a la existencia del hombre.

—Sí, señor, es cierto —el rostro de Lucano se tensó—, pero nosotros podemos dar algún sentido a la vida por nuestra cuenta. El significado que yo he dado a la mía es aliviar el dolor y el sufrimiento, salvar a los moribundos, evitar el dominio absoluto de la muerte.

— ¿Con qué propósito? —Preguntó Tiberio—. La muerte es el destino común y también el dolor, ya sea del cuerpo o de la mente. Y por otra parte, ¿de qué valor son los pobres y los esclavos?

—Son hombres —dijo Lucano—. Es cierto que el dolor y la muerte son inevitables, pero con frecuencia el dolor puede ser evitado, la muerte transformada en algo más cómodo; detenida. ¿Quién puede contemplar el mundo de los hombres sin sentir piedad o deseos de consolarle?

Tiberio pensó en Roma y sonrió sombríamente. Ante él, sin duda, tenía un muchacho de escuela, un filósofo aficionado. Conocía todo acerca de Lucano: había vivido una vida protegida; nunca había participado en una campaña militar, había pasado sus años en un hogar virtuoso y pacífico y en la escuela. Compadeció al joven. Hablaba de las malolientes muchedumbres llamándoles «hombres», de los esclavos como «hombres». Sin duda que incluso consideraría a un venal senador «un hombre». Tiberio arrugó la nariz.

— ¿Te has dedicado a algún dios oscuro que aún no ha debutado en Roma? —preguntó a Lucano con débil y burlona sonrisa.

Quedó sorprendido cuando Lucano respondió con extraordinaria vehemencia.

—No estoy dedicado a ningún dios.

— ¿No crees en los dioses? —preguntó Tiberio.

Lucano mantuvo silencio durante un momento, contemplando la mesa de mármol ante él; luego dijo:

—Creo en Dios, Es nuestro enemigo. Nos aflige sin causa. Incluso el verdugo lee a su víctima los crímenes de que se le acusa y por los que ha de morir. Pero Él nos sentencia a la muerte por ser lo que somos, Él, que nos ha hecho lo que somos.

—Así que consolarás a los que están privados de consuelo —dijo Tiberio.

Se sentía muy divertido. De nuevo pensó que Lucano era algo más que un hombre de mente sencilla.

—Has estudiado en Alejandría —añadió—. Sin duda tuviste ocasión de conocer allí maestros judíos. Cuando yo estaba en Jerusalén oí a la gente hablar de un Mesías, es decir, un Consolador, Redentor, que libraría a los judíos de Roma y les colocaría a ellos en tronos elevados para gobernar el mundo. ¿No es esto un pensamiento tonto? Pero verás que todos los hombres son lo mismo, todos desean poder.

Desenrolló la carta de Lucano y la miró musitando. Luego dijo sin mirar al joven:

—Cuando yo era más joven, durante una de mis campañas, quedé sorprendido por la aparición de una gran estrella en el cielo una noche. Era la época de los Saturnales. Se movió hacia Oriente y luego desapareció. Los astrónomos me dijeron que la estrella fue vista en todo el mundo y que era una Nova y los astrólogos hablaron de la gran ruina que vendría sobre el mundo. Pero he oído del Este que la estrella se dirigió al lugar de nacimiento de un dios. Esto ocurrió hace catorce años o más. Si un dios hubiese nacido entonces, seguramente que sabríamos algo de él ahora. Comprenderás lo supersticiosos que son los hombres.

Lucano se sintió invadido por una gran emoción. Recordó a José ben Gamliel y la historia del muchacho campesino que había estado entre los eruditos doctores e investigadores en el templo. Movi6 su cabeza con gesto negativo.

Tiberio dejó la carta de Lucano. Luego alargó la mano y cogió un gran objeto plano envuelto en seda amarilla. Quitó cuidadosamente la seda y mostró el objeto. Estaba hecho de oro grueso y tenía la forma de un escudo. Lucano se inclinó hacia adelante para verlo mejor. Vio el rostro, de perfil, de Diodoro grabado en el dorado escudo y debajo una mano empuñando una corta espada desenvainada. Debajo de ella había una cita en griego tomada de Homero.

*Sin un gesto, el hombre valeroso desenvaina su espada,
y no invoca más omen que las leyes de su patria.*

Mas abajo había otra cita, en latín, tomada de Horacio.

Non omnis moriar (No moriré del todo).

Los ojos de Lucano se llenaron de lágrimas. Tiberio dijo, con un guiño de satisfacción:

—He ordenado que hiciesen esto para colocarlo detrás del púlpito del Senado.

Sus ojos se encontraron en completa comprensión.

Tiberio dejó deslizar sus dedos, suavemente, sobre el escudo. Luego dijo:

— ¿Has considerado lo que Diodoro hubiese deseado que hicieses?

Hubiese querido que sirvieses a Roma como él la sirvió.

—Era un gran hombre y creía en la libertad personal —respondió Lucano—. Aunque no hubiese estado de acuerdo conmigo, hubiese consentido en que hiciese lo que me pareciese justo.

—Sin embargo —dijo Tiberio—, debes honrar su memoria lo bastante para pasar algún tiempo en Roma, sirviendo a su pueblo. Dices en tu carta que deseas abandonar Roma en seguida. En justicia hacia Diodoro no puedo concederte esto. Te ordeno que permanezcas aquí durante seis meses. Si, después de este período, sigues convencido de que tu deber está en otro sitio, tendrás mi autorización.

El obstinado Lucano estaba a punto de manifestar su disconformidad cuando sintió la fuerza de los imperiales ojos sobre él y se percató con claridad, por primera vez, que aquel hombre era el César y que ante sus decretos estaba desarmado por completo. Tiberio no sonreía ya. Después de un largo momento Lucano inclinó su cabeza.

—Que sea así —murmuró— en nombre de Diodoro.

—Deseo tenerte en mi casa durante este período —dijo Tiberio con una sonrisa tensa—. Puede que incluso te consulte personalmente sobre una serie de cosas.

El pensamiento de quedar virtualmente apresado en aquel inmenso palacio abrumó a Lucano, pero comprendió que no podía protestar.

—Los médicos encargados de la salud pública se están haciendo indolentes —dijo el César—. Me gustaría que inspeccionases su trabajo y sugirieses mejoras. Además mi casa está llena de esclavos, libertos y pretorianos. Tus servicios a ellos serán apreciados. No estoy completamente satisfecho de mis médicos.

Lucano se animó un poco. Luego dijo:

—Si me lo permites, señor, ¿podría sugerirte que el tratamiento de tu eczema es equivocado?

Las cejas de Tiberio se alzaron.

—¿De veras? ¿Qué sugerirías tú?

De nuevo se sentía divertido.

—Los ungüentos aceitosos aumentan e infectan las grasas naturales de los granos —dijo Lucano, y de nuevo era el médico quien hablaba—. Prefiero una pasta de agua mezclada con polvos de azufre después de un buen lavado con jabón fuerte, dos veces por día. Esto ejerce un efecto desinfectante y secante —vaciló un momento y luego añadió—. Creo también que el César padece algo de la sangre. Si me permites...

Intrigado, Tiberio hizo un gesto de asentimiento y Lucano se levantó y se acercó a él. Olvidó otra vez que aquel hombre era el formidable e irresistible poder de un grandioso y terrible imperio. Para Lucano era tan sólo un hombre que no gozaba de buena salud. Con firmes y amables dedos volvió los párpados de Tiberio, le abrió la boca y examinó las pálidas membranas. Sin pedir permiso se volvió a sentar.

—¿Sientes, señor, una constante desgana y cansancio, una especie de laxitud? ¿Te cansa más de lo normal el trabajo? ¿Respiras entrecortadamente al menor esfuerzo y a menudo sientes desmayos y vértigos?

Puesto que la discusión de la propia salud deleita incluso a un César, Tiberio asintió:

—Lo has explicado exactamente, mi buen Lucano.

—Entonces es que padeces anemia —dijo el joven médico—. No en proporción sería aún, aunque puede transformarse en una cosa de cuidado. ¿Cuál es tu dieta?

—Vivo sobriamente —respondió Tiberio—. Soy soldado. No suelo acudir a los banquetes ni a orgías. Sigo un régimen de soldado, frugal: queso, leche de cabra, pan, vino sencillo rojo, frutas y legumbres y, muy de cuando en cuando, algo de carne o algún ave.

—Esta dieta es mala para un hombre en su sexta década —dijo Lucano con gesto de reprobación—. Te sugiero carne fresca de buey tres veces al día, vino bueno de grado, algunas legumbres y fruta, sólo una vez por día. El pescado no es bueno para la anemia, ni las aves. Lo mejor de todo sería un gran filete de hígado de buey por lo menos una vez al día.

Tiberio hizo un gesto de desagrado.

—Mis cocineros consiguen verdaderas delicadezas con el hígado de cerdos engordados con grandes cantidades de higos maduros. Yo lo detesto. Sin embargo, puesto que ahora eres mi médico, tomaré hígado de buey para cenar.

Reclinó su dura barbilla sobre el dorso de su mano derecha y contempló a Lucano.

—Eres joven —dijo— y posees una extraordinaria belleza. También eres rico, estimado y médico. Sin embargo no eres feliz. Si yo tuviese tu edad y estuviese dotado de tus dotes y no fuese el César sería el más feliz de los hombres. Veo tu preocupación. ¿Por qué existe?

Lucano no pudo hablar durante algunos momentos. Luego replicó en voz baja:

—Una de las tristezas de la vida es la fugacidad de todas las alegrías.

Tiberio se encogió de hombros.

—Cualquier niño de escuela sabe esto. ¿Nos hemos de privar del placer y la alegría presente porque sean tan huidizas?

Lucano le miró directamente y se dio cuenta al instante que estaba ante un hombre profundamente turbado, cínico y desesperanzado. Y se sintió invadido por una gran desesperación, porque carecía de palabras para consolar a aquel hombre poderoso, e incapaz de darle ninguna esperanza. Como él había perdido a Rubria, así Tiberio había perdido su amor, y los dos participaban en una desolación común. Tiberio le miró a los ojos y vio en ellos el velado deseo de ayudarlo, la profunda miseria e impotencia del joven y se sintió conmovido y asombrado de que hubiese alguien capaz de conmoverle otra vez. Respondió a su propia pregunta con rapidez.

—Lo que los dioses nos han concedido no debe ser rechazado, sea bueno o malo, porque, ¿qué posibilidades tenemos de elegir? Ni siquiera yo puedo convencerme temporalmente que el mundo es un lugar tolerable para un hombre que piense.

Hizo sonar la campanilla que tenía sobre su mesa y las enormes puertas de bronce se abrieron majestuosamente, y Plotio con cuatro pretorianos entró al instante. Plotio miró preocupado a Lucano mientras

saludaba al emperador y se sintió asombrado al ver que Lucano estaba reclinado cómodamente en su silla con el aire de un igual aceptado por el César.

—Mi buen Plotio —dijo Tiberio—, conducirás a Lucano a las mejores habitaciones donde permanecerá por algún tiempo como mi honrado huésped. Y envía a su madre un mensaje anunciando que su hijo permanecerá conmigo.

Después que Lucano hubo salido con Plotio el emperador permaneció sólo durante algún tiempo con la cabeza cogida entre las manos. Senadores, augustales y patricios esperaban para verle, así como magistrados, pero no les llamó. Pensó en la falta de afección de Lucano, su noble simplicidad y aquella férrea cualidad que no podía ser abatida, así como en sus manifiestas virtudes. No podía decidir entre creer a Lucano un tonto o un hombre muy sabio a pesar de su juventud. Después rió roncamente para sí. Lucano estaba ahora en el palacio imperial. Pronto se correría la voz de que era huésped de César, y la corrupción se filtraría hacia él lenta e insidiosamente, como un agua mezclada con negro aceite. ¿Sería envuelto por ella? Sin duda, porque los hombres tienden hacia los vicios por naturaleza y el aire infecto es su elemento natural.

—Veremos —exclamó para sí en voz alta, y volvió a reír con amargura.

CAPÍTULO XXVIII

Mientras Plotio conducía a Lucano a través de otra selva de blancas columnas y estatuas, preguntó:

—Es sólo por curiosidad, pero ¿qué dijiste al César?

— ¿Que qué le dije? —Lucano le miró con sorpresa—, pues hablamos de varios asuntos en los que se mostró muy comprensivo. También le he prescrito un tratamiento. Plotio hizo un gesto de extrañeza. Tiberio tenía fama de caprichoso.

— ¿Insistes en rechazar su oferta? —preguntó el joven pretoriano.

—Ciertamente —respondió Lucano un tanto irritado—. Te he dicho que el César se mostró muy comprensivo. Sin embargo he accedido a permanecer en Roma, en esta casa, durante seis meses, para honrar la memoria de Diodoro. Después de este período, partiré.

Plotio creyó que no había oído bien y volvió la cabeza contemplando al médico boquiabierto. Un hombre, un griego, había rehusado la oferta del César y no sólo había abandonado su presencia con libertad, sino que había sido tratado como una persona de la máxima importancia. Continuaron caminando en silencio, Lucano interesado en todo lo que le rodeaba y Plotio lleno de confusión. Si las estatuas hubiesen adquirido repentinamente vida no se hubiese sentido más incrédulo ni asombrado.

Entraron en un amplio corredor particular, guardado por dos pretorianos que saludaron y miraron a Lucano con curiosidad. Lucano vio que las blancas paredes estaban exquisitamente pintadas con escenas de la máxima depravación y licencia, representando centauros y sátiros, ninfas y dioses, hombres y mujeres, en actividades vergonzosas. Pero la elegante perversión no produjo repulsión ni asco a Lucano, que como médico no encontraba nada obsceno en la intrincada y maravillosa belleza y funciones del cuerpo humano. Para él aquellas pinturas eran tan sólo imaginaciones de niños impúdicos y perversos, que encontraban placer en las diversiones más bestiales. Había visto cosas mucho peores pintadas toscamente en las paredes y posadas de Alejandría y Antioquía; aquellas por lo menos, habían sido realizadas por un artista insuperable. Una escena era tan pícaramente divertida que se detuvo por un momento y sonrió. Luego dijo a Plotio:

—Este hombre tenía una excelente educación en anatomía y un gran sentido del humor.

Los dos jóvenes estudiaron la obra de arte y luego se miraron uno a otro y rompieron a reír.

Los pretorianos estaban en todos los sitios, rígidos y saludando incluso en el vestíbulo que conducía a un departamento maravilloso, con grandes puertas abiertas y ventanales que daban a una amplia terraza cubierta de césped y flores.

Lucano nunca había visto tanto lujo ni siquiera imaginado que existiese. La amplia y espaciosa habitación tenía paredes de mármol de cuatro colores diferentes, en los que contrastaban el blanco purísimo, el negro brillante, dorado y rosa, y un suelo multicolor reflejaba la luz del cielo y los reflejos del jardín. En el centro de la habitación había una gran cama de madera dorada en forma de un delfín, incrustada con deslumbradoras joyas, madreperlas, marfil y plata; estaba cubierta con una colcha de seda ricamente bordada con infinidad de flores entrelazadas. Air9sos pedestales de mármol blanco y negro estaban colocados por la habitación, sobre los cuales se alzaban estatuillas de bronce de mujeres desnudas que sostenían graciosamente en alto, lámparas de plata y oro u objetos de arte más exquisito. Mesas de mármol, y maderas preciosas estaban cubiertas con valiosísimos vasos de cristal llenos de flores, en tal forma que las suaves brisas primaverales que entraban por las ventanas y puertas llenaban todo de fragancia. Divanes voluptuosos estaban colocados frente a las mesas, cubiertos de brillantes sedas, y cerca de las paredes se alineaban infinidad de sillas talladas cuidadosamente, con doradas patas. Un maravilloso armario de hierro forjado, con gemas rojas incrustadas se alzaba ante las ventanas, cubiertas con delicadas cortinas tejidas a mano. Sobre el armario colgaba un gran espejo de plata. Más allá de aquel lujoso y cómodo cuarto, había otro, de mármol rosado en su totalidad. El baño, empotrado en él, era de doce pies de largo y seis de ancho, lleno de agua caliente y perfumada, sobre cuyo fondo se veía una escena lasciva construida con los más brillantes mosaicos.

—Esto son habitaciones de mujer —dijo Lucano, acostumbrado a la austeridad de los hogares de Diodoro.

Dos esclavos entraron, hicieron una reverencia ante él y le miraron con admiración. Eran un joven y una mujer, altos y esbeltos, de una negrura tan increíblemente deslumbradora que parecían más bien mármol pulido que carne. Las curvas y ondulaciones de sus cuerpos tenían un cálido brillo, como si estuviesen espolvoreados con plata, y sus hermosas facciones, delicadamente nobles, parecían haber sido creadas por el más exquisito artista. El negro cabello de la muchacha caía en suaves y rizadas ondas sobre su delicada espalda; sus pechos eran firmes, puntiagudos y brillantes con reflejos mates. Ninguno de los jóvenes llevaba puesta otra cosa que pesados collares de oro alrededor de sus cuellos y pendientes del mismo metal en sus orejas, que se reflejaba sobre sus brillantes pieles.

—Estos son tus criados —dijo Plotio.

A Lucano le parecía ridículo que aquellas fuesen sus habitaciones con esclavos para que le sirviesen a él. Intentó protestar, pero Plotio con un guiño, le saludó y le dejó solo. Miró al muchacho y a la muchacha y no supo que decir, y ellos le miraron a él con sus grandes ojos negros y amplias sonrisas blancas. Esperaban que él hablase, por lo que preguntó con nerviosismo:

— ¿Cómo os llamáis?

El muchacho replicó haciendo una nueva reverencia:

—Mi nombre es Nemo, señor y ésta es mi hermana gemela, Nema. Mándanos. Estamos a tu servicio.

La muchacha se dirigió con gestos graciosos a una mesa y llenó de vino una copa cuajada de gemas que ofreció a Lucano. Él la tomó de su mano delicada transido por la increíble belleza y perfección de su rostro y cuerpo. Llevó la copa a sus labios y bebió un poco. Nunca había bebido semejante vino sonrosado, perfumado y endulzado con miel. El muchacho le acercó una bandeja de higos maduros rellenos de nueces y otros dulces. Lucano comió uno o dos. Luego frunció el ceño.

—No necesito criados —dijo.

El muchacho y la muchacha sonrieron con un gesto vacío y permanecieron allí; como estatuas, sin moverse, como si él hubiese hablado en una lengua extraña. Si él se sentía sorprendido ante ellos, ellos lo estaban igualmente ante él, porque nunca habían visto a una persona tan rubia, con un cabello tan dorado y tan hermoso. Los tres jóvenes permanecieron de pie y se admiraron mutuamente con descaro.

Otro criado penetró, hizo una profunda reverencia, e informó a Lucano que la augusta Julia había ordenado que se presentase al banquete que daba aquella tarde a las ocho de la noche. Se retiró dejando a los tres solos otra vez en su mutua contemplación. Luego Lucano exclamó con un tono juvenil:

—Supongo que no puedo rechazar la invitación, pero no tengo nada que ponerme aparte de lo que llevo encima.

Miró a la valiosa toga de Keptah que estaba sucia del viaje y a sus sencillas sandalias de cuero. Nemo se acercó al armario de bronce; lo abrió y sacó una túnica de excelente lienzo, con flecos bordados en oro, una toga tan blanca como la nieve, también bordada de oro, un par de sandalias de oro y un cinturón del mismo metal intrincadamente trabajado y cuajado de gemas, y brazaletes que hacían juego con él. Como un mercader mostrando reverentemente mercancías divinas, colocó sobre uno de sus brazos los vestidos y mantuvo el cinturón y los brazaletes en la otra mano.

—Bien —dijo Lucano—. Consideraba aquel guardarropa afeminado; sin embargo extendió su mano para palpar el tejido y examinar las joyas —me sentiré como un actor—, comentó.

Nemo indicó que el baño esperaba y que él y su hermana le enjabonarían, unguirían con aceites perfumados y darían un masaje a su cuerpo. Pero Lucano sintió repugnancia ante esto. Los dos esclavos le miraron con sorpresa y se miraron uno al otro con un gesto mudo,

—Me he bañado solo desde que tenía tres años —explicó Lucano.

Los esclavos simplemente le miraron incrédulamente. Alzó la voz,

—Deseo estar solo —dijo.

Sorprendidos hicieron una reverencia ante él y le dejaron, cerrando las puertas tras ellos. Ocuparon sus puestos fuera y empezaron a tocar una música suave para distraerle con una flauta y una lira. Por encima del sonido de la débil armonía Lucano podía oír el firme paso del pretoriano de guardia destinado a protegerle. Movi6 la cabeza con gesto de duda. Probó un diván y se sintió alarmado al ver que casi le tragaba su enorme suavidad. Se levantó y fue pasando de una obra de arte a otra. Nunca había visto tanto arte; las pequeñas estatuillas habían sido ejecutadas tan bellamente que revelaban hasta las más diminutas venas de las manos, garganta y pies. Hizo deslizar sus dedos sobre ellas y le pareció que estaban vivas.

El sonido de voces masculinas fuera de la terraza que se veía a través de la puerta abierta despertó su interés y salió fuera a ver de quien procedían. Dos jóvenes, de su misma edad, o más jóvenes, completamente desnudos luchaban sobre la hierba. Sus cuerpos ambarinos resaltaban a causa de los bien modelados músculos disciplinados, y tras unos momentos su carne quedó cubierta de brillante sudor. Evidentemente eran dos atletas consumados, entrenándose más bien que jugando, y sus hermosos rostros estaban tensos, atentos y serios. Gruñían, se excitaban y gritaban, sin darse cuenta que Lucano les contemplaba con profundo interés. Algunas veces maldecían obscenamente. El joven médico se preguntó si serían esclavos. Observó sus caídas, sus presas, la tensión de sus músculos, su destreza y fuerza. Atravesó las puertas, le vieron y saltaron aparte frunciendo el ceño.

—Saludos —dijo Lucano dándose cuenta de pronto de su hostilidad y reserva.

Le miraron con insolencia y deliberadamente examinaron sus vestidos sucios del viaje y sus vulgares sandalias. Como si hubiesen hablado sintió su despectivo comentario acerca de su falta de joyas, su

convencimiento de que era un hombre sin ninguna importancia y su asombro por saber que haría un hombre como él en aquel palacio. Creyeron que era un liberto intruso, un hombre que había vagado por aquellas habitaciones tan cercanas a las de Augusta. Pero él no supo que también había despertado su enemistad a causa de su apariencia, porque aunque eran jóvenes hermosos no podían compararse a él. Después uno de ellos hizo un gesto sombrío de sorpresa. ¿Sería aquel extranjero el nuevo favorito de la caprichosa e insaciable Julia?

—Saludos —dijo agríamente e hizo un guiño de ostentoso ridículo a su compañero que tosió fuertemente.

—Soy Lucano, médico e hijo de Diodoro Cirino —respondió Lucano y sintió el rojo de sus mejillas.

—Oh —dijo uno de los luchadores con voz fuerte, mostrando que no se sentía impresionado—. Un médico.

Sin duda era un anterior esclavo. Ninguno de los dos jóvenes había oído hablar nunca de Diodoro. El otro luchador preguntó:

— ¿Estás aquí para cuidarnos?

—Estoy aquí como invitado del César —dijo Lucano fríamente.

Después sus azules ojos brillaron ante los evidentes insultos que se le habían dirigido. Luego dijo, mientras ellos se recobraban de su indirecta referencia al César:

—Sois dos buenos luchadores, pero vulgares. Vuestros entrenadores carecían de arte. No podríais competir por más de un momento con un buen atleta. Sois aficionados. Sin duda, sin embargo, un mejor entrenamiento os transformaría en luchadores mediocres, suponiendo que trabajaseis con la debida intensidad.

Los luchadores permanecían silenciosos, respirando rápidamente. No podían creer que Lucano, vestido como un campesino, fuese en realidad un invitado de Tiberio César. Y le odiaban por su crítica.

—Sin duda —dijo uno—, tú eres un luchador mejor.

—Lo soy —respondió Lucano apoyándose contra uno de los lados de la puerta. Se entretuvo comiendo un dulce que tenía en la mano y pretendió estar engolfado en paladearle. Luego añadió, mientras los ojos de ellos le miraban con furor.

—Era mucho mejor incluso antes de que fuese educado en Alejandría. —Continuó mientras ellos permanecían en silencio—, podía luchar mejor que vosotros cuando tenía diez años de edad —y les sonrió con el rostro iluminado.

Uno de ellos se levantó. Sus ojos chispeaban con furor.

—Mi nombre es Jacinto —dijo—, y tengo diez sextercios dispuestos para apostar que puedo echarte al suelo en tres segundos.

El otro repitió, haciéndole eco:

—Mi nombre es Oris —dijo—, y tengo doce sextercios dispuestos para apostar que puedo arrojarte al suelo en dos segundos.

Lucano se apoyó con un gesto gracioso contra uno de los lados de la puerta y lamió sus pegajosos dedos. Después tocando la bolsa en su cinto dijo:

—Yo tengo catorce sextercios que me acaban de susurrar que puedo luchar con cada uno de vosotros, uno tras otro, y echaros al suelo en un segundo.

Se preguntó, sólo por un momento, si debía informarle que había aprendido una forma peculiar de combatir en Alejandría, de un profesor de Catay. No, decidió; eran demasiado insolentes, insultantes y excesivamente confiados; además le producían disgusto. Se estiró repentinamente, apartó la toga de Keptah, y luego sujetó la túnica azul a su cuerpo. Permaneció ante ellos como una columna de mármol blanco, y ellos retrocedieron con cierta desconfianza. Pero su cuerpo, después de unos momentos, les pareció demasiado suave y elegante. Se echaron a reír y uno de ellos, medio agachado, se adelantó hacia él con las piernas arqueadas. Era Jacinto.

Lucano esperó con tranquilidad. Simplemente alzó su brazo y lo extendió. El gesto era lánguido, casi inofensivo y ni siquiera inclinó el cuerpo. Oris lanzó una sola carcajada. Los dientes de Jacinto resonaron entre sus gruesos labios. Después, como serpientes atacando, sus brazos salieron disparados hacia Lucano, y su curvada mano cogió a Lucano por un hombro. Oris parpadeó, porque algo había pasado ante él. Abrumado vio a Jacinto tumbado sobre la hierba, caído sobre sus espaldas, los ojos desorbitados por el asombro y fijos por la sorpresa. Lucano bostezó: «Bien —dijo a Oris ignorando al otro joven, esto ocurrió en un segundo—. ¿Ahora tú?»

Oris se humedeció los labios. Jacinto gruñía desde la hierba, caído como una estatua derribada. Después Oris, que poseía un gran valor saltó hacia Lucano. Fue como si un deslumbrador rayo le hubiese tocado. Se sintió culebreando hacia el espacio y se unió a Jacinto cayendo de hombros limpiamente sobre la hierba.

Lucano se puso la túnica sonriendo.

—Me debéis veintidós sextercios —dijo—. Acordaos de pagármelos.

Los dos jóvenes se levantaron y quedaron sentados sobre el suelo, examinándose cuidadosamente. Movieron sus cabezas a fin de aclarar sus confundidas mentes.

—No estáis heridos, ni siquiera descalabrados —dijo Lucano sosteniendo la toga de Keptah—, desde luego, si tuvieseis inteligencia, lo cual dudo, la tendríais ahora un tanto confundida; sin embargo, se aclarará.

— ¿Qué hiciste? —Exclamó Jacinto débilmente poniéndose de pie—. No te vi ni siquiera moverte. No sentí nada. Sin embargo, un segundo después, estaba volando a través del aire. Es algo de magia.

—Sí, magia —exclamó Oris como un eco—. ¿Quién puede resistirse a la magia?

Frotándose a sí mismos contemplaron a Lucano, que alzó sus cejas dirigiéndose a ellos.

— ¿Magia?, no seáis insensatos —replicó—, lo que pasa es que sólo sois simples aficionados. ¿Acaso no os lo dije?

—Yo gané una bolsa de oro en los grandes juegos —gritó Jacinto ruborizándose violentamente.

—Y yo gané una segunda bolsa —repitió como un eco Oris rechinando los dientes.

Lucano se echó a reír ante ellos.

—Entonces yo hubiese ganado dos bolsas —dijo—. Vamos, ¿qué más sabéis hacer?

Se sentía excitado y su fuerte cuerpo joven, ansioso de más ejercicio.

— ¿Lanzáis el disco?, ¿o la jabalina?, ¿boxeo?, ¿hacéis carreras?, ¿saltos de longitud o esgrima?, sin duda que no sois capaces de hacer otra cosa que esas infantiles caricias que os dedicáis uno a otro.

Dio dos pasos hacia atrás y saltó hacia delante doblando las piernas y se lanzó a través del aire. Incrédulamente dos pares de ojos le siguieron. Sus pies se alzaron limpiamente por encima de sus cabezas. Luego cayó hacia detrás sobre la tierra como un gato.

—Superad esto —dijo sin respirar apresuradamente—, y no me deberéis nada.

Tras ellos, en la puerta, sonó un aplauso entusiasta, y cuando se volvieron, vieron a Plotio allí riendo. Entonces Jacinto y Oris se sintieron aterrorizados. Conocían muy bien a Plotio, y la alta estima que Tiberio sentía por él, su valor, discreción y cualidades militares. Plotio se adelantó hacia la hierba y puso la mano sobre el hombro de Lucano.

—Vaya exhibición —exclamó—, mi querido Lucano, podías competir en todos los juegos del circo y tener a Roma a tus pies. Para mi instrucción, te ruego que me empieces a dar lecciones de esgrima mañana. —Miró a los dos jóvenes luchadores—. ¿Quiénes son estos niños? —preguntó.

Pero Jacinto y Oris, bajando las cabezas se habían retirado hacia el final de la terraza. Plotio añadió:

—Necesitaban una lección, esos consentidos favoritos de la divina Augusta. Ten cuidado no sea que intenten envenenarte en el banquete que Augusta da esta noche en honor de Cibeles; es muy devota de la diosa viuda. Sin duda que le gustaría ser viuda también. A propósito, no pude seguir tus movimientos cuando luchaste con esos chicos. No hiciste más que extender el brazo y cuando ellos cogían tu hombro te inclinaste hacia atrás y salieron volando. Como Ícaro y con el mismo resultado.

—Me aproveché de ellos —dijo Lucano haciendo un guiño feliz.

Volvieron juntos a la habitación donde Plotio preguntó por qué los esclavos estaban fuera tocando música en el corredor exterior.

—Deseaban jabonarme y untarme con aceites perfumados —dijo Lucano.

Se quitó la túnica y saltó dentro del baño, donde nadó un poco, revolviendo su húmedo y dorado cabello y levantando una burbujeante espuma de agua. Plotio se colocó sobre el borde del baño y le contempló con intensa admiración.

—Nunca he visto un cuerpo así —dijo.

Lucano se deslizaba por el agua como blanco alabastro y con la misma suavidad.

—Ah, las damas te amarán —añadió Plotio moviendo su encasquetada cabeza.

Ninguno de los dos jóvenes había visto a una dama en el extremo más distante de la terraza, que había salido de sus habitaciones al ruido de sus voces, había permanecido allí, contemplando, su hermoso rostro carente de expresión. Cuando apareció Plotio, se retiró a sus habitaciones sonriendo. Se dirigió a su espejo y se estudió a sí misma, intensamente entonando una canción en voz baja.

CAPÍTULO XXIX

Temo aseguró a Lucano que estaba tan «radiante como un sol», después del baño y del ungimiento, del cual Nema había sido excluida, y tras haberse puesto los blancos y dorados vestidos. Lucano había rechazado el collar, aunque no sin una rápida mirada al espejo. Se sentía poseído por una curiosa excitación. No quería reconocerlo, pero el mundo de los hombres y de extrañas experiencias nuevas, invariablemente le emocionaban como si fuese un recién nacido. Estaba a punto de ser iniciado en una atmósfera de la cual Diodoro había hablado con furioso desprecio. Lo que Lucano había visto hasta entonces, aunque contra su voluntad, había despertado su admiración, porque sus ojos de griego no eran insensibles a la belleza y su alma no era tan rígida como para sentirse a disgusto ante la vista de la grandeza y de la elegancia.

Lucano permanecía de pie en aquellas horas vespertinas, mirando hacia abajo, a la ciudad imperial, desde la altura de los jardines que se extendían fuera de las habitaciones. La ciudad se extendía ante él como un sueño, purpúrea, dorada, violeta y blanca, flotando en una niebla sonrosada a través de la cual ocasionalmente aparecía una estatua alada sobre un alto pedestal, una incandescente bóveda, una nevada pared sobre la que se reflejaba la luz de los últimos rayos del sol, un esculpido y poderoso arco, el enorme abanico de piedra de los peldaños de unas escaleras olímpicas. Todo lo que no podía ser visto en la ciudad quedaba escondido por aquella niebla rosada que empezaba a fluir, no sólo en los cielos, sino sobre toda la ciudad, en tal forma que parecía como si se difundiesen millones de rosas derretidas en una vasta cortina a través de la cual emergían formas fantasmales. El tortuoso Tíber se curvaba como una vena de brillante fuego escarlata, palpitante a través de la suave niebla sonrosada, con sus frágiles puentes que parecían compuestos de plata y marfil. Incluso las distantes colinas brillaban vacilantemente y parecían perder su materialidad. Las columnas del

palacio alrededor de Lucano destacaban con suave y brillante color perla, con sus lados occidentales enrojecidos. Hasta él llegaba el sonido de las cercanas fuentes como una frágil música. Las voces de los pájaros murmuraban puras tonadas. El perfume de flores, jazmines, y lilas, se esparcía en aquel dulce, coloreado y etéreo aire. Las hojas de los mirtos brillaban como metal, La hierba tenía un tono de color amatista.

Excitado y apresado por el milagro que era la colosal ciudad, Lucano se reclinó contra una columna, escuchó y miró. Luego percibió la voz de Roma, por debajo y sin embargo por encima de las voces de los pájaros cercanos a él, como el ruido de una gigantesca rueda que giraba, sofocado, trueno titánico, constante e inacabado. Lentamente Lucano se sintió impresionado por una percepción sorprendente. Pese a la omnipotencia de la voz de la ciudad, carecía de firmeza, de ardor, de cierta intensidad y masculinidad, Lucano recordó entonces lo que Diodoro le había dicho en cierta ocasión.

«Es una ciudad incapaz de enfadarse. Una ciudad sin masculinidad ni heroísmo»

Diodoro, aquel hombre capaz de enfadarse mucho, heroico y masculino, había hablado bien. El susurrante rugido de Roma era un rugido contenido. Su esplendor imperial y poder parecía de contorno. Podía ser monstruoso y cruel en sus muchos aspectos. Pero era una monstruosidad y crueldad de un hombre anciano que se había consentido demasiado y había olvidado la fuerza de las extremidades y la dureza del corazón. Yacía en el centro del mundo como un hinchado, aunque poderoso, sátiro, reclinado en un diván de seda roja y oro, con una mano apretando la espada, la otra mano alzando débilmente una copa de vino hasta su boca, una guirnalda deslizándose de su cabeza, sus pesadas mejillas descansando sobre un pecho blando como el de una mujer.

Incapaz de enfadarse. Poco masculina. Aquél podía ser el epitafio de Roma. Había caído, pero no en batalla. Las había ganado todas. Era lo mismo. El triunfo se transformaba en muerte no menos que la derrota. Si un hombre moría valientemente con las armas en la mano, en algún campo de batalla, por algún principio, patriotismo, o por la protección de lo que había considerado más sagrado, no había vivido en vano. Pero aquellos que ganaban batallas por el poder, vivían sin gloria y morían sin gloria, quedaban como objeto de sátiras posteriores y de avisos para las edades. Era extraño que los imperios nunca aprendiesen aquella lección, pensó Lucano. Era extraño que los hombres nunca aprendiesen nada en absoluto. De pronto, mirando hacia abajo a la envuelta y sonrosada ciudad, Lucano se sintió lleno de una extraña intranquilidad y de una amenazadora inseguridad. Sintió que estaba ante un abismo de algo que no podía aún discernir; era como si algo hubiese cambiado y acelerado desde una inmensa eternidad.

La sonrosada niebla sobre la ciudad fue disminuyendo. Una oscuridad liliácea como un vasto remanso se extendió sobre Roma, e inundó los jardines donde Lucano permanecía. La luna se alzó lentamente sobre la bóveda del cielo. Los pájaros empezaron a quedar silenciosos, las fuentes a clarear, Nemo tocó el brazo de Lucano y el joven griego se volvió con sorpresa mirando al esclavo.

—Son las ocho, señor —dijo Nemo. Lucano miró una vez más hacia la ciudad que se extendía debajo. Luego murmuró:

—No, es la hora once.

Un reflejo de rojas antorchas brillaba entre la oscuridad violeta abajo, miles y miles de antorchas como inquietas lenguas. A Lucano le pareció el principio de una conflagración.

Pocos momentos después formaba parte de una multitud de hombres y mujeres que se movían a través de los vestíbulos y amplias habitaciones, que estaban entonces iluminados por cientos de lámparas. Las mujeres andaban con dura seguridad entre sus hombres, porque Roma, como había dicho amargamente Diodoro, era una ciudad de mujeres, con mujeres arrogantes dirigiendo a sus hombres con agresivas e insolentes voces. Era un encubierto matriarcado, corrompido, egoísta, de pecho abrasado, insistente y avaricioso. Era por las mujeres romanas por lo que las legiones romanas luchaban. Era por las mujeres romanas y sus ociosos cuerpos, que los galeones zarpaban de todos los puertos con sus cargas de lujo, comidas, sedas y joyas. Era por las mujeres de Roma que las banderas ondeaban sobre las ciudades y pueblos y las trompetas sonaban. No podían invadir el Senado, pero estaban allí en las personas de sus esposos, hijos o amantes. Las bolsas y mercados, febriles con el cambio de oro y el furor de las inversiones podían sonar con las voces de hombres. Pero los estridentes ecos eran las voces de las mujeres. Poseían la riqueza de Roma. Su suave vitalidad sonaba con el tintinear de las cadenas de millones de esclavos.

A medida que Lucano se adelantaba entre la multitud hacia la corte de Julia se dio cuenta de que aquellos que se apresuraban hacia la fiesta se hacían cada vez más numerosos. Era como si las estatuas de dioses y diosas en togas y estolas abandonasen sus pórticos y nichos y se uniesen a las mujeres, y como si aquellos que permanecían en sus lugares mirasen hacia abajo con el desprecio de una celestial indiferencia dirigida a los desertores. «He conocido las cosas del mundo de oídas», se decía Lucano a sí mismo maravillado. Contempló los bellos, aunque depravados rostros de las mujeres, sobrecargados de cosméticos; miró sus joyas, sus cabellos negros, morenos, dorados o bronceados recogidos por redes enjorjados o sujetos con cintas a la manera griega. Una nube de perfumes flotaba procedente de sus cuerpos y vestidos. Sus blancos o morenos cuellos relumbraban con gemas, sus bruñidos brazos estaban cargados de adornos de oro y sus dedos relumbraban. Entre ellas había famosas cortesanas, esclavas liberadas por dueños caprichosos, y mujeres de importancia. Era imposible decir quienes eran y en qué se distinguían de las grandes señoras, de las grandes casas y grandes nombres. Las mujeres casadas podían ser reconocidas de las solteras sólo por sus estolas, cuyos vestidos tenían una falsa simplicidad, y cuyos rostros eran tan mundanos y desilusionados como el de las matronas y el de las mujeres infames. Entre ellas no había ni un solo ojo inocente, o una

asombrada sonrisa joven o una tierna mirada, sólo atrevimiento, avaricia y miradas a su alrededor para ver si eran admiradas. Un elevado murmullo de conversaciones incoherentes flotaba a su alrededor.

Los hombres no eran menos ambiguos. Los senadores podían ser reconocidos por sus rojas sandalias, pero los augustales no eran distinguibles de los gladiadores, los libertos de los patricios, los mercaderes de los hombres de nombre brillante. Lucano se preguntó si aquellos que tenían los aires más arrogantes no serían los más bajos y si aquellos que aparecían más elegantes no habían surgido a la fortuna de algún sumidero. Diodoro había dicho con frecuencia que Augusto Cayo Octavio nunca hubiese permitido a uno de bajo nacimiento entrar en su palacio, sin importarle su riqueza actual o posición. Pero su degradada hija, Julia, esposa de Tiberio, con frecuencia proclamaba su democracia. Para ella, un gladiador de fama era tan distinguido como un senador. Tan sólo pedía que sus invitadas fuesen divertidas y alardeaba de que entre concubinas y cortesanas había encontrado frecuentemente más inteligencia que entre las esposas e hijas de las casas nobles.

Su propio padre la había exilado en cierta ocasión por su descarado comportamiento. Por qué la había empujado hacia Tiberio era un enigma, porque Augusto había sentido afecto y admiración por el actual César. Era posible que Augusto hubiese creído que Tiberio, frío, justo y notorio por su falta de susceptibilidad respecto a las mujeres y su virtud privada, pudiese ejercer un efecto apaciguador sobre Julia.

El sonido de prisas se elevó sobre los sanes de una música distante. Lucano pudo ver reflejos de pies cubiertos de plata y oro o enjovados calzados y materiales cubiertos de brocados. Los hombres reían y murmuraban mirando a su alrededor con insolencia. El blanco río ascendió una baja y amplia escalera y atravesó largos patios. Algunas de las señoras en particular miraban a Lucano con curiosidad a través de sus pestañas pesadamente pintadas con khol o le sonreían con un gesto invitador. Una vez vio un par de ojos violetas como los de Sara bas Eleazar y se sintió repentinamente sorprendido. Otra vez un perfil le recordó el de Rubria y de nuevo se sintió impresionado. Le enfurecía que una de aquellas mujeres pudiese parecerse a alguna de las que había amado y a quienes amaba todavía. Inclino su cabeza a fin de no verlas más. Los hombres lanzaban miradas sospechosas hacia él y se preguntaban quien podía ser. Las lámparas vertían su brillante luz sobre la concurrencia; las joyas parecían danzar en aquella luz en la que brillaban miradas codiciosas.

Lucano iba pensando: Cicerón se había lamentado de que aunque las formas de la República todavía se conservaban, la República ya no existía. Entre aquellos hombres y mujeres no existía ningún amor a la patria, ninguna aclamación por la libertad, ningún honor por los poderosos muertos que habían fundado su nación y sus instituciones. Sus bocas exhalaban perfume a causa de los desodorantes que habían absorbido. Para Lucano exhalaban corrupción. De pronto se sintió profundamente deprimido. Pensó en su hogar con nostalgia. Tenía la impresión de que estaba desnudo en medio de la gente y que todas las partes de su cuerpo eran vulnerables.

Una dulce brisa llegó hasta su rostro; miró hacia arriba y vio que estaba siendo llevado a lo largo de un vasto pórtico abierto, donde, puesto que el tiempo era tan suave y fresco, el banquete iba a ser celebrado. El pórtico se abría sobre un gran jardín, decorado con mezclas de brillantes luces que se reflejaban a sí mismas sobre el rocío de oscuras hierbas. Las estatuas estaban iluminadas por varios colores y parecían sumidas en aguas coloreadas como figuras de pálido fuego. El suelo había sido cubierto con flores y colocadas en altos jarrones, a fin de que el cálido aire palpitase con su perfume. El pórtico, también iluminado, brillaba como nieve esculpida contra el oscuro cielo, y a su alrededor habían sido construidas grutas artificiales de musgos y flores en las que se alzaban las más exquisitas estatuas, vacilando tímidamente y brillando en medio de la luz de la luna. Músicos invisibles tocaban flautas, arpas y laúdes. Las mesas extendidas en el pórtico estaban cubiertas con manteles rojos, llenas de oro y bordados elaborados, tejidos con brillantes hilos, y los divanes a su alrededor estaban decorados en la misma forma y como esperando. A lo lejos yacía la vociferante ciudad, temblando con lámparas, las rojas antorchas parpadeando, y de ella llegaba un rugiente sonido como de un bosque de fieras.

Los huéspedes habían empezado a instalarse en medio de muchas risas y Lucano permaneció de pie, con incertidumbre, cerca de un deslumbrador pilar. Contempló los árboles que circundaban los jardines, como si estuviese esperando a alguien. Las ramas oscilaban con lámparas de extrañas y fantásticas formas y la luz atravesaba sus teñidos cristales. Esclavos, masculinos y femeninos, hermosos como jóvenes dioses y sirenas y desnudos como estatuas, permanecían esperando que los invitados ocupasen sus lugares, las mujeres en sillas de marfil y ébano incrustadas con metales preciosos, y los hombres sobre divanes. Lucano no sabía que hacer, porque todos parecían conocer su sitio. Las voces de los invitados se hicieron vehementes a causa de la excitación. En tal forma que los jardines y el pórtico reproducían el eco que parecía ser de loros, o lujuriosos monos. La música había quedado amortiguada; sólo ocasionalmente, como en un armonioso ruego, era oída; luego el clamor desaparecía momentáneamente. Los rostros de los esclavos permanecían impasibles y complacientes. Un grupo de pequeñas muchachas apareció entonces, para unguir los pies de los invitados con bálsamo. Su absoluta desnudez parecía estar inspirada en la inocencia. Aparecieron camareros, llevando grandes recipientes de plata llenos de nieve en las que habían sido colocados botellas de vino, que fue vertido en enjovadas copas coronadas con verde laurel. El perfume del dorado o rubí líquido se mezcló con el de las flores y de la hierba. Los invitados tomaban el vino después de hacer una libación y Lucano recordó la ofrenda al Dios Desconocido y le pareció que todo su cuerpo se estremecía con excitación y soledad. Permanecía todavía junto al pilar. Aunque los camareros habían servido el vino no había nada todavía encima de las mesas

cubiertas de seda sino flores y copas. Los invitados estaban esperando; hablaban de los últimos negocios, las últimas inversiones, de las carreras y juegos, y contemplaban a los vestidos gladiadores haciendo comentarios. Su vivaz charla, tan trivial y tan maliciosa, era extraña para los oídos de Lucano como la charla de multitud de pájaros parlantes. Oyó mencionar nombres antiguos y famosos, mezclados con escándalos de la más abyecta clase. Una gran señora, se afirmaba con mucha risa, acababa de tomar su décimo amante, pero éste era una esclava. Una muchacha afirmaba vehemente que Cupido la había visitado una noche y describía la visita con detalles lascivos. Un senador empezó a discutir con otro senador acerca de sus inversiones en la tierra de Israel. Declaró que sus hombres habían descubierto las Minas de Salomón. El segundo senador le afirmó que había sido engañado y que debía hacer volver a los descubridores encadenados. Un gladiador, tragando el excelente vino, declaró que podía luchar con un león con sus manos desnudas. Apuestas fueron hechas inmediatamente para los próximos juegos.

El aire se hizo opresivo; los jardines tenían un aspecto secreto y blancuzco a la luz de la luna. Los invitados bebían más y más y empezaron a inquietarse y sus voces se alzaron en tonos más altos. Unas pocas señoras cerca de Lucano le contemplaron con repentino interés. Todas las mujeres habían descartado la clásica estola; permanecían sentadas envueltas en las más delgadas y costosas sedas de colores, lienzos y brocados que, aunque cubrían sus pechos, revelaban todos los detalles de curva y pezones. Sus suaves hombros brillaban a la luz de las lámparas. Sus frentes estaban húmedas, sus labios más y más llenos y rojos. Algunas se inclinaban en sus sillas y recostaban sus cuerpos contra los hombres, invitando a besos sobre sus gargantas, hombros y boca. Los esclavos habían colocado guirnaldas de rosas sobre todas las cabezas y el perfume del jardín, la hierba y los bálsamos llenaron todo el pórtico. El resplandor de las joyas hirió los ojos de Lucano; las lámparas parecían adquirir mayor fulgor e intensidad. Tenía hambre, y se sentía violento en su aislamiento cerca de la columna. La música se mezclaba con el fragante rumor de las fuentes, cuando podía ser oído por encima de las voces. Se dio cuenta de que la cabeza de la mesa en forma de U se extendía un gran diván cubierto con púrpura imperial y lleno de cojines sirios. Por lo tanto los invitados estaban esperando a la augusta, Julia. No sabía que era su costumbre permitir que sus invitados se emborrachasen antes de aparecer a fin de que el hecho de que ya no era joven se difuminase entre la multitud. Los jarrones alejandrinos que sostenían las flores de las mesas empezaron a chispear con un excesivo color para Lucano. Se sentía muy aburrido. Diodoro había hablado de orgías y desbordamiento. Al joven griego aquello le parecía excesivamente gris. Las roncadas voces de los hombres le molestaban. El agudo e insistente tono de las mujeres eran como si le metiesen una cuña en sus oídos.

Una mano deferente tocó su brazo. Uno de los encargados del lugar, que criticaba a los camareros por cualquier falta, permanecía tras él.

—Señor, ¿no has encontrado tu lugar? —murmuró.

—No —dijo Lucano con cortedad—. No sé si tengo lugar.

Luego vaciló.

—Soy Lucano, hijo de Diodoro Cirino y no he estado aquí antes.

El encargado le miró con horror. Hizo una profunda reverencia hasta que su cabeza llegó al nivel de las rodillas de Lucano, luego dijo con voz trémula:

— ¡Pero Señor!... has de sentarte en el diván de la augusta. Su voz se hizo terrible y miró hacia los otros encargados que acudieron a toda prisa, luego dijo:

— ¡Aquí está el huésped honrado y ninguno le ha conducido a su lugar!..., ¡mañana habrá latigazos!

Los invitados cercanos detuvieron su conversación para mirar. Lucano, enrojeciendo, retrocedió y sus pies se enredaron con una de las alfombras persas con las que se cubrían los mármoles y blancos suelos del pórtico.

—No, es culpa mía, y de nadie más.

— ¿No fuiste escoltado hasta aquí, señor? —preguntó el primer encargado mientras los otros se reunían a su alrededor para su mayor violencia. Luego Lucano recordó que Plotio había quedado en llevarle él mismo, pero Lucano había olvidado esperar. Luego añadió con prisa:

—Tenía un guía, Plotio, de los pretorianos, pero no le esperé.

El encargado gruñó. Sus compañeros le hicieron eco. Luego se inclinaron a la vez en una profunda reverencia. Más y más invitados empezaron a interesarse. Los encargados rodearon a Lucano como si fuese una guardia y ceremoniosamente le llevaron al diván de púrpura. Un profundo silencio cayó sobre los invitados cuando Lucano se sentó y todos los ojos quedaron fijos en él. Fue colocada una guirnalda sobre su cabeza. Un niño quitó sus sandalias y ungió sus pies. Después le fue escanciado vino. Su rostro estaba rojo y sudaba. No sabía donde mirar, pero finalmente miró al final del pórtico. Plotio estaba allí, tratando de fruncir el ceño pero consiguiendo tan sólo aparecer enormemente divertido. Lucano tomó un largo trago de vino. El silencio del pórtico, el intento de verle, era enervador. De pronto la música se alzó exuberante acompañada por muchas voces dulces y las fuentes empezaron a cantar a la luna.

Las posaderas de Lucano fueron tragadas en la suavidad del diván. No podía hacerse a la idea de reclinarse como los otros hombres estaban reclinados. Apoyó un codo en un cojín e interiormente maldijo a Plotio, los invitados, a sí mismo, a Julia y luego a Tiberio. Se vio a sí mismo como un novato en aquella reunión, un nuevo recién llegado. Y de nuevo se sintió enfurecido.

Un murmullo recorrió todos los invitados murmurando su nombre, como un viento turbulento que agitase filas de flores porque innumerables joyas, ricos colores, oscuros y niveos rostros, alegres túnicas, brillantes miradas y lustrosos cabellos se mezclaban en grupos de confusa exhuberancia y excitación bajo los destellos de las

prismáticas lámparas. Los hombres se alzaban sobre los cojines; las mujeres alzaban sus cuellos, sus blancos dientes deslumbrando en medio de rojos labios mientras sonreían descaradamente a Lucano. El griego crispó su mano sobre la ropa cuajada de gemas y bebió de nuevo.

— ¡Lucano! —Murmuraban todos con exclamaciones—. ¡Lucano, el hijo de Diodoro!

Después todos estallaron en una carcajada, cordial, y alzaron sus copas en honor del joven; los hombres inclinaron sus cabezas en gesto de saludo y las mujeres dirigieron sus manos cuajadas de joyas a sus complicados peinados.

— ¡Bienvenido! ¡Saludos! —Exclamaron los invitados—. ¡Bienvenido, noble Lucano!

El joven trató de sonreír; se sentía a disgusto y completamente embarazado. Vio que Plotio le hacía también una reverencia con mucha ironía e involuntariamente rompió a reír. Una ramera apareció de nuevo junto a él y llenó su copa otra vez. El vino estaba endulzado y era fuerte. La luna iluminaba la escena a través del aire claro; las estrellas brillaban en el cielo parpadeando sobre el jardín y las lámparas oscilaban mientras las fuentes iluminadas reflejaban su luz sobre las estatuas que se alzaban en ellas.

De repente sonó una trompeta; una sola y, los invitados se levantaron con un rápido murmullo, esperando. Lucano se levantó también con dificultad, porque el diván era demasiado suave y profundo y además empezaba a sentir los efectos del vino. Julia, acompañada por Jacinto y Oris, los atletas, había aparecido en el pórtico.

Lucano vio con gran disgusto que iba vestida según la antigua moda cretense. No era ni muy alta ni muy baja y su figura era voluptuosa, su carne muy blanca. Su ajustado vestido, copiado de los modelos usados por las mujeres cretenses, había sido tejido de oro y cubría todo su cuerpo, incluso los brazos, con excepción de sus pechos, que aparecían desnudos y con los pezones pintados de color escarlata; el vestido caía de sus caderas formando pliegues bordados con joyas y pintado, con plumas de pavo real. Estaba orgullosa de sus pechos, mostrados con tanta evidencia, porque eran blanquísimos, con un lustre delicado, de curva impecable y firmes. Sus cabellos, de un tono dorado de vino viejo, habían sido peinados en alto y con sumo cuidado y, siguiendo su vestidura cretense, llevaba un diminuto sombrero parecido a una multicolor mariposa, fulgurante de gemas sobre la cima de sus rizos. El tejido de oro de su vestido modelaba sus caderas como si estuviese pegado a las curvas de su carne y la coquetería de su sombrero y el brillo de sus joyas parecían asociarse para dejar deslumbrados a quienes la contemplaban, para aplastarles con magnificencia. Todos sus movimientos eran sensuales, calculados y, por lo menos para Lucano, carnales y vulgares, acentuados por el metálico vestido.

Los invitados de aquella mujer radiante. Ella se detuvo a poca distancia para reconocer el recibimiento, y Lucano pudo ver su rostro primero de perfil, luego de frente. De perfil tenía un cierto aire de fría lejanía, que le recordaba una estatua de Palas Atenea, pero cuando se volvió de frente vio su aspecto ancho, imperioso y duro y grosero, en un grado más que lo corriente. Su cutis era excelente y las ligeras arrugas que tenía habían sido disimuladas hábilmente bajo una capa de pintura y polvos sonrosados; sus extraños ojos parecían de lapislázuli entre rígidas pestañas negras espolvoreadas con polvo de oro; tenía una boca sensual con el labio inferior grueso, deslumbrante de pintura roja. Poseía una nariz corta y algo gruesa con las fosas nasales ampliamente abiertas. Producía una impresión a la vez cruel y sentimental, orgullosa y presumida, arrogante y sin embargo familiar. Para Lucano tenía un aire de cierta fiera barbarie, y pensó en el frío y orgulloso Tiberio que era su esposo y en el viejo soldado Augusto César Cayo Octavio, que había sido su padre. Intentó no mirar a la descarada exhibición de sus pechos que le producían embarazo.

Jacinto y Oris, tocando familiarmente sus codos, la condujeron hacia el diván imperial y por primera vez ella miró a Lucano. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa encantadora, cálida y de bienvenida, seductora como la de una muchacha. El joven se inclinó ante ella en saludo y mantuvo su cabeza inclinada mientras ella se sentaba con un gesto gracioso y metálicos murmullos y Lucano se sintió casi abrumado por su sensual perfume. Luego se sintió atemorizado al ver que era su voluntad que Jacinto y Oris, que hicieron un gesto sombrío al reconocerle, se sentasen juntos a su mano derecha y Lucano a su izquierda.

—Saludos, noble Lucano —dijo Julia al joven.

Tenía una voz masculina y sensual, como la de una mujer de bajo nacimiento, pese a descender de una gran familia.

—Saludos, Augusta —murmuró como respuesta, y se dejó tragar de nuevo por el diván con un sentimiento de desesperanza.

Los invitados se sentaron produciendo un sonido de suave brisa y la música aumentó de tono y ritmo mientras los cantores iniciaban un canto de adulación a una diosa. Julia estaba de buen humor. Con frecuencia estaba peligrosamente aburrida y descontenta, pero aquella noche estaba excitada. Jacinto y Oris, vestidos con túnicas color de rosa y ceñidos con cinturones de oro, miraban ariscos a Lucano, lo cual divertía a la emperatriz. Los invitados creyendo que el joven griego era un nuevo favorito, como en realidad era, aunque él no lo supiese, le miraban con miradas de adulación y expectación. Pero Julia, hasta entonces, salvo sus palabras de bienvenida, ignoró su presencia. Julia se dedicaba a atormentar a Jacinto y Oris con sonrisas especiales, caricias en las mejillas y cuellos con sus enjovadas manos y murmullos significativos.

Una horda de criados entro en el pórtico portadores de deslumbrantes platos y bandejas, llenos de uvas, higos, aceitunas y otros manjares. Platos de oro fueron colocados ante los invitados, las copas fueron llenadas de nuevo. Junto a cada plato fueron colocados cuchillos de oro, tenedores, cucharas de variadas formas, mondadientes, bordadas servilletas y pequeños recipientes de agua caliente y perfumada. La curiosidad se impuso a la intranquilidad de Lucano. Estudió el primer plato, momentáneamente sordo al clamor cada vez

mayor, a la música y a Julia. Era una enorme fuente con bordes ondulados, llena de pequeñas ardillas, guisadas con aceite y miel y cubiertas de semillas de amapolas. Otras fuentes contenían huevos especiales, riñones inmersos en aceite, pequeños pescados ahumados, hígados de pato sobre los que había sido vertida una salsa de olor penetrante y cabezas de ternera hervidas. Los criados pululaban alrededor de los invitados, ofreciendo servilletas limpias después que los dedos habían sido sumergidos en los recipientes de agua para limpiarlos de las salsas y aceite, rellenando las copas con vino caliente y ofreciendo panecillos de curiosas formas y recién sacados del horno.

Lucano no había visto nunca tanta profusión de alimentos. Ingenuamente creyó que aquello componía el banquete. Rechazó las ardillas, comió un poco de hígado y un trozo de queso. El vino estaba empezando a producirle efecto dándole una visión torcida de la mesa, demasiado brillante, llena de colores e intensa luz. Su inquietud por estar tan cerca de Julia, cuyos pechos empezaban a estar excesivamente próximos, aumentó. En sus oídos vibraban las voces, risas y música y su cabeza empezó a darle vueltas. Para refrescar su enfebrecida boca, comió una granada, unos cuantos dátiles y un puñado de uvas. No apagaron su fiebre y se encontró bebiendo de nuevo el helado vino.

Se hizo una pausa en el banquete. Los criados retiraron los untados platos y las vajillas, y volvieron a colocar servilletas nuevas. Hasta entonces nadie había dirigido la palabra a Lucano. Los invitados esperaban a que Julia le hablase primero y percibir en el tono de su voz la importancia del favorito, su estado en la consideración de Julia y cómo tendrían que dirigirse a él y tratarle. Pero Julia estaba medio reclinada contra el cuerpo de Jacinto. Las demás mujeres también habían abandonado sus sillas, que habían sido retiradas por los criados con maestría, y se habían recostado sobre divanes cercanos apretando sus cuerpos deseosos contra la carne de los hombres. Los rostros empezaron a enrojecer; las guiraldas empezaron a caerse de las cabezas de algunos; las risas adquirieron un tono elevado y agudo. Aquí y allá los hombres empezaron a desnudar las túnicas de pechos y hombros de algunas mujeres jóvenes y a besarlos ardientemente. Lucano, pese a su condición de médico, se sintió cada vez más inquieto y molesto. De modo que aquello era a lo que la emancipación de las mujeres romanas les había conducido, a aquel despliegue de deseos inmodesto y vulgar; a aquellos diálogos torpes, a aquellas discusiones medio embriagadas, a aquella charla intrascendente sobre negocios, chismes y política; a aquella insistencia torpe y ordinaria. Pensó en Aurelia y en su madre Iris, hábiles en los deberes caseros, la amabilidad, el cuidado de los niños y el cariño hacia los esposos. Ellas no habían conocido mucho a Virgilio u Homero, ni podían discutir campañas militares o pleitos legales prominentes en las Cortes de Justicia, como habían hecho aquellas mujeres hacía poco, pero podían llevar paz, alegría y honor a sus hogares, sus hijos y esposos las reverenciaban y el divorcio y adulterio era desconocido entre ellas. Lucano reflexionó. ¿Declinaba y decaía una nación cuando las mujeres ganaban el dominio y cuando ninguna puerta de la ley, los negocios, la política estaba cerrada para ellas, o indicaba el dominio de las mujeres que una nación estaba en trance de decadencia?

Lucano pensó en la dulce Rubria y en la tímida y encantadora Sara ben Elazar. Repentinamente le pareció imposible que hubiesen existido en una época como aquella. Se sintió de pronto lleno de deseo y desesperada pasión por Sara e incluso olvidó sus votos. Sus manos se crisparon sobre sus rodillas mientras escuchaba la conversación de las mujeres en la mesa. Aunque el pórtico era abierto y los iluminados jardines se mezclaban con él, el aire dentro del recinto de columnas estaba cargado de perfumes y olores a cálido sudor. Repentinamente las sinuosas caderas de Julia empezaron a moverse hacia él, aunque ella aparentaba estar sumida en la conversación con los demás.

Lucano quedó rígido con un nuevo acceso de intenso disgusto, desprecio y vergüenza. Aquella mujer era la augusta, Julia, emperatriz del mundo, esposa de Tiberio, pero su voz, gestos y movimientos provocativos bajo el dorado y ajustado vestido eran característicos de una ramera, una mujer disoluta de la calle. Las caderas se apretaron más contra él; sus voluptuosos pechos palpitaron, los escarlata pezones se alzaron erectos, el tejido metálico de su vestido recortaba todas las curvas y detalles de su cuerpo, incluso el ombligo. El perfume sensual de la mujer tenía para el joven un tono de carroña.

El sonido de los címbalos anunció otro plato del festín y los esclavos entraron triunfalmente llevando en alto una enorme bandeja de plata sobre la que yacía un pez vivo, iridiscente con el brillo de sus escamas, coleteando desesperadamente en sus agonías finales. Lucano, horrorizado, pudo ver sus desorbitados latigazos de su cola de arco-iris.

El pez fue llevado triunfalmente alrededor de los invitados que aplaudían y examinaban a la pobre criatura con exclamaciones de ebrios. Entretanto los criados colocaron una humeante caldera de cobre llena de agua aromática en el centro de las mesas colocadas en forma de U y el cocinero principal apareció con una pequeña mesa de servicio cubierta con un tejido blanco de muselina bordada. Los portadores del pez llevaron el animal, que se movía espasmódicamente, hasta donde estaba el cocinero y éste lo cogió con sus grandes manos y lo introdujo en la caldera. Inmediatamente el agua empezó a agitarse y el olor de especias y hierbas se mezcló con nubes de vapor.

El cocinero, con la ayuda de dos criados que actuaban ceremoniosamente, extrajo luego el pez y lo extendió sobre un tronco de madera donde le preparó para la mesa. Su fragancia se mezcló entonces con los demás olores; su carne era sonrosada y jugosa. Fue servido en medio de una salsa hecha con vino, ajos y jugo de limones. Lucano contempló su porción incapaz de comerla. Se sintió de pronto presa de náuseas. Comió otro trozo de queso, lechuga, zanahoria, pepinillos, unas cuantas aceitunas, uvas, un trozo de pan y bebió otra copa de vino.

Julia, a fin de disfrutar del pescado, se levantó sobre sus codos y reclinó su cuerpo atravesándolo sobre el diván. Esto apartó las caderas de Lucano. Por primera vez se dirigió al joven entablando conversación con él, y con otra de sus encantadoras sonrisas preguntó:

— ¿No te gusta el pescado, Lucano?

Y por alguna razón desconocida el joven griego, cuya cabeza empezaba a vacilar curiosamente, no encontró su voz tan desagradable como antes.

Su pecho quedó reclinado contra sus hombros y Lucano no podía evitar su roce mientras pensaba «aunque no es joven, posee considerable belleza, aunque no tenga vergüenza.» Luego murmuró:

—Procedo de una familia austera y los lujos me son desconocidos.

Ella sonrió y un profundo hoyuelo apareció en el extremo de su roja boca. Alzó sus rizadas y pintadas pestañas con gesto curioso y respondió:

—Hemos de remediar esa austeridad.

Luego acarició suavemente las mejillas del joven con el dorso de su suave mano y le pellizcó cariñosamente. Una gran excitación recorría la sala, incluso entre los comensales borrachos. Julia había dado a conocer sus favores. A partir de aquel momento el joven griego sería un poder formidable en el palacio y algunos senadores, menos borrachos que otros, meditaron sobre esto. Jacinto y Oris se ruborizaron e intercambiaron miradas dirigiendo a Lucano una mirada de odio profundo que éste ignoró. Los dos atletas se quedaron tramando algo.

Quizá la música y los cantores se habían acercado del fondo a las mesas, porque Lucano podía oírles con repentina y fuerte claridad. Una mujer de voz rica y elocuente empezó a cantar:

*Me preguntas por qué lloro, doncella mía.
Escúchame ahora, mientras te digo por qué.
Lloro por un cadáver que yace desnudo
y por los labios que amé y ya no amo.
Por eso lloro y suspiro.*

*Mejor es amar en vano
y ansiar una dicha desconocida,
estar sumido en dolor interminable,
que bostezar con los deseos satisfechos,
y huir de un beso ofrecido.*

Los labios de Julia estaban apoyados en la oreja de Lucano y éste no se apartaba de ella, en parte por un sentimiento de aviso instintivo y porque no podía insultar ni siquiera a aquella indigna mujer. Ella murmuró en su oído:

—Y ansiar una dicha desconocida.

Fue entonces cuando Lucano comprendió a lo que ella intentaba inducirle y la miró con ojos dilatados y extraños viendo sus labios humedecidos y la agitación de su pecho. Se sintió abrumado y su disgusto le producía una fuerte náusea que atenazaba su garganta. Las caricias de Julia no habían sido nuevas coqueterías de una mujer sin recato concedidas a cualquier hombre. Eran una invitación y una orden. Una ira repentina se apoderó de él, a la vez que un sentimiento de degradación personal. Julia ofrecía su propia copa llevándola a los labios de él y Lucano se vio obligado a beber el vino. Aunque se sentía inundado de tempestuosas emociones, se sentía también mareado. Las mesas y sus ocupantes oscilaban suavemente ante sus ojos como si fueran en un barco. Lucano, incapaz de apartarse de la mano que se apoyaba en su cuello acariciándole, se dijo a sí mismo: «no sólo estoy disgustado y asustado, estoy también borracho y encelado.» Los dedos de Julia exploraban su cuello suave y delicadamente y su tacto era tan experto, tan conocedor, que el joven sintió un cálido deseo de responder. Repentinamente su carne empezó a estremecerse con deseos y ansias; su sentimiento de vergüenza aumentó. Bebió más vino.

Julia se echó a reír con suavidad, comprendiendo. Apartó su mano, porque los criados traían en aquel momento una fuente aún más grande sobre la que reposaban una rueda de lechoncitos de leche, dorados y jugosos e inmersos en una salsa picante, naranjas asadas y corazones de alcachofas. A éste, siguieron otros platos de ternera asada y otros manjares delicados. De nuevo los criados limpiaron los dedos de los invitados y les ofrecieron servilletas limpias.

El ruido del pórtico adquiría proporciones formidables. Estallidos de risa incontrolable surgían de entre las mujeres y gritos roncros de hombres. El ruido de los besos y palmadas contra la carne suave resonaban por encima de la música. Imitando a Julia, las mujeres se habían desnudado hasta la cintura y pechos sonrosados, ambarinos y blancos relumbraban a la luz de las lámparas. Lucano miraba con avidez; ya no era el médico objetivo; ya no pensaba que aquella turbulencia de pechos desnudos era un despliegue de simples órganos mamarios. Las sinuosas caderas de las mujeres le fascinaban y le estremecían. Olvidó abstenerse del vino y a medida que su copa era llenada de nuevo, bebía sediento. Toda la escena bacanal se mezclaba con un grandioso despliegue de deslumbrantes colores, desnudos, olores sensuales y relámpagos de luces de múltiples tonalidades. Le parecía que las columnas del pórtico tenían un brillo de luz de luna propio y estaban

iluminadas por dentro y que las estatuas de las grutas y hornacinas estaban vivas y le hacían gestos obscenos y libertinos.

Se estremecía. Julia le besaba la garganta y sus manos le acariciaban. Un deseo poderoso se apoderó de él. Le pareció la mujer más hermosa y deseable. Se sintió estremecer con un repentino placer. Los ojos de ella parecían reírse de él, hizo un gesto como si estuviese satisfecha y se apartó de él humedeciendo su boca palpitante. Luego, caprichosa y burlona, se dedicó a sus anteriores favoritos, que habían permanecido tramando la muerte de Lucano. Pero las huellas que sus dedos habían dejado en Lucano ardían como fuego.

Lucano perdió la noción del tiempo y quedó sumido en encontradas sensaciones, de calor, de mareo, deseos persistentes, confusión, oscuridades momentáneas, silencios llenos con arco-iris deslizantes y un continuo clamor. Intentó aclarar su vista parpadeando para librarse de una niebla sonrosada, azul, plateada y escarlata; sus oídos estaban ensordecidos con el ruido de las voces y la música. Se preguntó a sí mismo, creyendo que se hacía la pregunta más seria e importante del mundo: «¿Quién soy yo?» Su boca estaba llena de deliciosos sabores; el vino era enloquecedor. Se apoyó contra la mesa, se aferró al borde del diván por temor a caerse porque le parecía que se balanceaba bajo él. Estaba seguro de que sus pensamientos contenían la sabiduría de los siglos, que penetraba en tremendos secretos que acudían a él desde la eternidad. La mano izquierda de Julia apoyada sobre su cadera le parecía la más deliciosa presión. «Me he perdido tantas cosas», pensó solemnemente, y sus ojos se llenaron de lágrimas nacidas de la piedad que sentía hacia sí mismo. Aquella compañía era deliciosa y todos los invitados perfectos como dioses y diosas, encantadores, maravillosos en su amistad, inteligentes y amables. La luna era el escudo de Artemis; la estudió con la esperanza de que la diosa virgen radiante saldría de detrás de ella, vestida de argentina belleza. Las estatuas brillaban frenéticamente en sus grutas. La corona de rosas se deslizó de la cabeza de Lucano y el joven, con gesto meticuloso y cuidadoso, volvió a colocarla en la posición debida. Por alguna razón aquello le parecía absolutamente necesario. «No hay duda de que no estoy borracho», se dijo a sí mismo con severidad. «Sencillamente, es que nunca he sabido lo que era vivir.» De nuevo sus ojos se humedecieron con lágrimas y sollozó por su anterior personalidad sacrificada. Sus manos y pies estaban pesados, pero el resto de su cuerpo palpitaba. No pensó en Sara ni en Rubria, pero las imágenes difusas de ambas, como fantasmas sin rostro, permanecían en él, aumentando su marcada exaltación. Sus miembros se aflojaron.

Multitud de sonos atravesaron su mente haciéndole estremecer de placer en placer, inundándole de pensamientos, de susurros. Lucano volvía en sí durante breves intervalos y descubría que estaba conversando amigablemente y con feliz intensidad con la señora sentada junto a él y, aparentemente, había estado conversando durante bastante tiempo. Pero lo que había dicho para mantener tan pendiente a él su profunda mirada negra no lo sabía. Agitó su cabeza, como sorprendido, y ella le murmuró al oído:

—Hablas con arrebató. Continúa.

Lucano movió de nuevo su cabeza y se sintió sumido en otra serie de brillantes imágenes. Sin embargo, todos sus sentidos estaban iluminados, elevados. Se retiró dentro de sí mismo durante un rato para reflexionar con gozo sobre todo aquello. Estaba completamente borracho.

Los esclavos aparecieron llevando una amplia plataforma de madera que instalaron en la hierba cerca del pórtico. Arrojaron cestos de rosas sobre los invitados y perfumaron el cálido aire con perfume. La luna pareció acercarse más hasta el extremo que parecía estar al alcance de la mano y una suave brisa se alzó en el jardín mientras que las copas de los cipreses parecían coronadas con puntas de fuego plateado. Aparecieron danzantes, luchadores, cantantes y actores, pero sus actuaciones pasaron casi desapercibidas porque la mayoría de los invitados estaban roncando ruidosamente, entretenidos con sus vecinos o parpadeando estúpidamente. Pero Lucano contempló a los atletas, tratando de verlos a través de la niebla sonrosada que impedía su visión. Dirigiéndose a la dama que mantenía encantada, manifestó:

—Ofrecen un pobre espectáculo.

Oris estaba dormido, pero Jacinto oyó las palabras de Lucano y exclamó:

— ¡Ellos no usan magia!

Sus ojos brillaron con ira y celos.

Lucano afirmó con gran solemnidad:

—Podría vencerlos a todos. —Bebió más vino, asintió con un gesto de su cabeza y repitió con pesado énfasis—: Podría vencerlos a todos.

Julia se volvió hacia él, besó uno de sus hombros y murmuró:

—Sí, lo sé, mi divino Apolo.

Sonó un agudo toque de trompetas y las lámparas de colores brillaron más intensamente sobre la plataforma. Los esclavos arrojaron pétalos de rosas sobre ella. Cinco jóvenes, con las piernas cubiertas para imitar las patas cabrunas y los cascos de Pan, con los lomos adornados con guirnalda de amapolas rojas, saltaron sobre la plataforma con gritos agudos y delirantes. Llevaban flautas en los labios y acompañados por otros músicos llenaron el aire con agudos y enloquecedores sonos de sus flautas. Sus excitados y vivarachos ojos miraban a todos lados como si fuesen aladas libélulas, mientras danzaban, saltaban y se agitaban en el aire. Las flautas ensordecían los oídos e incluso aquellos que roncaban o cabeceaban se despertaron y prestaron atención. Los oscuros jardines prestaban un fondo perfecto a aquellos danzarines; sus enfundados pies resonaban y repiqueteaban sobre el tablado de madera; los rostros quedaron pronto cubiertos de sudor; jadeaban, se movían en círculos, se encabritaban mientras las guirnalda de sus cinturas se agitaban. Sus

movimientos eran sensuales e incitantes, los salvajes gestos de sus rostros excitaban pasiones. La música y el sonido de las flautas se hicieron más rápidos, más alocados, más exigentes.

Un grupo de muchachas, vestidas como ninfas en flotantes y transparentes vestidos y coronadas con lirios, saltaron sobre la plataforma con los brazos extendidos, sosteniendo velos sutiles ante sus hermosos rostros. Bailaron recatadamente, con miradas tímidas y aparentemente ignorantes de los sátiros que danzaban a su alrededor. Eludían ansiosos abrazos, cantando suavemente para sí mismas. Los sátiros empezaron a exaltarse hasta enloquecer; sus lenguas rojas emergieron lamiendo el aire. Los sonrosados cuerpos de las muchachas se transparentaban a través de sus delicados vestidos; sus jóvenes senos temblaban, sus cinturas se cimbreaban. Sus ojos brillaban tras los velos y sus largas cabelleras caían a su alrededor. Los sátiros saltaron más y más, frenéticos y lujuriosos, persiguiendo a las ninfas mientras éstas danzaban y giraban en la plataforma cantando.

Lucano no supo exactamente en qué momento quedó fríamente sobrio, aunque no de cuerpo, sí de mente. Miró a los danzantes con repentino disgusto y repugnancia. Deseó levantarse y marchar mientras sentía que sus sienes palpitaban de dolor. Le parecía que algún terrible peligro le amenazaba. Pero su carne no obedecía sus órdenes; quedó fláccidamente medio tendido en el diván. Percibía el cálido aliento de Julia en sus mejillas, su mano acariciando sus brazos, su voz susurrante confiándole vergonzosas palabras. Se sintió enfermo y se despreció a sí mismo. Deseó saltar dentro del agua fría y limpiar no sólo su cuerpo, sino también su espesa boca y su mente. Miró a los demás invitados y sus bocas entreabiertas en las que silbaba el aliento, oliendo a vino; miró a las mujeres con sus pechos desnudos y se sintió apoderado por una especie de horror y desprecio hacia ellas y hacia sí mismo. Sus ojos le ardían reseco y su estómago se sintió invadido por náuseas.

Las ninfas gemían con entremezclado terror y simulado placer, porque los sátiros las habían aprisionado entre sus nervudos brazos. Los sátiros, entonces, rasgaron los velos y vestidos de las ninfas y acariciaron sus desnudos cuerpos, enroscando sus peludas patas alrededor de ellas. Luego, alzaron a las ninfas en sus brazos, las elevaron sobre sus cabezas como si fueran estatuas vivientes y las transportaron hacia la oscuridad, con gruñidos animales de triunfo y placer.

Como si hubiese sido una señal, todas las luces del pórtico y los jardines fueron extinguidas inmediatamente y sólo la luz de la luna iluminó la hierba, los árboles y las revueltas y desordenadas mesas. Los invitados permanecieron sentados sumidos en silencio y estupor. Luego pareja tras pareja, abrazados juntos, se pusieron en pie y se alejaron hacia las grutas que ofrecían su oscuro cobijo, hacia los distantes jardines donde sólo se filtraba la luz de la luna. Lucano contempló como se alejaban y el asco poderoso volvió a adueñarse de él.

Después se encontró sólo con Julia y los dos atletas. Oris roncaba, sumido en la inconsciencia, mientras que Jacinto tenía el rostro enrojecido por la lujuria. Cuando la emperatriz se levantó reflejando en su vestido la luz de la luna, Jacinto se levantó con ella, pero ella se apartó de él. Sonrió a Lucano, le tomó de la mano y susurró:

—Ven —haciendo que el joven se pusiese de pie.

El cuerpo de Lucano estaba aún paralizado y torpe a causa del vino; las rodillas le temblaban. Pero el sentimiento de terrible amenaza se hizo más fuerte que él. Pudo entonces pensar en Tiberio, el poderoso César. Contempló a Julia con odio y sus ojos azules despidieron destellos iluminados por la luz plateada. Ella creyó que Lucano vaciló bajo el impacto de su cuerpo, porque no era una mujer de peso grácil y demás él estaba débil.

Jacinto, borracho e inflamado por los celos, empezó a dar vueltas alrededor de Lucano y Julia, y luego cogió al joven griego por un hombro lanzando obscenidades y amenazas. Lucano apartó a la emperatriz de sí y la fuerza volvió a su cuerpo. Agarró a Jacinto, le obligó a dar media vuelta y lo lanzó con violencia a los brazos de Julia. Ambos cayeron sobre el diván en un revuelo montón de cuerpos y piernas.

Luego Lucano corrió. Atravesó el pórtico a toda velocidad derribando mesas y sillas. Se deslizó veloz por sobre el silencioso y pulido suelo deslumbrante bajo la luz de esparcidas lámparas. Oyó que alguien corría tras él, acercándose cada vez más, dio media vuelta alzando los puños cerrados. Pero era Plotio.

—¡Rápido —exclamó el joven pretoriano—, por todas las furias, rápido!

Arrastró a Lucano hacia un corredor de mármol, largo y estrecho, que recorrieron con la velocidad de dos jóvenes Mercurios.

—Estás loco —exclamó Plotio jadeando.

—¿Creías que me iba a acostar con ella? —gritó Lucano enfurecido.

—No, pero hay medios menos violentos para rechazar a una dama —respondió Plotio. Luego gimió—. Y pensar que César me nombró tu guardia personal.

Detuvo repentinamente a Lucano y sus ojos recorrieron el corredor. Dos pretorianos paseaban arriba y abajo al final del mismo con las espadas desenvainadas. Plotio se dirigió a él con un murmullo.

—Corres un peligro mortal. La Augusta no olvidará esto. Conseguiré tu vida si puede, porque la has humillado más allá de lo que puede soportar.

Gimió suavemente, se quitó el yelmo y enjugó el sudor que cubría su frente con su vigoroso y moreno brazo.

—Escúchame. Hay una puerta de bronce a ocho pasos a la izquierda de la que sólo los oficiales tenemos llave, porque conduce a las habitaciones de abajo. Seguiré hasta allá y simularé que examino la cerradura. Luego distraeré más allá a mis hombres con una conversación. En el momento propicio corre hasta la puerta que yo habré abierto, pásala rápidamente, entra en el corredor que hay detrás y espérame allí.

Su voz sonó con gran urgencia.

Miró hacia atrás al camino por donde habían venido. Luego, con una mirada formidable dirigida a Lucano, que se sentía violentamente enfermo, dejó al joven médico. Se adelantó con rapidez en forma marcial hacia el salón que se abría ante ellos, se detuvo ante la puerta y simuló examinarla. Luego continuó hasta encontrarse con sus hombres, que se detuvieron y le saludaron.

Conteniendo sus náuseas, tratando de contener los eructos que acudían hasta su garganta, Lucano miró por detrás de la columna con sumo cuidado. Esperó hasta que Plotio hubo colocado a los pretorianos en forma que le diesen la espalda. Oyó sus rudas carcajadas mientras Plotio les explicaba algún chiste. Luego corrió hacia la puerta de bronce, la abrió tan silenciosamente como le fue posible y deslizóse en el oscuro y frío pasaje que se abría tras ella, cerrando la puerta a sus espaldas. Se apoyó contra la húmeda pared de piedra, cruzó sus brazos con fuerza sobre su estómago, y cerró los ojos intentando vencer el atronador dolor de su cabeza.

CAPITULO XXX

El pasadizo era estrecho y húmedo; pequeños regueros de agua corrían entre las sombrías piedras y un techo arqueado parecía presionar hacia abajo. Al final del mismo había una lámpara colgada de un gancho, débil y amarillenta y más allá de ella se abría otro pasadizo que se prolongaba formando ángulo recto. Reinaba allí un profundo y pesado silencio roto, sólo por el débil tintineo del agua.

Después que pudo controlar sus náuseas, Lucano miró a su alrededor y empezó a pensar... Parecía que hacía mucho tiempo que estaba esperando a Plotio. Frunció el ceño. Nunca en su vida había tenido sospechas de nadie ni enemistad. Pensó que su vida había discurrido demasiado protegida, excesivamente restringida, limitada al hogar y a los estudios. Había sido prevenido de la escena de aquella noche y de sus recientes experiencias que le habían abrumado. Había oído hablar de aquellas orgías; había visto una o dos versiones pequeñas de las mismas en Alejandría, las cuales le habían dejado indiferente porque no había tomado parte en ellas. «Si ahora me siento tan violento frente a estas cosas, ¿qué me ocurrirá cuando me lance de lleno a este rudo mundo? ¿Estaría otra vez como un niño?»

Le disgustaba pensar que había considerado a Tiberio César simplemente como un hombre poderoso, omnipotente, pero un hombre al fin. Pero era un terror, el dueño del mundo, marido de una arpía, señor de legiones, amo absoluto de todos los hombres. ¿Vengaría él a Julia? Además estaba Plotio, que era fiel al César. ¿Podía confiar en él? ¿Le habría conducido hasta aquel estrecho pasadizo a fin de matarle? ¿No estaría en aquel momento con Tiberio, aunque era casi la madrugada, considerando juntos aquel asunto? El hijo de Diodoro Cirinio no podía ser ejecutado públicamente, como un criminal. Su muerte no tenía que presenciarse nadie, nadie tenía que enterarse, y aquel lugar y hora, eran perfectos. Su cuerpo podía luego ser arrojado al Tíber y se publicaría después que había muerto misteriosamente mientras permanecía bajo el cuidado personal del propio César.

Lucano no deseaba morir. Pensó en su madre, sus hermanos y hermana. Pensó en todo el trabajo que tenía que hacer. Se preparó para defenderse. ¡Maldito fuese el vino que había bebido! Se separó de la pared y flexionó sus músculos. Pensó de nuevo en Plotio, armado con su espada corta, que pronto aparecería en el pasadizo. Sólo él y Jacinto habían visto como Lucano rechazaba a Julia con violencia. Era incluso posible que Plotio no estuviese en aquel momento con César; también era leal a Julia y podía ser que estuviese consultando con ella como deshacerse del hijo de unos esclavos en la forma más rápida posible.

«Es grande y fuerte», pensó Lucano, «pero soy mayor que él y más fuerte. Si no tuviese la espada podría estrangularle, o por lo menos vencerle.» Sin embargo, existía aquella espada. Lucano reflexionó con todos sus sentidos alerta. «Tendré que arreglarme para vencer a Plotio», se dijo a sí mismo. «Luego como pueda, encontraré la salida de este lugar abominable, no para volver junto a mi familia, a quienes pondría en peligro, sino para salir de Roma. Dio unos pasos hacia la linterna. ¿Por qué esperar a que Plotio volviese? Huiría ahora. Oyó el rechinar de la llave en la cerradura y se dio cuenta que era demasiado tarde.

Corrió hacia la puerta y se colocó contra la pared en forma tal que la puerta se abriese contra él y tuviese ocasión de saltar sobre Plotio antes de que el joven capitán se pusiese en guardia contra él. Si Plotio entraba con la espada desenvainada, tendría que morir. Lucano vaciló. «Pero es mi vida, la vida de mi familia y mi trabajo lo que he de proteger», pensó con la velocidad de la luz. Recordó el mandamiento que José ben Gamliel le había enseñado: «No matarás». Pero no se había mandado que un hombre no se defendiese a sí mismo.

La puerta se abrió rápidamente, el perfil de Plotio apareció y Lucano vio que no llevaba la espada desenvainada. Plotio, al no ver a Lucano tras de la puerta, maldijo con voz contenida y le llamó con ansiedad. Entró en el pasadizo y cerró la puerta tras él, la atrancó y luego dio media vuelta hacia el corredor. Entonces vio a Lucano, la palidez de su rostro y la tensión que le dominaba y comprendió. Le hizo un amplio guiño y dijo:

— ¿De modo que estabas preparado mi querido Hércules? No me preguntes nada. He hablado con el César.

Hablaba con tono divertido.

— ¿Qué dijo el César? —preguntó Lucano, no confiando del todo en él.

— Ah, vas aprendiendo —respondió Plotio, moviendo su cabeza con admiración—. Sólo dije al César que careces de experiencia y que habías ofendido a la Augusta tontamente, la cual es notable por su falta de

paciencia para sufrir ofensas. Te lo he dicho, no me preguntes nada. Tu vida corre el más mortal peligro. Sígueme.

Pero Lucano vaciló. Retrocedió con gesto belicoso ante Plotio.

— ¿No estoy bajo la protección del César como invitado en su palacio? Tan sólo ha de dar la orden y ni siquiera la Augusta se atreverá a levantar su mano contra mí.

Plotio suspiró con impaciencia.

—Que poco sabes, mi buen inocente. Julia no podría ordenar tu muerte abiertamente, teniendo en cuenta las circunstancias de tu presencia aquí. No, tu muerte ocurriría más disimuladamente y el César no podría impedirlo. Existe el veneno, lo has de comprender, o un accidente y luego tu cuerpo sería enviado con pesar a tu familia con una carta manuscrita del César. Julia tiene muchos espías y devotos en el Palatino, más que el propio César. Por lo tanto hay que protegerte. Mañana, disfrazado, abandonarás la ciudad en un buque que te estará esperando en el puerto. Bajo ninguna circunstancia debes volver a tu casa o llevarás allí la muerte no solo para ti sino también para los que amas. Una vez a salvo se hará creer a Julia con habilidad que César se enfadó contigo y te ha desterrado.

Hizo una pausa y miró a Lucano que le estaba aún vigilando.

—Fue una suerte para mí que Julia no supiese que yo estaba escondido al final del pórtico —añadió luego—. Pero Jacinto no tuvo tanta suerte y ha sido el único testigo de su humillación. Sin duda estará muerto antes de la puesta del sol, cayéndose por unas escaleras, por ejemplo.

— ¡Qué César, qué Augusta y qué ciudad! —exclamó Lucano.

Plotio le miró boquiabierto, luego movió la cabeza.

— ¡Y qué inocente! —respondió.

—No me fío de nadie —dijo Lucano.

—Excelente, mi buen amigo. Seguiré hasta mis habitaciones y tú vendrás tras de mí. Me vi obligado a dejarte aquí por algún tiempo a fin de asegurarme de que mis colegas oficiales están durmiendo o de guardia. Pero dentro de pocos momentos habrá relevo de guardia y hemos de damos prisa.

Lucano vaciló aún. Después de todo no conocía mucho a Plotio. Luego dijo:

—Te seguiré, pero déjame primero que te quite la espada.

Plotio le miró a los ojos y Lucano le desarmó. Luego el soldado inició una rápida marcha por el pasadizo y volvió hacia la derecha, seguido de Lucano que empuñaba la espada y miraba con precaución a su alrededor. En el pasadizo más alejado existían una serie de puertas de roble y débiles ronquidos sonaban tras ellas. El lugar era más seco, se percibían un olor a hierba procedente de algún desconocido y llegaba el murmullo distinto del viento exterior. Plotio se detuvo ante una puerta, abrió con una llave y entró haciendo un gesto a Lucano para que le siguiese. Cuando Lucano estuvo dentro, Plotio cerró con rapidez la puerta y la atrancó. Luego habló en voz baja.

—Debemos hablar en voz baja. Nadie debe saber que estás aquí porque yo, como tú, no me fío de nadie.

Su pequeño dormitorio, iluminado por una sola y silbante lámpara era sobrio y austero. Contenía solo una cama tosca, una silla y una mesa sobre la que estaba la lámpara. De las encaladas paredes colgaban espadas y dos escudos, y en ellas se abrían varios nichos en los que habían cabezas de dioses que parecían de juguete. En una de las hornacinas, un poco mayor que las otras, estaba un busto de Diodoro, hábilmente esculpido en mármol sobre el que pendía el estandarte de Roma y Lucano lo vio inmediatamente. Pese a estar aún bajo los efectos del vino sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Puso la espada sobre la mesa, miró a Plotio frente a frente y dijo:

—Sé que puedo confiar en ti —y señaló el busto—, tú amabas a mi padre.

—Si —dijo Plotio. Se acercó al pequeño busto y lo tocó con reverencia—, como mi padre le amaba y mi tío, el senador que murió a causa de sus colegas, porque amaba a su patria y era un hombre honrado.

Hizo una pausa.

—Así le amó Tiberio también.

Lucano se sentó sobre el borde de la cama. Su dolor de cabeza se hacía cada vez más insoportable y se sintió lleno de tristeza porque no podría ver otra vez a su familia; quizá nunca más. Sostuvo la cabeza entre las manos y gimió:

—Me gustaría un poco de agua, agua muy fría.

Plotio riendo suavemente, alzó un jarro del suelo y lo acercó a los labios de Lucano. El joven bebió con insaciable sed. Inmediatamente se sintió invadido por las náuseas y Plotio corrió con rapidez una oscura cortina y le empujó hacia la letrina que había detrás. Allí se retorció y vomitó el vino agrio hasta que quedó completamente exhausto. Pero su dolor de cabeza persistió. Cuando acabó de devolver volvió al dormitorio, donde Plotio esperaba aún armado y con el yelmo puesto. Se había puesto una capa sobre el uniforme y bostezaba como si aquello fuese la cosa más corriente del mundo.

—No te dejaré ni un momento —dijo—. Se quitó el casco y lo puso sobre la mesa—. Ocuparás mi cama y yo dormiré acostado en el umbral, envuelto en mi capa. No protestes. Tu carne es más delicada que la mía; soy militar y estoy acostumbrado a dormir en el suelo: He atrancado la puerta pero es posible, aunque no probable, que alguien nos viese cuando huimos del banquete de Julia.

— ¡Y pensar que ni el propio César puede protegerme —dijo Lucano con desprecio— de una mujer indeseable!

—Durante ciertos momentos no parecía que la considerases indeseable —dijo Plotio mostrando su poderosa dentadura al sonreír con un gesto feliz—, recuerdo momentos en los que le devolviste sus besos con ardor e incluso, en una ocasión, recuerdo que la quitaste su sombrero cretense y te lo pusiste gravemente, en la cabeza con gran admiración de los invitados.

— ¡Imposible! —exclamó Lucano horrorizado.

—Fue así, sin duda alguna.

Plotio se divertía a costa de Lucano. Alzó su mano con gesto de juramento y añadió:

—Te lo juro. También ofreciste a Julia en más de una ocasión hacerle una demostración de tus facultades de atleta, sólo que ni Jacinto ni Oris lo deseaban. Entonces declaraste que con ocasión de los Juegos Griegos, dentro de una semana, retarías a cualquier atleta a cualquier clase de ejercicio. Los invitados manifestaron su gran interés y Julia se sintió muy orgullosa.

Lucano recordó las brillantes y cálidas visiones que atravesaron su mente durante el banquete. Mientras Plotio hablaba recordó repentinamente y con vergüenza el aplauso de los invitados y débilmente, como en un sueño, se vio a sí mismo de pie y haciendo una reverencia. Gimió y apretó sus sienes entre las manos.

—Alardeaste —continuó Plotio cada vez más divertido—, acerca de un tal Bruno, que era semejante a un oso, que te había enseñado a luchar en Alejandría y a quien finalmente derrotaste. Aseguraste también que poseías una copa de oro, testimonio de que en cuestiones atléticas eras el mejor.

Lucano gimió con más fuerza. Era cierto. Plotio no podía saber aquellas cosas, si él mismo no las hubiese dicho.

—Y en cuanto al baile, aseguraste que eras un verdadero experto. Si Julia no te lo hubiese impedido, hubieses dado una espléndida exhibición allí mismo. —Plotio suspiró—. Personalmente hubiese disfrutado con la exhibición. Era evidente, sin embargo, que la Augusta deseaba, ver tus habilidades en privado. —Suspiró de nuevo—. Pero si hubieses decidido mostrar tus poderes en ese terreno, hubieses herido al César más allá de toda medida, no porque te hubieses acostado con su esposa —porque ella se ha acostado ya con tantos— sino porque cree que eres un hombre bueno.

Frunció un poco los labios reflexionando.

—Ha comprendido todo, cuando le hablé hace un rato.

Lucano se frotó las sienes con las manos estremeciéndose.

— ¿Por qué no se divorcia o la exila? ¿Es tonto ese hombre?

—Julia es la hija del viejo Augusto, y el pueblo amaba al padre, pero no ama a Tiberio.

Lucano se estremeció de nuevo. Sufría náuseas aún y sentía como si mil pequeños demonios golpeasen en su cráneo. Se sentía también profundamente avergonzado. Miró a Plotio y de repente los dos jóvenes rompieron a reír. Plotio apoyado contra la pared incapaz de contenerse y Lucano reclinado sobre el lecho. Su paroxismo era tanto más violento cuanto se veían obligados a ahogar sus risas entre sus brazos y manos. Cuando Plotio pudo contenerse añadió ronco a causa de su alborozo:

—Juraste que si Julia besaba tu guirnalda te comerías las rosas con espinas y todo. Pero ella susurró algo en tu oído que aparentemente te hizo cambiar de opinión. Me encantaría saber que te dijo.

— ¡A mí no! —exclamó Lucano. Entonces se dio cuenta que iba cubierto únicamente con su suave túnica azul porque en algún lugar había dejado su toga. ¡Esperemos que me crea impotente y que no quise mostrarle mi impotencia!

Volvieron a reír. Lucano bebió un poco más de agua con todo cuidado. Plotio no le permitió apagar la lámpara. Se tendió ante la puerta sobre el suelo de piedra envuelto en su capa y quedó inmediatamente dormido. Pero cuando Lucano quedó solo consigo mismo fue incapaz de conciliar el sueño. Pronto estaría lejos de aquellos a quien amaba, exilado. ¿Pero acaso no había deseado aquello? Dio vueltas en la cama inquieto. Hacía rato que había amanecido y oyó los pies apresurados de muchos oficiales que pasaban por el corredor antes de quedar dormido en una febril modorra.

Tuvo un sueño extraño y terrible. Vio a Roma en llamas; oyó el atronador sonido de cientos de miles de columnas que caían abatidas sobre el suelo. Escuchó los alborotados lamentos de la multitud. Los cielos negros se enrojecían sobre las cabezas y un inmenso olor de corrupción, como carroña quemada, se extendió sobre la ciudad. Vio Césares inflamados de maldad, con rostros corruptos o estúpidos, coronados con hojas de laurel o roble. Los pórticos caían envueltos en llamas, los templos se derribaban como si fuesen de papel y desaparecían. Los circos rugían llenos de fieras y los leones escapaban de sus jaulas y caían sobre el populacho que huía. Desde algún lugar se oyó una voz profunda y poderosa: « ¡Ay, ay de ti Roma!» y su atronador sonido llenó todo el universo mientras las estatuas enrojecidas de los dioses explotaban en fragmentos rojizos, caían con las columnas, las blancas paredes se inflamaban como velámenes y se hundían, las Siete Colinas humeaban cual hogueras y el Tíber discurría como un río de sangre.

Cuando Lucano se despertó vio que la lámpara había sido llenada de nuevo y ardía con luz amarillenta. No tenía modo de saber qué hora era, pero sintió que era muy tarde. La habitación carecía de ventanas. Entró en el retrete; al final de la pétreo pared recordaba haber visto unos pequeños agujeros para la ventilación; se puso sobre la letrina y miró por los agujeros. Vio un bloque de verdura, vislumbró cipreses de los que procedía una brisa soleada y purpurada. Dedujo que había pasado el mediodía. Volvió al dormitorio y por primera vez vio que le habían dejado una comida compuesta de queso fresco, pan moreno, vino de soldado y un cesto de fruta. Con un apetito que le sorprendió, comió y bebió. Aquella era la comida que él conocía.

Comprendió que tendría que esperar. Su seguridad dependía de fuentes poco dignas de confianza y muy astutas. Probó la puerta y comprobó que estaba cerrada por fuera. Corrió el cerrojo interior como medida de precaución. Luego paseó inquieto de un lado a otro en la pequeña habitación, mientras pensaba. Si no fuese por su familia le alegraría abandonar Roma y sus alrededores al instante.

Por fin una llave rechinó en la cerradura. Luego oyó la voz contenida de Plotio.

—Soy yo.

Quitó el cerrojo y se retiró hacia dentro rápidamente. Plotio entró, con sonrisa de comprensión. Traía un gran paquete en sus brazos que depositó sobre la cama.

—Mientras tú dormías como un niño, mi querido Lucano yo he estado muy ocupado. Primero por orden del César, el prefecto de los pretorianos colocó noticias visibles por el palacio diciendo que habías sido desterrado a primera hora de la mañana. Esto era para calmar la ira de la Augusta —su rostro cambió de expresión—. No me equivoqué. Jacinto fue encontrado muerto en su cama hace unas horas. Envenenado. Su amigo, Gris, está ahora en el Marmetino, acusado de haberle asesinado.

— ¡Pero él no ha asesinado a Jacinto!

Plotio se pellizcó los labios y miró al techo.

—Tengo entendido que confesó... bajo tortura. Si Oris no hubiese estado borracho o dormido hubiese sido envenenado también. Ah, bien; todos los hombres han de morir.

— ¿Qué ocurrirá a Oris?

—No puedes hacer nada, amigo mío. Te he dicho que he estado muy ocupado. He visitado tu hogar y ahí, en ese gran paquete, está tu instrumental médico, algunos vestidos, algunos regalos de tu madre y Keptah y tus libros de medicina. ¡Qué! ¿Vas a llorar ahora? Tu madre y Keptah comprenden. Ahí tienes cartas de los dos.

Luego añadió:

—A pesar del edicto de destierro es posible que la Augusta tenga espías merodeando, no sólo en el palacio, sino en las puertas de la ciudad, dispuestos a caer sobre ti y matarte. Por lo tanto hace falta el disfraz.

Abrió el paquete y sacó de él unos toscos vestidos marrones, usados generalmente por los esclavos y capataces rurales y una peluca muy bien imitada de gruesos bucles negros. También un par de sandalias de suela de madera y un cinturón de cuerdas trenzadas.

—Irás a la puerta Esquilina donde te espera una humilde cabalgadura. Pero hasta la puerta tendrás que ir andando. Es un viaje largo.

Hurgó en el paquete otra vez y extrajo dos sacos de dinero. Vertió una dorada y tintineante corriente sobre la cama.

—El más pequeño es de tu madre. El mayor del César, que te lo envía con sus saludos. Y aquí hay otro regalo de Tiberio que, ciertamente, debe amarte.

Plotio desenvolvió con reverencia un anillo de increíble magnificencia. Era muy grande y representaba la frente y escudo de Artemis con brillantes diamantes, insertos en el centro de una turquesa y todo engarzado en oro.

—Observarás —dijo Plotio—, que es un anillo virginal.

—No soy virgen, aunque esto pueda sorprenderte —respondió Lucano con una risa ligera.

Se puso el anillo en un dedo y luego le dio vuelta a fin de que su riqueza quedase oculta en la palma de la mano. Extendió la mano para recoger las cartas de su madre y Keptah y se sentó para leerlas rápidamente. Eran breves, llenas de amor y confianza y no expresaban dolor ni temor. Su madre le explicaba que de cuando en cuando le enviaría dinero del legado de Diodoro; tenía sólo que escribir y ella le enviaría el dinero a cualquier ciudad.

Había también otra carta, escrita por una mano extraña y delicada y Lucano la abrió. Era de Sara bas Elazar, breve también, pero ardiente y tierna.

«Te amaré y querré siempre, querido Lucano. Quisiera, como Ruth, seguirte doquiera fueses y estar eternamente contigo. No te sorprendas cuando me veas porque sabré donde estás. Para mí no existe otro hombre y mis oraciones te acompañan. Sé que siempre buscarás a mi hermano Arieah y que algún día lo encontrarás para mí y en nombre de mi padre, a quien tú consolaste. Dios te bendiga y te guarde, cuide de tus idas y venidas, sea tu mano derecha, te proteja siempre y que su vara y cayado te consuelen.»

— ¡Qué! — Exclamó Plotio— ¿Estás llorando? Debe ser una carta muy emocionante. De una dama, sin duda.

— ¡Tranquilidad! —respondió Lucano secando sus lágrimas.

Se puso en pie, para examinar sus instrumentos médicos y al abrir la cartera un objeto dorado pendiente de una cadena cayó al suelo. Era la cruz de Keptah. Vaciló un momento y luego la cogió de su cuello. Los decididos ojos de Plotio se abrieron, luego se estrecharon.

— ¡Una cruz de oro! —Exclamó—, ¿qué es eso?

—No lo sé —respondió Lucano—, pero Keptah me dijo que es un antiguo símbolo, de Caldea, llamada Babilonia por los judíos, aquel gran imperio desaparecido. Es un símbolo que usaron también los egipcios, recibido de los caldeos y lo pusieron en sus pirámides. Uno de sus faraones, que declaró que sólo existe un Dios y con ello se granjeó la ira de los sacerdotes, llevaba un símbolo como este colgado del cuello y sus

seguidores también. El nombre del faraón es Aton, según creo, pero la cosa ocurrió hace mucho tiempo. Uso este símbolo porque me lo dio una muchacha quien yo amé...

—Bien, seca tus lágrimas —respondió el práctico Plotio—. A la puesta del sol dejarás esta habitación y te dirigirás a las habitaciones de los esclavos con una escoba que encontrarás fuera. Así pasarás desapercibido. Entretanto debemos disimular la blancura de tu cutis con este aceite oscuro. Sé discreto. No hables a nadie; murmura palabras constantemente para ti a fin de que te tomen por tonto: Luego te deslizarás fuera del Palatino y te diriges a la Puerta Esquilina tan rápidamente como puedas.

Dio a Lucano una daga corta y afilada que éste debía llevar escondida bajo sus vestidos.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir —manifestó.

Esparció el aceite oscuro sobre el rostro y cuello de Lucano, ajustó la negra peluca y le ayudó a vestirse sus ropajes rurales.

—Y bien —exclamó retrocediendo para contemplar mejor su obra—, ¡ni siquiera Julia, te miraría!

Vaciló un momento y luego abrazó a Lucano como si fuese un hermano y besó sus mejillas. Luego dijo:

—Que los dioses te acompañen. No te digo adiós porque creo que nos encontraremos de nuevo.

TERCERA PARTE

La vida pertenece a Dios; la actividad de la mente es vida y Él es esta actividad. La pura actividad de la razón es la más bendita y duradera vida divina. Decimos que Dios vive, eterno y perfecto; y que esa vida continua y duradera es de Dios, porque Dios es vida eterna.
ARISTÓTELES

CAPITULO XXXI

SARA besa a Eleazar a Lucano, hijo de Diodoro Cirino: « Saludos, mi muy querido amigo, mi bien amado. El día de arrepentimiento ha pasado, y yo moro en la paz de Dios, sabiendo que me ha perdonado y que mi nombre ha sido inscrito en el Libro de la Vida. Una bella tranquilidad reposa sobre Jerusalén. Desde mi ventana puedo ver el Templo, brillante como un escudo de oro a la luz de la luna llena, y la ciudad que chispea inquieta, como un campo lleno de insectos luminosos. Las montañas parecen de cobre; la brisa está cargada de perfumes de viñedos, soplando suavemente; las hojas amarillas caen de los árboles como pequeñas llamas. Las mujeres están en el patio, sacando agua, sus voces se elevan tranquilas, y desde las ventanas y puertas de la posada sale un fuerte olor a cordero asado, pan, especias y el brillo inquieto de las lámparas. Puesto que Dios ha perdonado de nuevo al hombre, reina un gozo tranquilo entre todos aquellos que conocen su amor y su promesa eterna.»

« ¡Ah, si tan sólo estuvieses junto a mí, sosteniendo mi mano y descansando en esta paz! ¡Si al menos vinieses una vez a Jerusalén! Sin embargo, siempre que te hablo de esto evitas mis ojos, como si temieses algún terror en esta ciudad. No comprendo esto, porque recuerdo las últimas palabras de nuestro querido amigo José ben Gamliel, poco antes de su muerte, hace dos años, ante la vista del templo: «Algún día Lucano vendrá aquí y encontrará a aquel a quien ha estado buscando durante todos los días de su vida.»

«Hoy he rogado que tu alma se sienta inundada por el gozo, que estés sano y tengas felicidad. Ruego así todos los años, todos estos largos siete años desde que nos encontramos por primera vez. Me has pedido repetidas veces que me case y que te olvide; no hay ni una sola de tus cartas que no contengan este consejo y ruego. ¿Pero cómo puede una mujer que ama olvidar a aquel a quien ama? ¿Cómo puede un pozo dar agua si sus fuentes se secan? ¿De dónde saldrá el vino si la viña perece? Pedirme que me acueste en la cama de otro hombre es pedir que degrade mi espíritu, que me entregue como una mujer infame, aunque pasase primero bajo el arco nupcial y tomase la mano de un extraño. Mi alma está unida a la y tuya.»

«Mi querido y muy amado, la última vez que nos vimos fue en Tebas, y aunque tus palabras eran de renuncia y tristeza vi la luz en tu rostro cuando me viste. Conversamos tranquilamente en la sombra de tu jardín, pero lo que hablamos en nuestros corazones, no fueron las palabras de nuestras almas y de nuestra comprensión. ¿Por qué no puedes olvidar tu amargura contra Dios? Te he dicho a menudo, como lo ha hecho José ben Gamliel, que Dios creo al hombre perfecto en su totalidad, sin las amenazas de la enfermedad y la muerte. Pero el hombre ha desobedecido a Dios y traído estas cosas al mundo a causa de su desobediencia. Es el hombre quien se ha exilado a sí mismo del gozo, quien ha traído sobre sí el espíritu del mal, quien ha causado que una maldición pese sobre la tierra.»

«A cualquier sitio donde voy, a través de todas las ciudades y puertos, oigo hablar de tu reputación de gran médico. Sé que esto no te preocupa y que sólo deseas aliviar el dolor, llevar consuelo y retrasar la muerte. Sin embargo me siento feliz al oírte aclamado por los pobres y los abandonados, los esclavos y los oprimidos. Hablan de ti hasta en los mercados.»

«Aunque nunca le conocí, sino a través de sus palabras, me uno a tu pesadumbre por la muerte de tu viejo amigo y maestro el médico Keptah. He rogado por su alma hoy, porque Dios ha dicho que es bueno rogar por las almas de los muertos que duermen en el polvo. Su recuerdo nos es una bendición. »

«Algunas veces, cuando estoy más triste, recuerdo tus historias de Roma y me pongo a reír alegremente. Comprendo que hay poca cosa en el mundo de hoy que excite nuestra hilaridad, porque la Pax Romana, en forma de paz mundial, ha impuesto la opresión, el sufrimiento, la esclavitud y la explotación sobre todos los pueblos del mundo. El poder y la corrupción y lo que es propio de la naturaleza del hombre, injuriar lo que domina, y el ansia de dominar vive en todos nosotros como una oscura enfermedad.»

«Me alegro de que no hayas sufrido ningún daño, querido mío, cuando has visitado Roma una o dos veces durante todos estos años. ¡Cómo me gustaría ver a tu hermosa madre, tu encantadora hermana, tus hermanos, todos nuestros amigos! Me río durante horas cuando leo de tu viejo tutor Cusa, ese inteligente sinvergüenza.»

«He tenido una seria experiencia, aunque cuando te la cuente puede que no encuentres nada extraño en ella, excepto los sentimentales pensamientos de una mujer de veinticuatro años que debe llenar su soledad con portentos e imaginables fantasías.»

«Jerusalén, como sabes, está llena de peregrinos de toda la tierra de Israel durante las fiestas. Los ricos pueden encontrar acomodo en las pensiones y tabernas o en los hogares de amigos donde pueden celebrar el año nuevo en agradable compañía, agradables mesas y agradables conversaciones. Pero los pobres buscan las grietas que pueden en esta poblada ciudad, o acampan fuera de las grandes murallas en tiendas o cuevas. A menudo paseo entre los apiñados miles de peregrinos fuera de las puertas, observo sus toscos vestidos, sus desnudos pies, sus erizadas barbas, sus llorosos niños, sus rebaños de cabras, y escucho sus voces que tienen acentos de los dialectos de Galilea, Samaria, Moab, Perea y Decápolis. Celebran las fiestas del año nuevo, y sus morenos rostros devotos miran hacia el templo con apasionado amor, y observan las más pequeñas leyes con mucha gravedad. Duermen oyendo el agudo ladrado de los chacales y su comida es pobre y su vino malo. Y sin embargo, son felices: la alegría y las oraciones, en las polvorientas laderas de las montañas bajo las murallas, tienen un muy profundo significado, más resonancia que las que oigo en las grandes casas rodeadas de jardines dentro de la ciudad. Una vez tú observaste amargamente que los pobres rezan más apasionadamente porque carecen de placeres y sólo tienen a Dios. En esto ciertamente son benditos, porque si un hombre carece de Dios no tiene nada, y si tiene a Dios entonces tiene a todo lo demás en su corazón.»

«A la puesta del sol en el día de año nuevo los peregrinos se amontonan en las estrechas y tortuosas calles de Jerusalén, llevando a sus niños en los brazos o detrás de ellos, como un cálido y multicolor río, moviéndose bajo una plateada nube de polvo. Me bajé de mi litera, siguiendo un impulso y les acompañé más allá de las murallas, donde sus pobres comidas estaban puestas en telas sobre el suelo y la luna se elevó sobre ellos iluminando sus fuegos. Recibí muchas invitaciones para que me uniese a una familia para tomar vino, pan o una pequeña comida, puesto que, como iba vestida humildemente, creyeron que era una joven sin familia o que me había perdido entre las concurridas caravanas. Oí sus canciones, sus risas, las voces de sus niños juguetones y hambrientos, los gritos de sus animales, sus oraciones. De pronto me sentí oprimida por la soledad y el deseo. Permanecí aparte, cerca de un retorcido árbol y miré a los fuegos que salpicaban la ladera de la montaña y sus reflejos sobre sus sencillos rostros. Fue entonces cuando un joven se acercó a mí, vestido con un ropaje azul tosco, calzado con sandalias atadas con cuerdas.»

«Aquel joven no podía tener más de dieciocho o diecinueve años, y se mantuvo de pie cerca de mí, con una expresión tranquila en su noble rostro, me sonrió e instantáneamente pareció como si quedásemos solos, e infinitamente solitarios. Fue como si un círculo de silencio nos hubiese rodeado, las voces y los gritos se perdieron como en un sueño. Una profunda sabiduría y amabilidad llenaba su rostro y una gran ternura, como si hubiese comprendido que yo no tenía a nadie y me compadecía de mí misma. Tenía un jarro de barro en su mano, lleno de vino, y me lo ofreció y yo lo tomé y bebí de él, con la misma sencillez que él había usado al ofrecérmelo. De pronto, mis ojos se llenaron de lágrimas y los sollozos me ahogaron, y deseé contarle toda mi tristeza, exilio y pesadumbre. Tomó mi jarrón vacío de mi mano mientras trataba de consolarme. Esperó hasta que me sentí más dueña de mí misma y luego dijo con la más firme y dulce de las voces: « Sara bas Eleazar, ten buen ánimo y seca tus lágrimas, porque Dios está contigo y no estás sola.»

«Me sentí asombrada y muda. ¿Cómo había sabido mi nombre y la tristeza de mi espíritu? Me sonrió profundamente y al brillo de un fuego cercano vi sus grandes ojos azules llenos de infinitas estrellas. En aquel momento deseé caer a sus pies y abrazarlos. Sentía que él sabía, no sólo acerca de mí, sino acerca de todo el mundo y que había en él una paz más allá de cualquier imaginación, amor y esperanza. »

«Las lágrimas me cegaron y cuando las sequé, mi corazón había dejado de temblar y el joven había desaparecido. Casi estuve a punto de creer que lo había soñado, pero el gusto del vino todavía estaba en mis labios. Una repentina sensación de pérdida se apoderó de mí, y le busqué entre los peregrinos, pero no le volví a ver. Aquella noche no pude dormir, porque cada vez que lloraba me sentía consolada con un consuelo que no procedía del hombre. »

«Basta. Incluso su memoria me hace soñar y me inunda de un sentimiento de gozo. ¿Era un ángel vestido humildemente como los ángeles que Abraham recibió en su tienda? Deseo creerlo así, casi lo creo así. Me acojo a la memoria de su rostro.»

«Te dirijo esta carta a Atenas, a tu casa, donde has de permanecer unas cuantas semanas más. Te saludo, querido Lucano, con todo el amor de mi corazón y mi espíritu, y me quedo planeando nuestro encuentro próximo. Uno de estos días, en tus búsquedas por mi hermano Arieih, lo encontrarás. Tiene ahora nueve años de edad y algo dentro de mí me asegura que vive, que algún día tú le restaurarás a los brazos de su hermana y de su pueblo. Dios sea contigo.»

Lucano había creído al principio que en la tierra de sus antepasados, Grecia, encontraría su hogar. Pero tras algún tiempo se dio cuenta con amarga consciencia de que allí también era un extranjero, y que él, realmente no tenía hogar en ningún sitio. Había nacido en Antioquía y Antioquía no había sido su hogar. Había vivido cerca de Roma, y había visto la ciudad ocasionalmente, pero también era un extraño. Había visitado todos los puertos y ciudades a lo largo del Gran Mar, y había tenido pequeñas casas en muchos de ellos cuando dejaba los bancos, sin embargo, en ningún sitio poseía un hogar, o gozaba de la compañía de amigos, o tenía paz. Los desgraciados humildes, los pobres, los dvidados y abandonados, los esclavos, los miserables, pequeños mercaderes de los bazares y tiendas bendecían su nombre y besaban sus manos y pies. Pero él era un extranjero, para siempre un extraño en una tierra extraña, y aunque sabía muchas lenguas era como si un extranjero las hablase. Su único deleite era consolar y curar, y leer las cartas que recibía de su familia y de

Sara bas Eleazar. Una terrible inquietud y una quejumbrosa ansiedad y vaciedad le llenaba siempre. Era como un hombre que busca agua en un desierto.

Hacía tres años que había comprado una pequeña casa en las afueras de Atenas. Cuando volvía a su casa en Atenas, como cuando volvía a todas sus casas, no era como el volver a un lugar familiar, voces y jardines familiares, sino como un cansado viajante que descansaba sólo durante una noche.

Aquella era la tierra de sus padres, pero no su tierra, aunque el esteta que vivía en él gozaba de la aguda e iluminada belleza, las pedregosas llanuras, las montañas salpicadas de plata, las brillantes rocas, los fieros mares azules, los sonrosados o morenos tejados, en la historia escrita sobre mármol, en los blancos templos, los polvorientos laureles, olivos y mirtos, en las terrazas de viñedos bajo un sol brillante, en el glorioso Partenón elevado noblemente sobre la Acrópolis como una corona de graciosas piedras. Aquella era la tierra de Helios, de los Oemos, de Pericles, Homero, Fidias, Sócrates y Platón, de todo el arte, la ciencia, la gracia y la poesía, de la mismísima alma del hombre civilizado, de las tranquilas frentes de los dioses, del Olimpo. Allí la ley y la justicia habían puesto sus poderosos pies sobre el mármol y desde aquel aire reseco y transparente habían desplegado sus alas las divinidades y filosofías, emergiendo como sombras de brillante luz, de la mismísima luz. Allí habían hablado los oráculos, y las flotas de Jasón estuvieron en todos los puertos; allí, en aquella tierra, el heroísmo había surgido con un escudo como la luna y una espada como el rayo, y allí las montañas miraban a Maratón, a las Termópilas que aún vibraban con la memoria de aquellos pocos que habían derrotado a las hordas del Persa. La gloria yacía sobre la frente de Grecia, para que todas las épocas la contemplasen y nunca fuese apagada.

Aquella Grecia moderna no era la Grecia de Pericles, aunque vivía en un pacífico sueño, eterno y no para ser imitado. Y allí, como siempre, Lucano era un extranjero, preparando sus pociones, solitario, desconocido excepto para los pobres y los perdidos, cuidando su jardín en el que crecían flores y hierbas, bebiendo solitario su vino, preparando sus austeras comidas con sus propias manos, leyendo, meditando, escribiendo cartas, y contemplando las estrellas como danzaban en el oscuro arco de los cielos.

Con frecuencia, al amanecer, cuando el sol pálido apenas si lanzaba sus frágiles rayos sobre Atenas y la ciudad estaba empezando a estremecerse ligeramente, Lucano pasaba ante el templo de Teseo y ascendía las largas escaleras blancas hasta la cima de la Acrópolis y al Partenón. Allí, sólo, vagaba a través de las columnatas donde Sócrates había enseñado, y acariciaba suavemente las columnas dóricas que parecían de plata a la primera luz del día. Contemplaba reverentemente a las estatuas aladas que parecían a punto de saltar a través del espacio, y permanecía de pie en el pedimento occidental del templo de Zeus, o atravesaba la cella, y admiraba la enorme estatua de Atenas, con su yelmo y su gran y noble rostro. Se dirigía después al pedimento oriental para maravillarse ante el grupo de reclinadas Fortunas, con delicadas vestimentas de mármol que parecían moverse bajo la seca y luminosa brisa. Como médico se maravillaba del genio del escultor que había esculpido la recostada figura del Illiso, en el lado occidental y que había dado al alabastro, el aspecto de carne viviente. Allí la sabiduría temblaba en la piedra y la belleza había puesto su mano en las brillantes sombras de los bajos relieves o en el argentino cuerpo, grave rostro, casto pecho, majestuoso perfil o immaculados miembros. Allí reinaba el silencio pero podían ser detectadas presencias inmortales más allá de los límites de los ojos, como un coro luciente, y toda aquella multitud poderosa esculpida en mármol esperaba tan sólo que una misteriosa orden mandase que tomase forma de vida divina, para llenar los oídos con inmortales canciones y sonoras voces. Por fin el frío cielo de turquesa se abría entre las blancas columnas, vacilante y claro, y las túnicas de las cariátides adquirían tonalidades de oro.

Lucano se sentía allí menos solo que entre los hombres. De pie entre las estatuas, vestido de blanco, era uno entre ellas; moviéndose entre ellas parecía como si hubiese sido el primero en despertar. En medio de la belleza solemne, heroísmo y congelada grandeza, podía de nuevo esperar, puesto que, el hombre había creado aquello, tenía una lejana posibilidad de volver a ser hombre una vez más, hablar con majestad y poesía y revelar secretos a la eternidad. Sus pisadas sonaban y eran devueltas por el eco entre las columnas y a lo largo de las columnatas; algunas veces se detenía, medio creyendo que había oído pisadas más fuertes que las suyas tras él, hechas por pies heroicos que habían descendido de los pedestales sobre el blanco y relumbrante suelo.

El sol envolvía la ciudad de oro brillante y ésta se estremecía visiblemente, sus rojos y amarillos tejados parecían moverse hacia la luz, y voces, inquietas e imperativas, ascendían hasta la Acrópolis como los gritos de agitados pájaros. Entonces volvía a su soledad, y se alejaba del Partenón.

¿Por qué no era posible que cuando el hombre alcanzaba la última gloria no pudiera mantenerla sino que debía caer desde los cielos? ¿Era porque incluso en aquellas alturas debía cometer tonterías y crímenes que inexorablemente conducían a la destrucción? Tucídides había escrito: «La clase de acontecimientos que ocurren una vez, por causa de la naturaleza humana volverán a repetirse.» Allí estaba la tragedia.

Lucano sabía a causa de su creciente inquietud, que él debía volver a emprender la marcha muy pronto. Dentro de dos semanas debía aceptar el ofrecimiento para ser doctor en un barco que navegaba entre Creta y Alejandría y había consentido a ocupar aquel cargo por tres meses. Tenía muchas ofertas, no sólo por causa de sus poderes de curación, sino porque sus tarifas eran bajas. Además distribuía sus pagas entre la tripulación cuando partía.

Una mañana, al descender del Partenón, sintió una fuerte aversión ante la idea de volver a su solitaria casa al final del camino de la Vía Panatenea y se mezcló con la muchedumbre en el Ágora y anduvo por la Stoa de Atalo, donde hombres enfebrecidos y ruidosos comerciaban en las tiendas. Los pequeños griegos oscuros

eran más activos y efervescentes que los romanos y mucho más agudos, mucho más alegres y charlatanes: robaban de una forma alegre en las veintiuna pequeñas tiendas tras los paseos de columnatas. Sus mercancías eran más variadas y multicolores porque allí no regía la rígida ley romana de valores; sin embargo sus almacenes poseían un gran encanto. Como siempre, incluso aquella hora temprana cuando las tiendas acababan de abrirse y los mercaderes estaban ruidosamente abriendo sus cerradas puertas y limpiando sus mercancías, un ferviente orador estaba ya sobre una plataforma arengando a las indiferentes multitudes. Era un hombre viejo, haraposo y con una barba gris, que llevaba un cayado en la mano. Lucano se detuvo para oír sus palabras incoherentes. Estaba gritando, agitando el cayado y haciendo oscilar su barba.

— ¡Arrepentíos, arrepentíos! ¡El reino de Dios se ha acercado!

Aquel hombre debía ser judío; los judíos usaban de continuo aquellas palabras a las que nadie escuchaba. Lucano miró a la impresionante biblioteca pública y recordó que debía devolver algunos libros antes de emprender su viaje; hombres y mujeres empezaron a ascender las escaleras hacia las puertas abiertas. Jóvenes muchachas vestidas de brillante escarlata, amarillo, o azul, se habían reunido ante la fuente para llenar sus jarros; parlotaban como loritos mientras intercambiaban críticas, reían o discutían para asegurarse una posición en la doble línea que esperaba. Allí estaba también la Casa de Justicia, muy digna y declarando por medio de sus anchas columnas y arcos, que el dominio de la ley era el camino de la humanidad civilizada, y no el dominio de los hombres. Lucano sonrió cínicamente. Miró con frialdad a los dos legionarios romanos que permanecían de pie ante las puertas de bronce. Donde el desnudo poder existía no había otra ley sino la ley de la fuerza. Podía oír a los músicos ensayando en el Odeón, los conciertos y recitales del día. Se detuvo un momento para mirar a la casa redonda donde los burócratas dictaban e imponían sus onerosas leyes, según la costumbre inmemorial de todo hombre opresivo y malo. Una gran procesión de devotos empezaba a marchar hacia la Acrópolis para honrar a Palas Atenea, y llevaban palomas que se agitaban en sus brazos; Lucano se apartó un poco para dejar que la procesión pasase y a medida que contemplaba los turbados ojos de los adoradores sintió de nuevo su antigua y crónica tristeza.

La ciudad estaba ya llena de vida y de ensordecedora vivacidad. Sobre ella se extendía un duro cielo azul, brillante de sol y sin ninguna nube. El calor surgía de las calles y de las pobladas columnatas ¿Qué significado tenía toda aquella actividad, aquella vehemencia, aquel rápido ir y venir, aquellos ligeros y decididos pies, el comercio, aquellas alegres muchachas, aquellos vociferantes mercaderes? Un grupo de abogados, vestidos de blanco y con rostros solemnes, ascendían las escaleras de la Casa de la Justicia, hablando en voz baja como si sus preocupaciones conciernen la vida y la muerte. Era maravilloso creer que el propio ser de uno tenía significado, lo cual realmente no tenía. Pero, ¿qué ocurriría al mundo si los hombres dejasen de creer que su existencia carecía de importancia? ¿Son ellos más sabios que yo?, pensó Lucano con inquietud. Pasó ante el templo de Hefesto, con su rojo tejado de tejas relumbrantes como enormes y cortados rubíes, bajo la intensa luz del sol. Había recorrido un largo camino y se sintió cansado y hambriento y deseoso de estar en su tranquilo hogar, su pequeño jardín con su estanque lleno de sonrosados lirios de agua, y ante la leche de cabra, queso, pan moreno y miel que encontraría para su desayuno. Allí estaba también el mercado de esclavos; los mercaderes arreglaban sus humanas mercancías para obtener los máximos de los beneficios. Lucano evitó sus ojos, sintiéndose enfermar como siempre; normalmente evitaba pasar a través de aquella plataforma de madera alta y mirar a los esclavos, porque no podía soportar su agonía.

Por alguna extraña razón sintió entonces una pesadez en sus pies y un gran abandono y se detuvo directamente ante la plataforma. Los mercaderes amenazaban y chasqueaban los látigos. Una mujer sollozaba, un niño lloraba y una niña gemía pidiendo misericordia. Allí estaban expuestos a la venta aquellos que tenían deudas, los que carecían de hogar y se habían ofrecido a sí mismos para la venta; aquellos que habían transgredido alguna pequeña ley, algunos que eran criminales. Tres hermosas muchachas jóvenes, de rostros morenos, grandes ojos negros y vestidas bellamente, estaban expuestas formando un grupo coquetón sobre cojines de seda escarlata. No se sentían turbadas en absoluto, se pasaban una a otra un recipiente de dulces y contemplaban a los posibles compradores con interés. En tanto que su belleza durase, podían estar seguras de buenos hogares, mimos y caprichos. Echaban hacia atrás sus largos cabellos negros y estiraban sus cuellos mientras murmuraban entre ellas en una lengua extraña y reían sus propios y agudos comentarios. Estaban sentadas sobre la plataforma ajustando sus túnicas a su alrededor para mostrar con la mejor de las ventajas todas las curvas de sus piernas, caderas y pechos, bajo el material transparente.

Los mercaderes no tenían mucho que vender aún en aquella hora temprana de la mañana. Unas pocas mujeres gordas, evidentemente excelentes cocineras, a juzgar por los cacharros arreglados a sus pies, unos cuantos niños en los brazos de excitadas y llorosas muchachas; algunos jóvenes sin ninguna gracia o fuerza particular; uno o dos ancianos; un grupo de hundidos prisioneros; Lucano continuó avanzando, pero permanecía sordo mientras estaba allí. Atrajo la atención de las tres hermosas muchachas y sus voces se alzaron ansiosamente cotorreando, mientras el mercader acudía hasta él y le cogía por el brazo.

—Señor —exclamó—, contempla estas doncellas, vírgenes de Arabia, hermanas. ¿No alegrarían con sus gracias tu casa? Pueden, las tres, tocar las cítaras y otros instrumentos y entretener tus horas. Las tres danzan como ninfas.

Lucano soltó su brazo con un movimiento violento. Las muchachas le contemplaron extasiadas y palmearon sus manos. Se sentían extasiadas por su apariencia.

—Apolo —exclamó el mercader—, ¡Estas son tus Gracias!... y el precio es ridículamente bajo por las tres.

—No me interesan —dijo Lucano.

El mercader se inclinó hasta él más cerca y susurró con acento de profundo conocimiento a su oído:

—Señor, tengo tres hermosos muchachos de diez años, también de Arabia que han sido castrados...

Lucano se volvió hacia él lleno de un poderoso deseo de derribarle de un golpe. En aquel momento oyó el repiqueteo de cadenas, un grito y un golpe; otro mercader hizo subir un hombre sobre la plataforma y Lucano se volvió para mirar, mientras su rostro sudaba de furor. El esclavo estaba materialmente cubierto de cadenas, que caían y repiqueteaban de sus engrilladas muñecas y terminaban en grandes anillas de hierro alrededor de sus tobillos. Nadie sino un peligroso criminal era encadenado en aquella forma. El látigo del mercader restallaba sobre su cuerpo, extremidades y hombros, pero él se movía con dignidad, como si no sintiese dolor, ni se diese cuenta de estar en un lugar como aquel.

Allí permaneció, las cadenas brillando bajo la cálida luz. Iba completamente desnudo; no usaba ni siquiera un taparrabos; era como un espléndido animal de piel marrón oscura brillante y lustrosa como la seda. Real, majestuoso y muy alto, con un pecho como dos placas de una armadura de bronce, con músculos perfectamente formados y maravillosas piernas y brazos, miraba hacia el cielo con una lejana e indiferente expresión. Sus rasgos, aunque negroides eran majestuosos. Su negro y crespo cabello estaba atado en dos trenzas unidas; un anillo de oro atravesaba el tabique de su nariz. Sus negros ojos brillaban al sol como dos estanques.

Lucano se acercó a la plataforma fascinado. Supo, con un conocimiento instintivo, que a pesar de los rasgos y del color, aquel hombre no era una criatura de la selva. Era un hombre real, ignoraba todo lo que le rodeaba, pero no con la ciega ignorancia de una bestia. Sus grandes y oscuros ojos estaban velados por la tristeza, pero era una tristeza quieta, resignada e inteligente. Cuando vio a Lucano los dos jóvenes se miraron uno a otro silenciosamente. Uno desde lo alto de la plataforma y el otro desde el ardiente polvo.

El mercader, al ver esto, gritó de nuevo a Lucano:

—Señor, muy barato. Absolutamente barato. Un esclavo fuerte, que si es guardado cuidadosamente encadenado, ganará más de lo que puede gastar. Mira sus músculos, mira sus manos, sus piernas. Señor, me siento avergonzado de decirte el precio.

El esclavo miró hacia abajo a Lucano con una misteriosa agitación, una repentina expectación que brilló en sus ojos, y dio un paso hacia delante. Sus cadenas tintinearón. Apareció una pasión instintiva en el rostro del esclavo, un ruego y una esperanza.

—Su nombre —dijo el mercader, frotando sus codiciosas manos— es Ramus.

—¿Qué ha hecho? —murmuró Lucano mirando a los apasionados e inquisitivos ojos del esclavo.

El mercader tosió y se rascó su barbuda barbilla.

—¿Qué? Pues, nada señor.

Luego añadió confidencialmente:

—Para decirte la verdad, Apolo, es mudo. No puede hablar. Llegó a Atenas hace algún tiempo, anduvo por las calles y miró los rostros de la gente. Fue encontrado, este pagano, en el propio Partenón, moviéndose entre las estatuas, invadiendo los templos; el guardia le vio por la noche, caminando a la luz de las antorchas y llevando algunas veces una linterna. Se dice que tiene brazaletes de oro y anillos pero creo que es mentira, porque lo único que tiene es el anillo de oro en la nariz. Fue llevado ante la Justicia, interrogado por intérpretes de la justicia, y siempre respondió con un gesto negativo de su cabeza. Le fue dado un estilo y una tableta para que escribiese, pero movió su cabeza; naturalmente es un bárbaro de una selva alejada o del desierto.

—¿Cómo sabes entonces que su nombre es Ramus? —Preguntó —Lucano. Se acercó un poco más a la plataforma; su corazón palpitaba con una fuerte compasión.

El mercader se encogió de hombros.

—Es el nombre que la gente de Atenas le ha dado, porque fue una curiosidad en la calle durante muchos meses, multitud de ruidosos niños le seguían.

—Entonces —dijo Lucano al ver que el mercader se había detenido abruptamente.

—Bien, señor, tú sabes cuan supersticiosas son las multitudes. Se empezó a rumorear que producía el mal del ojo. Te darás cuenta de que extraños y luminosos son sus ojos; las mujeres empezaron a quejarse de que su mirada les producía abortos. Cuando atravesaba un campo cierta noche, un campesino le vio y juró después que todas sus cosechas habían muerto y todos sus olivos se habían marchitado. Los rumores siguieron creciendo: los niños caían en las calles temblorosos después de su paso, las muchachas se quejaban de que eran perseguidas por demonios durante la noche, después de haberle visto. —El mercader se echó a reír e hizo un guiño—. Nosotros los mercaderes somos gente práctica. Sabemos que el único mal que existe es no tener dinero.

—No es un esclavo —dijo Lucano amargamente—, ¿tenía algo de dinero?

El mercader consideró la pregunta, sus agudos ojos fijos sobre el joven griego. Luego se rascó su crespa barba.

—Poseía monedas de oro con inscripciones raras pero de poco peso. Los eruditos las examinaron: no pudieron declarar su origen. Sin embargo, compraba comida con ellas, aunque nadie sabe donde vivía. El asunto se hizo serio cuando compró varios panes y los dio a un grupo de encadenados esclavos que trabajaban en la carretera. Es cierto que tales esclavos no están bien alimentados. Aquella noche los esclavos se escaparon. Se rumoreó que su mal de ojo había disuelto el acero... Debemos recordar qué supersticiosos e ignorantes son...

—¿Cómo llegó a ser esclavo? —preguntó Lucano en voz alta y ronca.

—Señor, la Casa de Justicia no podía por más tiempo ignorar a esta criatura y los enfurecidos cargos contra él. Como te he dicho, fue interrogado y no pudo hablar, no pudo defenderse a sí mismo. Se aseguró que era un peligroso criminal. Fue arrojado a la prisión. Ciertamente que los jueces no son supersticiosos, pero son criaturas del pueblo. Recordarás a Sócrates: se le acusó de pervertir a la juventud y ridiculizar a los dioses. Los jueces no creían aquello realmente, pero había que tener en cuenta a la multitud que tiene los votos. De aquí que le diesen la copa de cicuta. Nosotros le hemos comprado hoy del carcelero y por eso está aquí.

—¿Por ningún crimen, sino tan sólo por buscar? —dijo Lucano.

—Sí, porqué, ¿qué es lo que busca, señor? —El mercader contempló a Lucano—. Tú eres un hombre sabio, ¡Oh, Apolo! Y tan joven como los dioses, ¿qué es lo que buscaba mientras vagabundeaba por las calles día y noche y contemplaba todos los rostros?

Lucano dijo con sequedad:

—Voy a comprarlo. Pero debes quitarle al instante las cadenas.

Se quitó el encapuchado manto de sus hombros y lo ofreció a Ramus, que, mientras tintineaban sus encadenadas muñecas, se agachó con dignidad y tomándolo cubrió su desnudo cuerpo. Después, para tristeza de Lucano, los ojos del esclavo se llenaron de lágrimas y le dirigió una trémula sonrisa mientras un gran gozo iluminó sus oscuros rasgos.

El mercader saltó sobre la plataforma lamiéndose los labios, rumiaba el precio mientras desataba las cadenas. Luego frunciendo el ceño miró a Lucano y mencionó una gran suma. Lucano, despectivamente, arrojó una bolsa sobre la plataforma y el mercader se apoderó de ella con avaricia y empezó a contar el dinero, mientras sus labios se curvaban. Luego exclamó con deleite:

—Señor, has hecho una gran compra. No te arrepentirás.

—Vamos —dijo Lucano al esclavo, que saltó limpiamente de la plataforma y se colocó a su lado. Una delgada cadena colgaba de su muñeca, Lucano comprendió que era para que tomase un extremo y se llevase su compra de allí. Tomó la cadena y la partió entre sus fuertes manos y la arrojó de allí como si fuese un objeto infecto.

—Eres libre —dijo Lucano—. Sígueme a mi casa. A nuestra casa.

CAPITULO XXXII

La pequeña casa estaba pintada de color azul claro y tenía un rosado tejado, instalada dentro de un pequeño patio rodeado de paredes. Un estanque sobre el que flotaban sonrosados lirios de agua y grandes hojas anchas verdes, y lleno de dorados peces, se abrían en el centro del jardín. Una gran higuera proporcionaba fresca sombra sobre un banco de piedra y unos pocos árboles frutales, naranjos, manzanos, y una gran palmera datilera se elevaba por encima de las paredes. Lucano además cultivaba en el jardín hierbas, y en él también crecían rosas, que le recordaban a Rubria; el jazmín rodeaba su austera casa. Podía ver, desde el jardín, las plateadas montañas de Grecia, salpicadas aquí y allá con la austeridad de oscuros cipreses, olivos y otros árboles y el puro azul de los cielos.

El interior de la casa, que sólo tenía tres habitaciones, había sido pintado de blanco, contra lo que un mobiliario austero reflejaba sus agudas sombras negras en el deslumbrador brillo del sol de la mañana.

Las cortinas de las ventanas eran de material grueso y azul y el mismo material pesado cubría las puertas. El suelo de rojas baldosas estaba desnudo. Lucano condujo a su nueva adquisición dentro de la casa y Ramus miró a su alrededor mudo e indiferente. Como siempre sus deslumbradores ojos se volvieron hacia el rostro de Lucano con intensidad y expectación.

Lucano se dirigió al manantial del jardín —la fuente del estanque— y trajo un gran jarro de leche fresca de oveja, cubierta de nata. Lo colocó sobre la desnuda mesa de madera. Cortó pan moreno, lo colocó también sobre la mesa junto a un queso barato y añadió un recipiente de fruta y un plato de miel. Ramus le contempló en silencio, de pie en el centro de la habitación, luego Lucano dijo amablemente:

—Esta es nuestra comida, siéntate conmigo y comeremos.

Ramus le miró como si no le oyese. Lucano mirándole, repitió las mismas palabras en latín, luego en algunos dialectos mediterráneos. No hubo respuesta. Lucano intentó hacerse comprender en egipcio; después en una mezcla de babilonia, hebreo, arameo y africano. Finalmente Lucano se dio cuenta que Ramus había comprendido todas aquellas lenguas distintas y que algún terror oscuro en él le impedía reconocer aquello. Por lo tanto, Lucano se encogió de hombros y dijo en griego:

—Hay alguna razón por la cual tú rechazas admitir que me comprendes. Si yo conociese esta razón, comprendería. Hasta que confíes en mí puedes hacer lo que te parezca. —Miró a Ramus con interés y continuó—: En el lenguaje griego la palabra «esclavo» también significa «cosa». Para mí tú eres un hombre, por lo tanto no eres ni esclavo ni cosa.

La negroide y majestuosa cara de Ramus no cambió de expresión, pero una lágrima se deslizó de sus ojos y sus labios temblaron, Lucano miró hacia otro lado al instante, luego volvió a mirar al hombre de color. Después añadió, muy suavemente:

—Veo que me oyes. ¿No eres también sordo?

Por un minuto o dos Ramus no respondió, luego casi imperceptiblemente movió la cabeza con gesto negativo. Lucano sonrió y le condujo a uno de los dos bancos que había junto a la mesa. Pero Ramus alzó las manos sobre su cabeza, unió las palmas, las dejó caer sobre su pecho y luego se arrodilló y tocó el suelo con su frente en una oración silenciosa.

El rostro de Lucano se oscureció tristemente, pero esperó con un gesto comprensivo. Ramus se levantó y se sentó a la mesa; el manto de Lucano colgaba alrededor de sus hombros y el gran anillo de oro en su nariz brillaba en el sol. Lucano partió el pan y dio la mitad a Ramus. Empezaron a comer. La luz se filtraba en la pequeña y sobria habitación y parecía cubrir con un halo la cabeza de Lucano y Ramus continuaba contemplándole a medida que comía y bebía.

—Puedo llevarte al pretor mañana y hacer que te den la libertad —dijo Lucano suavemente—, pero esto no serviría. Las autoridades volverían a apresarte, a arrojarte a la prisión y volverte a los tratantes de esclavos otra vez. Dentro de dos semanas abandonaremos Grecia, porque soy médico, doctor de un barco, con unos cuantos hogares aquí y allí donde descansar. En el primer puerto que encontremos buscaremos al pretor romano y te daré la libertad y luego puedes dejarme y volver a tu propio país.

Miró a Ramus. Luego, para su sorpresa, Ramus sonrió con gesto feliz y movió la cabeza. Alzó su grande y oscura mano. Señaló hacia sí mismo, luego a Lucano, e hizo una reverencia.

—Yo no tengo esclavos —dijo Lucano con severidad—, el propietario de esclavos está más degradado a mis ojos que los propios esclavos. —Estudió los ojos de Ramus—. ¡Ah, comprendo! ¿Me indicas que donde yo vaya tú deseas también ir?

Ramus asintió con una sonrisa más amplia.

—¿Por qué? —preguntó Lucano.

Ramus hizo gestos de escribir y Lucano, levantándose, le trajo una tableta y un estilo. Ramus empezó a escribir lenta y cuidadosamente, en griego, y dio luego la tableta a Lucano. «Lámame Ramus, señor, porque tal es el nombre que los griegos me han dado y mi propio nombre no significará nada para ti. Déjame ser tu siervo, tanto si me liberas como si no, porque mi corazón me dijo, al verte esta mañana, que donde tú vayas yo debo ir, porque tú me conducirás a Él.»

Ramus había escrito con precisión, pero con el estilo de un erudito, amplio y pomposo. Lucano alzó sus rubias cejas y mordisqueó el estilo.

—No comprendo —dijo—. ¿A quién debo yo conducirte?

Ramus sonrió brillantemente. Volvió a tomar el estilo y la tableta y escribió: «Aquél que libraré mi pueblo de la maldición de Cam, mi antepasado, y es Él a quien busco. Y a través de ti le encontraré y sólo a través de ti, porque Él te ha señalado.»

Lucano miró la tableta por largo rato. Finalmente agitó la cabeza.

—Comprendo la religión judía. Fue Noé quien maldijo a sus hijos por encontrarle desnudo en su borrachera. Particularmente maldijo a su hijo Cam, de aspecto negro. Es cierto que el hombre negro ha sido sin duda maldito, pero no por una deidad, sino sólo por el hombre. Si hay Dios, yo sé que hay Dios, Él no ha maldecido a ninguna de sus criaturas. No ha dado a ningún hombre el mandamiento de maldecir a otros hombres, sino de hacerles bien.

Habló contra su voluntad; su ira contra Dios le hizo sofocarse. Luego añadió medio para sí mismo:

—Tengo un pleito con Dios, cuya existencia no puedo negar. Empiezo a comprender que tú crees que en algún sitio del mundo existe alguien que pueda quitar la maldición del hombre contra los hijos de Cam y cambiar su odio hacia ellos. ¿Crees que sólo los hijos de Cam son castigados por la ira y el odio de los hombres? No. Nosotros nos castigamos todos, unos a otros. —Habló con alguna impaciencia—. ¿Y cómo es posible para mí, que estoy enfurecido contra Dios, conducirte a nadie que pueda ayudarte y ayudar a tu pueblo?

Ramus no contestó. Después de un rato se levantó con dignidad. Tomó la mano de Lucano y la presionó contra su frente. Se sentó de nuevo y estudió minuciosamente al griego con un suave brillo de contento en sus grandes y gruesos labios y con una ternura brillando en sus ojos. Lucano se levantó, encontró su cartera de médico y dijo:

—Déjame examinarte la garganta para ver si hay alguna razón física que te impida hablar.

Ramus movió la cabeza con gesto negativo, pero abrió la boca obediente, Lucano le hizo volver la cabeza hacia el sol y presionó hacia abajo su lengua con una hoja de plata. La garganta estaba completamente limpia y sana. La laringe no mostraba ninguna herida, la caja de sonoridad estaba en orden perfecto y las cuerdas vocales claras. Lucano se sentó y apoyó la barbilla contra la palma de la mano.

—Puedes hablar —dijo—, si lo deseas. ¿Es cierto que no quieres hablar?

Ramus lo negó con vehemente gesto de su cabeza.

—¿Has hablado alguna vez?

Ramus indicó que sí. Alzó los diez dedos de sus manos para indicar años.

—¿Entonces qué es lo que te ha hecho mudo?

Ramus volvió a coger la tableta y el estilo y llenó la primera ir con escritura diminuta y apretada.

«Señor, soy rey de una pequeña y secreta nación de África, una tierra que tú no conoces. Está cerca de una de las antiguas minas y tesoros de Salomón que nosotros hemos ocultado de los hombres a causa de su avaricia. Cuando yo era joven, mi padre me envió a El Cairo, donde aprendí varias lenguas de la humanidad, porque mi padre deseaba salvar a su pueblo de la oscuridad y conducirlo a la luz. Era un hombre justo y

bueno. Como el corazón de mi padre, el mío también sufría por los hijos oscuros de Cam, quienes han sufrido, sin saber por qué sufrían, en manos de otros que les han esclavizado y les han matado. Fue en El Cairo donde me enteré de la maldición de Noé. Pero una noche, cuando hacía tan sólo un año que yo era rey, tuve un sueño, o una visión; vi a un hombre con un rostro como la luz, y con unas grandes alas blancas. Me ordenó marchar por el mundo, buscando a quien nos libraría y haría que los hombres no nos despreciasen ni nos esclavizasen más. Por lo tanto, partí sólo, con suficientes monedas de oro tomadas del tesoro de Salomón y busqué al extranjero.»

Ramus tomó otra tableta vacía para continuar escribiendo:

«A través de todo el mundo, por donde he vagabundado buscando, sólo he visto terror, desesperación, odio muerte y opresión entre todos los hombres. He visto que todos los hombres se vuelven contra sus hermanos; no he oído bendiciones sino maldiciones. Esto me ha afligido. Cuando quedé seco de lágrimas, pero no de tristeza, descubrí que ya no podía hablar. Cuando encuentre a aquél a quien busco, no sólo la maldición contra mi pueblo será quitada, sino que hablaré una vez más de alegría.»

Lucano permaneció sentado durante mucho tiempo leyendo las tabletas una y otra vez. Se sentía enfermo de compasión. ¡Qué búsqueda más desesperada la de aquel pobre hombre! comentó para sí. Pensó en la carta de Sara. Vaciló. Luego se encogió de hombros. Se acercó a un cofre de madera barata donde guardaba sus cartas y sacó un rollo. Por lo menos la carta de Sara podía consolar a Ramus, quien era supersticioso y susceptible. Como médico Lucano comprendía que la fe frecuentemente podía ayudar donde la medicina fracasaba. Colocó el rollo cerca de la mano de Ramus y dijo con voz ronca y sin emoción:

—Esto me fue escrito por una mujer a la que amo. Es judía. Si te consuela, entonces no sentiré pena por haber violado su confianza.

Ramus desenrolló el rollo y empezó a leer. De pronto empezaron a caer lágrimas de sus ojos; sonrió extasiado. Parecía como alguien que hubiera percibido la noticia de que no moriría y asintió una y otra vez mientras su pecho se agitaba con deleite. Cuando terminó de leer, se cubrió el rostro con las manos y se movió lentamente sobre su silla. Lucano dijo con sequedad:

—Has de comprender que esto ha sido escrito por una joven inmersa en su fe, con la promesa de un Mesías sonando continuamente en sus oídos; pero yo no lo creo. Soy médico y científico y cada día me enfrento con la dura realidad de la vida y la muerte, y no hay en ellas significado ni para los hombres ni para mí. ¿Qué es el hijo del hombre, para que Dios le visite o el hombre para que Dios se acuerde de él? He estudiado también astronomía; hay galaxias y constelaciones de tal magnitud que la mente se asombra ante su mera contemplación. ¿Qué es este pequeño mundo para cualquier Dios? Mi única queja que es diminuta, es que su mano no debiera habernos hecho para que suframos y murmuramos.

Se volvió un poco hacia Ramus mostrando su rostro pálido y rígido.

—Nuestra única esperanza es que nos abramos caminos solos. Terminar con la opresión del hombre sobre el hombre, aliviar su dolor. Si tú crees que en la tierra de Israel vive realmente uno que pueda ayudarte, vete en paz.

Ramus le mostró su rostro, brillante con lágrimas de alegría. Escribió sobre una tableta: «Tú me llevarás a Él.»

—No —dijo Lucano—. Nunca iré a Israel, por muchas razones. Puedes marcharte mañana. Te daré dinero.

Ramus escribió: «No, donde tú vayas yo iré; no me pidas que te deje. Mi corazón me dice que debo permanecer contigo y que todo irá bien.»

Lucano se mostró emocionado a pesar de su severidad. Dijo:

—He estado por mucho tiempo solo. Por lo tanto, si lo deseas, permanece conmigo y sé mi amigo.

En los siguientes días encontró un gran y misterioso consuelo con la presencia de Ramus, que cuidaba sus jardines, guisaba sus sencillas comidas y que le ayudaba en el cuidado de corrientes interminables de miserables que llegaban hasta su puerta para ser curados. Era para él una paz extraña, cuando en los atardeceres podía sentarse con Ramus, después de la humilde comida, y hablar a aquel hombre mudo de sí mismo, de su familia y sus amigos.

—No soy muy sabio —le dijo en cierta ocasión—, el hombre más sabio que he conocido fue mi antiguo maestro Keptah que ahora está muerto. Tenía una lengua elocuente; si viviese aún, te enviaría a él porque yo no tengo ningún consuelo real que ofrecerte ninguna esperanza verdadera.

Se sintió profundamente interesado al descubrir que Ramus podía mezclar hierbas en formas extrañas y agradecido por la comprensión que Ramus tenía para los enfermos que llegaban a su casa y sus diestros y amables cuidados con ellos.

Aunque hacía tan sólo diez días que conocía al hombre negro, parecía como si hubiese estado con él siempre y se preguntaba cómo había podido vivir sin aquella augusta y silenciosa presencia. Se sentaban juntos a la puesta del sol, contemplando las variables colinas, escuchando los pájaros y viendo como la negra ala de la noche iba cubriendo lentamente la tierra. Leían los libros de Lucano juntos, Lucano los comentaba y Ramus escribía sus propios comentarios sobre la tableta. Permanecían contentos, Ramus vestido con vestidos baratos que Lucano había comprado para él, con su brillante anillo en la nariz. Cuando Lucano cerró su casa y partió hacia el barco, Ramus le acompañó. De acuerdo con su promesa, cuando el barco atracó en Antioquía, Lucano llevó a Ramus al pretor romano y le hizo un sueldo. Pasó un año y luego otro y Lucano había rebasado ya los treinta años cuando volvieron a la casa en los suburbios de Atenas, donde permanecían por unos cuatro meses. Parecía como si hubiesen partido de allí tan sólo unos cuantos días antes. El encargado de la casa; un

granjero local, había realizado su trabajo bien y todo estaba limpio y en orden, los árboles cargados de frutas y las flores abriendo sus capullos. Los únicos cambiados eran ellos mismos. El sufrimiento, dolor y muerte que habían encontrado pesaba sobre Lucano más que nunca, pero Ramus había adquirido mayor severidad, paz y habilidad, y parecía rodeado de un aire de expectación.

CAPITULO XXXIII

Lucano contó a Ramus su búsqueda del muchacho Arieih que, si aún vivía, tendría doce años.

—Nunca he visto a un muchacho de esa edad sin que le mirase su dedo meñique —dijo—, tanto en la calle, en el ágora de Atenas, los templos, entre mis pacientes e incluso en las callejuelas y caminos del mundo que conozco. Pero sin duda está muerto; quién le robó estaba lleno de maldad y malicia contra Eleazar ben Salomón que nunca había herido a ningún hombre y que había hecho su fortuna con justicia —permaneció un rato pensativo—, ¿por qué debe el hombre odiar a su prójimo por envidia o porqué no son de su raza o de su color? Esta pregunta ha sido hecha durante miles de años; se petrifica y ensombrece de tanto preguntarla. Es la tragedia del hombre.

Hablaba a Ramus como nunca había hablado a otro hombre, ni siquiera a Keptah, Cusa o José ben Gamliel. Los primeros le habían enseñado y aconsejado y él había sentido una especie de rebelión; el segundo le había enseñado con amor, le había considerado un poco tonto. El último había intentado conducirlo apasionadamente a Dios cuando su corazón sentía mayor amargura. Pero Ramus le sonreía y cruzaba sus manos.

Explicó a Ramus que no cuidaría de los ricos y hombres de posición porque podían permitirse tener sus médicos y podían pagarles grandes sumas. Pero el tiempo le habla enseñado alguna agudeza: había descubierto que con mucha frecuencia, campesinos prósperos, no deseosos de pagar cuotas altas, acudían a él para que les curase por caridad. Lucano dijo:

—Cuando descubro quienes son, y he adquirido un sentido oculto que me sirve muchas veces para hacer este descubrimiento, les hago pagar, aunque el precio sea pequeño. ¿Por qué me privan del tiempo cuando pueden permitirse llamar a otros médicos y otros necesitan mi ayuda? Trato a los ricos sólo cuando acuden a mí desesperados, cuando han sido desahuciados por sus propios médicos.

Ramus, el día que Lucano dijo esto, cogió una tableta y escribió: «Pero todos los hombres sufren y es bueno ayudarles.» Lucano le miró con un sombrío gesto de asombro; ante él tenía a uno que había sido atormentado por los hombres y sin embargo les compadecía.

Un día, cuando ya se acercaba el momento en que Lucano debía volver a embarcarse, una magnífica litera llevada por seis hermosos esclavos negros, se detuvo ante su puerta y el que dirigía el grupo, que hablaba un griego elocuente, le rogó que visitase a su dueño, que estaba a las puertas de la muerte y había sido abandonado por otros médicos. Lucano deseó rehusar; estaba muy cansado aquellos días; las colas de desgraciados se formaban ante su casa al amanecer y permanecían allí hasta la puesta del sol; luego dijo:

—Si los médicos de tu dueño le han abandonado, yo, que trato las peores enfermedades en los barcos y en las ciudades, no puedo ayudarle. —Después su curiosidad de médico se agudizó en él y preguntó—: ¿Qué es lo que aqueja a tu dueño?

—Se muere por todas partes; sus hijos están desesperados, han oído hablar de ti, y desean pagarte una enorme suma por tu ayuda.

Lucano consideró aquellas palabras. Había gastado mucho de la herencia que le había dejado Diodoro en obras de caridad; en aquel momento tenía muy poco dinero. Empezó a mover su cabeza. Por lo menos una docena de hombres, mujeres y niños sufrientes esperaban en su jardín; algunos tumbados sobre el suelo, otros echados sobre el banco o postrados ante su misma puerta. Pero Ramus tocó su brazo e hizo un gesto un tanto malicioso. Lucano miró a sus pacientes; muchos de ellos sufrían enfermedades crónicas; Ramus, que había aprendido mucho con Lucano y que también tenía un misterioso poder de curación, podía examinar y tratar algunos de aquellos pobres desgraciados.

—Espero que no me ocupe más de una hora —dijo Lucano un tanto contrariado.

Entró en la litera y se alejó de allí. Pero a pesar de todo, su curiosidad se sentía agudizada. La litera se deslizó rápidamente a través de las iluminadas calles de Atenas, luego se apartó de la sección más poblada hacia unos agradables viñedos, jardines y blancas paredes sobre las que asomaban sonrosados ramos de flores. Se detuvo ante una puerta de hierro muy bien trabajada que representaba a Apolo y sus enigmas, y un esclavo abrió y dio paso a Lucano a un jardín, desde donde pudo contemplar una casa maravillosa.

Lucano contempló la casa con admiración, porque era una villa de escala reducida pero magnífica y exquisita. Los mosaicos del patio eran de color rosa; los pequeños parterres de flores estaban rodeados con azulejos azules, con un halo azul. Había sólo una fuente: una pequeña tapa de mármol, llena de agua burbujeante, lirios rosados y una figura de delfín en el centro alzado sobre su cola. De su abierta boca surgía un chorro iridiscente. La propia casa brillaba de blancura bajo el sol, con pequeñas, aunque perfectas columnas de estilo jónico.

Tan impresionado quedó Lucano ante aquella deliciosa visión que no se dio cuenta, al principio, que tres hombres de edad mediana que descansaban juntos en un banco de mármol curvado al otro lado de la fuente,

cubiertos por un grupo de mirtos. Iban vestidos con elegancia, con togas blancas, y ofrecían un agudo contraste, porque aunque altos, sus rostros no tenían un aire aristocrático, sino que eran vulgares. Su vista de médico percibió las grandes manos curtidas por el trabajo, los hundidos ojos, el cutis pecoso, graso y moreno, el tosco y encanecido cabello. Observó también que todos llevaban anillos de considerable valor, que sus sandalias eran de piel de la mejor clase. Parecían ricos libertos. Se parecían notablemente uno al otro y comprendió al instante que eran hermanos. El primero, que evidentemente era el más viejo, dijo:

—Saludos.

Luego añadió rápidamente, con voz insegura y monótona corriente entre los hombres de las clases bajas.

—Bienvenido a la casa de mi padre Flegón; me llamo Turbo y estos son mis hermanos, Sergio y Meles.

Lucano devolvió la reverencia de los dos hombres con un murmullo cortés, sin demostrar que para él la voz de Turbo carecía del elegante acento de un ateniense culto.

Sergio y Meles parecían encantados con que su hermano hablase por ellos, su pasividad era propia de aquellos acostumbrados a obedecer. Sin embargo, a medida que Turbo continuaba hablando, Lucano comprendió que aquellos hombres poseían una tosca fortaleza y orgullo defensivo. Empezó a sentir simpatía por ellos. Turbo añadió:

—Es nuestro padre Flegón, quien está enfermo. Ha permanecido en su lecho casi durante un mes y hemos hecho venir a los mejores médicos. Pero —y se detuvo un momento—, les echa, declarando que son tontos o sinvergüenzas.

Lucano miró el jardín a su alrededor con admiración y al ver su mirada, los tres hermanos cruzaron miradas y tímidas sonrisas que aparecieron en sus rostros un tanto doloridos.

—Puede apreciarse que no se ha escatimado nada. ¿Cuáles son los síntomas de la enfermedad de vuestro padre?

Los hermanos más jóvenes miraron a Turbo que dijo:

—Declara que está muy débil; mi padre ha sido siempre un hombre que ha dicho la verdad y no ha exagerado. Se queja de todas partes. Su espina dorsal está rígida. No hay ninguna noche, nos jura, que duerma sin dolor, y no puede comer.

Los síntomas sugerían artritis, aventuró Lucano. Pero Turbo movió negativamente la cabeza.

—No. Todos los médicos nos han dicho que no es artritis, no tiene hinchazón, deformidad en las articulaciones, ni tampoco rigidez —sus pequeños ojos se achicaron a causa del abatimiento—. No se puede creer a los esclavos y hay cinco en esta casa. Les he interrogado rígidamente. Juran que mi padre come como un joven, con un gusto secreto. No come en su presencia, tienen que retirarse. Dice que da los alimentos a su gran perro que nunca le abandona y que él tan sólo bebe un poco de vino. ¿Hemos de creer a nuestro honrado padre o hemos de creer las palabras de los esclavos?

Lucano se mantuvo silencioso pero inclinó la cabeza con tacto, luego preguntó la edad de Flegón y le dijeron que tenía setenta y tres años.

—Una buena edad —comentó—, hemos de recordar que los viejos son con frecuencia un poco raros.

Turbo se sintió ofendido.

—La mente de mi padre es tan vigorosa como la de un joven, Lucano, y tan vital como la de un árbol recién plantado. Hasta hace un mes andaba como un hombre en su edad madura, su voz podía ser oída en todas partes y su mano era pesada.

Miró de reojo a sus hermanos.

—Y ahora —dijo, Lucano—, su carne se ha marchitado repentinamente; no puede andar sin ayuda, su color se ha tomado ceniciento y su voz es trémula y débil.

Turbo se rascó una oreja y miró hacia sus pies y los hermanos le imitaron con tanta exactitud que Lucano tuvo que luchar por evitar una sonrisa. En el silencio que siguió podía oír el cántico de las fuentes. Finalmente Turbo, sin mirarle directamente dijo:

—No, no es así. Su color es excelente. Su voz más fuerte que nunca y su carne tiene buen aspecto. Pero ocurre que se queja y asegura que sufre agónicamente. Siempre ha sido un hombre dominador y...

—¿Y? —dijo Lucano, cuando se detuvo.

—Aún es dominante, lo cual nos anima —la tosca voz había cambiado, excitándose—, permanece en su cama, no pasea, y su humor...

Lucano esperó, pero Turbo no se sentía inclinado a discutir el humor de su padre.

—Tememos de que esté a punto de morir, hemos consultado a los sacerdotes en nuestra desesperación. Él llama a los sacerdotes imbéciles y a nosotros tontos supersticiosos.

El retrato de un imponente e irascible anciano estaba empezando a emerger en la mente de Lucano. Se sintió curioso por ver al paciente y así lo manifestó. Turbo hizo un gesto con su dedo y llamó al esclavo que estaba en la puerta.

—Deseo ver a vuestro padre solo —dijo Lucano.

El esclavo le condujo al interior de la casa que era tan exquisitamente bella en el interior como en el exterior, y había sido construida, proyectada y amueblada por un maestro. De nuevo allí existía el lujo y la belleza en pequeña escala. Lucano pensó que habría sido la villa favorita de algún caballero romano o pompeyano. Recordó la grosería de los tres hermanos y se dijo que su madre posiblemente había sido una mujer de origen bajo, casada con un caballero de Atenas. El médico movió la cabeza y miró las pequeñas habitaciones llenas

de luz, los murales en las paredes, la blancura de los techos, el excelente mármol de las columnas, los colores del suelo, el mobiliario de buena calidad.

Fue conducido a un dormitorio inundado por la luz del sol. El suelo pulido cubierto con alfombras persas y lleno de flores. Un anciano corpulento yacía en una cama de marfil tallado, con incrustaciones de oro, y hojas y flores esmaltadas. Junto a él había una mesa de patas de marfil sobre la que descansaba un recipiente de plata lleno de frutas. Pepitas de aceitunas, huesos de ciruelas y corazones de manzanas cubrían una alfombra que un César hubiese admirado. Un gran perro marrón muy feo y feroz se levantó gruñendo cuando Lucano entró y el anciano se sentó repentinamente sobre su cama y miró al médico.

— ¿Quién eres tú? —preguntó con tono furioso.

Lucano vio inmediatamente que no era un hombre ateniense culto, ni rico, ni aristocrático. Cuanto había en los rostros de los hijos aparecía en el rostro del barbudo padre y más. Sin embargo, el anciano parecía poseer gran vitalidad; sus hombros y músculos del pecho, sus tensos brazos eran propios de un trabajador fuerte que no hubiese conocido otra cosa que el más arduo trabajo durante toda su vida y no hubiese sufrido a causa de él.

Lucano se acercó a la cama, se sentó sobre una silla, colocando su cartera junto a él. Sonrió ante los impetuosos ojos, más brillantes que los ojos de sus hijos y sin que nada velase su viveza, ni mostrase su edad.

—Soy tú médico —dijo con calma—, llamado por tus hijos.

— ¡Otro! —Rugió el anciano emitiendo obscenidades—, ¿no habrán terminado aún de gastar mi dinero? ¡Lárgate, sinvergüenza!

Lucano posó las manos sobre las rodillas con flacidez. Si el anciano estaba enfermo no daba señales de ello. Tampoco se podía creer que tuviese alguna enfermedad mental, porque no se mostraba incertidumbre, violencia incontrolable ni agudeza en su voz. Tenía un temperamento fiero, pero su boca denotaba un espíritu calculador. Una fuerza animal en su bulbosa nariz y boca, un temperamento profundamente suspicaz que delataba al campesino iletrado.

—Debes tener consideración de la ansiedad que padecen tus hijos —dijo Lucano—, por eso estoy aquí. Si no puedo ayudarte no exigiré ninguna clase de pago.

Las blancas cejas de Flegón feroces y despectivas se elevaron sobre sus ojos.

— ¡Ja! —exclamó, y volvió a echarse sobre sus bordados almohadones

Alargó la mano para coger una manzana, luego la mordió con los dientes más blancos y fuertes que Lucano había visto nunca. Flegón masticó salvajemente, después arrojó la manzana lejos. El perro olfateó a Lucano y empezó a dar vuelta a su alrededor, como un lobo que esperase el momento de atacar.

— ¡Mis hijos! —Exclamó Flegón con voz rugiente, llena de vida y disgusto—, sólo esperan que me muera para poder apoderarse de mi dinero; déjame que te diga, médico suave, blanco y mentiroso —y al decir esto agitó un gran dedo moreno hacia la inconmovible faz de Lucano—, que no conseguirás que te pague nada.

El perro estaba empezando a poner nervioso a Lucano, por lo tanto, frunció el ceño y murmuró una palabra. El animal quedó quieto como una piedra. Lucano murmuró otra vez y el perro repentinamente cayó sobre su vientre y permaneció allí, con la pasiva cabeza entre las patas delanteras y los ojos cerrados. Al ver esto, Flegón dijo:

— ¡Un mago..., un hacedor de encantamientos! Has venido a envenenarme.

—No soy mago —respondió Lucano—, tan sólo se trata de algo que mi primer maestro me enseñó, el cual también era médico. Creí que había visto alarma genuina en tus hijos, sin embargo hablas de que esperan que mueras y casi les has acusado de que me hayan pedido que te envenene.

El anciano permaneció sobre sus almohadones, jadeó y luego miró a su perro. Se sentía aterrorizado.

—Libérale de tu encantamiento —pidió—, y entonces te hablaré.

—Ciertamente —dijo Lucano—, pero me distrae el tenerle rondando junto a mí y gruñendo amenazas. Llámale junto a tu cama y mándale que se eche cerca de ti y permanezca alejado de mí.

Sacudió sus dedos y el perro saltó sobre sus patas volviendo de nuevo a gruñir y acercándose a Lucano.

Flegón le llamó con su voz viciosa y las orejas del perro se agacharon, se acercó hasta él, se colocó junto al lecho y se echó a su lado. Su dueño miró a Lucano con un cauteloso respeto y un continuo temor.

—Te hablaré —dijo—, pero no servirá de nada. Es muy posible que me estén envenenando lentamente por mandato de mis hijos. Les dije esto a los otros médicos, cuyos sueldos hubiesen permitido comprar un valioso esclavo. Pero no me quisieron creer. Te lo digo de nuevo a ti. Mis hijos están esperando que muera y planean mi muerte.

—No tienes más que ordenarles que no entren en tu casa —dijo Lucano.

— ¡Ja!, han sobornado a mis esclavos.

Algo sutil se reflejó sobre su rostro, como un astuto secreto. Se sentía, sin embargo, deseoso de hablar a causa de su ira y porque Lucano permanecía muy atento. El vigor llenó de nuevo a Flegón.

—Déjame que te cuente acerca de mis hijos, mis preciosos hijos. Turbo para empezar es un ladrón. Nació ladrón, ha vivido como ladrón y morirá como ladrón.

Alargó la mano para coger un racimo de uvas y empezó a comerlas con placer, escupiendo las pepitas. No había ofrecido a Lucano ni vino ni frutas. Cerró los ojos disfrutando de lo que estaba comiendo y haciendo chasquear sus labios. Luego dijo con voz profunda y complacida:

—De mis propias viñas, lo mejor que produce el sol. —Abrió los ojos y miró a Lucano.

—Turbo me robó de mis mismos cofres, en esta casa, un ópalo de gran valor, por el que yo había pagado una fortuna; lo usa descaradamente, como malvado que es, en el dedo de su mano derecha y puedes verlo allí. Sergio, mi hijo segundo, tiene la inteligencia de un carnero y el alma del mismo animal. Sin embargo, es el más vil de los conspiradores contra mí y un mentiroso incurable. En cuanto a Meles, es pródigo con mi dinero. Gasta todas las noches en los burdeles más caros de Atenas y prodiga mi fortuna con mujeres infames.

Lucano recordó los rostros de sus hijos. Torció un poco los labios y preguntó:

— ¿Están tus hijos casados, Flegón?

El anciano empezó a lanzar las más blasfemas obscenidades.

—Sí. Y con mujeres más despreciables que ellos, que juntan su villanía bajo rostros lechosos y palabras suaves. Ninguna de ellas ha traído dote de sus padres, les he prohibido venir a mi casa y también a mis hijos.

Adoptó una expresión de agonía y de indefensa ancianidad abandonada en la soledad, traicionada y descuidada. Una lágrima se deslizó por sus mejillas.

—Sin embargo —dijo Lucano—, les has dado casa propia, según creo.

Flegón volvió a ponerse belicoso.

— ¿Te han dicho ellos esto?

—No. Lo he deducido, simplemente. Hubiese sido el acto propio de un padre cariñoso.

Flegón suspiró profundamente y permitió que lucano viese la lágrima que había apartado de sus ojos con la punta de su dedo.

—Sí —dijo.

—Y también les has dado mucho de tu dinero libremente.

—Sí. Veo, mi joven médico, que eres un hombre comprensivo. —Volió a agitarse—. A pesar de todo lo que hice por ellos, de cuanto les he dado, no me han devuelto otra cosa sino odio, robos, conspiraciones, mentiras y engaños. Estoy aquí, abandonado para morir, temiendo por mi vida, sin otra compañía que la de los esclavos.

Su excitación creció. Lucano volvió a pellizcarse los labios. Veía un cálculo deliberado en aquella excitación. Lucano alargó su mano hacia su cartera y extrajo un tubo de pastillas blancas y luego llenó una copa de vino.

—No —dijo Flegón hundiéndose en sus almohadones con un gesto exagerado de rechazo—, no puedo confiar en ti.

—Muy bien —dijo Lucano y dejó a un lado la copa y la pastilla—, no necesitas tomarlo. Tan sólo intenté aliviar los dolores de los que me hablaron tus hijos.

Después de un momento devolvió la pastilla a su tubo. Flegón pareció reflexionar.

— ¿Qué me haría esa medicina?

—Te lo he dicho: aliviar tus dolores.

Flegón se mojó los labios con la punta de la lengua.

—Dámela —dijo rudamente.

Con una ligera sonrisa Lucano obedeció. El anciano bebió el vino ansiosamente.

—Bien —dijo Lucano—, debes ahora decirme que te duele y yo debo examinarte.

Con una nueva y sorprendente docilidad, e incluso con deseos, Flegón respondió a las preguntas y se dejó examinar por Lucano que lo hizo cuidadosa y exhaustivamente. Era lo que sospechaba. Flegón poseía una salud poderosa y excelente; tenía un cuerpo y una constitución física de un hombre de por lo menos veinte años más joven. Sus músculos parecían de acero, sus articulaciones espléndidas. Lucano comprendió. Se sentó y miró gravemente a Flegón.

—Tu caso no puede ser tratado con delicadeza —dijo con seriedad.

Por un momento Flegón se sintió halagado. Luego preguntó con acento temeroso:

— ¿No será fatal?

Y el vigoroso color de sus mejillas palideció.

Lucano movió la cabeza con gesto negativo, pero mantuvo su gravedad.

—No es fatal. Sin embargo, tu caso debe ser estudiado profundamente.

Flegón se sintió de nuevo halagado.

—Eres el único médico inteligente que me ha visitado. ¡Lo juro por Mitra! Todos los demás se atrevieron a decir que mi salud era perfecta y que estaba tan sano como una manzana. ¡Los mentirosos! ¡Los muy ignorantes!

—Tan sólo pensaron en sus honorarios —dijo Lucano con simpatía.

—Sí, sí —colocó la mano sobre el pecho y puso los ojos en blanco.

—El dolor ha desaparecido de mi corazón. Está tranquilizándose y no me palpita. No puedo dormir en toda la noche a causa de las palpitaciones que siento en mi garganta y sienes.

Lucano no dudaba de que el anciano ciertamente sufriese aquellas cosas.

Su pulso era demasiado fuerte, demasiado rápido, la presión excesivamente alta a pesar de los buenos síntomas de su corazón. Lucano se levantó y dijo:

—Deseo consultar con tus hijos.

Flegón le miró con astucia.

— ¿Y qué les vas a decir?

—Que tu... tu enfermedad... merece toda clase de consideraciones y que debe ser tratada al instante.

Flegón se agitó, volvió de nuevo a sentarse sobre los cojines.

— ¡Que sufran sus corazones, que no puedan dormir sabiendo lo que me han hecho a causa de su avaricia y odio! ¡Que teman la ira de los dioses que han mandado a los hombres honrar a sus padres!

Lucano dejó el dormitorio y atravesó lentamente la casa que tenía a sus ojos cada vez más el aspecto de una preciosa joya. Salió al jardín. Los tres hijos se levantaron del banco en el que estaban sentados y se acercaron a él al instante agitados.

— ¿Qué es lo que tiene mi padre? —preguntó Turbo mientras su ronca voz temblaba.

Lucano contempló a los tres. Miró a la mano derecha de Turbo y vio un ópalo maravilloso en el anillo del dedo meñique. Brillaba con reflejos rosas, azules y dorados. Miró a Sergio, y vio que su saludable y preocupado rostro, tenía una expresión ingenua. Miró a Meles, que parecía menos aficionado a visitar burdeles que el perro de Flegón. Lucano frunció el ceño. Después pareció volver en sí y dijo con cierta sorpresa:

—Debes perdonarme, pero soy un gran admirador de ópalos y me he dado cuenta, Turbo, de ese tan bello que llevas en la mano.

Turbo se sintió por un momento sorprendido; era evidente que su pesada mente no se movía con gran agilidad. Luego sus ojos pequeños brillaron con orgullo y alzó la mano para que Lucano examinase la joya.

—Es muy vieja y tiene una gran tradición —dijo—, mi esposa es descendiente de una familia en la que ha habido muchos y prestigiosos eruditos. Sus antecesores recibieron el cariño del propio Pericles —luego suspiró—, yo no soy un hombre educado. Apenas si puedo leer. Honro este anillo con todo mi corazón y se lo daré a mi hijo cuando muera. No deseaba aceptarlo de mi esposa pero nos amamos tiernamente y ella lo colocó a la fuerza en mi dedo.

Sergio habló por primera vez. Su voz ronca testificaba que era hombre de pocas palabras. Dijo afectuosamente a Turbo.

—Fue en el décimo aniversario de vuestra boda cuando tu esposa te dio este anillo, hermano mío. Lo llevas con honra, aunque no eres un erudito, pero tu hijo honrará tu nombre. —Turbo suspiró.

—Sin embargo, mi padre lo desea. A menudo me pregunto si no seré un hijo desobediente por no regalárselo.

—Es tuyo y de tu hijo —dijo Meles hablando también por primera vez—, herirías a tu esposa si se lo dices a mi padre. Hay que tener en cuenta las mujeres.

Lucano se sentó entonces en el banco, sumido en profundos pensamientos. Turbo, de pronto, se ruborizó profundamente. Dio unas palmadas.

—Debes perdonarme, Lucano —dijo—, debiera haber ordenado que te trajesen vino pero tan sólo pensaba en mi padre.

Un esclavo apareció y la orden de que trajesen vino fue dada.

—Mi padre se sentirá enfadado —dijo Meles—, has elegido los vinos más escogidos.

Turbo contestó con mucha dignidad.

—Su bodega puede ser pequeña, pero no lo hay mejor en Atenas y yo la mantengo bien provista. Puede dispensar un poco para Lucano. Pero no me has dicho, Lucano, qué terrible enfermedad aflige a mi padre.

Lucano respondió:

—Se sabe que la enfermedad de un hombre no puede separarse de cuanto es y de lo que le rodea. Debo primero hacerte unas cuantas preguntas y deseo que me contestes con sinceridad.

—Pregunta —dijeron los hermanos a coro, y ante sus expresiones no le quedó duda de que la ansiedad de sus rostros era genuina y su afecto por su padre profundo y sincero. Su rostro se ensombreció un tanto.

Un esclavo trajo una bandeja de plata con cuatro copas y Turbo sirvió el vino y ansiosamente miró para ver si Lucano lo aprobaba. Era delicioso y Lucano expresó su placer con sinceridad. Los tres hermanos permanecieron a su alrededor y bebieron con un gesto que para ellos aparentemente, era el más aristocrático, y con afectación contenida.

—Vuestro padre —dijo Lucano después de una serie de sinceras felicitaciones— debe haber heredado muchas riquezas —e indicó el jardín de la casa.

Los hermanos se miraron uno a otro y vacilaron. Luego Turbo alzó la cabeza.

—Hay algunos que desprecian a la gente humilde —murmuró—, es su privilegio, aunque están equivocados. Nosotros somos gente humilde, pero nos ha ido bien y hemos hecho fortuna. Mi padre era muy pobre, aunque libre. Tenía una pequeña granja seca y de suelo infecundo. Mis hermanos y yo no podemos recordar ninguna época en nuestra niñez y temprana juventud en la que nuestros estómagos estuviesen satisfechos, aunque todos trabajábamos con nuestro padre. Nuestra madre murió cuando éramos niños.

Turbo se ruborizó y tosió.

—Nos has pedido que seamos sinceros. Mis hermanos y yo regalamos esta casa a nuestro padre hace cinco años. Nunca había vivido en una casa que fuese humilde y llena de pobreza. Contratamos al mejor de los arquitectos. Deseábamos honrar a nuestro padre en su ancianidad; recordando sus anteriores sufrimientos, las goteras de los techos de su casa y el suelo sucio. Deseábamos darle los deleites y lujos que se merecía.

—No había nada bastante bueno para él —continuó Meles, mientras sus rostros sencillos se animaban—. Enviamos a buscar tesoros de todas las partes de la tierra para colocar en esta casa. Nunca en su vida había poseído la dignidad e independencia de una casa que no estuviese llena de niños y animales. Tan solo tenía que mencionar lo que deseaba y se lo dábamos al instante, porque es nuestro padre y ha sufrido mucho.

—Los muebles —dijo Sergio—, me costaron a mí la renta de dos años. Me sentía orgulloso de dar a mi padre este placer.

—Comprendo —dijo Lucano con compasión—. ¿No hubiese vuestro padre vivido con uno de vosotros?
—No. Es un hombre orgulloso y no le gustan los niños y nosotros tenemos muchos. Deseaba tener un hogar propio.

Turbo sonrió con comprensión.

— ¿Y vosotros habéis hecho fortuna? —Lucano se sentía intensamente interesado.

—Sí, honradamente —respondió Turbo con rapidez—, los dioses han sido buenos para con nosotros. Sacrificamos en su honor con regularidad. La cosa ocurrió de esta manera: Cuando yo era joven trabajaba en la granja, sabía que nos amenazaba el peligro constante del hambre e incluso de la desesperación. Sentía gran admiración por las buenas porcelanas que había visto en las tiendas. Por lo tanto me coloqué de aprendiz con un alfarero que es famoso por los hermosos jarros, estatuillas, platos, camafeos azules, rojos y amarillos. Después de algunos años expresó su afecto por mí declarando que yo tenía mano segura y un sentimiento artístico natural por la belleza —miró desafiadoramente a Lucano—. ¿No crees esto?

Lucano alargó la mano y tomó la de Turbo y examinó delicadamente sus dedos.

Aunque estaban curtidos por interminables años de trabajo los dedos tenían la forma de espátula de un verdadero artista.

—Sí —dijo con reverencia—, te creo.

—Gracias —respondió Turbo con una humildad que era en sí misma un orgullo inocente—, estaban además mis hermanos. Convencí al alfarero para que los emplease. Sergio reveló una sorprendente habilidad para producir invariablemente formas perfectas con casi ninguna pérdida. Incluso ahora maneja el torno, porque no lo confía a nadie más. Y Meles inventó un tipo de vidriado que es nuestro secreto. El alfarero, que no tenía hijos, nos legó su fábrica. Todos nuestros productos son buscados por todo el mundo, incluso en la propia Roma. Tenemos una flota de barcos propios y empleamos a mucha gente y esclavos; si pudiésemos producir el doble venderíamos cuantos jarrones, platos y objetos de arte hacemos, pero esto significaría sacrificar nuestras mejores cosas. Preferimos mantener nuestra fábrica tan pequeña como es posible, a fin de que ninguno de nuestros productos salga sin nuestra inspección personal porque todos llevan nuestros nombres y nadie, en ningún sitio, debe sentirse desilusionado.

Pareció elevarse con estas palabras.

—El palacio de César está lleno de nuestras obras y los jarros tienen el precio de joyas e incluso los grandes patricios de Roma compran nuestras urnas funerales.

—Desgraciadamente —dijo Meles con tristeza—, nuestro padre desprecia nuestro trabajo y no permite que ni siquiera el busto de un dios aparezca en su casa si es hecho por nosotros; pero los egipcios declaran que sólo sus antiguos artistas pueden ser comparados con nosotros —dijo Sergio con sus pequeños ojos llenos de luz—, nos han enviado preciosos objetos que hemos copiado para ellos. Nuestras pequeñas figuras de Apis y cabezas de Isis son las más espléndidas que hay en sus templos. Pero es Turbo quien las proyecta, quien dibuja el pergamino para que yo lo copie y Meles lo cristalice.

—Sin la cristalización y tu maestría en comprender lo que dibujo, yo no tendría ningún valor —dijo Turbo.

Luego suspiró.

—Nuestro padre nos considera tontos carentes de valor —dijo—, aunque las grandes señoras en Roma, Egipto y Atenas usen nuestros pequeños medallones alrededor de sus cuellos, colgando de enjoyadas cadenas, y los hacen insertar en brazaletes valiosísimos. Cierta senadora famosa, compra nuestros jarrones y jura que los prefiere a las más bellas esclavas. Debes perdonarme si parece que alardeo, Lucano.

Lucano mantuvo silencio.

—Quizá —dijo Turbo tímidamente— me permitirías enviarte un regalo de alguno de nuestros jarrones.

El joven griego se sintió emocionado.

—Me sentiré agradecido —dijo. Luego alzó la cabeza.

—Debo haceros una pregunta difícil y os ruego que me contestéis.

— ¿Por qué amáis a vuestro padre?

Le miraron boquiabiertos, con un asombro sincero, durante algunos momentos. Luego Turbo manifestó:

— ¿Por qué amamos a nuestro padre? ¡Qué pregunta más extraña! ¿No nos dio la vida e hizo posible que nosotros tengamos lo que tenemos, nuestras agradables esposas y nuestros encantadores niños? ¿No está ordenado que el hombre ame a sus padres?

Lucano recordó el mandamiento de los judíos: «Honra a tu padre y a tu madre...» Y sin embargo, había padres que no merecían ningún honor. Turbo habló de nuevo, con más calor.

— ¿No ha sufrido mi padre mucho también? Es poco que podamos aligerar y hacer más brillante su ancianidad, porque nunca pudo satisfacer su estómago cuando éramos jóvenes y nunca usó otra cosa sino harapos.

Lucano pensó cuan extraño e inocente era el amor, y como puede ser explotado por la grosería. Se levantó.

—Debo cambiar unas palabras con vuestro padre otra vez. Le he dado una medicina pero puedo decir esto: Cuando haya hablado con él y le haya aconsejado, su salud quedará restaurada para muchos años, porque es hombre fuerte.

Invocaron gozosas bendiciones tras él cuando dejó el jardín. Se dirigió al dormitorio de Flegón. El anciano estaba considerablemente abatido y permanecía echado y tranquilo sobre los almohadones. Cuando vio a Lucano apenas si levantó la cabeza y dirigió al médico una sonrisa casi agradable.

—Ha desaparecido el dolor —dijo. Después su rostro cambió, apareciendo de nuevo cerrado y reservado.

— ¿Has hablado con mis hijos?

Lucano se sentó con gesto deliberado, tomó todo este tiempo, mantuvo sus brillantes ojos azules fijos en Flegón. Después de unos pocos segundos el rostro de Flegón se oscureció y endureció.

—Te han mentido —dijo con cierta vacilación en su fuerte voz.

—No lo creo —respondió Lucano—, he sido médico durante muchos años y los médicos adquieren un sexto sentido que les permite detectar mentiras.

Y sus ojos brillaron con dureza y profundo significado. Sin embargo, también sentía compasión por Flegón, porque comprendía que envidiaba a sus hijos, se dolía de sus éxitos, posición y fama, porque él había sido sólo un pobre e ignorante campesino. Sin embargo, era evidente que sabía que sus hijos le amaban y por lo tanto les atormentaba.

—Vete —dijo Flegón abruptamente, y volvió la cabeza contra las almohadas, mientras sus poderosos hombros se estremecían—. Soy un hombre viejo y débil, abandonado, engañado, solitario. Déjame con mis dioses, porque por lo menos son ellos los únicos consoladores del hombre.

—Cierto —dijo Lucano—, pero dudo de que creas en los dioses. Antes de marcharme de esta casa voy a dar a tus hijos unos cuantos consejos sanos. Voy a decirles lo que tú realmente eres y lo que piensas de ellos. Vaya sugerirles que te devuelvan a tu pequeña granja y nunca más te visiten, porque creo que lo mejor para ellos es que tengan paz mental. Hay veces cuando los hijos abandonan a los padres por amor a sí mismos.

Flegón dio media vuelta sobre sus cojines, sus dientes aparecieron brillantes por entre sus labios, y sus ojos brillaron con el más salvaje odio y temor.

—Me vas a destruir —gritó, y maldijo a Lucano con un lenguaje tan vivo que Lucano se sintió admirado ante tanta imaginación. Esperó pacientemente hasta que Flegón quedó exhausto y rompió a llorar con lágrimas sinceras. Luego dijo amablemente:

—No haré lo que he dicho. No desilusionaré a tus hijos acerca de ti, si me obedeces al instante y continuas obedeciéndome.

—Maldito seas —gruñó Flegón—, que los cuervos desgarran tu hígado.

Se detuvo cuando Lucano aparentó no sentirse impresionado sino un poco aburrido. Luego gimoteó:

—Dime lo que debo hacer. Pero, buen médico, ten compasión de un hombre viejo. ¿Me enviarás a aquel maldito trozo de tierra que está lleno de piedras y espinas para terminar mis días de nuevo en la miseria?

—Sin duda lo haré —dijo Lucano—, a menos que me obedezcas. Lo primero que has de hacer es salir de esa cama inmediatamente. Vestirte con tu mejor vestido y colgar un collar alrededor de tu cuello. Luego irás al jardín conmigo y saludarás a tus hijos como un padre amante, abrazándoles y después me jurarás con juramento secreto, que nunca volverás a mentir a tus hijos, ni calumniarlos con falsedades, ni pretender que estás enfermo a fin de desgarrar sus corazones —se detuvo y añadió severamente—: El juramento que voy a pedir de ti es muy misterioso, porque aunque no creas en los dioses hay magia en el juramento y si le violas una monstruosa aflicción caerá sobre ti.

Flegón le miró poseído por completo de terror y Lucano sonrió para sí, aunque mantuvo sus labios firmes para evitar una carcajada.

Flegón echó a un lado las mantas y colchas que le cubrían y se puso de pie, pálido y tembloroso, desnudo y grande como un anciano Hércules; sus morenos músculos tersos como seda. Con manos temblorosas se vistió una túnica larga de excelente lienzo, ajustó un cinturón de oro alrededor de su delgada cintura, se colocó brazaletes de oro en los brazos y colgó un collar alrededor de su cuello. Luego se peinó los largos y grises rizos de su barba. Estaba magnífico.

Lucano le hizo jurar con una fórmula que inventó en el momento, invocando a los dioses para que escuchasen, mientras Flegón permaneció de rodillas ante él. Lucano, finalmente, salpicó al anciano con unas gotas de vino, y le amonestó severamente otra vez. Hubiese ayudado al anciano a levantarse, pero Flegón saltó sobre sus pies como una flecha y colocó sus grandes puños sobre su pecho.

—¿Acaso soy un debilucho? —rugió—. Soy lo bastante viejo para ser tu abuelo, tú, sutil médico, pero podría romperte la espalda con mis propias manos.

—Lo creo —dijo Lucano—, ten cuidado, pues a partir de ahora, de no romper el corazón de tus hijos porque el desastre caerá sobre ti inmediatamente.

Dio el frasco que contenía las pastillas blancas a Flegón.

—Estas te calmarán durante algunas noches, en el transcurso de las cuales —dijo Lucano virtuosamente— podrás reflexionar sobre tus pecados con serenidad.

Flegón atravesó la casa a grandes zancadas seguido por Lucano. El anciano se detenía aquí y allá para llamar la atención del médico con orgullo, sobre algunos objetos valiosísimos que Lucano admiraba debidamente.

—Observarás —dijo Flegón hinchando el pecho— que mis hijos no pueden ser despreciados.

Su rostro brilló y se sintió repentinamente libre de la envidia y resentimiento, Y Lucano pensó qué felices pueden ser los hombres cuando se liberan de los malos pensamientos, el odio y la malicia.

Entraron en el jardín y los hijos quedaron asombrados y sobrecogidos al ver a su vigoroso padre corriendo hacia ellos; sus ojos se llenaron de lágrimas y fueron incapaces de hablar. Cayeron a sus pies humildemente y él les levantó con grandes gestos, como si les perdonase, pero en realidad era él quien se perdonaba sí mismo y Lucano lo comprendió así. Abrazó a cada uno de ellos, uno tras otro, revelando en sus brazos quién perdonaba a quién.

— ¡Qué clase de médico éste! —Exclamó Flegón con sus brazos rodeando a sus hijos—, ¿qué don podemos darle por haberme restituido la salud inmediatamente?

Antes de que Turbo pudiese contestar, Lucano con rostro frío dijo:

—Es una bendición cuando aquél que ha sido curado por su médico le da un don él mismo. Flegón, guiñando los ojos alegremente reflexionó. Pero era aún un campesino, con la cerrazón de un campesino. Luego, como si llamase a todos a que presenciasen un acto de supremo sacrificio, soltó un brazaletes del brazo, profusamente incrustado de gemas y lo echó a las manos de Lucano. Sus ojos quedaron cegados por las lágrimas.

—Que los dioses te bendigan —dijo con voz ronca y gran sinceridad.

Soy lo bastante viejo para

CAPÍTULO XXXIV

LUCANO fue devuelto a su casa en la litera de Turbo y descubrió que estaba contento y sonriente. Se preguntaba cuántos de sus enfermos, pacientes permanecerían en su hogar esperando sus cuidados. Ramus habría trabajado bien; sentía una tierna compasión, poseía manos hábiles y era amado a pesar de su color, que los griegos despreciaban. Lucano pensó en los griegos modernos. Vivían de las glorias pasadas de su país y las exaltaban, aunque careciesen grandes hombres de importancia. ¿A qué obedecía aquello? El poeta Esquilo había escrito: «El oro nunca es fortaleza. Ninguna defensa existe para aquellos que desprecian el gran altar de la justicia de Dios.»

Se sintió sorprendido cuando despidió la litera al percibir el silencio que reinaba alrededor de su casa. La puerta del jardín estaba abierta, crujiendo a causa de un seco viento rápido, y su sonido resonaba como un eco con incomprensible desolación cerca de la casa. El jardín estaba vacío y no había pacientes esperando. El lugar aparecía lleno de un silencio extraño, ausente. De pronto Lucano sintió que su corazón palpitaba rápidamente y entró corriendo en el jardín llamando a Ramus. Luego vio que algún mal había destrozado su pequeño y hermoso jardín. La diminuta estatua de Eros, que había adornado graciosamente el pequeño estanque lleno de lirios, había sido derribada sobre el agua y aplastada. Los setos de flores habían sido brutalmente pisoteados; las ramas de los árboles frutales habían sido arrancadas y la fruta aplastada. Las matas del jardín habían sido golpeadas y rotas y vio grandes señales negras sobre las paredes de su casa, como si el fuego las hubiese prendido y se hubiese apagado pronto. Entró corriendo en la casa, mientras en su cabeza rugía un ruido interior. Allí también estaba todo destruido; su escaso mobiliario, las sillas, mesa, su cama y la de Ramus estaban tiradas y rotas. Los cuadros que él mismo había pintado, y que colgaban de las blancas paredes, habían sido arrancados y pisoteados, la madera destrozada, sus jarrones y botes vaciados, la habitación donde guardaba los instrumentos quirúrgicos mayores abierta, y en ella no quedaba ningún instrumento; sus cuidados frascos rotos, sus paquetes de hierbas abiertos y éstas esparcidas, Todo aparecía abandonado y desolado.

Asombrado, Lucano se llevó las manos a la cabeza y permaneció quieto y atontado. Miró a su alrededor con incredulidad, parpadeando. ¿Por qué aquel destrozo? Y, ¿dónde estaba Ramus, su amigo, su ayudante? Empezó a andar por la casa gritando, mientras sus piernas vacilaban bajo él. Tenía una idea confusa de que los doctores de Atenas que durante hacía mucho tiempo le envidiaban y despreciaban. Habían hecho aquello, pero sus pensamientos estaban dispersos a causa de un enfurecido desespero. Ramus no estaba en la casa. De nuevo salió de prisa al jardín, luego fue hasta las paredes; todo estaba destrozado. Fue allí amontonado y sangrante, donde finalmente encontró a Ramus en estado inconsciente. Se arrodilló junto a Ramus llorando en alta voz porque vio que no sólo había sido golpeado salvajemente sino que, con algún instrumento afilado le habían dado un tajo en la parte alta de su rostro y que la sangre brotaba de sus ojos destrozados. Carente de visión y ensangrentados se volvieron hacia el iluminado cielo.

De momento Lucano creyó que estaba muriendo. Le alzó contra su pecho y con urgencia le examinó y le tomó el pulso. Palpitaba débil y vacilante, pero Ramus estaba vivo. Lucano, con la cabeza dándole vueltas como en una pesadilla, alzó suavemente a su amigo, y le metió suavemente en la casa, tomó su cartera de médico y volvió con ella. Administró algunos estimulantes a Ramus y colocó una botella que contenía un líquido de olor fuerte cerca de su nariz, e introdujo un estimulante por entre sus rotos labios. Trabajó fervientemente, sin pensar en otra cosa que salvar a su amigo. Una y otra vez, murmuraba para sí mismo:

«Esto es un sueño, esto no ha ocurrido; nadie puede haber injuriado así a un alma tan amable, nadie ha podido hacer esto en mi casa.»

No percibió el sonido de pasos que se acercaban. Y se enderezó violentamente cuando una voz tosca y aterrorizada habló tras él.

—Señor, huí cuando hicieron esto... Tuve miedo... Estaban tan furiosos... Perdón amo, ¡eh! ¿Qué han hecho a este pobre hombre...?

Lucano miró hacia arriba y sus ojos azules y dilatados brillaban enfurecidos. Vio que su visitante era un pobre campesino a cuya esposa había curado con éxito.

— ¡Sitón! —dijo roncamente—. ¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho esto?

Sitón se acurrucó junto a él; las lágrimas corrían por su rostro tostado por el sol, pero mientras contestaba, miraba temerosamente a su alrededor.

—Señor, si supiesen que he vuelto a decírtelo me matarían a mí también. Te están buscando... Te hubiesen asesinado. Fue la mujer Gata, quien dijo que Ramus producía el mal de ojo; ello lo había oído hace tiempo en la ciudad; tuvo un aborto y su esposo levantó al pueblo contra ti.

Lucano comprendió entonces, sintiendo que un nudo le atenazaba la garganta. El marido de Gata era un campesino próspero, dueño de muchos viñedos productivos, hombre malvado, embustero y engañador, que siempre se quejaba de que los ricos y poderosos de Atenas le ofendían y no le pagaban el precio justo de sus cosechas de uva. Sin embargo, él era el labrador más rico de cuantos vivían a muchas leguas a la redonda. Era famoso por su avaricia. Él, su esposa y sus hijos vivían en una casa que los cerdos hubiesen despreciado, aunque sus cuentas de oro en los Bancos de la ciudad eran la envidia de abogados, doctores, gobernantes y escribas. Dos semanas antes había acudido a Lucano en compañía de su astuta esposa, para rogarle, pretendiendo una pobreza absoluta e incapacidad de pagar los gastos que el nacimiento de su quinto hijo ocasionaría, para que el médico les atendiese. Creía que viviendo tan lejos del griego éste desconocería su riqueza, pero un paciente había murmurado al oído de Lucano lo que era, y éste había dicho al labrador con frialdad que tendría que pagar una suma modesta, o acudir al médico regular, cuya tarifa sería diez veces mayor que la suya. Marido y mujer habían partido gruñendo y alzando los puños amenazadoramente y llamando a Lucano ladrón y opresor.

—Hoy vino aquí, durante tu ausencia, señor —gimió Sitón volviendo a mirar a su alrededor con temor—; ya sabes que tiene a los campesinos bajo su puño; le deben mucho dinero, porque sólo sus viñedos produjeron buena cosecha el año pasado y las de los demás fueron muy pobres. Parece que esperaba la ocasión de que no estuvieses aquí. Llegó nada más partir tú y declaró a la gente que esperaba tu regreso, que les usabas para realizar experimentos malvados, que eras un brujo, un hombre muy rico que deseabas la muerte de los pobres. Ya sabes que los doctores de Atenas recomiendan el control de los nacimientos entre los pobres de solemnidad. Conoces qué inflamables son los ignorantes y estúpidos, cuán prestos están a creer el mal y la malicie, aunque tú les hayas ayudado durante estos tres años últimos y les hayas curado sus enfermedades. El marido de Gata dijo que había oro en tu casa y que con justicia pertenecía al pueblo...

Sitón miró a Ramus, que empezaba a gemir con agonía. El campesino estornudó, se limpió la nariz y los ojos con el dorso de la mano mientras Lucano se arrodillaba completamente estupefacto.

—Estaba aquí, señor, a causa de mis granos, los que estás haciendo desaparecer. ¿Qué podía hacer yo frente a aquella multitud amenazadora, que pedían tu muerte o tu destierro? Atacaron a Ramus y le dejaron por muerto... Señor, debes abandonar este lugar al instante..., volverán para matarte.

Lucano respiró profundamente.

—Ayúdame a meter a Ramus en la casa y a preparar su cama. He de pensar.

—Señor, debes partir al instante.

—Ayúdame, y cuando tenga a Ramus en la cama corre inmediatamente, si sientes hacia mí algún agradecimiento o gratitud, vete a casa de Turbo, el alfarero, y dile que el médico Lucano le ruega envíe una litera para mi amigo y nos dé cobijo en su casa.

En medio del rugiente tumulto y angustia que sentía, un frío pensamiento se adueñó de su mente. No tenía amigos entre los desgraciados a quienes había socorrido; no mantenía relaciones con los ricos, educados e inteligentes de Atenas. Turbo era su única esperanza. Sitón vaciló. Se levantó y alzó las manos. Luego gimió:

—Señor, si te ayudo, se vengarán de mí.

Lucano se levantó a su vez. Su elevada estatura se alzaba sobre el pobre campesino y sus ojos brillaban con ira y disgusto.

— ¡Te aseguro que si no me ayudas ahora, Sitón, caerá sobre ti un gran mal!

Sitón le miró, medio encogido ante él; vio el terrible brillar del rostro del médico y no dudó ni un solo momento. Sollozando ayudó a Lucano a levantar a Ramus y meterle dentro de la casa. Luego huyó. Lucano se ciñó un afilado puñal al cinturón, crispó los puños y se sintió invadido por el odio. Luego volvió su atención hacia Ramus que permanecía echado sobre la cama. El negro gemía sin parar y temblaba débilmente. Lucano examinó sus ojos y lloró de nuevo. La córnea había quedado desgarrada y sangrante. Las pupilas estaban destrozadas, arruinadas. Ramus, a partir de aquel momento, sería ciego y mudo. El corazón de Lucano quedó sobrecogido y palpitante, pero sus frías manos de médico atendieron los destrozados ojos y los vendaron. Le volvió a dar un estimulante, aunque pensó, sería mejor que muriese, que despertar al conocimiento de que los hombres son animales que sólo merecen la muerte. El rico, privilegiado y poderoso no es más perverso que el oprimido, esclavizado y sin hogar. He sido un niño.

Se sintió desconsolado, vacío y seco como el polvo. El odio rugía en su pecho como un ardiente fuego ansioso de devorar la maldad del hombre y terminar con ella para siempre. Se sentó junto a Ramus y sostuvo la fría mano del negro entre las suyas mientras lloraba sin consuelo. Sara le había escrito con alegría que su nombre era bendecido en todos los puertos y que los pobres le adoraban. Lucano rió amargamente.

La mano de Ramus fue calentándose entre las suyas y los mudos labios se estremecieron bajo los blancos vendajes que cubrían su frente. Lucano se inclinó sobre él y le dijo con voz cariñosa:

— ¿Me oyes, querido amigo?

El negro movió la cabeza con un gesto de respuesta. Sus roncos gemidos continuaron y Lucano se dio cuenta, por primera vez, que Ramus podía emitir algún sonido, aunque sólo fuese un gemido.

—Pronto nos llegará ayuda. Tranquilízate. Nos llevarán a un lugar seguro.

Cogió su cartera y sacó un frasco que contenía jalea de opio. Ramus debía dormir; no debía pensar en lo que le había ocurrido, en lo que la gente había hecho con él. Acercó el frasco a los labios del negro y dijo:

—Bebe un poco.

Se preguntó por qué no le dijo: «Bébelo todo». Pero la preparación que había recibido como médico le aconsejaba, incluso cuando su espíritu estaba sumido en la amargura hasta lo inconcebible, que aunque la muerte fuese misericordiosa no podía administrarla. Ramus se adormeció después de beber, pero Lucano se mantuvo sentado a su lado sosteniendo su mano y por fin el negro se durmió por completo con una débil sonrisa de paz en sus gruesos labios.

A Lucano le pareció que había transcurrido mucho tiempo. ¿Habría tenido miedo el cobarde y débil Sitón para obedecerle? No lo dudaría mucho, pensó Lucano. Son unos perros, animales bovinos, repugnantes chacales por naturaleza. No tendré jamás misericordia con ellos. Me volveré de ellos para siempre. Mi vida ha terminado. Lo que me resta lo daré a mi pobre y querido amigo, seré para él ojos y voz.» Empuñó la daga y deseó usarla como otro puñal había sido usado sobre Ramus.

Un enorme y brillante silencio envolvía la casa. Lucano pasó sus dedos con suavidad sobre los vendajes y murmuró:

—Te he despreciado y odiado, porque Tú afliges a los hombres, no sientes misericordia con ellos y nos dejas en las tinieblas. Pero ahora sé que eres rígidamente justo y que no merecemos más que lo que tenemos e incluso menos que esto. Si has rechazado al hombre es porque no es digno de ser aceptado. Dame sabiduría. Hazme conocer por qué creaste este mundo, porque tú que eres omnisciente y conoces todo lo que este mundo iba a ser, cuán detestable lo has creado. ¿Cómo podrás Tú, Tú que creaste las radiantes constelaciones en medio de la oscuridad, perdonar mis desdenes contra Ti? ¡Ilumíname! ¡Ten misericordia por este buen y querido amigo que te ha estado buscando y llorando por Ti hasta quedar mudo! ¡Ten misericordia, misericordia!

Los dedos que reposaban sobre los vendados ojos empezaron a vibrar misteriosamente. Deseó apartar los dedos de las vendas, pero se sentía paralizado. Sus suaves manos, temblorosas, permanecieron sobre las vendas. Finalmente, después de un momento, pudo retirarlas. Entonces sintió que una extraña debilidad se apoderaba de él y que su cuerpo se estremecía con rara pesadez, como si la sangre estuviese abandonándole.

De pronto, sonó en el jardín una repentina conmoción. Oyó el ruido de pasos apresurados y se puso en pie desenvainando el puñal. La destrozada cortina se abrió y Turbo apareció en la puerta. Estaba emocionado, con el rostro cubierto de lágrimas, y tras él permanecía un grupo de soldados armados. Lucano, al verle, empezó a sollozar. Extendió sus brazos y abrazó al alfarero y Turbo le apretó contra su pecho.

—No te preocupes, querido señor —dijo el alfarero—; estoy aquí para llevarte a mi casa y también a tu criado. Me siento muy honrado.

CAPÍTULO XXXV

El procónsul romano de Atenas era un joven ambicioso y expeditivo. Nunca había sido soldado. Perteneecía a una gran familia romana y había cometido algunas indiscreciones que hicieron necesario, para la familia, usar su dinero e influencia a fin de alejarlo de Roma por algún tiempo. Había estudiado leyes y era muy inteligente.

Lucano, durante toda aquella semana, había usado continuamente el nombre de su padre adoptivo ante el procónsul, reclamando justicia. El procónsul, aunque admirara el aspecto de Lucano, su inteligencia y fortaleza, empezó a considerar al griego un pesado. No había duda de que Lucano era un caballero, y el procónsul, como caballero también, se sentía inclinado a prestarle atención y escuchar con gravedad. Pero el asunto era poco importante. El procónsul apoyó su elegante codo sobre la mesa y miró a Lucano con amabilidad. Tras él, en su oficina, las banderas de Roma colgaban majestuosas, y los soldados hacían guardia sosteniendo las faces coronadas por las águilas imperiales.

—Mi querido Lucano —dijo el procónsul con la más suave de las voces—, comprendo, como te he dicho antes, tu vejación. El rico campesino en cuestión se siente arrepentido. Está dispuesto a pagar las reparaciones de tu casa. ¿Qué más puedes pedir? Está ansioso por conseguir tu perdón y dispuesto a pedirlo en público. Admite que su esposa intentó abortar por su cuenta. Se arrodillará a tus pies. Seamos razonables.

Lucano le miró con toda la poderosa concentración de sus curiosos ojos azules.

—Deseo que sea castigado. Quiero que se le condene a un largo período de prisión. ¿Para qué sirve su penitencia a mi amigo Ramus, que ha quedado ciego? ¿Acaso sus lágrimas le devolverán la vista y curarán sus heridas y descalabros?

—Eres un testarudo —suspiró el procónsul. Y ofreció a Lucano una copa de vino que el griego rechazó con un gesto de desprecio—. Consideremos el asunto, Lucano. Tu criado, un negro, un esclavo...

—Te he dicho mil veces que no es mi esclavo —exclamó Lucano—. Es cierto que fue maliciosamente acusado de algunas necedades y encerrado en la prisión y que yo le compré después. Pero ya te he enseñado los papeles que atestiguan la libertad que le concedí. ¿Cómo puedes pedirme que acepte el arrepentimiento del campesino en su favor? Si hubiese injuriado mi persona puede que hubiese llegado a perdonarle. Pero no tengo derecho a ofrecer semejante perdón en nombre de mi amigo, que no solamente es mudo, sino que ahora ha quedado ciego. ¿Dónde está la justicia romana? —continuó amargamente—. He oído hablar de la ley

romana toda mi vida. M padre adoptivo la reverenciaba: igualdad de justicia para todos los hombres. ¡Qué ironía, qué mentira!

El procónsul volvió a suspirar.

—Tu criado no sólo es negro, sino un bárbaro. El campesino es un ciudadano de Grecia, aunque privadamente yo creo que todos los griegos son unos indeseables. Hablo de los griegos actuales que viven de la reputación de sus grandes hombres antiguos, devorando su gloria como los que quiebran y devoran sus caudales. Permíteme que te lea una regla de Gobierno.

Y cogió un rollo de papel del que leyó:

«Un ciudadano de Roma o un ciudadano de cualquier país bajo la jurisdicción de la Pax Romana, tiene derecho a la dignidad, recurso a la ley y justicia por sus iguales».

—Pero tu bárbaro criado es un hombre de origen poco claro, no es ni siquiera egipcio. Carece de antecedentes. Es un hombre de color, no un hombre blanco. ¿Y me pides que castigue a un rico ciudadano de Grecia que envía regularmente sus impuestos a Roma y que es amigo de los políticos griegos, enviándole a la prisión? Hay que ver estas cosas dentro de un marco de referencia, sin prejuicios y con sentido común. ¿Has considerado lo que pensarían los ciudadanos de Atenas de una sentencia de prisión impuesta a este sencillo campesino que creía sinceramente que Ramus producía el mal de ojo?

— ¡Malditas sean tus reglas y regulaciones! —Gritó Lucano dando un puñetazo sobre la mesa—. ¿Qué es la ley si se opone a la justicia? Abogados y jueces son asnos nefastos a quienes habría que considerar sospechosos. Pido justicia para Ramus: es un hombre y ha sido herido casi mortalmente por otro hombre. Si yo no hubiese llegado a tiempo habría muerto. ¿No tiene derechos como hombre, cualquiera que sea su origen? ¿Ha de ser ultrajada su humanidad?

Respiró profunda y furiosamente.

— ¡Qué importa Atenas! Nunca volveré aquí, donde la misericordia se paga con el odio.

El procónsul sonrió con sonrisa tolerante.

—Tu marcha no disgustará a los doctores atenienses, que se sienten muy dolidos contra ti. Dicen que les has privado de sus pacientes que les pagaban una cuota. Consideran que les has perjudicado ofreciendo tus cuidados gratis. Los pacientes esperan siempre tu regreso.

—Sólo he ayudado a aquellos que no podían pagar...

El procónsul se encogió de hombros.

— ¿Quién se preocupa por un ganado tan irresponsable? Además —y empezó a toser—, tengo informes de que algunas veces has aceptado a pacientes ricos, casos desahuciados que podían pagarte valiosos honorarios.

Lucano volvió a golpear sobre la mesa. Estaba sofocado y colérico.

El procónsul volvió a toser.

—No he querido llamarte la atención sobre el asunto, pero los doctores me han estado diciendo que practicas la magia y la brujería y esto constituye una ofensa seria.

Lucano quedó anonadado.

— ¿Pretendes afirmar que los médicos de Grecia, esos médicos modernos, dan crédito a tales supersticiones bárbaras?

—Oh, debes saber que van a los oráculos de Delfos y además todos los hombres son supersticiosos, Lucano, incluso los médicos.

Una de las quejas, en particular, habla de un rico mercader que padecía cáncer y a quien habían pronosticado que le quedaba menos de un mes de vida. Tú le has curado.

—Conozco al mercader. Se llama Calías. El caso ocurrió hace dos años. Le dije que sus médicos tenían razón, pero le di una medicina para disminuir sus dolores. Está muerto, estoy completamente seguro.

—No está muerto. Vive, está sano y se ha retirado a sus posesiones en Cos.

Lucano no podía creer aquello.

—Entonces no es que los doctores estuviesen equivocados, sino que yo también lo estaba. Vino a mí con todo el cuerpo llagado. Es posible que sufriese alguna enfermedad de la piel parecida al cáncer y que todos nosotros nos equivocásemos.

El procónsul movió la cabeza con gesto de duda.

—No. Los doctores tenían razón; tú también tenías razón. Le curaste por medio de la magia y los magos despiertan desconfianza y sospechas, porque se cree que mantienen alguna clase de alianza con las negras fuerzas del mal.

—He oído muchas veces cosas ridículas antes de ahora, pero ésta es la peor. Lo que ocurre es que los doctores están resentidos contra mí. ¿Qué hay acerca de esos que no pueden pagar las tarifas que ellos imponen? ¿Han de morir por falta de cuidados?

—Honro tu compasión, Lucano, aunque la deploro. Debo decirte que el campesino arreglará el mal que ha hecho, pero debes olvidar el daño realizado a tu criado. Castigar al campesino significaría para mí poner toda Atenas en contra mía, y la política de Roma, la política de Tiberio César, nuestro divino Emperador, es mantener la paz en las provincias a toda costa.

— ¿Has pensado alguna vez que un acto de justicia romana inspiraría respeto en Grecia, el lugar donde ha sido inventada la democracia? ¿Has oído a la gente despreñar a Roma como lo he oído yo? No es que ellos

practiquen la democracia, pero como todos los hipócritas pretenden reverenciarla. Declárale que todos los hombres tienen los mismos derechos de la ley...

—¿Incluso un esclavo, un negro, un criado, que fue estúpidamente herido por un griego? ¿Qué es tu criado?

Lucano rechinó los dientes. La discusión había sido igual durante días y siempre terminaba de la misma manera. Contempló distraídamente sus manos. Llevaba siempre el anillo de Diodoro y el que Tiberio le había dado. Nunca había pensado en ellos. Pero en aquel momento su rostro enrojeció y se sintió excitado. Se quitó el anillo de Tiberio y le hizo rodar por encima de la mesa.

—Mira este anillo —exclamó—. Te juro por todos los dioses que el propio Tiberio, que honra a mi padre y a mí, me lo dio para que lo usase siempre que fuese necesario. ¿Lo dudas? Escribe a Plotio, el capitán predilecto de los pretorianos en el palacio imperial; es amigo mío y puedes preguntarle, Tiberio le ama como a un hijo y confía en él más que en ningún otro hombre. Para mí es casi un hermano.

El magnífico anillo quedó sobre la mesa, brillante y desprendiendo fulgores y el procónsul, que sentía gran afición por los anillos, supo al instante el enorme valor de la joya y quedó boquiabierto. Se sintió aterrorizado. Cogió con reverencia el anillo y lo examinó con asombro.

—Si no haces justicia con ese campesino —dijo Lucano, que despreciaba a aquellos que usaban nombres e influencias—, entonces le enviaré este anillo al César y le pediré que aplique su propia justicia, porque él no permitirá que sea humillado y mis peticiones rechazadas sin consideración.

El procónsul mantuvo el anillo en su mano como quien sostiene algo santo, y luego dijo con voz temblorosa:

—¿Por qué no me dijiste esto antes, noble Lucano?

—No pensé en ello. No pensé que un oficial romano necesitase el nombre del César para cumplir con su deber.

El rostro de Lucano reflejaba desprecio.

—Mi padre adoptivo era un hombre noble y un tribuno justo, pero los de su clase ya no existen. No hubiese necesitado la influencia del César para moverse.

El procónsul se humedeció los labios con la lengua. Se levantó manteniendo aún el anillo en su mano, hizo una reverencia a Lucano y le pidió perdón. Luego volvió a colocar el anillo en el dedo del griego. Luego, volviéndose hacia los soldados dijo con voz furiosa:

—Arrestad a ese canalla inmediatamente, metedlo en una prisión y que espere allí mi benevolencia. ¿Ha de pensar un romano para cumplir con su deber? ¡Vamos, moveos! ¡El noble Lucano ha sido insultado imperdonablemente por un simple campesino y yo le vengaré!

—No quedarás sin venganza —dijo Lucano a Ramus mientras se preparaba a retirar los vendajes de sus ciegos ojos—; he oído ayer cómo el procónsul romano ordenaba la detención del esposo de Gata, que será entregado a la justicia. Empezó a quitar las vendas con suavidad, Pero Ramus apartó la cabeza y sus gruesos labios se fruncieron. Lucano retrocedió y se sintió abrumado cuando vio que una lágrima se deslizaba por debajo de los vendajes.

—¿Qué pasa? —preguntó consternado. Ramus cogió su mano moviendo la boca silenciosamente, pero con desesperación—. No llores —dijo Lucano asustado—, no estropees lo que pueda haber quedado de tus ojos.

La elegante habitación que Turbo había destinado a sus huéspedes relumbraba con la luz del sol. Lucano hizo un gesto con la cabeza porque no comprendía en aquel momento. Corrió las cortinas de las ventanas. Luego recordó, con un nuevo estremecimiento de su corazón, que Ramus no vería más la luz del sol. Se volvió hacia su criado y le vio secarse las lágrimas. Colocó una mano sobre la cabeza del negro y repitió con voz débil:

—No llores. —Luego, en voz más alta, continuó—: ¿Crees que encuentro placer en saber que ese campesino que ha destrozado tus ojos debe sufrir? ¿No comprendes que tan sólo deseo que aprenda que no puede hacer cosa así a los inocentes, que no puede avasallar con impunidad el hogar de un hombre y herir a aquellos que no le han hecho nada? Será mejor después de algunos latigazos y algún tiempo tras las rejas. La ley es la ley.

Volvió de nuevo hacia Ramus que cogió su mano otra vez. Turbo entró en aquel momento en la habitación con expresión de sencilla alegría.

—Ah, las vendas serán quitadas hoy —dijo, y palmeó las espaldas de Ramus al pasar. Miró significativamente a Lucano e hizo una reverencia. Parecía abrumado.

—Señor —murmuró en voz baja—, el procónsul romano en persona espera para cambiar unas palabras contigo.

—Condúcele aquí —dijo Lucano—; quiero que vea por sí mismo lo que puede ser hecho bajo su jurisdicción y lo que no puede ser arreglado con demandas insistentes.

Su tono de autoridad hizo que Turbo volviese a inclinarse ante él.

—Le serviré mi mejor vino —exclamó expectante—, y vino para sus centuriones en el patio. —Vaciló un momento—. ¿Crees que el noble procónsul honrará esta casa?

—El procónsul romano —respondió Lucano secamente— apreciará cualquier cosa de valor.

Lucano olvidó al procónsul. Con un tacto ligero como una pluma empezó a retirar las gruesas vendas de aquellos ojos maltratados. Trató de no ver las lágrimas que se deslizaban por debajo de los vendajes. Esperaba que se hubiese cicatrizado la herida, que no hubiese infección, pero suspiro sabiendo que la luz de la penumbra revelaría unos ojos hundidos, los párpados marchitos, las pupilas destruidas para siempre.

— ¡Ah! —murmuró—. Si pudiese darte uno de mis ojos, mi querido Ramus. Yo mismo me lo sacaría de su cuenca y te lo daría. Tan sólo ruego que desde ahora en adelante no sufras ningún dolor y que puedas resignarte.

—La resignación con fortuna, aunque sea sin ojos, puede ser una recompensa —dijo una voz agradable a espaldas de Lucano y al volverse, el médico vio al procónsul que sonreía gratamente—. Saludos, noble Lucano. Te traigo excelentes noticias.

—Bien —respondió el médico frunciendo el ceño y volviendo a su trabajo—; verás que esto es muy delicado. Espero que los ojos de Ramus se hayan curado y que no exista infección.

El procónsul adoptó una postura cómoda y se pellizcó los labios mientras contemplaba al negro. Todo aquel furor por causa de un miserable apátrida que apenas si era algo más que un esclavo. Parecía imposible comprender a aquellos griegos. Naturalmente que se podía recordar a Tucídides, Jenofonte y Esquilo, que consideraban a todos los hombres valiosos y a Dios amante y misericordioso para con sus hijos. Pero aquello era sólo filosofía. Los hombres tenían que tratar con la ruda materia de la vida. Tan sólo en momentos de abandono, con un vino como aquel, uno podía expresar nobles palabras de alabanza a la virtud y felicitarse después de la propia sensibilidad.

—Ah, sí —dijo—, he entregado al campesino a la justicia, mi querido Lucano. Los magistrados me han informado hoy de que cuando sea presentado ante ellos ordenarán su ejecución. Más aún, si esto complace a tu criado sus tierras y dinero serán confiscados y entregados a la víctima como compensación.

Lucano se enderezó violentamente y Ramus, que yacía en la cama, se sentó al instante sobre ella agitando las manos.

— ¡Ejecutarlo! —Exclamó Lucano—, te he pedido justicia, pero no asesinato.

El procónsul, que no estaba acostumbrado a que le hablasen de aquella forma y mucho menos un griego, frunció el ceño con una mirada formidable dirigida a Lucano.

—No me hables de esta forma, hijo adoptivo de Diodoro Cirino —dijo con tono helado—, puede que tú seas médico y ciudadano de Roma y el heredero de una fortuna romana, según me informaron ayer, pero yo... ¡yo soy romano!

— ¡Y yo soy hombre! —Exclamó Lucano con el rostro enfurecido—, ¿qué es un romano, después de todo, sino también un hombre? Tendré que presentarme ante los magistrados. Diré lo que debo decir: que la justicia debe ser temperada por la misericordia.

El procónsul sonrió, y de nuevo volvió a beber vino de su copa.

—Fuiste tú, mi querido Lucano, quien me persiguió como una sombra y quien pidió castigo para el campesino. Ahora te retiras.

Lucano se retorció las manos; miró a los ojos burlones del procónsul y se sintió poseído por la angustia.

—Sí —dijo—, he pedido justicia, creyendo que consistiría en unos cuantos latigazos y unas semanas en prisión, pero esto es monstruoso.

El procónsul alzó las cejas bajo la visera de su bien forjado yelmo.

—Atiende a tu criado —dijo—. ¿No te das cuenta que está tirando de tu brazo? Sin duda que un hombre tan valioso no debe ser descuidado.

Se inclinó contra una columna de ónice; sus ojos brillaban con ironía. Lucano le miró durante un momento y luego prestó atención a Ramus, a quien obligó a echarse de nuevo sobre el lecho.

—Ten calma —dijo con severidad—, no debes luchar. Esto puede ser doloroso, pero el dolor durará poco.

Miró hacia atrás al procónsul.

—Te ruego que esperes hasta que haya terminado esto. Tengo a veinte griegos insistentes esperando —dijo el procónsul—. Esto no importa, desde luego. Es una casa encantadora. He estado investigándola. ¡Ah, qué tiempos estos en los que los esclavos, campesinos y hombres de manos toscas pueden adquirir tales delicadezas!

Lucano no contestó. El último vendaje empapado en sangre estaba ahora bajo sus delicados dedos. El procónsul, repentinamente interesado, alargó el cuello. Lucano respiró profundamente, luego retiró la última tela. Por un momento cerró los ojos a fin de no ver la terrible ruina. El silencio le rodeó y su frente quedó perlada de sudor. Nadie se movió, y luego el procónsul exclamó:

— ¡Pardiez! Nada hay estropeado en los ojos del esclavo. ¿Qué clase de broma es esta?

Los ojos del médico se abrieron por completo. Miró a Ramus que le sonreía radiante. Unos grandes y límpidos ojos negros brillaban ante él carente de todo mal. Lucano, temblando, se inclinó sobre el negro y limpió las pequeñas manchas de sangre. No podía creerlo. Era increíble. Cogió a Ramus por la barbilla con sus sudorosos dedos y le movió la cabeza de un lado a otro. Luego corrió hacia la ventana y separó de un tirón los cortinajes. Le temblaban las rodillas. Volvió a la cama y contempló incrédulo los ojos que se elevaban hacia él.

La habilidad médica no podía haber conseguido aquello. De nuevo se había equivocado. Recordó la peste, el cáncer de Calías, los otros casos extraños que había curado y aquel que tenía ante sí. Gritó a Ramus:

— ¿Puedes verme? ¡En el nombre de Dios!, ¿puedes verme, amigo mío?

Ramus asintió. Alargó la mano y tocó la de Lucano y una luz pura parecía brillar en su rostro. Luego alzó el borde de la túnica de Lucano y lo besó, como quien besa la túnica de un dios, apoyando su cabeza sobre la cintura del médico, como si él fuese un niño.

—Te aseguro —dijo Lucano con los labios reseco— que lo vi con mis propios ojos. Soy médico, estaban destrozados, rotos, sangrantes. La pupila había quedado reducida a nada, el fluido vital se había derramado. ¡Estaba ciego!

El procónsul dejó de sonreír. Se retiró unos pasos hacia atrás y contempló a Lucano con miedo. El médico se sintió frenético.

— ¡Estaba ciego! ¡Sé lo que es la ceguera cuando la veo! ¡Esto no puede haber ocurrido!

— ¡Brujería! —murmuró el romano retrocediendo más.

Tosió. Miró el anillo de Tiberio en la mano del médico y se detuvo. Luego dijo:

—Mi querido Lucano, sabes lo sensitivos que son los griegos para la brujería. Te aconsejo que abandones Atenas tan silenciosamente como te sea posible. Como romano estoy por encima de las supersticiones, pero debo administrar esta tierra y no quiero tener problemas.

La cabeza de Lucano era un torbellino confuso, lleno de ruidos y rayos de luz. Fue hacia el procónsul y alargó sus brazos hacia él, pero el romano, aterrorizado retrocedió.

—El campesino —dijo Lucano—. ¿Qué le pasará al campesino... después de haber cometido yo esta terrible equivocación?

—Aconsejaré su libertad después de un mes de prisión por asaltar a la persona del criado de Lucano, injuriar su casa e incitar a la rebelión —dijo el procónsul.

Y huyó. El ruido de sus veloces pasos despertó ecos en la casa. Turbo entró después atemorizado.

—Señor —dijo con humildad—, el noble procónsul salió corriendo de esta casa como si las furias fuesen tras él. ¿Le has ofendido en algo?

—No —dijo Lucano distraído. Señaló a Ramus—, es que no está ciego, Turbo. Me he equivocado terriblemente. No soy un buen médico, cometo demasiados errores, pero me siento muy feliz.

Turbo se acercó a Ramus y contempló sus ojos sonrientes. Luego miró a Lucano. Ramus se levantó del lecho, juntó las manos sobre su cabeza, las llevó luego hacia el pecho y se postró a los pies de Lucano.

—Mi pobre amigo —dijo Lucano emocionado—, te he causado muchos días de sufrimientos porque te dije que estabas ciego. Te ruego que me perdones.

CAPÍTULO XXXVI

EN años posteriores, Lucano pensó con frecuencia en la época que siguió a su rápida huida de Atenas, donde había vuelto discretamente muchas veces después, como un período en su vida lleno de sequedad. Había ido de un lugar a otro a través del ruidoso e inquieto imperio, sordo a lo que pasaba a su alrededor pese a que su habilidad y ternura como médico habían aumentado. Nunca fue voluble pero se volvía cada vez más silencioso. Su vida personal se estrechó. Era como una semilla en estado de vida latente, esperando brotar y la llegada de las aguas de la primavera para transformarse en un gran árbol. La semilla de su personalidad no germinó durante aquellos años, no produjo brotes, sino que permaneció reseca, sin emociones ni pensamientos. Se comunicaba cada vez menos con los demás. Sólo cuando Sara aparecía de improviso en algún puerto, su rostro rígido se alegraba y sus azules ojos brillaban. Pero veía a Sara una o dos veces al año. Ramus no le podía hablar. Había llegado a establecer un código de signos elocuentes que les servía mejor que el lenguaje. Iban de un lado a otro como benevolentes y tranquilos espíritus, atravesando malolientes puertos. Se instalaban silenciosos en las pequeñas casas y jardines de Lucano, o permanecían apoyados sobre las barandillas de los barcos contemplando las estrellas y la luna, los amaneceres y puestas de sol. Lucano prefería llegar a sus casas por la noche, por temor a la multitud que le salía a recibir, como había ocurrido en algunas ocasiones. Cuando visitaba Atenas, tenía que buscar excusas para evitar la hospitalidad de Turbo. Miles de personas le amaban; miles de hombres le consideraban un dios. Se ocultaba de ellos, excepto cuando acudían a él angustiados y doloridos. Su desinterés crecía; reinaba a su alrededor una especie de gris abandono. Esperaba ansiosamente las cartas de su hogar y le deleitaban muy en especial las que le escribían Prisco y Aurelia, pero sus propias cartas de respuesta eran breves. Parecía un hombre hambriento que, por raro contraste, sintiese gran aversión por la comida. Iba a Roma una vez al año, y cada vez decidía permanecer allí por más tiempo. Pero invariablemente, después de algún tiempo, se apoderaba de él una enfermiza inquietud y tenía que volver a marchar entre exclamaciones de tristeza y reproches de amor.

En cierta ocasión había dicho a su madre:

—No me preguntes qué es lo que me pasa, porque no lo sé. Cuando me pongo a reflexionar no encuentro otra cosa sino polvo; sin embargo, esta polvareda me produce dolor. Tengo miedo de penetrar más a fondo en la cuestión.

Algunas veces releía los muchos escritos que Keptah le había dejado. Uno de ellos en particular, que leía una y otra vez frunciendo el ceño y asombrado, pero sintiendo un estremecimiento de dolor sofocado.

«Aquel que mira hacia el hombre para encontrar a la vida algún significado, mira a una ilusión, porque el hombre no es nada sino tiene alguna relación con Dios. No centres tu corazón en la humanidad; porque es una quimera, una ilusión. Algunos han glorificado al hombre, han elevado a la humanidad a un absoluto en sí. Declaran vehementemente, que el hombre es sólo valioso en sus manifestaciones externas. Esta enseñanza ha sido aceptada por casi todos los países civilizados, para su desgracia, porque la ley y la justicia, la sencilla

compasión y misericordia, no están arraigadas en el hombre sino en Dios, y sin Él no pueden realmente existir, sin la base de aquel que las hizo. El hombre es tan sólo el receptáculo de la gracia, no es la gracia en sí»

Cuando Lucano leía aquello le parecía que dentro de sí mismo oía el rechinar de viejas y oxidadas puertas que crujían deseosas de ser abiertas. Pero se volvía de espaldas a tales sentimientos. Ya no sentía el apasionado furor contra Dios porque, en aquella época, pensaba en Dios muy poco. Si Dios se introducía en su mente le rechazaba con calma. Porque Dios era entonces para él un terrible cansancio que no podía comprender, ni sobre el cual quería preocuparse, o frente a lo que quisiera presentar batalla. No podía pensar en ello ni siquiera como se piensa en un teorema filosófico. Algunas veces pensaba en las edades pasadas y trataba de imaginar lo que serían los siglos futuros aún envueltos en sombras, y un inmenso cansancio se apoderaba de sus sentidos. Miraba a las estrellas y recordaba las conjeturas de los astrónomos egipcios, que se preguntaban si aquellas poderosas constelaciones no serían infinitos soles moviéndose alrededor de otros soles y si nuevas constelaciones, llenas de mundos nuevos y otros soles, no serían creadas de continuo. El pensamiento intensificaba el cansancio espiritual de Lucano y su sensación de futilidad.

En cierta ocasión, en Corinto, un viejo sacerdote muy pobre, humilde y amable, le había dicho:

—Cuando estoy echado en mi camastro por la noche y despierto, una seguridad extraña y grande se apodera de mí, como si recibiese un mensaje. Dios no está nunca ausente de los asuntos del hombre, aunque con frecuencia no nos damos cuenta de su presencia. Yo sé que se aproxima una tremenda revelación pero desconozco en que forma ocurrirá. Dios se manifestará a sus criaturas con poder una vez más, como lo ha hecho en edades pasadas, y hasta la tierra se estremece expectante. Lo presiento, lo sé. Puesto que el mundo ha perdido la visión de su rostro, Él se revelará de nuevo, quizá con furor pero, sin duda, también con amor.

—¿Por qué a esta brizna de hierba en el conjunto de un bosque infinito? —Preguntó Lucano con cinismo—, ¿por qué a este grano de arena en una playa sin límites?, ¿por qué a esta mota de polvo en un huracán polvoriento? Esto es mentira.

Estaban sentados en el polvoriento jardín del anciano sacerdote en el cual las gallinas picoteaban alegremente. El sacerdote sonrió y señaló a una gallina rodeada de polluelos. La seguían, escondiéndose algunas veces bajo sus alas, otras alejándose a cierta distancia.

—Conocen su voz —dijo el sacerdote—, hay muchas gallinas y polluelos aquí. Pero conocen a su madre. Esta pobre gallina no puede contar; sus polluelos son incapaces de apreciar los números y además son muchos, pero si se pierde uno, el más pequeño, sucio y débil, ella le busca y le encuentra. Quizá alguno de ellos, débil e insignificante, se preguntará porqué la madre se preocupa por él, él que es desvalido y bajo entre las aves, ¿cómo puede ella —acaso se pregunte a sí mismo— saber donde estoy yo, ella que tiene tantos hijos? ¿Qué le importa a ella que tenga mi parte de comida, que reciba su afecto y protección? Te digo, mi querido Lucano, que no amar nada es indigno; nada es demasiado, nada excesivo, nada demasiado pequeño para el amor. El amor nunca abandona. Para Dios esta mota de polvo sobre la que vivimos es algo querido como la más valiosa corona de estrellas del espacio que se extiende por encima de nuestra humana comprensión.

Luego añadió:

—Piensas con la mente, el esclavo ciego de tus cinco e inciertos sentidos. El mayor de los filósofos, que adoraba la razón, tuvo que volver finalmente al misterio, a lo desconocido, y siempre contra su voluntad, porque está más allá de la razón el débil y vacilante brillo de la oscura e inexplorada caverna. Dios sólo puede ser comprendido por el espíritu.

Pero Lucano se cansaba de aquellas razones, por lo que se levantó y se marchó. No quería una revelación. Algunas veces incluso deseaba la muerte.

Cuando recibía carta de su hermana Aurelia pensaba en ella imaginando que aún era una niña. Al volver a Roma, en una de sus raras visitas, se sintió turbado al verla transformada en mujer. Iba a casarse, y tendría que estar presente en la boda, con Clodio Flamínio, el hijo de una antigua y aristocrática familia. Tenía diecinueve años de edad, una edad excesiva para los matrimonios normales, lo cual había preocupado mucho a su madre Iris. Había tenido muchos pretendientes, porque la hija de Diodoro Cirino, con su excelente dote, era muy deseada. Además, Aurelia era extremadamente bella. Pero la muchacha no había tenido prisa en casarse a los catorce, ni a los dieciséis ni incluso a los diecisiete años. Se había limitado a sonreír ante la ansiedad de su madre y no se sintió turbada cuando Iris le había dicho:

—Las muchachas de tu edad ya son esposas y madres desde hace años. ¿Estás pensando en hacerte virgen vestal?

Pero Lucano sabía que su hermana no tenía una devoción particular por los dioses, aunque los aceptaba con serenidad. Sospechaba también que no era demasiado inteligente, porque había oído los viejos lamentos de Cusa sobre su placentero disgusto hacía los libros.

—No es una mujer digna de un Pericles —había dicho en cierta ocasión a Lucano—, la filosofía está más allá de su comprensión. No le interesa la política, los valores o la ley como a las demás mujeres de Roma. Ni siquiera conoce la existencia de la bolsa, las casas de seguros en el lado norte del Foro, como otras mujeres de su edad conocen. Cuando sus amigas, jóvenes matronas, se sientan con ella y hablan de sus inversiones o discuten un caso sensacional en las cortes de justicia, o comentan por su cuenta las cuentas corrientes que sus esposos tienen en los bancos, o se anticipan a los acontecimientos sociales y a los viajes durante el invierno al sur del país, o las más recientes modas o los juegos y gladiadores, ella se queda sentada, con una sonrisa agradable pero bostezando.

En cierta ocasión, Iris, cuyo maravilloso cabello parecía una cascada de plata, dijo:

—Parece que no desea nada. Pero, ¿por cuánto tiempo puede una mujer permanecer contenta junto al hogar sin ningún deseo?

En otra ocasión Lucano, persuadido por su madre, habló con Aurelia cuando tenía dieciocho años y era ya una solterona. Lo hizo muy a disgusto. Creía que nadie debía meterse en la vida de los demás.

— ¿Por qué esa actitud, hermana mía? No te preocupas por tu futuro. Nuestra madre es ya muy mayor y ha vivido mucho más de lo que era razonable esperar. Tiene cincuenta y cuatro años. ¿Cómo puede esperarse que viva muchos más para protegerte? Tu hermano, Prisco es soldado con las legiones de Druso y padre de familia. Nuestro hermano más joven está inmerso en sus libros, desea ser maestro; y probablemente nunca se casará. Esperas pasar tus días en esta tierra, la hermana vieja y soltera de Prisco, a quien nadie ha pedido en matrimonio después de que nuestra madre muera y Prisco traiga a su esposa y familia a esta casa, usando de su derecho de heredero.

Pero Aurelia le había respondido con una lenta y profunda sonrisa y había llamado su atención sobre un grupo de mariposas amarillas que revoloteaban por encima de las rosas. Fue inútil, Sin embargo iba a casarse para gran alivio de Iris y su esposo tenía la misma edad que ella. Lucano debía volver de nuevo a Roma para la boda. Mientras Lucano permanecía apoyado en la barandilla de un rápido, aunque pequeño galeón romano, que le había recogido en un oscuro puerto africano, se dedicó a pensar en Aurelia. Iris que conocía tan bien las cosas del amor, no había arreglado el matrimonio de su hija. De manera distinta a como hacían otras madres, creía en el gozoso consentimiento de la novia a su matrimonio. Su amiga, la esposa de Plotio, aunque mucho más joven que ella, había arreglado una entrevista entre la familia de Clodio Flamíneo e Iris, y Clodio y Aurelia, a primera vista, se habían enamorado profundamente uno de otro. Aunque el joven podía haber escogido mejor una novia más a propósito, una joven de catorce a quince años en lugar de una mujer de diecinueve, había preferido a Aurelia. En aquel asunto Lucano había percibido una nota críptica en las cartas de Iris. Aquello había sorprendido a Lucano y no había conseguido explicárselo. Iris, sin duda, había demostrado sentirse muy feliz y aliviada ante la perspectiva de la boda entre un miembro de una familia patricia distinguida y su hija. Aunque el inquieto Lucano volvía siempre que era necesario ocuparse de aquellos que le amaban y en sus asuntos personales, se sintió forzado por un desacostumbrado interés.

Después, una serie de escenas y recuerdos pasaron por su mente relacionados con la vida de su hermana, su niñez y madurez. Vio sus tranquilos ojos morenos llenos de luz; oyó su risa suave. Vio su prisa en recoger a un pájaro caído y colocarlo junto a su pecho; recordó a los perros de la casa siguiéndola con ojos de vacía adoración; incluso los toros se amansaban cuando ella se acercaba a ellos. Los caballos la adoraban, los criados estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por ella. Contemplando el cálido y abigarrado puerto, lleno de multitudes vehementes agitándose sobre los muelles, oyendo los interminables ruidos de oriente, oliendo sus fétidos y aromáticos olores, Lucano se preguntaba por todas aquellas cosas. Existía un problema que estimulaba su interés.

Ramus permanecía junto a él y contemplaba como cargaban el barco. Su majestuoso rostro africano, como de costumbre, reflejaba un gran interés en todo lo que le rodeaba, pero con una nota de confiada espera. Su negro cabello, de crespos rizos, estaba surcado por hebras de gris oscuro, pero su cuerpo no mostraba señales de la edad. Conservaba su fuerza muscular y su tersura. Sus grandes ojos inspeccionaban cuantos rostros se le acercaban. Por instinto, durante todos aquellos años, sabía cuando Lucano se volvía hacia él y empezaba a pensar en él. Miró a Lucano con amor y sonriendo, luego continuó su escrutinio de la multitud que bullía en el puerto.

El barco partió deslizándose suavemente sobre la lisa superficie sedosa de un mar azul y tranquilo sin apenas moverse. La costa comenzó a retirarse como si se alejase. El sol miraba hacia abajo desde un cálido cielo y las velas apenas si recogían aire. La siguiente escala era un puerto en el continente, en el que una carga de especies esperaba y al que llegarían en doce horas. Lucano se sentó bajo el toldo rojo con rayas blancas en el puente. Llevaban pocos pasajeros porque era un barco de carga. El griego empezó a pensar en su vida. Todo su temperamento, desde hacía tiempo, intentaba ser objetivo. Se había esforzado en que fuese así, porque temía la subjetividad, ya que sabía que si toleraba una introspección le conduciría a la desesperación. Recordó su vida como quien de pie sobre una montaña mira hacia abajo a los llanos y las ciudades, los lejanos, el distante mar, los campos y las aldeas. Sin embargo, cuando consideraba su vida, todo lo veía oscuro, desolado, estéril y sin color. Olvidó a los incontables miles a quienes había curado y consolado, a quienes había ayudado con misericordia a llegar a una muerte inevitable y pacífica. Nunca había pensado en sí mismo como pensaba en aquella ocasión y esto le turbó aunque su falta de raíces obedecía a una elección propia y había sido él quien había hecho su propia vida. Se enfrentaba a sí mismo y se veía como uno que no había dado ni recibido nada. Alguien de quien nadie se acordaría ni nunca echarían en falta. Su melancolía le produjo un pesado gusto metálico en la boca y sintió sobre su pecho como una pesada piedra. Ramus le miró desde la barandilla y pensó para sí: «Mi señor está triste; busca sin saber qué o a quién busca.»

Antes de que el sol se pusiese, el barco atracó en el puerto siguiente, y un centurión con tres soldados subieron a bordo. El centurión llevaba su familia con él. Era un hombre moreno y aguileño, como la mayoría de los soldados romanos, pero tenía una expresión amable y paciente y esto atrajo el distraído interés de Lucano. Era poco común que un oficial romano hablase tan amablemente a sus soldados y demostraba tanta solicitud, en público, por su familia e hiciese alarde de una comprensión tolerante. Cuando habló a los esclavos que llevan las cosas de su casa —era patente que volvía a su casa en Roma, porque no era joven—, su fuerte voz

sonaba con una rara profundidad y compasión y sonreía a los esclavos y les animaba. Sin embargo, su actitud tenía cierta arrogancia, su ancho y fuerte cuerpo reflejaba fortaleza a pesar de la edad; su rostro quemado por el sol tenía un aspecto tan rudo, con huellas de pasada intolerancia. Andaba con firmeza y miraba a su alrededor con el atrevido escrutinio de un romano. Cuando sus ojos se posaron en Ramus que estaba apoyado en la barandilla, Ramus, vestido con el atuendo poco elegante de un esclavo, o de un pobre liberto, no se apartaron de él, aunque por un instante vaciló. Luego sonrió a Ramus, como quien sonríe a un hermano, y Ramus sonrió a su vez.

Dejó a su familia, con la ayuda de los soldados y esclavos, en el puente inferior y volvió solo al puente superior. Miró el mar, luego al cielo y sonrió contento. Abrió sus fuertes piernas morenas y se balanceó siguiendo las oscilaciones del barco; metió los pulgares en su ancho cinturón de piel, del que colgaba un corta espada. Se quitó el yelmo y se enjugó el rostro sudoroso. Adoptó una expresión agradable mientras miraba a Lucano. Era evidente que deseaba compañía y Lucano se puso en pie con un gesto elegante e invitó al soldado a tomar una copa de vino en su compañía. Ramus fue abajo y subió vino, tres copas sirvió del rojo líquido. Lucano esperaba ver un gesto de sorpresa y ofensa en el rostro del romano por la presencia confiada del negro y ante el hecho de que pudiese participar del vino de Lucano. Pero el centurión aceptó el vino de Ramus y le dirigió una amable sonrisa; luego se sentó junto a Lucano, que se había presentado a sí mismo mientras esperaba los servicios de Ramus.

—He dejado Judea hace tres semanas —dijo el centurión— para reunirme a mi familia, mi esposa y mis dos hijas que han estado disfrutando de la sequedad del aire del desierto. Mi familia no está muy bien —y suspiró, pero inmediatamente un aspecto de paz volvió a su rostro—, me han licenciado: tengo una pequeña posesión cerca de Nápoles y quiero terminar mi vida allí, sin tristeza ni ambiciones. Me llamo Antonio —continuó—. Hubo un tiempo cuando no concebía otra vida para mí, sino la del soldado siervo y criado de Roma. En aquel tiempo yo era el más orgulloso de los hombres y, me avergüenzo en confesarlo, el más impaciente.

Lucano se sintió interesado. El orgullo y la inspiración no eran reprobables entre los romanos sino más bien como parte de un carácter nacional.

El centurión le dirigió una tímida y vacilante mirada y Lucano se sintió muy intrigado. La mirada parecía algo añeja y poseía un cierto candor. Ramus, que permanecía de pie cerca, se arrimó más.

—Pero esto debe tener poco interés para ti, Lucano —dijo el soldado como excusándose—. Debes perdonar los delirios de un anciano. Sorbió su vino y miró soñadoramente hacia el mar.

—Sin embargo me siento impelido a hablar con cualquiera que quiera escucharme.

Alzó la copa hacia los labios, mirando aún al mar agitado y un aspecto de exhalación y asombro brilló en sus fieros ojos negros.

—Tienes mucho interés para mí —respondió Lucano.

Hizo una señal a Ramus para que sirviese más vino. Antonio dio las gracias a Ramus, y Lucano se sintió más asombrado aún.

Antonio retiró la mirada del mar y miró al fondo de la copa que sostenía en sus manos morenas. Luego dijo:

—Por mucho tiempo he vivido en Capernaúm. Allí estaba destinado hasta que en respuesta a mi solicitud, fui llamado a Roma. Debes comprender, Lucano, que los judíos son muy parecidos a los romanos. Tienen el mismo orgullo, son tan obstinados como nosotros y aman a su país; son también muy agudos a la vez que muy religiosos.

Comercian y rezan, son excelentes tratantes y dan limosnas a los pobres.

—Sí —dijo Lucano con una sonrisa tolerante—, te comprendo. Mi padre adoptivo era también así; decía a menudo que los romanos y los judíos son muy parecidos.

Antonio asintió. Estaba muy serio, como si fuera joven.

—Los judíos me detestaban y detestaban a todos los romanos pero, ¿acaso los hermanos no se detestan unos a otros? Sin embargo, a lo largo de los años nos hemos hecho excelentes amigos. No solamente aprendí el arameo vulgar, sino el hebreo de los sabios y algunas veces me visitaban, aunque no con mucha frecuencia, y me hablaban de muchas cosas. Ayudé hace unos cuantos años a construir una sinagoga, puesto que los que viven en Capernaun son muy pobres y las sinagogas eran muy necesarias. No soy pobre; puse mi propio dinero en la construcción de la sinagoga. Sí, éramos amigos, nos amábamos unos a otros, los judíos y yo. Mi hija mayor se ha casado con un joven erudito judío y vive con él en Jerusalén y tienen tres niños. Son preciosos —añadió y sus ojos se humedecieron.

Lucano le escuchaba con cortesía, pero empezaba a estar un poco aburrido. El centurión tenía un aire pesado y Lucano recordó que los soldados viejos están cansados y son dados a cuentos fantásticos que encuentran, mirando hacia atrás, muy portentosos.

—He dejado a mi criado con mi hija y su familia —dijo Antonio contemplando aún hacia la copa—, pero debo decirte algo acerca de mi criado porque es importante. Era el amigo de mi infancia, era esclavo; nos queremos como hermanos. Cuando me enrolé en el ejército mi padre me regaló el esclavo y yo le liberté, porque le amaba entrañablemente. Se llama Chetico, tiene cincuenta años, dos años más joven que yo, nunca fue un esclavo para mí, Lucano —y el centurión alzó los ojos como si desafiara al griego.

—Ningún hombre es realmente esclavo —dijo Lucano.

El sol se ponía rápidamente; el mar había adquirido el color de la púrpura y el cielo parecía arder.

Antonio fijó sus ojos penetrantes en el griego.

—Recordarás que los griegos tienen una tradición. Ofrecen una libación al Dios Desconocido antes de beber.

—Sí —dijo Lucano, y su corazón se estremeció lleno de un amorfo e impaciente dolor—. Así lo hacía mi padre.

Antonio alzó la copa hacia Ramus solicitando más vino, pero cuando le fue servido no lo tocó con sus labios. Miró ante él, hacia el espacio, hacia el cielo vivamente escarlata, y luego dijo con voz muy suave:

—Yo he visto al Dios Desconocido.

Lucano frunció el ceño. El hombre empezaba a fastidiarle. Sabía algo acerca de aquellos romanos supersticiosos, que pretendían ser realistas. No había ningún santuario, en ninguna parte del mundo, dedicado al más oscuro dios oriental, griego o africano, que ellos no visitasen, afectando despreciarles. Pero siempre estaban allí, dejaban su dinero en los santuarios y cubriéndose a sí mismo de amuletos.

—Sí —dijo Antonio, y su voz tembló—, he visto al Dios Desconocido.

Pero ahora ya no es desconocido. Mis ojos le han visto a distancia. Y esto ocurrió hace pocos meses. Debes creerme —dijo con tono implorante, viendo el rostro contrariado de Lucano.

—Sin duda te creo —dijo Lucano volviendo su rostro hacia el centurión.

Su dorado cabello que blanqueaba en las sienes, prestaba un halo a su noble cabeza. El sol poniente parecía quedar apesado en sus helados ojos azules.

— ¡Yo lo creo! —Exclamó el centurión con voz poderosa—, y debes escucharme, no debes dudar. Es un imperativo que me creas, que todos los hombres crean.

Lucano murmuró algo con disgusto. Pero su dolor se hacía cada vez más profundo en su corazón floreciendo como una enorme flor roja sin que él supiese por qué. Deseó disculparse y marchar, no era emotivo salvo cuando estaba furioso; se sentía molesto ante aquellas impetuosidades, ante aquella ansiosa insistencia poco seria. Se movió inquieto en la silla, pero no podía marcharse sin ser incorrecto. Miró a Ramus y vio el rostro del negro que brillaba como si estuviese en éxtasis. El griego dijo:

—Cuéntame acerca de... ese hombre...

El centurión extendió la mano y cogió el brazo de Lucano; sus ojos brillaban como un fuego oscuro.

—Esto es lo que yo o decir a todos los hombres, que he visto a Dios, que he estado en su presencia, aun que no me atreví a acercarme a Él demasiado.

—Lo comprendo —dijo Lucano con cansancio—, yo he estado en el Patio de los Gentiles en varias sinagogas. Pero nunca he sido admitido al patio interior, donde se guardan los rollos y donde están los altares. ¿Te han admitido tus amigos judíos a ese lugar aunque está prohibido a los gentiles?

La mano le apretó fuertemente el brazo y el centurión se inclinó sobre él, más cerca y temblando. La luz granate brillaba en todos los rasgos de su rostro moreno, en las concavidades de sus ojos, sobre el perfil de su nariz aguileña,

—Debes escucharme. No, no he sido admitido hasta el altar, ni hasta los rollos, pero he visto a Dios y esto ocurrió hace pocos meses. —Alzó las manos en un gesto de solemne juramento—. Te juro que lo he visto con estos ojos, y he oído su voz.

Este hombre está loco, pensó Lucano.

El centurión tocó sus ojos con los dedos.

—Con estos ojos —exclamó, y repentinamente una lágrima brilló en sus mejillas.

Ramus permanecía junto a él y la respiración del negro se hizo rápida mientras sus propios ojos empezaron a brillar.

—Lucano —dijo el centurión con tono de gran urgencia en su voz—, sin duda recordarás que los judíos han esperado durante muchos siglos que el Mesías naciese entre ellos como rey. Pues bien, ha nacido y está en la tierra de Israel, ahora. Yo había oído hablar de Él antes de que viniese a Capernaum; es joven en la carne, sin embargo, quizá no sea tan joven. Corren muchos rumores, ha realizado muchos milagros. —La boca de Lucano se cerró con fuerza y el color desapareció de su rostro. De repente se le ocurrió una idea, Dijo fríamente:

—Creo y comprendo. Tengo una amiga, una mujer, que me ha hablado de esos judíos hacedores de milagros, de esos místicos. Mucho antes de que los médicos griegos comprendiesen, que a menudo una mente enferma infecta el cuerpo, los judíos se habían dado cuenta de ello. Por lo tanto los hacedores de milagros, liberando y sanando las mentes enfermas, pueden restaurar la salud al cuerpo. Esto no es nuevo, Antonio, no es ni siquiera un milagro, aunque no sabemos, actualmente, lo que es la mente, ni podemos expresar sus misterios con escalpelos o la sonda.

Se sintió invadido por un extraño terror. No deseó oír más. Pero Antonio aferró de nuevo su brazo y el rostro del soldado estaba trémulo a causa de una profunda emoción.

—Lucano, sé todo acerca de las tradiciones y creencias de los judíos. He vivido en Judea por largo tiempo y mis amigos han confiado en mí. Este hombre no es un simple hacedor de milagros. Es el Mesías, es Dios. ¿Crees que yo creo esto solo?, no, multitudes de judíos creen en ello, puesto que su primera aparición ha tenido lugar entre su pueblo para exhortarlo.

—Los judíos son un pueblo muy excitable —murmuró Lucano.

Podía oír el latido de su corazón en los oídos. Cuántos recuerdos se agolparon ante sus ojos y cerró los ojos para no verlos. Añadió desesperadamente:

—Cuando la mente queda bajo el poder de la histeria, el cuerpo enferma, todos los médicos comprenden esto.

El centurión sonrió con sonrisa infinitamente dulce.

—No es un médico. Sus seguidores lo llaman Rabbí, es decir, Maestro. He conocido a muchos de estos rabíes, hombres devotos, que pueden curar por medio de la oración y que han pasado sus vidas enseñando al pueblo y consolándole.

El enorme sol rojo se hundió en el mar y los marineros aparecieron con linternas que empezaron a colocar en diversos lugares de la cubierta. Una brisa fresca se levantó, las velas se hincharon y el barco empezó a deslizarse sobre el purpúreo mar.

—Pero este Rabbí no es como los que le han precedido —dijo Antonio con voz conmovida— es el Dios Desconocido de los griegos, de los egipcios, antes que ellos, de los babilonios y caldeos, antes que los egipcios; es el Mesías. ¿Que cómo lo sé? Cuando oí hablar de él a los amigos que me visitaban procedentes de Jerusalén y Cesárea, supe inmediatamente quien era. ¡Debes creerme!

— ¿Cómo lo supiste? —preguntó Lucano con tono ausente.

El centurión golpeó su pecho con el puño cerrado.

— ¿Cómo conoce un hombre la verdad, excepto experimentándola? Lo sabe en lo íntimo de su corazón.

Dejó caer el puño sobre su rodilla y suspiró.

—Te he hablado de Chetico, mi amigo, mi liberto. Se puso enfermo, no de la mente, sino del cuerpo. Lo envié a los mejores médicos para que lo curasen, no escatimé dinero, ni esfuerzos. Permanecí sentado junto a su cama durante muchos días y él no me conoció; vomitaba sangre; sus excreciones eran sanguinolentas, la sangre cubría toda su piel. Sus ojos estaban congestionados con ella, tenía los labios resecos con sangre. Y su carne se marchitaba día a día hasta que se quedó como una sombra.

Lucano se estremeció, ¡la enfermedad blanca! ¡La asesina, incurable y terrible enfermedad para la que no había cura! ¡La enfermedad que había matado a Rubria y había, al morir ella, matado su espíritu! Miró con ojos dilatados al centurión y se humedeció los labios, puesto que estaban fríos y rígidos.

—Me dijeron que Chetico tenía que morir —dijo el centurión— y que no había remedio para su enfermedad. Cualquiera hora, día o semana, moriría.

—No hay cura —dijo Lucano con voz sombría bajo la luz de las oscilantes linternas.

El centurión asintió y sus ojos se iluminaron como si estuviesen llenos de lágrimas.

—Pero —dijo suavemente—, Chetico fue curado instantáneamente.

— ¡Imposible! —exclamó Lucano.

—Imposible para el hombre, Lucano, pero no imposible para Dios. Chetico fue curado en un instante y se levantó de la cama, sus mejillas llenas de vida y salud, me abrazó y me dijo: «Él me tocó las manos durante el sueño y me dijo que me levantara y dejara la cama.»

— ¿Qué hizo? —preguntó Lucano—. ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Te lo he estado diciendo. Era el Dios Desconocido. Perdóname, soy tan sólo un tosco soldado. Carezco de elocuencia; cuento mi historia pobremente. He dicho que mis amigos judíos me trajeron rumores del Mesías. Un día vino a Capernaum. Mis criados corrieron a decirme que el extraño Rabbí judío había llegado a nuestra ciudad y que se decía que era el Mesías. Tres de mis amigos, ancianos judíos, estaban sentados conmigo para con solarme, porque Chetico estaba muriendo, respiraba lenta y entrecortadamente y de su garganta salía un ronquido sordo; tenía los ojos en blanco y velados. El frío estremecimiento de la muerte se había apoderado de él. Un quejido profundo surgía del fondo de su cuerpo. El médico acababa de salir moviendo la cabeza.

La memoria de aquellos momentos, hicieron que la voz del centurión temblase. Colocó la mano sobre el rostro.

—Pedí a mis amigos, los ancianos judíos, que fuesen a Él y le rogasen que curase a mi siervo, a mi amado Chetico. Acudieron a Él hasta el lugar donde estaba predicando al pueblo y le dijeron que sería una buena obra que curase a mi criado, le instaron para que acudiese a mi casa. Los ancianos le dijeron que yo había construido su sinagoga y que era amigo suyo. Por lo tanto, rodeado por sus seguidores y gente del pueblo, y acompañado por los ancianos, se encaminó hacia mi casa.

Las linternas se balancearon en el frío anochecer y la luna iluminó las altas velas del barco con una cascada de luz argentina. Lucano olvidó a Ramus, olvidó todo excepto aquella increíble historia.

—Les que oí llegar —continuó el centurión con voz que ronca y pausada—, supe que Dios venía a mi casa y me di cuenta que digno de que Él se acercase a mi umbral. Salí corriendo del dormitorio, me alejé de la casa. El sol iluminaba la escena desde lo alto del cielo y le vi. ¡Con estos ojos le vi! Lucano, has de creerme. El polvo amarillento brillaba sobre la gente y sobre Él. que estaba en medio del grupo destacándose sobre ellos, era un joven de rostro hermoso y el polvo formaba un halo sobre su cabeza. Vi sus ojos azules como el cielo, vi su sonrisa y estuve seguro de que Él era Dios. Mis piernas se estremecieron. Me parecía que los cielos y la tierra ardían encima y a su alrededor. Extendí mis brazos para evitar que se acercase más, porque yo no era digno de su presencia; incliné la cabeza porque era un sacrilegio que yo le mirase. Luego le dije: «Señor, soy un hombre que tiene autoridad, romano, y tengo soldados bajo mis órdenes y si digo a uno de ellos «vete», va y si ordeno a otro que venga, viene. Todo cuanto yo mando se hace al instante. Por lo tanto, Señor, di la palabra y mi criado será curado.

Lucano empezó a temblar. Unió las manos con fuerza. La brisa del atardecer parecía hielo que golpease sus mejillas. Se dijo a sí mismo: « ¡No, no es posible!»

—Y entonces —continuó el centurión casi en un susurro—, le oí hablar. Su voz parecía descender del cielo y subir de la tierra a la vez. Luego dijo al pueblo que le rodeaba: «No he encontrado tanta fe ni siquiera en:

Israel.» Y cuando abrí los ojos, Lucano, se había ido y con Él la gente. Sólo mis amigos quedaron allí y cuando entramos en la casa encontramos a mi criado curado.

Por encima del sonido de la brisa nocturna y el chasquido de las velas, Lucano oyó el eco de apagados murmullos. Miró a su alrededor sorprendido. Ramus ya no estaba allí. Se puso en pie y luego tuvo que apoyarse en la silla, porque sus rodillas no podían sostenerle. Miró al centurión incapaz de hablar.

—Debes creerme —repitió el centurión—, mírame y cree que no miento. Tú sabes que no miento, curó a mi criado y transformó mi alma.

Lucano giró sobre sus talones y se alejó de allí.

CAPÍTULO XXXVII

LUCANO y Ramus comían su ascética comida juntos en un camarote. El griego estaba más silencioso que de costumbre. No podía comer mucho. Ramus estaba sentado junto a él y Lucano vio que el rostro del negro brillaba radiante y que estaba absorto en sus pensamientos. Lucano habló con lentas y cuidadosas palabras:

—Ramus, debes recordar que no hay ningún médico que sepa todo cuanto puede ser conocido; el hombre es un ser misterioso; los filósofos, médicos y sacerdotes han intentado inútilmente explotar el misterio. La magia, la necromancia y la brujería, no son quizás lo que parecen ser, sino que es posible que operen sobre leyes naturales aún desconocidas para la mayoría de nosotros. En cierta ocasión mi maestro Keptah me dijo que estaba escrito en los libros santos babilónicos que los hombres atravesarían los océanos sin ayuda de velas, que algún día volarían como pájaros por encima de los continentes y que en su incontinencia, destruirían la tierra en que vivimos. Todos los filósofos han conocido estas profecías, pero han temido decírselo al populacho. Recordarás que Sócrates fue obligado a morir por causa de sus pensamientos e ideas. Si alguien hoy en la Roma moderna, en el mundo romano de fuerza, poder y materialismo, proclamase lo que los babilónicos y los judíos han conocido durante siglos, sería llamado loco o mago y sería suprimido. Sin embargo, creo que todas estas cosas ocurrirán algún día. La historia que hemos oído esta noche de labios del centurión Antonio, es sin duda cierta, desde su propio punto de vista. Quizá aquel rabbi judío, el maestro, sabe algunos secretos que parecen sobrenaturales para nosotros, pero que son parte de alguna ley natural que aún no hemos descubierto. Y, de nuevo, esto parece muy razonable para mí. Los médicos que atendieron al criado de Antonio cometieron un error; el criado no estaba mortalmente enfermo; se hubiese recobrado en cualquier caso.

Lucano partió un pedazo de pan y se quedó contemplándole apáticamente, luego lo dejó.

—He visto que te ha emocionado mucho la historia del centurión. ¿Crees que el Rabbi judío es aquel a quien has estado esperando? No te dejes engañar.

Miró a Ramus cuyo rostro brillaba cada vez más.

El griego suspiró.

—Te he dicho que puedes hablar, que no hay nada orgánicamente defectuoso en tu garganta. Estás al borde de la histeria. Pero cualquier día de estos hablarás y no será un milagro.

Le dolía la cabeza; pequeños escalofríos helados recorrían su carne, le dolían las articulaciones. Se levantó de la mesa y dijo:

—Tengo frío. Me voy a acostar.

Corrió la cortina de su cama, que le separaba de la de Ramus, y sacó su cartera. Se tomó el pulso. Latía normal. Su piel estaba caliente pero no más de lo corriente. Realizó ciertas pruebas sobre sí mismo y vio que nada funcionaba mal. Sin embargo se sentía invadido por un sentimiento de profunda enfermedad. Se dijo a sí mismo: «No soy un hombre emotivo pero por alguna razón tonta me he sentido turbado por el centurión.»

Se acostó y oyó a Ramus hacer preparativos para acostarse en su propio camastro. Cuando Ramus miró tras de la cortina, Lucano pretendió estar dormido. Ramus apagó la lámpara y luego todo quedó en calma, excepto los rumores y crujidos del barco, los distantes sonidos de los remos golpeando sobre el agua cuando el viento decrecía y alguna voz lejana de la guardia. Después de un rato Lucano se durmió inmenso en pesadillas y sueños aterradores.

Se encontraba en un enorme y profundo salón, cuyas paredes y techos se perdían en las nubes, sin principio ni fin. Estaba solo y se sentía invadido por un sentimiento de temor universal y vaciedad. De pronto, ante él, se alzó una gran cruz blanca como la nieve, cubierta de sombras rosadas de arriba abajo y a su través. Su cima se elevaba hacia el infinito. Sus brazos abrazaban el universo. Permaneció ante su base, empezó a llorar y se dijo a sí mismo: «No he querido recordarlo.» Y exclamó con voz llorosa: « ¡Señor, ven a mí!

Luego se sintió hundido en un espacio profundo, en una noche negra y sin fondo. Y desde una infinita vastedad, desde los finales de la creación, oyó que alguien le llamaba tiernamente: «No te he olvidado, siervo mío. Te he conocido desde el principio del tiempo y tú oirás mi voz.»

Lucano se despertó con un violento respingo en la oscuridad. El barco crujía y murmuraba. Empezó a adormecerse otra vez, temblando bajo el peso de sus sueños. Le pareció ver un pequeño resquicio de luz, pero pronto desapareció. Se movió inquieto. Su carne ardía como el fuego; se dijo a sí mismo vagamente que tenía fiebre. De nuevo se durmió y otra vez la desolación prevaleció sobre la rápida sucesión de sus sueños, invadiéndole con un sentimiento de pérdida y búsqueda. Estaba en un deslumbrante y alejado desierto y las

arenas se alzaban como enormes olas del mar. Se sentía oprimido por la sed. Caminaba siempre adelante, buscando un oasis o una señal de vida, una palmera, o una línea de camellos en el ardiente horizonte. Hundió su rostro en la cálida arena y se dijo a sí mismo: «Ahora voy a morir, porque todo a mi alrededor carece de utilidad y mi vida no tiene sentido, igual que este desierto y no hay nada que pueda apagar mi sed.» De pronto un agua fresca inundó sus labios y bebió ansiosamente sin que se saciase nunca. Sus ojos quedaron cegados por una luz que le rodeó y oyó una voz que le dijo con cariño: «Yo soy el único que puedo apagar tu sed, oh, mi siervo Lucano.»

Luego le pareció que estaba sobre una estrecha, peligrosa y tortuosa carretera que ascendía por la ladera de una suave montaña, cuya cima estaba cubierta por las nubes. La montaña no tenía árboles, hierbas ni ninguna clase de vegetación. Sus rocas y sus amarillentos acantilados parecían cubiertos de fuego. Monstruosas cabezas de piedra, como las cabezas de Medusa o de las Furias, se alzaban desde los precipicios, o bordeaban su camino. Tenía la espalda doblada a causa de una terrible carga que no podía ver y sus hombros gemían con el dolor de su peso. Cayó contra un lado del precipicio y jadeó desesperadamente, diciéndose a sí mismo que no podía continuar adelante. Pero alguien le dijo con una voz que llenaba todo el espacio: «Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados y os haré descansar.»

Lucano se despertó de nuevo, empapado de sudor. El barco se quejaba y cabeceaba. La oscuridad era sofocante, intentó levantarse para buscar agua, pero de nuevo se durmió y soñó otra vez que estaba hambriento como nadie lo había estado jamás, como nunca nadie lo había podido imaginar. Un rugiente afán, angustia y deseo le invadía. Se mordía las manos y gemía. Entonces, en medio del dolor, vio dos manos que partían pan y que le daban un trozo que devoró y se sintió satisfecho; la voz volvió a decir: «Esta es mi verdad, y sólo ella puede aliviar el hambre.»

Estaba en las peores ciudades. Podía contemplar la curva de un mundo que humeaba. Caminaba a través de ciudades destruidas, cuyas ruinas se extendían de horizonte a horizonte bajo un cielo tenebroso. No había luna, estrellas, sol ni esperanza. Las ciudades despedían humo como chamuscados esqueletos. Entonces, muy a lo lejos, Lucano vio la estrella que había contemplado de niño. El astro se movió y empezó a seguirlo, corriendo furiosamente y mientras lo hacía, oyó un coro de poderosas voces, cantando desde la eternidad, igual que si inmensas multitudes cantasen regocijadas. Entonces exclamó:

— ¡Esperadme, estoy perdido! »

Sus sueños se hicieron más confusos, más insistentes, mezclándose unos con otros, surgiendo, separándose, ascendiendo en espiral hacia la nada, azándose clamorosos, más confusos, más preñados de terror y profecía. Luchó por despertarse y un rayo de luz de sol, procedente de la ventana, iluminó su contraído rostro. Alguien le ofreció una mezcla de agua y vino colocándolo junto a sus labios y dijo:

—Estás enfermo. Bebe y descansa.

Volvió a dormir de nuevo. Pero le parecía como si estuviese en un lecho de fuego y se quejaba. Unas manos le movieron y se sintió empapado igual que si estuviese sumido en una inundación.

Oyó cercanas voces apagadas, después de un periodo que a él le pareció de siglos. Miró a su alrededor pero no pudo ver nada, sino la luz de los faroles relumbrando como un arco iris. Un sabor cálido y amargo llenaba su boca; tragó y toda su garganta quedó inflamada.

Una húmeda frialdad le rodeaba y se estiró con lentitud. Sintió que le alzaban la cabeza y que vertían agua por entre sus labios. Las linternas aparecían y desaparecían, el sol salía y se ponía. La luna brillaba a través de la ventana, pero mientras la miraba, veía las estrellas en su lugar. Las mañanas sucedían a los atardeceres, para de nuevo volver a amanecer. Dijo en alta voz: « ¿Estoy muerto? », pero nadie le respondió. Se sintió exhausto, su cuerpo carecía de peso, pero su cabeza era un globo de llameante cristal. Deseó descansar, pero las pesadillas se amontonaban sobre él.

Una mañana, en un fría y perlado amanecer, se despertó y vio un extraño que movía la cabeza junto a él, vestido de blanco. No se podía mover; podía oír el ruido del barco y los chasquidos de las velas. Una lluvia gris golpeaba contra la ventana y percibía el ruido que hacía sobre las ondulantes cortinas. El extraño, sentado en una silla, tenía la cabeza caída y dormitaba. Pero Ramus no estaba allí.

De pronto Lucano, con repentina claridad y calma, supo que había estado peligrosamente enfermo durante largo tiempo. Permaneció quieto, gastado, su carne húmeda y cansada pero la mente clara. ¿Qué clase de fiebre le había asaltado? No sospechó su presencia ni tuvo ninguna indicación de su progreso de la enfermedad. Se revolvió en la cama y notó la humedad de las colchas producida por su propio sudor. Pensó en sus sueños y se sintió abrumado por los recuerdos.

El extraño gruñó y se estremeció, movió la cabeza, abrió los ojos, y viendo que Lucano le miraba se inclinó sobre el enfermo y dijo:

—Has estado enfermo de fiebres durante catorce días, señor, pero ahora te estás recobrando. Soy el médico de a bordo. Durante muchos días no creí que pudieses vivir. Pero gracias a los dioses la vida ha vuelto a ti.

Lucano trató de hablar, pero sólo emitió un murmullo.

—Ha sido la malaria, sin duda.

—No, señor; ha sido una enfermedad misteriosa. Te he cuidado desde que tu siervo desapareció y todos los pasajeros te han oído gritar a través de las paredes.

Lucano permaneció muy quieto, mirando al otro hombre. Se humedeció los secos labios y el médico le dio agua, bostezando y sonriente, contento de que su paciente hubiese vuelto a la vida. Luego Lucano dijo con un ronco susurro:

— ¿Ramus? ¿Se ha ido?

—Sí, señor. Pero, ¿qué puedes esperar de los criados, que son desleales, egoístas y no se preocupan sino por ellos?...

—Cuando el barco atracó a media noche, la primera de nuestro viaje, debió de dejar el barco, abandonándote, porque no ha sido visto desde entonces. Ah, dejó una carta para ti, en esta tableta que hay sobre la mesa.

—Léemela —rogó Lucano y quedó sumido en su debilidad. El médico, encogiéndose de hombros, levantó la carta y empezó a leer. La luz perlada se mezclaba entonces con un sonrosado tono dorado y el barco cabeceaba suavemente. Ramus había escrito:

«Perdóname, señor, porque debo abandonarte cuando el barco ataque a media noche. Debo ir al encuentro de Aquél a quien he estado buscando y cerca del cual el centurión nos ha hablado al atardecer. Miré a ver si estabas despierto, pero estabas dormido y creí que sería mejor no esperar, porque tú me hubieras rogado y no hubiese podido dejarte. Le que he estado buscando durante toda mi vida está en Israel y cuando le vea quitará la maldición que pesa sobre los hijos de Cam; yo hablaré de nuevo y le adoraré. Te dejo con oraciones y lágrimas, porque te amo más que a mi padre y hermanos; tú no has sido mi dueño, sino mi amigo.»

Lucano pensó desolado en aquel solitario hombre oscuro, mudo y sin ayuda, marchando a pie en busca de su esperanza. Sería siempre un extraño, sólo podía hacerse entender por gestos. Tendría que atravesar bosques, desiertos, desoladas montañas, ciudades hostiles y pueblos enemigos. Encontraría hombres hostiles, podría morir de hambre, de sed, o ser atacado por bestias salvajes, incluso podía ser apresado y vendido de nuevo como esclavo. Las lágrimas empezaron a brotar débilmente de los ojos de Lucano y volvió la cabeza contra la almohada, pero finalmente se durmió y cuando volvió a despertarse a la hora del sol poniente, su fuerza había vuelto a él en forma incomprensible. Se había quedado delgado, pero de nuevo se sentía fuerte.

Aquella noche envió a buscar al centurión, y le mostró la carta de Ramus, diciendo amargamente:

—No dudo de que creas que dijiste la verdad y que para ti todo ocurrió como dijiste. Por mi parte, como médico, tengo mi propia explicación. Pero tu cuento intempestivo, Antonio, ha enviado a mi amigo a la muerte segura.

El centurión respondió gravemente:

—No, le he enviado a la vida.

CAPÍTULO XXXVIII

¿No es hora, hijo mío, de que me lo digas? —preguntó Iris mientras ella y Lucano permanecían sentados en los jardines, aquel otoño.

—No tengo nada que decir —respondió Lucano con voz sombría.

Su laxitud, más espiritual que corporal, no le abandonaba. Su hermana Aurelia hacía seis meses que se había casado y esperaba un niño en el hogar de su esposo.

—Me sentiría feliz si no nos dejases otra vez —dijo Iris con un suspiro meditativo—, quizá no debiera haberte obligado a hacerme confidencias, porque acaso puedas volverte a inquietar y marcharte.

Él trató de sonreír, pero todo representaba un esfuerzo para él. Estaba sentado con ella, expuestos a la fría luz del sol y sus ojos contemplaban las desnudas ramas de los árboles, inclinadas como oro dorado y resaltando contra el azul cielo. Una fragancia de vino, manzanas, laurel y dátiles maduros llenaba suavemente el aire brillante. Las distantes montañas tenían el color de las ciruelas. Lucano pensó que el rostro de su madre apenas había cambiado durante aquellos años. Su traslucida blancura era como la de una muchacha; su cuerpo se conservaba esbelto, sus ojos retenían un tímido encanto, sus manos eran castas y puras.

—Cuando me vaya, Prisco y su familia permanecerán contigo en esta casa y además está mi hermano Cayo Octavio. ¿No te sientes feliz porque tu hija política y los niños estén ahora contigo? La casa resuena con sus risas.

—Olvidas —dijo Iris— que tú eres el hijo de mi juventud. Tengo ahora cincuenta y cinco años, he sobrepasado la edad normal y soy ya vieja; mi memoria vuelve a los días en Antioquía, te veo como un bebé, sobre una manta, junto a mis pies, en el sol, mientras hilo mis tejidos. Ni Prisco, ni Aurelia, ni Cayo me son tan queridos como tú, mi extraño, mi muy extraño hijo.

Lucano, sentado junto a ella, en el pórtico exterior, alargó la mano y la colocó sobre las de ella e Iris le sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Si al menos te hubieses casado —murmuró, y alzó la mano de su hijo hasta sus mejillas por un momento—, si te hubieses casado con Sara bas Eleazar. He llegado a amarla como si fuese mi hija, desde que vino aquí en verano y permaneció con nosotros para recobrase de la fiebre que aquejaba a sus pulmones. Ella te admira y te ama como yo admiraba y amaba a Diodoro. ¿Qué mayor tesoro hay en el mundo que el amor? Te ha seguido a muchas ciudades y puertos, ¿por qué la has rechazado siempre?

—Te lo he dicho, madre. No hay lugar en mi vida para el amor de una esposa, de hijos y de un hogar tranquilo. Una vez me dijiste que era egoísta. Quizá dijiste la verdad. Ahora ya no sé nada, soy como la

cáscara de un coco, flotando sin rumbo en el mar, vacía de su parte viva, moviéndose hacia dentro o fuera, según el impulso de la marea que la arrastre. Hubo un tiempo, cuando di la batalla, pero he dejado de luchar, porque mi mismo espíritu está cansado hasta la muerte y nada me parece importante. No he dejado esta casa porque me ha faltado la voluntad para abandonarla. Te he herido, perdóname. Pero tú eres alguien a quien debe ser dicha la verdad.

Volvió su rostro y ella vio su perfil, firme y pálido como una piedra, gastado por los años y con un aspecto ascético. Luego él añadió:

—Hubo un tiempo, cuando sabía lo que quería y estaba lleno de fuego. Hubo un tiempo cuando me levantaba cada mañana, listo para la batalla. Pero ahora me estoy acercando a los cuarenta y podría ser que mis fuerzas vitales se estuviesen secando y que el cansancio propio de la edad esté apoderándose de mí. Recuerdo que José ben Gamliel me citaba sus escrituras, aunque no recuerdo las palabras exactas. Era una admonición a los jóvenes para que no olvidasen a su Creador en los días de su juventud, antes de que llegasen los días de saciedad y el cansancio se apoderase de ellos y tuviesen que decir: no tengo placer en ellos.

Lucano sonrió ligeramente y con cansancio.

—No he olvidado nunca a Dios. Me ha perseguido durante toda la vida, hasta hace pocos años, pero de pronto se apartó de mí y dejó el campo donde habíamos batallado diariamente. Echo en falta a mi viejo adversario —y por primera vez en meses Iris percibió un humor amargo en su voz.

—Pero Keptah me dijo que Dios nunca abandona a los hombres —respondió Iris.

Lucano se encogió de hombros.

—Te aseguro que Él me ha dejado. Hay un gran silencio donde estuvo antaño. Ya no contendemos en nada. Quizá porque sabe que ha ganado y ya no soy su digno contendiente. Mi vanidad está herida. Y se echó a reír un poco. Pero Iris sabía que su hijo no estaba tan flácido como él mismo creía. Le había oído una noche en la gran biblioteca de Diodoro, había oído sus paseos. Podía sentir su inquietud interminable, como si estuviese buscando algo. Mucho tiempo después de que todos durmiesen, su lámpara aún ardía, algunas veces hasta el amanecer. Un hombre totalmente desinteresado, sin fuego, caía en apatía. Pero los ojos de Lucano seguían angustiados y atormentados.

—¿Qué es lo que quieres, hijo mío? —preguntó Iris llena de dolor y piedad.

—No deseo nada. Puedo, con toda seguridad, decirlo. No deseo nada. Y esto es lo terrible.

La conversación le había cansado e Iris se percató de ello por lo que quedaron contemplando el caer de las hojas de los árboles, el teñirse de luz las copas de los cipreses, mientras las montañas se oscurecían. Después de un prolongado silencio, Iris dijo:

—Temía el momento en que conocieses a Clodio.

—Me sentí abrumado cuando le vi; ese joven inutilizado en la niñez por la parálisis e incapaz de andar sin la ayuda de dos esclavos fuertes. ¿Qué es lo que mi hermana que es tan hermosa, desea en tal hombre? Pero me preguntaba esto antes de que la luz se hiciese en mi mente.

Se había sentido abrumado cuando Clodio llegó a su casa para ver a su novia, a él y a su familia. El joven tenía un rostro sencillo y amable, ojos oscuros y rasgos delicados. El aguileño perfil de patricio romano tenía en él un tono suave. Poseía una expresión soñadora y abierta. Lucano había esperado, ansiosamente, que por lo menos poseyese alguna inteligencia, algún poder interno, alguna fuerza de espíritu o carácter, pero Clodio era tan límpido como Aurelia, tan poco complejo y tan reservado.

¿De qué hablarían los dos? Lucano les escuchó sin ningún sentimiento de comprensión. Deseó saber. De pronto la verdadera y sencilla verdad llegó hasta él; amaban a todas las cosas, sin reserva, sin malicia, sin hipocresía, tanto si era un esclavo como si era una hoja, un perro o un caballo, la hierba, el hombre o un pequeño animal asustado. Al principio Lucano se sintió abrumado. El mundo les robaría su amor. Era añorado y estúpido creer que vivían en un brillante y encantador jardín, donde nunca se introduciría el mal. Pensó en el tiempo cuando la muerte entrase en su casa y golpease al amado niño, o al querido criado, o uno de ellos mismos. Pensó en la enfermedad que ensombrecería su hogar, en la ansiedad natural de los vivos, la petulancia, la irritación o alguna clase de enfermedad sin remedio. ¿Qué ocurriría entonces con el jardín y con el amor?

Un día encontró a su hermana sola jugando con unos perrillos en el jardín, se sentó junto a ella e intentó hablarle de aquellas cosas. Habló como quien habla a un niño y ella escuchó sonriente, sus sonrosados labios entreabiertos, sus grandes ojos marrones, suaves y cariñosos. «No me comprende en lo más mínimo», se dijo a sí mismo con impaciencia. Pero entonces Aurelia había dicho: «Te comprendo hermano mío. Clodio y yo hemos hablado acerca de esto muchas veces. Sin duda sabemos que el mundo está lleno de dolor, muerte, injusticia y miseria. ¿Acaso no tenemos ojos? ¿Es que somos niños? Hemos visto y hemos oído.»

Había levantado un perrillo entre sus manos y le había besado la pequeña cabeza. Lucano podía oírle murmurar palabras afectuosas al animal. El perrillo saltó sobre sus hombros, colocó su nariz sobre su regazo y pareció contento.

«Pero —añadió Aurelia—, también sabemos que el amor es inagotable, y que siempre habrá algo que amar. El mundo está lleno de cosas que amar. Toda una vida no es bastante para el amor.»

Lucano habla pensando con excitación. ¡Qué increíble y digna de lástima es esta inocente!

Aurelia le había sonreído con ternura.

—Crees que somos niños sin razón ni comprensión. Crees que somos vulnerables. Yo esperé a Clodio, aunque no conocía su existencia hasta que llegó a esta casa con sus padres. Pero le conocí instantáneamente. No tenemos miedo a la vida, Lucano.

Aquello dejó a Lucano completamente asombrado. Había mirado al fondo brillante de los ojos de su hermana, no sólo como hombre, sino como médico. Pero vio una luz pura, amable y fuerte. Aurelia, sentada en la hierba como una niña cerca de su hermano, inclinaba la cabeza sobre sus rodillas en completa confianza.

—No soy sabia, Lucano, porque los libros son viejos y el mundo es joven y está lleno de gloria, pero cuando vi a Clodio recordé que Keptah me había dicho en cierta ocasión: «Sócrates afirmó que un hombre bueno no teme ni a esta vida ni a la muerte.»

—El mundo está lleno de maldad a la vez que de belleza —dijo Lucano con dureza.

—Es porque odia y no ama —respondió Aurelia.

Un perro cruzó ladrando los jardines y Aurelia le llamó y levantándose fue a consolarle y jugar con él. Lucano se quedó de nuevo solo y muy quieto. Cuando se levantó para entrar en la casa murmurando, se sintió tan frágil como un pergamino sobre el que nada se hubiese escrito.

—Serán siempre felices —dijo luego a su madre—, no habrá nunca fin a su felicidad y a su amor, Confieso que es para mí un gran misterio a pesar de que no soy joven.

Iris le sonrió y de pronto le pareció que su madre era muy parecida a Aurelia.

—Estoy contenta —murmuró—, sí, estoy contenta porque uno de estos días, lo siento en mi corazón, encontrarás un amor y una gran felicidad.

Sara has Eleazar entró en el jardín y encontró a Lucano solo. Andaba lentamente, porque había estado enferma durante varios meses, y era huésped de aquella casa donde todos la amaban por su bondad y amabilidad. tenía entonces treinta y cinco años, ya no era joven, pero sus ojos violeta eran tan radiantes como cuando era una niña y su dulce y elegante rostro parecía esculpido y tenía una pálida serenidad mezclada con un poco de tristeza. Su ligera figura iba cubierta por un vestido de lana del color de sus ojos, que Iris había hecho para ella, a fin de que abrigase y calentase su enfermo cuerpo y llevaba además una toquilla blanca sobre los hombros. Llevaba peinado su oscuro cabello, cruzado de gris, en un sencillo moño trenzado sobre la cima de su pequeña cabeza y en su bella boca brillaba una ligera sonrisa. Tenía las mejillas arreboladas y a medida que se acercaba a Lucano, y éste salía a su encuentro, fue la primera cosa que inevitablemente veía de ella, especialmente en los atardeceres. Tenía sus manos anormalmente cálidas.

Recordó que Hipócrates había recomendado a los médicos que no trataran personalmente a aquellos que amaban, porque o cerraban sus ojos contra la verdad que sospechaban o eran arrastrados a una gran ansiedad.

— ¿Has tosido mucho hoy, mi querida Sara? preguntó mientras la conducía hacia la silla donde Iris había estado sentada y abrigaba sus débiles hombros cariñosamente con la toquilla para protegerla de la frialdad del atardecer. Ella le sonrió dulcemente.

—No, he tosido muy poco en los últimos días, Lucano.

—Has rehusado los buenos oficios de los mejores médicos de Roma, Sara. Debes permitirme que llame a alguno para que te examine.

Ella colocó su mejilla contra la mano que reposaba en su hombro.

—Estoy muy bien, no te alarmes. Tú eres bastante médico para mí.

Miró hacia las montañas en plena calma y paz.

—Me sentiré triste al dejar tu casa, pero debo volver a Jerusalén para los días santos. Me marcharé pasado mañana.

—Pero aún no te has recuperado. El viaje será terriblemente pesado. ¿Sara sabes que he permanecido aquí a causa tuya?

Ella sonrió de nuevo, porque sabía que esto era sólo una parte de la verdad.

—No estés preocupado, siento nostalgia por mi gente.

Se sentó a su lado, inclinándose hacia ella, estudiando su frágil perfil, que tan puro como un camafeo resplandecía iluminado por la dorada luz del atardecer. Si Sara estuviese enferma, se dijo a sí mismo, no poseería aquella calma. La carne, cuando presiente su propia calamidad, manifiesta intranquilidad en el parpadeo de los ojos, distensión de las narices, la tensión en los labios. Su penetrante mirada de médico no podía encontrar ninguna de estas señales en el rostro de Sara. La expresión de Sara, como siempre reflejaba un pacífico gozo y una plena esperanza.

Se sentó junto a ella en silencio, sus manos en las de ella; podía notar los frágiles huesos de sus dedos, la suavidad de su piel sedosa. Contemplaron las montañas y el valle durante largo rato. Lucano pensaba para sí mismo: « ¿Por qué no me caso con ella y retengo junto a mí a esta amada mujer a quien he amado durante tantos años? He recorrido todo el mundo, porque carezco de hogar y siempre he huido del amor. Es posible que mi laxitud, mi vaciedad, mi desesperación inútil, el sentimiento de haber perdido o no haber alcanzado nunca el significado de la vida, sea resultado de mi falta de raíces. Si me caso con Sara, tendría un hogar, una casa, una amada compañera para el resto de mis días. Puedo comprar una pequeña posesión, una villa, donde podríamos tener nuestros propios viñedos y árboles frutales y, aunque es muy tarde ya, quizá un hijo. Me he privado de lo que los hombres buscan durante toda su vida.»

Se movió con acceso de antigua inquietud. Luego dijo a Sara inclinándose hacia ella, ignorando el triste estremecimiento que se había apoderado de él.

—Sara, amada mía, ¿quieres casarte conmigo y permanecer junto a mí en Roma y construir un hogar en mi compañía?

Su tranquilo perfil permaneció tan quieto, tan inmovido mientras miraba las montañas, que creyó que ella no le había oído absorta en sus pensamientos.

—Estoy vacío —dijo luego, y puso la mano sobre sus labios.

Sara respondió

—Estás vacío a fin de que puedas ser llenado con gozo y paz, más allá de cuanto imaginas, Lucano. El amor me dice esto, pero no me dice cómo. No, Lucano, no puedo casarme contigo, porque al casarme contigo te apartaría de tu propio destino. Lo que tú debes encontrar no está en mis brazos. Dios llama a los hombres de sus ciudades, de sus hogares, de sus esposas e hijos, de aquellos a quienes aman y Su voz no puede ser desatendida. Él te ha llamado a ti.

—Esto no tiene sentido —dijo Lucano—, estoy vacío porque he rehusado amar por temor a lo que el amor puede hacer a un hombre. He tenido miedo de vivir, Sara, y ahora te pido que vivas conmigo como mi esposa.

Ella movió su cabeza con gesto negativo, ligero pero firme.

—No puede ser, Lucano. Una vez, cuando dejaste Alejandría, creí que sería posible. Pero a lo largo de todos estos años he sabido que era imposible, porque tú perteneces a Dios. Deseas conocerle, con un terrible deseo, y serás satisfecho, porque tú eres Suyo.

Sara había partido ya. Lucano permaneció solo con su familia. El viejo y enfermizo sentimiento de intranquilidad se había apoderado de nuevo de él. La casa estaba llena, pero no había nadie con quien él pudiese hablar y se maravillaba de ello. Estaba su hermano soltero Cayo Octavio, eternamente ocupado con sus libros, un joven serio que viviría por cuenta propia una vida absorta y secreta. Lucano sabía que poseía un gran intelecto, pero cosa extraña, con él podía hablar menos que con ningún otro en la casa. Existía un gran formalismo y cortesía entre los hermanos, pero Lucano no podía penetrar la reserva del hermano más joven. « ¡Estos pedantes! —Se decía a sí mismo—, son estrechos y orgullosos. Tienen opiniones propias y son contenciosos. Viven en la cima de una montaña blanca, donde reinan solos.»

Prisco, un alegre y feliz soldado, volvió al hogar de regreso de sus campañas con Druso, a quien nunca había criticado por sus manifiestas tonterías y falta de organización, sino simplemente había hablado de ellas en tono humorístico. Lucano le amaba como el mejor de los hermanos. Se preguntaba, sin embargo, si Diodoro le hubiese encontrado tan satisfactorio, porque Prisco aceptaba todo con un chiste y con sencillo contento y nunca se ponía serio con respecto a ninguna cosa. Su rostro redondo y moreno, sus ojos marrones, le recordaban desgarradoramente los de Rubria. Tenía sus alegres maneras, su amor, su rápida risa y sus guiños. Amaba la guerra y amaba la paz; amaba el deber y amaba a su familia. Nunca estaba más contento que cuando tenía huéspedes en casa; tenía muchos amigos a los que visitaba y quienes le devolvía las visitas. Era evidente que disfrutaba de la vida, no pedía cosas excesivas de ella; amaba los juegos, los teatros, el juego de dados, los gladiadores, las tardes bebiendo con sus compañeros, los chistes y la alegría y buen humor. Adoraba a sus niños. Cuando Lucano hablaba de política, se sentía tan aburrido como Aurelia y cambiaba de asunto con un ancho guiño y una sonrisa, para marchar luego a inspeccionar su granja. Lucano sospechaba que Prisco, que le amaba también, le encontraba a la vez aburrido.

Sin embargo, Prisco era el cabeza de la familia y Lucano sentía la creciente necesidad de hacer que el exuberante capitán considerase el mundo en que vivía con seriedad. Tenía una gran fortuna; poseía influencia política y militar. Tenía hijos, y esto era más importante que todo lo demás. Por lo tanto, una noche Lucano llamó a Prisco a sus habitaciones y el soldado fue mostrando sus fuertes piernas morenas, vestido con una túnica sencilla. Había estado jugando con sus hijos antes de acostarse, su tosco cabello negro estaba revuelto y sus amplios labios rojos sonreían. Saludó a Lucano con afecto, pero su corazón se estremeció cuando vio la sobria expresión de su hermano mayor.

Prisco trató de evitar lo que temía iba a ser una conversación pesada, haciendo comentarios sobre la cosecha de uvas, la condición de los campos, sus planes para poblar la corriente con más peces, renegando suavemente de la actitud inútil de los esclavos y libertos, sus sospechas acerca de la honradez de los encargados. Su voz denotaba felicidad, su rostro no estaba contraído, sus modales eran naturales.

Lucano dijo:

—Como sabes, Prisco, voy a marcharme pronto. Debes comprenderlo conmigo; eres el cabeza de esta casa y cuanto piensas y haces es de la mayor importancia, no sólo para tu familia, sino para tu país.

—Oh, sin duda —dijo Prisco, cogiendo un racimo de uvas purpúreas de un plato que estaba sobre la mesa. Luego suspiró; tenía paciencia y amaba a Lucano—. Siempre cumplo con mi deber; lo encuentro fácil, debo confesarlo.

Se sentó y empezó a comer las uvas, disfrutando de ellas, escupiendo los huesos en su mano y poniéndolos en una pequeña pila sobre la mesa, porque era muy limpio.

—Tu verdadero deber —dijo Lucano— no es fácil.

—Así me lo has dicho con frecuencia —respondió el soldado. Limpió una manzana frotándola contra la manga de su túnica—; pero nunca te comprendo y tú no me lo perdonas.

—Sospecho que me entiendes demasiado bien —dijo Lucano sombrío. Prisco mordió la manzana y ofreció el plato a Lucano que éste rechazó impacientemente. Prisco se encogió de hombros.

—Todo demasiado cierto, quizá —dijo—, pero he nacido varios siglos atrasado, según creo. ¿Qué puedo hacer yo respecto a Roma en mi propia generación? Seamos razonables, Lucano.

Sus morenos ojos se quedaron repentinamente serios, un poco duros cuando miró a su hermano mayor.

—Tu padre murió haciendo lo que pudo.

Las gruesas cejas de Prisco se fruncieron. Masticó la manzana distraído. Luego dijo:

—Sí, y como tú has dicho, murió. ¿De qué sirvieron sus consejos y su muerte? ¿Acaso movió algo a algún hombre? ¿Hizo que algún senador corrupto fuese menos corrompido? ¿Inspiró a un Cicerón o a un Cincinato? ¿Hizo a César menos de lo que es? Recuerdo que tú me dijiste que César no se apoderaba del poder; lo pone en sus manos un pueblo degenerado que ha perdido sus virtudes y su fortaleza y que prefiere la seguridad a la hombría, la facilidad al trabajo, los circos al deber. ¿Levantó la conciencia de un solo hombre lo que mi padre dijo el día que murió? ¿Fue siquiera escrito para las edades venideras? No. Él no podía, ni siquiera habiendo gastado toda su vida, hacer una sola cosa para detener el curso de la historia.

—Me comprendes mal, Prisco. Sé que era inevitable que Roma llegase a lo que es. Las repúblicas decaen y se transforman en democracias y las democracias degeneran en dictaduras. El hecho es inmutable. Cuando hay igualdad, y las democracias siempre traen igualdad, el pueblo se sabe anónimo, pierde el poder, la iniciativa, el orgullo y la independencia, pierde su esplendor. Las repúblicas son masculinas y por lo tanto producen ciencia y arte; son orgullosas, heroicas y viriles. Reverencian a Dios y le glorifican. Pero Roma ha decaído hasta llegar a ser una confusa democracia y ha adquirido rasgos femeninos, tales como el materialismo, la avaricia, el deseo de poder, la conveniencia. La masculinidad, en las naciones, se demuestra por la ley, el idealismo, la justicia, la poesía; la feminidad, por el materialismo, la dependencia respecto a otros, el tosco emocionalismo, la ausencia de genios. La masculinidad busca lo que es justo, la feminidad busca lo que satisface de forma inmediata. La masculinidad es visión. La feminidad ridiculiza la visión. Una nación masculina produce filósofos y siente respeto por el individuo; una nación femenina siente un insensato deseo de controlar y dominar. La masculinidad es aristocrática; la feminidad no tiene aristocracia, y es feliz sólo cuando encuentra multitudes de rostros que se parecen unos a otros exactamente y una multitud que se haga eco de sus propios sentimientos diminutos, miedos, deseos y tonterías. Toma se ha hecho femenina, Prisco, y las naciones femeninas, como los hombres afeminados, inevitablemente mueren o son destruidas por pueblos masculinos.

Prisco aún intentó quitar importancia al asunto. Dijo en tono un tanto jocoso:

—Mis soldados, las legiones de Roma, no son hembras, Lucano.

Pero frunció el ceño y se quedó pensativo. ¿Qué podía hacer un hombre?

Se sentía absolutamente impotente cuando el pueblo unánimemente prefería la suave esclavitud a la dura libertad. Por lo tanto Prisco le dijo:

—Concedo que tengas razón. Pero te he dicho que mi padre nació demasiado tarde. Murió con el corazón roto. Yo he nacido más tarde aún. No quiero morir con el corazón roto. ¿Qué valor tiene el que un hombre solo intente ser sobrio y heroico? No conduciría a nada.

—De nuevo no me entiendes, Prisco. Comprendo que no puedes detener la historia, porque la decadencia y la muerte son inevitables para las repúblicas. La única sociedad que puede sobrevivir con grandeza en el mundo es la sociedad aristocrática, gobernada por hombres sabios y escogidos, sacerdotes, científicos, héroes, artistas, poetas, filósofos. Las repúblicas incuban políticos exigentes y esos políticos, siempre, sin fin, producen las democracias y la muerte. ¡Si al menos los hombres velasen diligentemente, a fin de que la masculinidad no desapareciese de la nación! Pero esto no ocurre nunca. Prisco, tú, como esposo y padre, y muy particularmente como padre, puedes cultivar la masculinidad de hombres libres y nobles en tus hijos. El hombre debe empezar siempre con su propia familia y luego extenderse hacia sus vecinos. Puede fracasar, pero por lo menos ha intentado hacerlo. No es por el fracaso que un hombre debe ser juzgado, sino por su falta de esfuerzo. A fin de cuentas el hombre es juzgado individualmente y nunca en masa.

Prisco se sintió anonadado.

—Yo no he hecho este mundo, Lucano. No puedo cambiarlo. ¿He de golpear mi cabeza contra una pared y aplastar mi cráneo? Vivo mi vida en la forma más útil que me es posible, sirviendo a mi país, cerrando mis ojos a sus fatales defectos que no puedo eliminar, disfrutando de la existencia, de mi familia, mi hogar, mis amigos. Perdóname, pero pese a tu filosofía, tú nunca has disfrutado de la vida. ¿Quién es entonces más afortunado?

— ¿Vale la pena vivir para todo eso, Prisco? —Preguntó Lucano tristemente, sabiendo bien que su hermano le había comprendido—. ¿Simplemente para disfrutar de la vida? Sin duda que el hombre tiene un destino más grande. Tu vida tiene mayor significado más allá de este mundo.

Prisco se levantó, estiró los brazos sobre su cabeza y bostezó:

—Debes decirme, Lucano, en qué consiste ese significado. —y al decir esto no había ningún tono de burla en su firme voz.

Lucano quedó silencioso. De pronto pensó en Keptah, en José ven Gamliel, en todos los filósofos y hombres religiosos que había conocido. Luego añadió con tono vacilante:

—Es posible que el destino del hombre esté más allá de la muerte, y lo que hace aquí abajo decida su destino.

—Tú no crees esto —dijo Prisco riendo, eres el más escéptico de los escépticos. Te he oído hablar muchas veces de esta cosa.

Lucano quedó silencioso y se despreció a sí mismo. Vio la tremenda responsabilidad de los adultos, tanto si eran padres como hermanos, que deben siempre enseñar a los jóvenes que son algo más que animales, que su vida tiene un sutil y mayor significado que el que aparece en la superficie. Lucano se llevó la mano a la cabeza que repentinamente había empezado a dolerle. Prisco, mirándole, achicó los ojos.

—No te acuses a ti mismo, Lucano. Siempre hablaste convencido, aunque fuese amargamente. ¿Podías haberme hecho diferente de lo que soy? No.

«Sí», pensó Lucano con un nudo en la garganta. Luego dijo:

— ¿Estás siempre satisfecho, Prisco? ¿No deseas nada más que lo que tienes?

Fue posible que Prisco vacilase Lucano le miró con esperanza. Prisco se quedó muy serio; se rascaba la barbilla con un gesto distraído y flexionaba sus musculosos brazos. Luego habló, como dirigiéndose a sí mismo.

—He oído rumores en mi última campaña, rumores tontos, acaso. Llegaron de Siria o quizá de Armenia, o Egipto, o Israel. No lo recuerdo. El rumor dice que Dios se está manifestando a sí mismo en algún sitio y que cambiará este mundo muy pronto.

Miró a Lucano y rió maliciosamente.

—Naturalmente que son rumores tontos. Nuestra religión está llena de manifestaciones de la divinidad; los dioses se ocultan siempre, se meten con el hombre, o disputan ampliamente entre ellos. Sin embargo —e hizo una pausa—, este rumor parece diferente. Una gran revelación está a punto de manifestarse, según dice el rumor. El mundo será regenerado.

Golpeó con su mano el hombro de Lucano.

—Ten alegría, querido hermano. Quizá no todo esté perdido.

Se marchó taconeando. Si Lucano hubiese escuchado, hubiese percibido que los pasos de Prisco no eran tan firmes como de costumbre, que se habían hecho un poco perezosos, como si el soldado fuese pensando. Pero Lucano no le oyó. Un gran terror, un gran deseo, una gran inquietud se había apoderado de él y recordó, aunque trataba de no recordar, sus terribles sueños, mientras estuvo enfermo de fiebre.

CAPITULO XXXIX

No podemos desembarcar en Creta, mi señor Lucano —dijo el capitán del barco.

— ¿Por qué? —preguntó el griego preocupado—. Tengo cuatro pacientes allí a quienes he prometido visitar esta vez, porque están bajo mi cuidado.

—Señor, es el amanecer —dijo el capitán significativamente—, y si me acompañas al puente te mostraré la razón del por qué.

Lucano le acompañó al puente superior. El tranquilo mar azul, teñido por la luz sonrosada del amanecer, les rodeaba por completo; no estaban muy lejos de Creta, verde e iluminada por los primeros rayos de sol, rodeada por un vaporoso halo de neblina. Un enorme buque de guerra permanecía cerca del puerto, sus altas velas blancas ondeando perezosamente bajo la brisa del amanecer, sus mástiles destacados contra el cielo. A su alrededor, como pequeños peces rodeando a una madre, existía una febril actividad de pequeños botes que parecían estar completamente llenos de gente, listos para subir a bordo del barco de guerra bajo un torrente de latigazos. Sus quejumbrosas voces, frágiles y lejanas, rodaban como un eco por encima del agua.

El capitán se inclinó sobre la barandilla y se escarbó los dientes con un gesto meditabundo. Era un moreno levantino muy pillo, de oscuro bigote.

—Ha habido una insurrección —dijo mirando con interés—, la gente de esa ciudad, inspirada por jóvenes, se atrevió a desafiar a Roma y pidieron la libertad. ¿No es ridículo que una isla tan pequeña —y toda la isla está en ebullición— desafíe el poderío y potencia de Roma? ¿Qué es lo que han ganado? Las calles están cubiertas con cadáveres de jóvenes; hombres, mujeres y niños, en multitudes, han sido detenidos y esclavizados y ahora les llevan a Roma para venderlos. ¡Pobres locos, no tienen ni la más mínima esperanza! Pero he oído que mientras luchaban, se dirigieron a los griegos, los sirios y los egipcios, para que se uniesen a ellos en la batalla por la libertad. Recibieron sólo expresiones de simpatía o silencio. Me han dicho que enviaron correos con antorchas, durante meses, por todo el mundo, pidiendo un alzamiento general contra la tiranía romana. Pero los otros prefirieron manifestar su aprobación moral en sus cortes de leyes y se marcharon tranquilamente a comer. Otros países, según he oído, se apresuraron a asegurar a los procónsules romanos y a los tribunos que no tenían intención de unirse al desorden y que sólo deseaban continuar subsistiendo amistosamente con Roma.

Se echó a reír roncamente.

Pequeños botes corrían rápidamente hacia el barco de guerra, cargados de rebeldes, como si desearan aplacarles. Lucano podía ver las columnas de humo que se alzaban en la ciudad y pequeños puntos escarlata. Pensó en los cretenses que habían dado un furioso golpe contra el Imperio, rogando que las naciones sometidas se uniesen a ellos. Pero estaban solos, como todos los hombres que luchan por la libertad están solos, y los pueblos pusilánimes, sollozando sentimentalmente por ellos, preferían continuar sometidos. Los hombres merecían la esclavitud, la sujeción, el sufrimiento, pensó Lucano con amargura. Nunca son realmente oprimidos, lo que ocurre es que permiten la opresión. Pero acaso el instinto de amor a la libertad vivía oculto en

todos los países con cuidado pero palpitante, puesto que una isla tan pequeña, un pueblo tan reducido, se atrevía a alzar las manos valerosas contra la Roma imperial. Lucano movió la cabeza. Era demasiado tarde. No podía sufrir los gritos, gemidos y quejidos de los hombres esclavizados, las mujeres y los niños y volvió a descender abajo. Su puerta se abrió sin que nadie llamase y el capitán entró, se sentó cerca de él en una silla y se le quedó mirando.

—La muerte —dijo el capitán— es siempre el precio que un hombre debe estar dispuesto a pagar en aras de su dignidad.

—Cuando el hombre pierde su dignidad, deja de ser hombre —dijo Lucano—; los cretenses han tenido su momento de gloria. Que Dios esté con ellos.

—Es evidente que nadie más estará —dijo el capitán suspirando—; pero posiblemente carecen incluso de la simpatía de los dioses que encuentran a los hombres deplorables.

El barco viró en redondo y partió. En el puerto siguiente Lucano recibió carta de su casa, pero ninguna, como había esperado, de Sara bas Eleazar. Prisco se había unido a Plotio en Jerusalén. Luego había escrito:

«Encuentro a los judíos muy interesantes. En la actualidad toda Judea se estremece con el nombre de un Maestro judío, un tal Jesús de Nazareth, que prefiere hablar con la plebe a unirse con los hombres sabios de la ciudad. El rumor que corre entre ese bullicioso populacho es que es el Mesías, uno acerca del cual existen profecías de hace siglos en las que afirman que les libraría de Roma. ¿No es esto ridículo? Los sacerdotes le desprecian como a un campesino descalzo. Va siempre acompañado de seguidores tan pobres como él mismo. Naturalmente, nadie importante le toma seriamente. Algunos de nuestros soldados declaran que hace milagros y que es un verdadero Dios; no hay que confiar mucho en la palabra de los ignorantes y nuestros soldados son supersticiosos. Me gusta Judea. El clima es saludable, la gente tiene modales rápidos. Más aún, se puede comer en las tabernas sin temor, incluso en las más humildes, porque toda la comida es escrupulosamente cuidada y servida. La noche pasada los oficiales fuimos invitados a cenar con Herodes Antipas. Es un hombre muy cauto, que en la actualidad parece estar muy preocupado. He oído que es casi abstemio, lo cual, posiblemente, es falso, porque bebió más que nosotros y luego rompió en sollozos y habló de un tal Juan a quien había asesinado por causa de su atrevida rebelión que hizo estremecer al pueblo. Esto ocurrió hace casi dos años; sin embargo, Herodes aún parece estar turbado por ello. Todo el país está en ebullición.»

Lucano leyó aquella carta una y otra vez y pensó en el centurión Antonio. Movié la cabeza. Un Rabbí judío, miserable, oscuro e iletrado. Se echó a reír ligeramente. ¿Era el Dios Desconocido como el centurión había declarado? Dios sin duda se manifestaría a sí mismo en la persona de un gran Rey, un poderoso hombre sabio, un noble, un patricio. Pero aquello estaba, sin duda alguna, de acuerdo con la experiencia mística de los judíos, que veían a Dios en todos los sitios. Luego Lucano pensó en Sara y lo que ella le había escrito hacía muchos años acerca de un hombre que se le había acercado a ella llamándola por su nombre y consolándola.

Consideró aquello. Se dijo a sí mismo que en todos los países corrían siempre rumores sobre hacedores de milagros, de rápidas apariciones de dioses vestidos de luz, de sucesos extraños. Un mundo reducido a la gris y monótona paz bajo los romanos se volvía hacia los mitos y supersticiones.

Sin embargo, una terrible intranquilidad se apoderó de Lucano. Sintió que Judea le atraía como si le arrastrase una irresistible marea.

Empezó a pensar en una visita a su hermano en Jerusalén e interiormente retrocedió ante la idea. No deseaba entrar en contacto con ninguno de los turbadores misticismos de los judíos. Había tenido bastante con José ben Gamliel.

En el puerto siguiente recibió numerosas cartas, no sólo de su hogar, sino de Sara y de algunos extraños de Jerusalén. Cuando leyó la carta de Sara se quedó tan quieto y frío como la piedra y una gran emoción se apoderó de él, porque supo que Sara había muerto. Ella le había escrito:

«Cuando esta llegue a tus manos, mi muy amado, mi muy querido Lucano, yo ya me habré reunido con mis antepasados, porque estoy muriendo. No te apenes, no llores. Alégrate conmigo porque he recibido la llamada de Dios, que nunca estuvo muy lejos de mí un solo momento de mi vida. Ruega por mí si quieres. Cuando dejé Roma sabía que la muerte estaba sobre mí y me sentí feliz. Volví a Jerusalén para morir en mi hogar, sin lamentos, sin deseos, sin ninguna aspiración mundana, porque iba a reunirme con mis antepasados y aquellos que me amaron. La muerte no es una calamidad para el que muere; es sólo una calamidad para aquellos que quedan atrás, porque la muerte es la liberación, el gozo, la paz eterna y la tranquilidad. Los días del hombre son cortos y llenos de pesadumbre. ¿Qué hay en el mundo que pueda ofrecerse como un consuelo? No te apenes, estaré contigo siempre y rogaré por ti y además nuestra separación es breve. Dios sea contigo y pueda concederte su bendita paz. Miraré hacia ti desde el cielo, cuando tengas esta carta en tu mano, y rogaré que no llores. Encontrarás a mi hermano Arie. Antes de que fuese confinada al lecho vi a Aquel a quien tú estás buscando, me mezclé con las multitudes y toqué su vestido y Él se volvió hacia mí, me miró compasivamente y me dijo que tuviese ánimo y que mis oraciones habían sido respondidas. Trae a mi hermano a casa porque ahora no tengo ninguna duda de que le encontrarás. Pero sólo por un poco tiempo, querido Lucano. Beso tus labios y tus ojos.»

Lucano no lloraba como Sara había temido. No sintió nada en absoluto, sino una enorme vaciedad y silencio dentro de sí, un abandono de toda suerte de sensaciones. Leyó con calma las cartas de los extranjeros de Jerusalén, amigos de Sara, cartas asegurándole que había muerto sin dolor, que su cuerpo había sido depositado en el sepulcro de sus padres, que ella había exhalado su último suspiro con una pacífica sonrisa. Había también cartas de los abogados nombrados guardianes de la riqueza de la familia de Sara, que guardaban para el hijo de Eleazar ben Salomón, que ahora tendría unos veinte años de edad. Eran hombres escépticos, aquellos abogados. Sin embargo, Sara les había convencido. Tenían confianza en que Lucano encontraría al hijo de Eleazar, hermano de Sara, y le volvería a su gente.

Lucano dejó a un lado las cartas y bebió un poco de vino. Lo bebió con lentitud, preguntándose vagamente por qué no se alzaba en él una tempestad, por qué no sentía el profundo dolor por la muerte de aquella que tanto había amado. Luego, como médico, se dio cuenta de que estaba bajo los efectos de una misericordiosa insensibilidad causada por la impresión. Bebió más y más hasta que las paredes del camarote empezaron a vacilar. Bebió de nuevo y cayó sobre la cama y no se despertó durante veinticuatro horas. Cuando volvió a ser dueño de sí mismo, estaba violentamente enfermo y se sintió agradecido porque el dolor, la revulsión de su cuerpo, su turbada cabeza y su miserable estado físico le impedían pensar.

Días después, mientras el barco seguía su ruta, sintió que se estaba moviendo a través de un mundo vacío. Continuó su trabajo en silencio. Ya no sonreía ni siquiera un poco. Temía dormir; veía en sus sueños los rostros de aquellos que más había amado y perdido. Oía sus amantes voces. Y él les decía: «No me consoléis porque estáis muertos y en el sepulcro no hay ninguna memoria.»

Pasaron meses grises e incoloros, sucediéndose unos a otros como oscuros nubarrones, Escribía brevemente a su familia. Temía y temblaba cuando recibía sus cartas. Temía recibir nuevos golpes, nuevas noticias dolorosas. Pero Aurelia tenía un hermoso hijo y esperaba otro. Cusa tenía dos nietos. Cayo hacía planes para casarse con una virtuosa doncella, de una antigua y sólida familia, pero muy pobre. «Estoy muy contenta con ella —Iris había escrito—. Es muy inteligente. Era inevitable que Cayo, si tenía que casarse, se casase con una doncella así. Hace ya casi un año desde que nos visitaste, hijo mío. Comprendo que en tu tristeza por Sara no desees contemplar nuestra felicidad, oír las voces de tus sobrinos o sobrinas e incluso de tu madre. Pero me estoy haciendo muy vieja, Vuelve a casa, aunque sólo sea por pocos días, a fin de que te vea otra vez.»

Pero Lucano no podía volver a casa. Se estremeció ante el pensamiento de los vivos y de sus rostros. Temía su amor, su consuelo y su ternura. Podía recordar a Rubria sin dolor, pero no podía recordar a Sara sin agonía, una agonía que nunca le abandonaba. En cada puerto, cuando el barco atracaba, miraba a las multitudes buscando su rostro. Cuando recibía cartas esperaba encontrar alguna de ella. Andaba desolado; cuidaba a los enfermos, se sentaba en los jardines de sus pequeñas casas, leía, comía, dormía. Vivía como un espectro. En cierta ocasión, con mucha calma, abrió su bolso médico y buscó una medicina que había preparado que, dada con cierta precaución en una copa de vino, aliviaba el dolor, pero tomada en cantidad mataba rápidamente. Sostuvo el tubo en su mano hasta que se calentó entre sus dedos. Luego lo apartó. Pero siempre pensaba en él, sumido en su horrible soledad, con fría desesperación.

Encontró, en un puerto, que no había coincidido allí con su hermano Prisco tan sólo por una hora de diferencia. Prisco le había dejado una carta antes de partir de permiso hacia Roma por unas semanas. Prisco le había escrito la alegría que sentía ante la idea de ver a su familia y reprochaba a su hermano su abandono. Le daba recuerdos de Plotio y después siguió escribiendo acerca de Jesús de Nazareth, un mendicante maestro judío cuya influencia crecía cada vez más en Judea. Escribía con aparente despreocupación, pero era evidente que estaba profundamente serio. «He hablado con muchos de los que dicen que les ha curado instantáneamente, con el simple toque de su mano. En realidad, hubo un mendigo aquí, a quien yo conocía de vista, sentado contra la pared del templo, que era ciego de nacimiento. En cierta ocasión yo le di limosna, porque tenía un rostro noble y un saber considerable. Después, en otra ocasión, le encontré rodeado de mucha gente excitada y sus ojos estaban abiertos y veían. No podía creerlo, mi querido Lucano, aquel hombre no era un fraude. Sin embargo, me miró con ojos vivos y abiertos y cuando le hablé corrió hacia mí y cogiendo mis manos me dijo: «El hijo de Dios abrió mis ojos cuando se lo rogué.» Ciertamente, hermano mío, he visto esto por mí mismo y no hay ninguna duda acerca de ello.»

«Me han dicho que ese Maestro ha resucitado muertos, que ha alejado la locura de las mentes de los hombres, que todos quienes están al alcance de su voz se llenan de un éxtasis de gozo. Va de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, curando, según se dice, y cuando el pueblo habla de él, todos se sienten poseídos por un divino éxtasis. ¿Es Apolo bajo la forma de un pobre campesino judío o Mercurio, o Eros? ¿Está próxima a ocurrir una gran revelación? Los hombres sabios, de la casta que aquí llaman fariseos, o se ríen abiertamente o están furiosos. Les ofende que un hombre que no posee nada, que no es un erudito, que carece de familia, sin poder personal, sin recomendaciones de hombres distinguidos, pueda atraer tras sí a multitudes en el momento de su aparición. Tienen miedo de que incite a los judíos a un alzamiento contra los romanos y este temor está justificado porque su influencia sobre el pueblo es extraordinaria. En tal caso, si hubiese un alzamiento, habrá derramamiento de sangre y aborrezco este pensamiento, porque he llegado a admirar a los judíos y visito las casas de aquellos que no creen que la presencia de un gentil, y peor aún, de un oficial romano, cause ninguna suerte de contaminación. Israel es un país muy pequeño y apenas tiene importancia. Es solamente cuando estoy allí que siento que algo portentoso está a punto de ocurrir. ¿No es esto extraño? Regresaré dentro de tres meses.»

Prisco escribía acerca de Poncio Pilatos, el Procurador: «Es un hombre pacífico, pero vacilante y prefiere su biblioteca y la compañía de su esposa a los banquetes o la política. Me gusta hablar de él. Los judíos le aburren; asegura que viven con un pie en este mundo y otro en el más allá y que su piedad es incomprensible. Desprecia a Herodes, al que cree un idiota afeminado, lleno a la vez de supersticiones griegas y profecías judías. Me dijiste en cierta ocasión que Roma había sido influenciada profundamente por oriente, y que la influencia era excesiva puesto que la mente occidental nunca podrá comprender a la oriental. Esto es cierto respecto a Herodes. La unión de oriente con occidente en él, ha desordenado su espíritu y le ha creado una gran confusión.»

«El Procurador no ha permanecido indiferente ante las historias del Maestro judío, pero no se siente turbado por las amenazas de que Jesús incitará a los judíos contra Roma. Dice que uno de sus soldados le contó que cuando los fariseos, que son mercaderes de rígidos cuellos, abogados y médicos y son muy orgullosos, retaron a Jesús a que traicionase su propia misión y le preguntaron si era justo para los judíos honrar al César, Jesús respondió al efecto que se debe honrar la ley mundana, que es del César, y la del mundo sobrenatural, que es de Dios. ¿No es esto un sofismo? Muy inteligente, debes admitirlo. A Poncio le ha divertido mucho esta historia. Dijo que este hombre tendría que ser abogado y que si lo fuese haría su fortuna.»

Después de este párrafo Prisco añadió algunas palabras extrañas:

«Recuerdo nuestra última conversación en casa y, cuando lo hago, pienso en ese miserable y descalzo maestro judío. Los pensamientos producen simultáneamente. Esto es muy chocante.»

Lucano se sentó con la carta de Prisco en la mano durante largo tiempo. De cuando en cuando se estremecía. Su fría mente griega se lo reprochaba, pero no podía evitar leer la carta una y otra vez. Una o dos veces el sudor perló su frente y sintió una apasionada ansiedad. Después destruyó la carta como se destruye algo que produce intranquilidad.

— ¡Superstición! —exclamó en voz alta—. ¡Cuentos idiotas!

Cuando volvió de nuevo a Atenas, Iris le informó en una carta que Prisco había vuelto a Jerusalén. La esposa de Cayo estaba a punto de dar a luz un niño. Cusa estaba cada día más decaído y quejoso. Lucano dejó aparte la carta sin interés. Había otra para él, de extraña escritura, procedente de un país del cual nunca había oído hablar, en África.

«Mi querido y bien amado amigo:

«Esta carta es de Ramus, que piensa en ti constantemente y ruega por ti sin cesar.»

Lucano no podía creerlo. Miró a la carta incrédulamente. Luego sintió la primera alegría que había tenido en mucho tiempo. ¡Ramus estaba vivo! No había muerto, no se había perdido, no había sido vendido como esclavo.

— ¡Oh, Dios! —exclamó en voz alta con alegría. Apretó la carta contra su corazón y las lágrimas llenaron sus ojos. La carta continuaba:

«Acabo de volver a mi pueblo, con paz y felicidad. Después que te abandoné —y aún ruego que me perdones— me dirigí durante muchos y pesados meses a la tierra de Israel. De mis privaciones no te hablaré, porque ahora no significan nada. Esperé encontrar hostilidad a causa de lo que soy, pero en todos los sitios, aunque no podía hablar, encontré la amabilidad propia hacia aquellos que son peregrinos a un lugar sagrado. Fui alimentado y recibí alojamiento sin que nadie me preguntase nada y por lo tanto supe que Dios me protegía. Ningún hogar humilde me cerró sus puertas, en todos los oasis recibí vino, agua y comida de solitarias caravanas. Mi color no fue despreciado. Pero esto es la menor de las maravillas y no hablaré de ella.

«Llegué a Israel e inmediatamente me puse a buscar a aquél a quien había estado buscando. Le encontré en la ciudad de Naim. No me atreví a acercarme a él, porque la multitud era muy grande y yo un hombre de rostro oscuro, sin hogar, con los pies llagados y sin dinero. ¿Puedo hablar de Él? ¿Qué palabras son las que el hombre puede usar para contar que ha estado en la presencia de Dios? ¿Cómo me pareció Él? ¿Como el sol? Estas palabras no le describirían. Le seguí, tras la multitud, esperando acercarme más a Él. Pude oír su voz, como un trueno contenido lleno de amabilidad. Aunque estaba distante comprendí que iba con frecuencia a aquella población, donde la gente es pobre y está oprimida por los romanos y despreciada por los sabios. Son miserables granjeros y mercaderes muy humildes.»

«Se acercó a las puertas de Naim al tiempo que un cadáver de un hombre era llevado a enterrar; era el único hijo de una viuda y una gran reunión de amigos estaba con ella. El Señor, al verla, tuvo compasión de ella, porque lloraba desconsoladamente y tras una larga y amante mirada fue hasta el féretro y miró a los portadores que se quedaron muy quietos. Alzó la mano y dijo al hijo muerto:

«Joven, a ti te digo, levántate.»

«Lucano puedes creerlo, porque lo he visto y ¿te he mentado alguna vez? Te aseguro que el muerto se sentó y empezó a hablar con una voz vaga y confusa, como quien se despierta repentinamente de un sueño profundo y dulce. Pero el Señor tomó su mano con amabilidad y le levantó de la camilla y lo devolvió a su madre y ella cayó sobre su hijo y le abrazó, después se arrojó a los pies de aquél que le había devuelto su hijo. La gente se retiró aterrorizada y luego algunos de ellos glorificaron a Dios con grandes gritos exclamando: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo.»

«Lucano lo vi, con estos ojos míos que tú restauraste, yo lo vi.»

«Me arrastré tras él, pensando para mis adentros: si no me devuelve la voz, no lo lamentaré porque le he visto y, ¿qué más necesita un hombre? Pero deseaba estar más cerca de Él; quería que sus ojos brillasen sobre mí, aunque no fuese más que un hombre de rostro oscuro. Sin duda, pensé: Él no me despreciará, Él

que ha sido mi hacedor. Seguramente que Él quitará la maldición de Cam que pesa sobre mi pueblo. Estaba hablando con sus seguidores, jóvenes como Él mismo, cuando de pronto se detuvo y miró hacia atrás y sus ojos se iluminaron al verme. Sonrió y pareció quedarse, esperando y repentinamente sentí un estremecimiento en mi garganta, un temblor en mi lengua y de pronto mi voz salió de mis labios y exclamé: « ¡Dichoso yo, que he visto al Señor nuestro Dios! »

«Debí caer en el polvo, desmayado, porque cuando me desperté estaba solo sobre el cálido y polvoriento sol poniente y al levantarme supe lo que debía hacer: Volver a mi pueblo y llevarles el mensaje de vida y gozo, porque había visto a Dios y le había conocido y la maldición había sido quitada de nosotros. »

«Que la paz sea contigo. Que su paz descienda sobre ti y pueda Él atraerte hacia Sí. Porque Él es aquél que tú has estado buscando. Adiós. Nos encontraremos de nuevo cuando los hombres no se odien más unos a otros ni se desprecien entre sí, sino que se comprendan de corazón.»

Lucano dejó la carta y sintió que el dolor de corazón, la depresión y el malestar volvían a adueñarse de él. Como médico creía saber lo que le había ocurrido a Ramus: Había visto lo que deseaba ver; la histeria que le impedía hablar, desapareció repentinamente, y le había permitido hablar de nuevo. Era muy sencillo.

¿Pero qué había acerca de aquel joven levantado de entre los muertos? Aquello no era tan sencillo. Podía haber sufrido una catalepsia; podía haber quedado en un estado de vida latente. Fue una fortuna para él que no le enterrasen en la tumba para despertarse y encontrar su boca llena de tierra. Aquel Maestro judío debía ser una especie de médico que supo que el hombre no estaba realmente muerto.

Tengo muchas explicaciones, empezó a pensar Lucano. De pronto se detuvo como iluminado. ¿Debo siempre racionalizar las cosas? pensó. ¿Debo siempre correr frenéticamente en busca de una explicación a todas las cosas a la luz de la razón? ¿Qué es lo que me ha dado la razón, sino tristeza? Sin embargo, me disgustan las cosas sin lógica, las considero infantiles, incluso profanas.

Sin saber por qué, empezó a llorar.

CAPÍTULO XL

LUCANO volvió a Atenas. Era un día cálido, al principio de la primavera, e incluso aquel seco y transparente aire tenía una cierta viveza y alegría. Las mujeres que vendían flores estaban sentadas junto a sus ramilletes y ante ellas tenían pequeñas montañas de laurel, violetas, rosas pequeñas, anémonas y capullos. Allí nunca hacía mucho frío. Sin embargo cuando llegaba la primavera, con el brotar de las flores y el aire azul brillante, la gente se ponía vehemente y hablaban llenos de gozo y placer. Las pequeñas tiendas vibraban con las transacciones; el olor de salchichas cocidas y ajos volvía a ser percibido por todos los sitios. Los niños corrían, gritaban y peleaban en las calles. Los ancianos sonreían unos a otros, acariciaban sus barbas y hablaban entre sí con aires de sabios. Las montañas estaban cubiertas de claro color verde refrescante. Sobre la Acrópolis, el Partenón parecía una corona de luz congelada. La poderosa estatua de Atenea se destacaba contra el cielo. Por todas partes reinaba un apresurado sentido de anticipación. Jóvenes muchachos y muchachas paseaban cogidos de las manos sonriendo. Los niños reían en los brazos de sus madres. Los soldados romanos se recostaban contra las paredes de los edificios, bostezaban, guiñaban los ojos, se rascaban las barbillas y miraban ansiosamente a las mujeres. Los caballos que tiraban de los carros se encabritaban. Ladraban los perros. Los abogados y los negociantes habían detenido sus actividades. Paseaban tranquilamente y olvidaban discutir sus problemas.

Lucano sabía que aquello era el principio de la pascua judía. Había una sinagoga allí cerca, pero evitó acercarse. Tenía el sentimiento de que estaba huyendo, con la cabeza inclinada, como si escapase de algo. Pero aquello era ridículo. Había desembarcado a media noche y se había dirigido a su solitaria y pequeña casa. Tenía que visitar a antiguos pacientes y lo haría aquella mañana. No le gustaba pasear casualmente, por el mero placer del paseo, y no sabía porqué se había sentido impulsado a pasear por la ciudad aquel día. Pero sentía sed de ver a sus prójimos, y no parecía saciarse de mirar. No soy joven, pensó. No me he mezclado con los demás ni gozado de su compañía. ¿Qué me aflige? Sonrió a una vieja florista y le compró un pequeño ramo de diminutos lirios blancos. Siguió caminando, hundió la nariz en las flores y su fragancia casi le abrumó. Decidió volver a su casa y escribir las cartas que hacía mucho tiempo debía haber escrito a su familia. El jardín estaba tranquilo y lleno de luz. A primera hora había soplado un poco de viento, pero entonces había parado. Todo poseía una patina de luz como no había visto antes. Todas las hojas recientes parecían plateadas por aquella luz. Las flores estaban inmersas en ella. La fuente lanzaba chispas de la misma luz. Hasta la propia tierra estaba iluminada. Las paredes de la pequeña casa brillaban como si estuviesen pulidas. Lucano miró al cielo. Nunca había estado tan claro ni más brillante; ni una sola nube empañaba su esplendor.

Comió su frugal comida. Bebió vino. Escuchó el silencio de la casa. El ambiente producía la impresión de un profundo aliento contenido. Nada se movía. Todo reflejaba una inmensa luminosidad, incluso su sencilla copa de plata, su tenedor y cuchara, los dorsos de sus manos, el gastado suelo blanco de madera. Le empezaron a doler los ojos a causa de tanta luz. Sintió un abrumador cansancio y pensó: «Voy a acostarme y descansar.»

Se acostó y cerró los ojos. Esperó dormir durante el caluroso atardecer. Pero aquella luz extraordinaria e insistente penetraba a través de sus párpados. Se dio cuenta de que sudaba. Todo su cuerpo estaba rígido y angustiado. No podía descender. Se levantó y se sintió muy débil. ¿Era de nuevo la fiebre?, se preguntó con

alarma, pensando en los pacientes a quienes debía visitar al día siguiente y en las colas que se formarían ante su puerta. No podía decepcionarles; le esperaban. Deambuló por la casa en medio de aquel impresionante diluvio de luz hasta que encontró su bolsa de médico. Su mano llegó al fondo, se cerró sobre algo frío y metálico y extrajo la cruz que Keptah había dado a Rubria y que ella a su vez le había dado a él. La sostuvo en la mano, contemplándola, y la cruz desprendió un brillo cegador, como si hubiese quedado encendida por el sol y notó que quemaba su carne.

Parpadeando dejó la cruz y se quedó mirándola. Todos sus sueños, todo lo que había oído, volvieron a él como un clamoroso trueno. Pero ¿qué tenía que ver aquella cruz con un miserable maestro judío en un distante Israel, que, según se decía, resucitaba muertos, realizaba milagros y arrastraba las multitudes tras sí? ¿Qué tenía que ver aquella cruz con los caldeos, los babilonios, los egipcios, y con uno tan alejado, humilde y desconocido en el mundo de los hombres? No podía encontrar descanso en la casa. No encontraba descanso en ningún sitio, quien vivía atormentado y desolado. Lucano salió al jardín jadeando y deseoso de encontrar una sombra, pero no encontró protección contra el sol, todo estaba sumido en una luz sin sombras, como inmovilizado en un llameante cristal. Repentinamente, la oscuridad cayó sobre la faz de la tierra, tragando toda luz, extinguiéndola, eliminándola, arrastrándola ante ella como poderosa marea. Ah, pensó Lucano, habrá tormenta, una tormenta refrescante. Miró hacia el cielo que había quedado oscuro y tenebroso. ¿Dónde estaba el sol? Todo había quedado en silencio. Los grillos no cantaban, los pájaros estaban silenciosos, aunque habían cantado toda la mañana. Lucano miró hacia la ciudad. El Partenón era una línea débil de plata. La ciudad estaba sumida en la oscuridad. Oyó un distante y apagado sonido como el que produce el mar, pero era la voz de la ciudad, llena de pánico y de incertidumbre. Corrió a su puerta; la carretera que pasaba ante ella estaba vacía. Miró más allá de la carretera y vio borrosamente que el ganado estaba tumbado sobre la hierba como si durmiese ².

El aire estaba claro, limpio y fresco como el agua. Por lo tanto, pensó Lucano, esto no es una tormenta de polvo. Se sentó en un banco y sintió que una frialdad mortal recorría su cuerpo. Se sentó Recordó los viejos mitos sobre la ira de los dioses. Llegaría un día cuando los dioses cansados del hombre, retirarían el sol y hundirían la tierra en una inacabable oscuridad y muerte. Movié su cuerpo inquieto. Se levantó y anduvo por el jardín. El olor de las rosas y los lirios llenaba el aire como si hubiesen sido aplastados bajo un gigantesco pie. En la ciudad empezaron a brillar luces de antorchas y linternas encendidas a toda prisa. Lucano sabía que probablemente un inmenso río humano estaría entonces iniciando el ascenso hacia el Partenón, para rogar a los dioses que quitasen aquella terrible e inexplicable oscuridad del mundo. En cuanto a él, no se sentía consumido por la ansiedad sobre su suerte, sino por una apasionante interrogación ante el misterio.

Había sido enseñado por los más grandes científicos de su mundo y empezó a hacer conjeturas. Se creía que el sol estallaría alguna vez y que el planeta tierra giraría sin rumbo a través del espacio acumulando hielo y frío mortal hasta que la vida muriese en él. Pero esto, decían los sabios astrónomos, tardaría siglos. El sol moriría lentamente, se enrojecería, luego palidecería y se arrugaría como un limón. Ocurriría a lo largo de siglos sin fin, nunca instantáneamente. Pero aquella oscuridad había descendido en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo que hace falta para dar un suspiro. Lucano buscó de nuevo el sol, aquel sol que había desaparecido. ¿Sería posible que hubiese huido de sus hijos, los planetas, para unirse a sus radiantes hermanos?

Un sentimiento de enorme excitación y terror desconocido se apoderó de él. ¿Dónde, entre aquellas ardientes constelaciones, estaba el sol en aquel momento? ¿Qué caos estaba causando entre la ordenada hermandad aquel intruso procedente de un rincón del universo? ¿Qué planetas estaba devorando en su flamígero paso?

Sintió que no estaba solo. Miró a su alrededor alumbrado por la luz de la luna y las estrellas. ¿Eran pálidas sombras las que se movían a su alrededor en el jardín o sólo una ilusión de sus cansados ojos? Las sombras se detuvieron cerca de él y creyó ver los rostros de Rubria, Keptah y Sara sonriéndole en la oscuridad. Se deslizaban como la nieve, y allí, sin duda alguna, estaba Diodoro, joven, fuerte y valeroso, Allí estaba José ben Gamliel — ¡oh... era aquello la locura!—, con una mirada tierna. Allí, entre muchas sombras de mujeres que él había socorrido, estaba Aurelia, animada y sonriente. Multitudes pasaban ante él, se detenían y le saludaban en silencio y con afecto. Movié la cabeza violentamente, jadeó y cerró los ojos.

Entonces la tierra se alzó como una ola, tembló, se estremeció y se abrió bajo sus pies. Un profundo gemido salió de sus entrañas. Un viento huracanado empezó a soplar, luego disminuyó con la misma rapidez y volvió a alzarse de nuevo aullando, en tal forma que Lucano, casi ahogado, apenas podía respirar. Ya no era el médico,

² Un enorme terremoto sacudió Nicea en aquella misma hora. En el año segundo de la Olimpiada CCII, Flegon escribió que "una gran oscuridad" se extendió sobre Europa y fue inexplicable para los astrónomos. Los archivos de Roma, según Fertuliano, registraban una oscuridad universal que aterrorizó al Senado y sumió a la ciudad en un estado de revuelta ansiedad, porque no se había producido ninguna tormenta que justificase aquello. Los relatos de astrónomos griegos y egipcios revelan que la oscuridad fue tan intensa que por algún tiempo incluso ellos, científicos escépticos, se sintieron alarmados. El pueblo común se lanzó aterrorizado a las calles de las ciudades; los pájaros quedaron silenciosos y el ganado se cobijó en los establos. No fue un eclipse porque no se preveía que se produjese uno en aquella época. Fue como si el sol se hubiese retirado y perdido. Existen referencias al mismo fenómeno en los relatos de los Incas y los Mayas.

filósofo o científico. Era un hombre y se sintió dominado por el miedo. Se levantó agitado y castañeando los dientes.

Anduvo por el jardín, que tenía un aspecto fantasmal. Su carne se estremecía como si tuviese fiebre. Fue hasta la fuente y oyó sus saltarinas aguas. Entró en la casa, se obligó a sí mismo a encender una lámpara. Estuvo de pie mirando sin ver. Levantó un libro y lo dejó. Tenía la cabeza completamente embotada.

Por un momento trató de hablarse a sí mismo razonablemente. Recordó la astronomía que había estudiado. El sol no podía separarse de los «vagabundos», sus hijos, los planetas. Donde él iba, los planetas le seguían. Sin duda, se dijo a sí mismo en voz alta, en medio del silencio impresionante que reinaba a su alrededor y movió la cabeza como si estuviese satisfecho. Pero sabía que era la reflexión de un idiota. Las razones del hombre, las más profundas reflexiones, no podían alterar aquel hecho. Por una vez, no podía invocar un nombre, una teoría ante lo que era impenetrable; no encajaba con lo que sabía y con cuanto conocía. Sin embargo, la mente de Lucano voló proyectándose como un pájaro perdido intentando fervientemente explicar lo que no podía ser explicado. De nuevo la tierra tembló bajo sus pies y un largo quejido recorrió el frío aire.

¿Acaso se habría ido el mundo tras otro planeta? Miles de soluciones giraban en su mente, pero rechazaba una tras otra por absurdas. De pronto, por primera vez pensó con terror en su familia en Roma. Se acordó de Prisco en Jerusalén. Si el mundo iba a ser destruido misteriosa e inexorablemente, todos los hombres debían morir juntos. El pánico, el desinterés, el temor, el terror, la ansiedad y el amor, no podrían conseguir nada, no podrían apartar la fría mano del destino. Encendió una lámpara y luego otra hasta que toda la casa estuvo llena de luz. Se sentó y miró ante él. Volvió en sí sobresaltado, consciente, abrumado por las terribles cosas que habían acaecido al mundo; las lámparas parpadeaban con luz débil. Se levantó y las volvió a llenar. Entonces se dio cuenta de que una luz grisácea penetraba por las ventanas y puertas, igual que si estuviese amaneciendo. Volvió a salir al jardín. La luz adquirió mayor intensidad aunque muy lentamente. La tierra ya no temblaba, se estremecía o gemía: estaba firme. Lucano miró al cielo: se iba cubriendo de un tono rosado como si una puesta de sol se extendiese de horizonte a horizonte; la tierra perdía su aspecto espectral; la luz y el color volvían momento tras momento. Los pájaros chirriaban y parloteaban excitados en los árboles. El sonido de la fuente se oía con más fuerza, como si ella también se sintiese aliviada. La voz de la ciudad llegó hasta Lucano; un clamor de alegría, con un temblor histérico. De pronto el sonrosado velo se partió como una cortina y el sol apareció en el cielo como un guerrero armado con escudo de oro.

Lucano respiró profundamente. Nunca le había parecido el mundo tan encantador, ni siquiera en sus días infantiles, tan bello, tan querido después de haber escapado de la muerte y no le quedaba duda que de la muerte había escapado como pájaro que se libera de la mano opresora y amenazadora. Los fundamentos de la tierra habían sido conmovidos, el sol se había perdido. Pero el terror y el furor habían desaparecido y la dulzura se elevó de cielos y tierra, como si el mundo exhalase un suspiro largo tiempo retenido por temor. Lucano se pasó las manos por el rostro y suspiró profundamente.

«Sin duda —pensó—, hay razones científicas que expliquen esto. Porque aunque yo no sepa la causa de este fenómeno, no significa que esté más allá de una posible explicación. Era el atardecer. Estaba hambriento. Se sentó y comió una humilde comida y nunca el vino le había parecido tan delicioso ni el pan ni el queso habían tenido un gusto más exquisito que aquel día. Escribió algunas cartas, una de ellas para un astrónomo de Alejandría, comentando la oscuridad, preguntándole si había sido observada allí, cuál era la causa y si sería posible que el fenómeno ocurriese otra vez.

Cuando se acostó aquella noche se sintió embargado por un sentimiento de alivio y con él, había llegado un perdón, una vida, una paz y una tranquilidad como las que existieron el primer día de la vida del mundo y del hombre recién nacido.

CAPITULO XLI

DOCENAS de pacientes acudieron a Lucano al día siguiente. Eran nuevos para él. Habían sufrido una fuerte impresión, estaban muy pálidos y algunos de ellos casi sin habla. Les aseguró, sonriendo, que nada incapaz de ser explicado por hombres sabios había ocurrido el día anterior; posiblemente un eclipse. Sólo los niños se sentían aterrorizados por ello. ¿Acaso los astrónomos egipcios no habían previsto, hacía mucho tiempo, eclipses que tendrían lugar no sólo en el futuro inmediato, sino en edades aún no concebidas? Se debía confiar en los sabios, los hombres que comprendían, que podían hacer mapas de los cielos, de las fases de la luna y del movimiento de las estrellas con toda exactitud. Lucano, mientras sus pacientes se apiñaban a su alrededor, demostró lo que era un eclipse con una manzana y una nuez. Se sintieron muy interesados y siguieron su demostración con boca y ojos abiertos y, como él había hecho el día anterior, afirmaron con gestos y palabras que habían sabido todo aquello durante todo el tiempo. Son más sabios que yo, pensó Lucano con cierta ironía.

—Todo está muy bien —dijo un anciano moviendo la cabeza y mirando sardónicamente al médico—, pero no has explicado nada. Lo que pasó ayer está más allá de la explicación del hombre.

Los demás pacientes se rieron de él alegremente y le llamaron «barba gris», pero Lucano no se rió. Los firmes y penetrantes ojos del anciano le atraían. Luego dijo:

—Ven, veamos tus ingles reumáticas de nuevo, amigo mío. Tengo un nuevo ungüento que creo que te ayudará.

—Ayer —dijo el anciano— creí que era el fin del mundo, porque, ¿acaso no somos todos nosotros pecadores que insultamos al cielo?

Los demás pacientes volvieron a reírse de él con mayores carcajadas, pero le miraron con cierta malevolencia. «A los hombres —pensó Lucano— no les gusta que les llamen malos o les digan que afrentan a los dioses y quien les dice la verdad debe andarse con cuidado.»

En Atenas sólo había una familia rica, además de la de Turbo, con la que Lucano se trataba. El padre se llamaba Cleón y alardeaba de descender de una familia de tratantes de cueros famosa ya en tiempos de Pericles. Él, su esposa y una hija vivían en una espléndida villa cerca de la Acrópolis, cuyos jardines estaban rodeados por altas puertas y vigilados por esclavos armados con espadas y cimitarras de forma oriental. A Lucano no le gustaba ningún miembro de la familia, pero Cleón tenía una enfermedad oscura que interesaba al médico. Periódicamente le salían enormes bultos lívidos, se volvía ligeramente pálido y después de unos días se transformaban en repugnantes

granos. Lucano no había visto nunca nada como aquello. Estaba escribiendo un tratado sobre la enfermedad. Había descartado las causas corrientes de la aparición de granos. La dieta del enfermo queda reducida rígidamente. A causa de su mal genio, en lo que su esposa no era menos que él, y su reputación de usurero, era odiado por todos quienes le conocían, incluso Lucano. El médico estaba empezando a formular una teoría en la que afirmaba que era el propio temperamento del hombre la causa de las erupciones. Tenía la carne enjuta como vieja piedra y uno de sus ojos dañado completamente. No era nada nuevo que humores viciosos de la mente produjesen enfermedades somáticas, pero aquel caso era una extraordinaria demostración que intrigaba a Lucano.

Fue aquella tarde a la lujosa mansión de Cleón. Invariablemente cobraba al viejo una gran suma, pero siempre le proporcionaba un alivio temporal. Fue admitido al instante a las habitaciones en las que Cleón pasaba sus atormentados días. Los granos habían aparecido hacía una semana y ya estaban supurando. Lucano los vendó mientras Cleón se quejaba, estremecía y maldecía. Era un hombre pequeño, de cuerpo vivo, una cicatriz donde había sufrido la herida del ojo, un rostro pequeño, rígido y cerrado como una nuez.

—Después de estar tú aquí la última vez, mi buen Lucano —dijo casi a gritos—, me sentí aliviado durante muchas semanas y pensé que estaba curado. Si no hubieses llegado hoy estoy seguro que hubiese muerto en pocos días.

Mostró a Lucano un nuevo grano en uno de sus muslos, tan grande como el puño de un hombre y lleno de materia. Lucano lo cubrió con ungüento después de lavarlo con agua muy fría.

—No vienes con bastante frecuencia —dijo el anciano con tono de enfado—, he añadido un nuevo médico a mi casa, pero no es mejor que los otros. He tenido que azotarle en numerosas ocasiones, porque cuando se enfada tiene una boca violenta y blasfema, aunque durante el resto del tiempo es un sinvergüenza silencioso de temperamento frío y separado.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Lucano con reserva. En muy pocos días el grano degeneraría en una formidable erupción y tendría que ser sajado.

El viejo se movió en la cama y cerró los puños.

—Cuando estos bultos aparecieron la última vez le llamé y me examinó y luego dijo, ¡se atrevió a decir el muy perro!, que no era la carne la que estaba enferma, sino el espíritu. Le hubiese enviado a la prisión o le hubiese azotado hasta la muerte o vendido a las galeras. Pero he pagado por él mucho dinero.

Lucano alzó la cabeza con mucha atención.

¿Un médico? ¿Un nuevo médico? Aquel hombre tenía mucha astucia.

—Le compré en el mercado y puedo asegurarte que pagué una gran cantidad. Dicen que ha sido educado en Tarso, pero apostarí a que recibió el poco saber que tiene de una comadrona y de un carnicero. ¿Sabes lo que ocurrió ayer? Cuando el sol desapareció —ten en cuenta que no soy hombre ignorante—, me di cuenta de que era un eclipse. Oí a mi esposa y a mi hija quejándose; los esclavos huyeron a los sótanos. Entonces ese bandido, ese nuevo médico mío, entró en mi habitación y me miró con ojos de fuego. No dijo nada. Simplemente estuvo de pie por largo tiempo mientras me miraba hasta que pensé que me volvería loco. Ah, cuando esté otra vez bien, le voy a destinar a otra labor. Preferiblemente, desde luego, en las minas.

Se inclinó hacia atrás en los cojines y dirigió a Lucano su mejor imitación de una sonrisa agradable.

—El dolor disminuye, mi Lucano. Te estoy muy agradecido.

Lucano dio a los esclavos auxiliares un jarro con el ungüento e instrucciones para usarlo cada dos horas, día y noche. Luego salió al recibidor y llamó al capataz.

—Me gustaría hablar con el nuevo esclavo —dijo en voz baja—, creo que puedo dar al médico algunas instrucciones respecto al tratamiento de tu amo cuando no estoy aquí. ¿Cómo se llama?

—Se llama Samos, porque dice que nació allí, señor —respondió el capataz respetuosamente—, es un perro amargado. Sin duda que en alguna época fue ladrón, porque está marcado muy desagradablemente.

Llamó para que sirviesen vino a Lucano y éste se sentó en una cómoda silla en el recibidor lleno de luz del sol y luego envió a buscar a Samos. El esclavo volvió con un Joven moreno, alto, de rostro ancho pero distinguido, cabello un poco largo y negro, profundos ajos azules, amplios y fuertes hombros y aire de rey. Anduvo silencioso hacia Lucano con movimientos elegantes. Luego, mientras permaneció en pie ante Lucano,

alzó su mano y apartó el cabello de su frente y, despectivamente, mostró su marca. Era una cicatriz rojiza, mal cerrada y repelente. Volvió a cubrirla con el cabello y dijo sobriamente:

— ¿Qué quieres de mí?

Lucano sintió piedad. Pidió al capataz que les dejase y luego hizo una seña a Samos para que se sentase junto a él. Pero Samos dijo con amargura.

—No. Soy sólo un esclavo y he sido siempre un esclavo. No seas magnánimo conmigo. No quiero la amistad de ningún hombre ni la compasión de nadie. Soy enemigo de todos los hombres.

—Es así —dijo Lucano sonriendo un poco mientras su compasión aumentaba—, entonces permanece ante mí como un esclavo si es eso lo que tu crees que eres. Como colega médico deseaba hacerte algunas preguntas. —Hizo una pequeña pausa y luego añadió con voz más baja—: Creo que estás en lo cierto en tu diagnosis respecto a los granos y erupciones de Cleón.

El rostro de Samos cambió; su amplia y sensible boca se movió y sus grandes ojos azules parpadearon como si intentase retener las lágrimas. No era viejo. Lucano pensó que tendría unos veintidós años. El joven vaciló, luego, con un juramento, arrastró una silla hacia adelante, se sentó junto a Lucano y le miró.

—Estoy en lo cierto —dijo, y su voz tenía un tono desafiante—, pero, ¿qué se puede hacer con un individuo como Cleón, excepto llamar a los sacerdotes para que exorcicen sus demonios? Eso si él mismo no es un demonio.

Lucano se echó a reír suavemente.

¿Quién sabe? —murmuró—. Pero dime, ¿fuiste realmente educado en Tarso? Samos miró a un lado. Tenía un perfil firme y clásico, de líneas seguras y excelente barbilla. Lucano sintió una punzada en sí: el joven médico le recordaba vagamente a alguien y el recuerdo le producía dolor. Samos dijo:

—Nací en cierta casa de Samos. Tenían allí un excelente médico y anduve tras él, hasta que, finalmente, me hizo su ayudante. Se hacía viejo; me recomendó a mi dueño; un mercader casi tan cruel y vicioso como Cleón y me mandaron a Tarso. Allí estuve tres años y me gradué con los máximos honores. Mis profesores fueron muy amables, hombres buenos, y aquellos días fueron los únicos felices que yo he conocido.

Una lágrima se deslizó por sus mejillas y parpadeó furiosamente, sacándose un pañuelo de su cintura y sonándose. Luego contempló el pulido suelo blanco.

—Mientras estuve en Tarso supe que no podía continuar por más tiempo siendo esclavo. Conseguiría la libertad o moriría. Así lo dije a uno de mis profesores, pero me aconsejó paciencia. Los médicos no se suicidan. Si conseguía bastantes dones de mi dueño, podía posiblemente, acabar comprando mi libertad. Pero él no conocía a mi dueño, que era menos generoso que Midas. No recibí nunca dones, ni esperaba ninguno. Después de un año me escapé. —Hizo una pausa y respiró profundamente—. Fui capturado y enviado de nuevo a mi dueño. Esperaba la muerte o, en el mejor de los casos, ser enviado a galeras. Pero mi dueño había gastado mucho dinero en mí. Por lo tanto me hizo marcar. A partir de entonces me transformé en un lobo salvaje, según él dijo, y me vendió; y de esta manera llegué a esta casa, que es muy parecida a la de mi antiguo amo.

Lucano le miró con una compasión tan viva como un dolor físico. Luego dijo:

— ¿Te gustaría estar conmigo? ¿Te gustaría que yo te comprase? Si tengo éxito podría liberarte y sólo pediría que fueses mi compañero, porque estoy siempre solo y no tengo ningún amigo.

Samos abrió los ojos con sorpresa. Se estiró en el asiento hacia Lucano con una expresión incrédula. Vio los brillantes ojos azules del médico, su amable sonrisa, su grisáceo cabello dorado y supo que Lucano no estaba bromeando. Emitió un débil y ahogado grito y cayó a los pies del otro hombre e inclinó con un gesto mudo la cabeza sobre sus rodillas. Luego empezó a llorar, no con lágrimas, sino con el seco sollozar de un hombre que, llevado hacia la muerte, le conceden la vida. Estrechó sus brazos alrededor de la cintura de Lucano y se mantuvo así con un gesto silencioso.

Lucano puso la mano sobre la cabeza que reposaba en su rodilla. El cabello de Samos era suave como la seda, grueso y ligeramente rizado. Lucano suspiró y le dejó permanecer a sus pies, acogido a él como un niño, hasta que le vio más tranquilo. Luego dijo con la máxima amabilidad:

—Permanece aquí mientras hablo con Cleón... y reza.

Se libró de los brazos del joven que eran suaves aunque musculosos y volvió a la habitación de Cleón. Cleón estaba medio dormido, aliviado su sufrimiento, pero cuando vio a Lucano alzó la cabeza de entre los almohadones.

— ¡Ah, qué tesoro eres, mi querido Lucano; no había dormido durante muchas noches y ahora estoy como un niño en una suave cuna!

—Deseo examinar ese grano de tus posaderas una vez más —dijo Lucano aparentando estar de nuevo interesado—; si no te duele es posible que no supure. Es un lugar difícil para tener semejante enfermedad y puede extenderse peligrosamente.

Se sentó y miró a Cleón con una expresión que trataba de ser amable.

—He estado hablando con tu esclavo Samos. Creo que te han robado. Es decir, ese joven nunca podrá hacer nada por ti o por tu familia.

Cleón rugió con ira y golpeó con los puños cerrados sobre los cojines.

—Lo sabía —exclamó—. ¡Maldito sea el mercader, aquel avariento, rapaz pájaro de presa! ¡Nunca debí confiarme a él! Tiene muy mala reputación. Já, enviaré a Samos a las galeras. —Se relamió las encías sin dientes y sus ojos brillaron de placer—. Será para mí la felicidad pensar que está allí. Pero ¿me han robado,

engañado? ¿Cuál será mi venganza? —Se inclinó hacia Lucano astutamente—. ¿No podrías darme una carta diciendo que ese maldito ha intentado envenenarme? Podría entonces hacerle ejecutar.

Un poco de saliva apareció en la comisura de su boca y la chupó con la lengua. Lucano simuló considerar aquella propuesta juiciosamente. Luego movió su cabeza.

—Se me ocurre que necesito un esclavo para mi casa. ¿Me lo quieres vender? Es muy orgulloso y arrogante.

Los ojos duros y penetrantes de Cleón estudiaron su rostro. Se echó hacia atrás gruñendo.

—Bien, pero me ha costado bastante dinero.

Lucano asintió.

—Simpatizo contigo, Cleón. ¿Qué pagaste por él?

Los ojos arteros se estrecharon. Cleón sabía todo lo que tenía que saber acerca de Lucano. Conocía las críticas de la ciudad. Aquel tonto, aunque inteligente médico, era un hombre rico. Si estaba tan loco como para cuidar a la plebe por nada y adquirir una reputación de semidiós, debía pagar su locura y su reputación. Por lo tanto Cleón nombró una suma exorbitante, más allá de las posibilidades inmediatas de Lucano. Lucano se sintió enfurecido y preocupado.

— ¿Cómo? Este es el precio del mejor médico del mundo, superior a cualquier precio; ¡es el rescate de un príncipe!

Cleón se encogió de hombros. De nuevo pareció adormecido.

—Entonces —dijo— me lo quedaré y me divertiré con él; le haré azotar cada día en esta propia habitación, a fin de deleitarme con la escena.

Lucano conocía su obstinación. Se puso de pie.

—Si no me vendes a Samos, no volveré más por aquí y sin duda morirás. Y te aseguro que hablo en serio, Cleón —añadió con severidad.

Cleón abrió los ojos aterrado.

— ¡No abandonarás a un anciano!

—Lo haré sin vacilar. Decídate. No dudo de que pagaste mucho por Samos, pero no lo que has dicho. Te ofrezco ahora y por última vez seiscientos sextercios de oro, recién troquelados. Cógelos o búscate otro médico.

— ¿Me condenarías a muerte?

—Sin duda alguna.

— ¿Por qué quieres a Samos, a ese perro?

—Te lo he dicho. Me he encaprichado de él. Me he dedicado a domar caballos salvajes en mi juventud.

Cleón hizo una pausa, respirando con furia e impotencia. Hubiese querido que Lucano fuese un esclavo. Hubiese hecho que le azotasen regularmente, le hubiesen marcado con hierros candentes hasta que su carne hubiese humeado. Luego gimió:

— ¡Dame el dinero y que Hécate atormente tus sueños!

—Lucano sonrió y dijo:

—Retira la maldición o no podré volver a ti mañana para tratar tu enfermedad.

Luego arrojó una bolsa sobre el lecho.

—Y ahora, firmame el recibo de venta.

Pocos minutos después volvió al recibidor donde Samos estaba esperando. Samos le miró con sus ojos azules excitados mientras sus labios se movían desesperadamente. Lucano le cogió por un brazo.

—Ven a casa conmigo —dijo como había dicho a Ramus hacía mucho tiempo.

Lucano puso todas las lámparas que tenía en casa en una mesa sobre la que había colocado sus afilados y brillantes instrumentos. Samos estaba sentado en una silla junto a la mesa, rígido y esperando, los ojos fijos con amor y devoción sobre el otro hombre. Lucano mezcló un brebaje en una copa de vino y se lo alargó a Samos:

—Esto aliviará el dolor. No sé el éxito que tendré en eliminar esa terrible marca. Pero haré todo lo que pueda.

—Tendrás éxito —dijo Samos—, querido maestro.

—No me llames maestro —dijo Lucano—, llámame por mi nombre.

—Permaneceré contigo siempre, tanto si me das la libertad como si no... Lucano.

—Mañana te llevaré al Pretor romano y mañana mismo tendrás tu libertad. Quizá no te guste mi vida. Eres joven y en los orgullosos rasgos de tu rostro veo la ambición. No hagas juramentos que puedas lamentar.

Lucano sonrió y pasó la copa.

— ¿Cómo podría lamentarlo nunca? —preguntó Samos apasionadamente— y olvidar que me has traído a tu casa como si fueses mi amigo, el único amigo que nunca he conocido, me has ofrecido la libertad a mí, que prefiero morir antes que ser esclavo. Sólo te ruego que me dejes servirte para siempre.

—Sin embargo —dijo Lucano—, eres joven y un buen médico. El mundo puede ser tuyo. Como hombre libre serás un ciudadano de Roma. La fortuna puede venir a tus manos. Pero primero, antes de todo este brillante futuro, y no te ato a tu promesa, la marca debe desaparecer. Bebe esto al instante.

La mano de Samos temblaba al coger la copa. Miró a su oscura profundidad.

—Opio —murmuró. Luego miró a los ojos de Lucano y colocó la copa sobre la mesa con violencia y respiró profundamente—. ¡No! —dijo.

Lucano estudió su rostro y luego asintió.

—Es doloroso llegar a ser esclavo, pero más doloroso es llegar a ser libre. Comprendo; prefieres conseguir la libertad con sufrimiento, porque el dolor purifica tu corazón. Sin embargo, te aseguro que esto será agónico.

Samos se agarró a los lados de la silla y alzó el rostro.

—Estoy dispuesto.

—Cierra los ojos a fin de que la sangre no entre en ellos.

Lucano tomó una delgada hoja afilada. Debía trabajar rápidamente. Examinó de nuevo la marca. A pesar de su feo aspecto no era una cicatriz vieja; la piel estaba todavía tierna y flexible a su alrededor porque Samos era joven. Quitaría la marca cuidadosamente, sin herir los tejidos de debajo y uniría los dos extremos. Cuando la herida se curase tan sólo podría verse una larga y delgada cicatriz desde la línea del pelo hasta las cejas y en unos cuantos meses curaría y apenas sería notada. Lucano explicó lo que estaba a punto de hacer y Samos asintió; su boca había palidecido anticipadamente, estaba rígido.

Lucano deslizó la hoja de arriba abajo con un gesto delicado y abrió un corte que se ensanchó como una boca y empezó a sangrar. Pero debajo no había vasos sanguíneos importantes. Samos no se estremeció; permanecía muy quieto y Lucano secó la sangre que caía y quitó la marca. Samos se quedó tan blanco como la muerte; los nudillos de sus manos apretadas con fuerza, resaltaban blanquecinos, pero no se movió. Lucano empezó a sudar a causa de la prisa; lágrimas de sangre caían de la herida y rodaban como gotas rojas a lo largo de las mejillas de Samos; algunas se quedaban en los extremos de su boca. Las lámparas parpadeaban y vacilaban movidas por un ligero viento que llegaba de las ventanas.

El médico, consciente del dolor que estaba infringiendo, dirigió una rápida mirada al rostro rígido de Samos. De nuevo la sensación de familiaridad se apoderó de él.

—Eres muy valiente —dijo, y su voz vaciló—. Eres un hombre valiente y noble, Samos.

La marca quedó sobre una pequeña bandeja, palpitando y con aspecto malvado, como el ojo de un demonio. Lucano tomó una aguja e hilo de lienzo. Samos parecía exhausto; Lucano deseó que se desmayase. Pero la orgullosa expresión del rostro del joven no disminuía. Lucano empezó a coser diestramente y habló con voz suave y convincente del trabajo que hacía entre los pobres, de los casos sorprendentes que había encontrado. Samos sonreía débilmente. Tenía que estirar aquella piel joven y suave hasta que los extremos de la herida se juntasen; la cicatriz, supurando pequeñas gotas de sangre, fue cerrándose lentamente. Estaba hecho.

—Abre los ojos, Samos —dijo Lucano. Cayó sobre una silla y se secó el sudor con el dorso de la mano. Samos abrió los ojos y sonrió con gozo y alegría. Después de un momento Lucano vendó la herida que ya no sangraba.

—Ah —dijo—, estoy contento de esto. Quedará mejor que esperaba. Pero ahora debes beber una copa de vino conmigo porque estoy agotado.

Riendo con voz temblorosa, llenó dos vasos de vino. Samos alargó la mano izquierda para coger uno. Lucano colocó el vaso en aquella mano y de pronto se detuvo sobresaltado. Su corazón pareció pararse también y empezaron a zumbarle los oídos. Su rostro palideció y quedó más blanco que el de Samos. Samos le miró y luego se estremeció.

—Lucano —exclamó—, esto ha sido demasiado para ti. Parece que vas a desmayarte. —Se puso de pie vacilando y colocó los brazos alrededor de los hombros de Lucano. La boca de Lucano se abrió silenciosamente, luego respiró con ansia. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se puso de pie al lado de Samos, intentó hablar, pero sólo pudo emitir un gemido. Luego miró a Samos y dijo con voz suave:

—Tú no eres Samos. Este no es tu nombre. Tu nombre es Arieh ben Eleazar. Eres judío y te he estado buscando durante veinte años.

Alzó la mano izquierda del confundido joven y la llevó a la luz. El dedo meñique estaba muy torcido, doblado agudamente hacia adentro, hacia los otros dedos. Lucano miró a los ojos de Arieh, vio los ojos de Sara y estalló en un llanto contenido.

—Dios es bueno —sollozó—. Sobre todas las cosas, Dios es bueno.

I

CAPITULO XLII

LUCANO escribió en seguida a los abogados de Sara bas Eleazar en Jerusalén. Luego dijo a Arieh:

—Debes partir en el próximo barco, que llegará allí después que los abogados reciban mi carta. Me gustaría acompañarte, porque esto es para mí algo muy querido, pero tengo un contrato de dos meses en otro barco y no puedo dejar de cumplir mi palabra. Me uniré a ti en Jerusalén más tarde... quizá.

Pero Arieh, respondió:

—No me pidas que te deje. No tengo mucha experiencia; déjame ser tu ayudante durante estos dos meses.

Lucano sonrió; sabía que Arieh usaba aquella excusa a fin de no separarse de él, por lo que asintió y Arieh, caminando con el paso rápido de la juventud, fue con él. A partir de entonces sintió como si un acceso terrible le hubiese sido por fin sajado y purificado. Empezó a enseñar a Arieh su antigua religión durante las guardias nocturnas. Arieh había recibido una educación defectuosa sobre la religión greco-romana en el hogar de su primer dueño y en Tarso con sus maestros. Escuchaba a Lucano con la más profunda atención y le hacía preguntas inteligentes.

—Es extraño descubrir que soy judío —dijo en cierta ocasión moviendo su cabeza—. Mis dueños odiaban a los judíos y les llamaban avariciosos y falsos, aunque ellos eran los hombres más ansiosos y arteros. Mi primer dueño, en particular, no podía dormir a causa de sus intrigas y nunca le vi feliz, excepto cuando arruinaba a otro hombre.

Cuando Arieih andaba, Lucano recordaba lo que Eleazar ben Salomón había dicho «es un joven león». Interrogó a Arieih sobre las cosas que podían recordar.

Arieih frunció el ceño, tratando de recordar.

—Me dijeron que había nacido en Samos y me dieron este nombre. Tenía dos años cuando fui comprado para ser juguete de los niños de mi primer dueño, fui comprado de nuevo; esto es todo lo que sé —hizo una pausa—. Toda mi niñez anduvo turbada por un sueño que a veces vuelve a mí. Me veo en un grande y hermoso jardín; veo columnas blancas, pero no estatuas como he visto después en otras casas. Veo gran profusión de flores por todos los sitios y brillantes fuentes. Tengo un pequeño perro blanco que es mío, encantador y pacífico. Un joven entra en el jardín, me acaricia en sus brazos y me besa; también hay una joven muchacha de negro cabello flotante que juega conmigo.

Arieih se frotó la frente que empezaba a estar cicatrizada.

—El sueño se hace confuso. ¿Era el mismo día u otro? Estoy con dos chicas en el jardín y juegan conmigo. Es un día brillante y silencioso lleno de sol. Mi pequeño perro no está allí; yo le echo de menos. De pronto dos hombres morenos, casi desnudos, aparecen; les miro sin miedo, aunque no les reconozco como reconozco a mis guardianes. Se acercan a las muchachas, levantan algo que llevan en las manos y brilla al sol; las muchachas caen sobre su rostro. Yo me echo a reír y aplaudo con mis manos. Después uno de los hombres me coge, se mueven como sombras, una mano me tapa la boca y empiezo a sentirme sofocado. No puedo respirar. Luego algo negro cae sobre mis ojos. Esto es todo lo que recuerdo. De mis recuerdos posteriores sólo sé que me veo en una casa extraña y cruel y recibo golpes. No sé si mucho más tarde o no. Debe ser un sueño —dijo Arieih moviendo su cabeza.

—No —dijo Lucano—, no es un sueño.

Arieih demostró un inmenso deseo de saber todo acerca de su familia, de su padre y hermana. Lucano nunca se cansaba de hablarle de Sara. En cierta ocasión, mientras estaba hablando, vio que Arieih le miraba con una expresión inescrutable.

—Era la más encantadora de las mujeres, la más dulce y la más amable —y su voz sonó con tono que él creía desapasionado.

Lucano golpeó afectuosamente el hombro de Arieih. Se sentía como un padre y pensó: «Ciertamente podría ser mi hijo, porque no soy joven.» El pensamiento le produjo gran consuelo.

Pintó un pequeño cuadro de Sara para Arieih. El rostro blanco, los ojos cándidos y la hermosa sonrisa brillaban como la carne sobre la madera. El cuello blanco tenía un aire orgulloso.

—Es como una divinidad —dijo Arieih.

Aquello hizo reír a Lucano.

—No hables como los griegos y romanos —exclamó—, tus compatriotas te mirarán sobriamente y te detestarán si llamas a un ser humano «divinidad». Sentémonos y estudiemos de nuevo a Moisés y cómo libró a su pueblo de los egipcios. Veo que la historia te fascina y, como el hijo de Eleazar ben Salomón, es mejor que te apliques a tus lecciones de hebreo.

Entre los dos creció un afecto profundo semejante al cariño de padre e hijo. El griego abrió su corazón a Arieih. El misterioso sentimiento de consuelo en Lucano crecía día tras día. Era como si todo lo que siempre había amado estuviese representado en Arieih, a quien enseñaba como a un niño. Nunca se cansaban de hablar. Lucano, hablando de su propia vida, la vivía de nuevo a medida que se la contaba a Arieih. En uno de los puertos de escala un mensajero llegó a bordo para entregar un gran saco de oro a Arieih y gozosos mensajes de sus abogados en Jerusalén. Le habían escrito: «Esperamos la llegada del hijo de Eleazar ben Salomón. Será purificado en el templo y reincorporado a su pueblo. Bendito sea Dios que te ha encontrado.»

Arieih distribuyó el dinero entre los miembros de la miserable tripulación. Bajó a las galeras y dio a los esclavos bastante oro para comprar su libertad. Durante días y noches, a partir de entonces, el pequeño barco vibró con gozosos gritos y saludos a los dioses. Los marineros besaban la mano de Arieih cuando pasaba lo que producía al joven un gran embarazo.

En aquellos días Lucano podía hablar con Arieih de Dios con entera libertad y amor. Su espíritu había encontrado la libertad. Vivía como esperando una orden que estaba seguro llegaría y la esperaba con serenidad. Era franco con Arieih y le explicaba su antiguo odio hacia Dios.

—Durante todo aquel tiempo yo estaba secretamente enfurecido contra Dios. Él no se manifestaba a mí y más bien parecía ignorarme. Le rezaba y no recibía respuesta. Aquello era imperdonable.

Le contó todo lo que le había dicho Keptah y José ben Gamliel, y cuando Lucano hablaba le parecía como si aquellos amados maestros estuviesen a su lado sonriéndole y confirmándole. Contó a Arieih las profecías judías, caldeas, babilonias y egipcias. Le habló del extraño maestro judío acerca del cual había escrito Prisco y a quien Ramus había visto.

—Pero no he oído más de él —dijo Lucano—, hasta mí llegaban muchas historias hasta hace dos meses. Desde entonces todo ha quedado en silencio. He preguntado a las gentes en varios puertos, pero sólo he recibido sonrisas apagadas. He escrito a mi hermano Prisco repetidamente pidiéndole más noticias, pero no he recibido respuesta. No me ha escrito. ¿Habrás vuelto a Roma? Escribí a mi madre hace dos días.

—Encontraremos a este Rabí judío en Jerusalén —dijo Ariei intensamente interesado—, invade mis pensamientos. Repítame otra vez lo de la profecía de Isaías.

Cuando encontraban una pequeña sinagoga en los puertos, Lucano llevaba al joven a ella. Pero no podían penetrar más allá de la puerta de los gentiles.

—Comprendo el que no pueda acercarme al Santo de los Santos hasta que no esté purificado —decía Ariei mirando con curiosidad—, pero ¿por qué se les prohíbe a los gentiles la entrada? Dios es Dios de todos los hombres. Mi pueblo es una raza orgullosa y obstinada.

—Si no lo hubiesen sido no habrían sobrevivido a las edades —dijo Lucano—. El hombre debe guardar sus mejores virtudes y las de su pueblo. Sin embargo, como tú dices, Dios es Dios de todos los hombres. Pero recuerdo las ceremonias en los templos de los griegos, romanos y egipcios. Sólo los sacerdotes, los elegidos, pueden participar en los misterios; sólo los sacerdotes beben los vinos sacrificiales y comen los animales sacrificados. Hay cosas que deben ser guardadas del vulgo y los estúpidos, porque pueden corromperlas. Los sacerdotes ordenados bendicen y realizan sacrificios, pero debes recordar que han sido ordenados.

—Mi pueblo es un pueblo sacerdotal —dijo Ariei—, y sólo han mandado que los hombres se amen unos a otros y sean justos entre ellos, no como una cuestión filosófica, sino como un acto de fe. Es un mandamiento extraño —miró a Lucano elevando un poco la cabeza. Tocó su hombro con la mano y añadió—: Sí, Él te ha llamado.

Una noche se levantó una gran tormenta y el barco se vio obligado a buscar cobijo en un pequeño puerto que estaba lleno de barcos que se habían apresurado a refugiarse allí antes de que el rugiente viento y las elevadas olas se alzaran. Cuando amaneció el día, el mar estaba aún tumultuoso y los maltratados barcos se agitaban anclados y temerosos de salir de nuevo. Lucano y Ariei permanecían de pie sobre el resbaladizo puente de su buque y vieron que su vecino más próximo era un magnífico buque de excelente madera; sus velas recogidas sobre el puente parecían montones de ardiente seda; los marineros iban vestidos con buenos trajes y andaban con confianza. El capitán parecía ser un hombre de importancia, aunque andaba de arriba abajo con expresión preocupada. Los dos amigos podían ver cómo movía los labios.

—Es un barco privado, el juguete de algún hombre muy rico —dijo Lucano.

Saludó al capitán, que acudió un poco disgustado hacia la barandilla de su barco cuyo maderamen estaba adornado con incrustaciones de ébano, nácar y oro. Lucano percibió que el barco no tenía un mascarón con figura de mujer.

—¿Hay algo que no va bien a bordo? —preguntó Lucano en griego.

El capitán movió la cabeza. Lucano dijo lo mismo en arameo y el capitán asintió interesado. Luego replicó:

—Sí, hay algo muy malo. Mi glorioso señor, el propietario de este barco —y miró alrededor con orgullo—, yace en la cama enfermo. Nuestro médico murió la última noche en la tormenta. Fue arrojado contra una pared y se aplastó la cabeza.

—¿Qué aqueja a tu dueño?

El capitán movió la cabeza.

—¿Quién lo sabe? Ha permanecido durante más de dos meses como si le hubiese atacado una enfermedad mortal. Viene de Jerusalén; su médico estaba perplejo. Dos meses atrás mi señor se metió en cama llorando violentamente y sin querer ver a su esposa, a sus hijos, a su madre ni a su padre. El médico se sintió asustadísimo. Luego mi dueño dijo que salía a la mar para olvidar, pero lo que trata de olvidar nadie lo sabe. No se ha movido de la cama. Muere lentamente; se retuerce las manos y no quiere hablar.

Lucano dijo a Ariei en voz baja:

—Este hombre, seguramente, sufre de alguna enfermedad del espíritu.

Miró al capitán y dijo con vacilación.

—Soy médico. Me gustaría ver a tu señor.

El rostro del capitán se iluminó. Era evidente que amaba a su dueño.

—Espera, señor. Haré los arreglos oportunos para que vengas a bordo, porque ciertamente tengo miedo que su muerte esté muy próxima.

Para Lucano y Ariei fue difícil subir a bordo del otro barco, porque ambas naves saltaban inquietas y descompasadas. El capitán les recibió como si fuesen reyes.

—¡Oh, Dios es bueno! Mi señor no morirá ahora.

Lucano no había visto nunca un barco tan maravilloso; un agustal romano o incluso un César, se hubiese sentido orgulloso de él. Los puentes eran de ciprés, las paredes de ébano, incrustadas con artísticos dibujos de flores y hojas de oro, plata y nácar. Brillaban bajo la luz cálida del sol. Lucano dijo al capitán:

—Sois judíos; según veo, porque no observo estatuas de dioses ni pinturas murales de animales. ¿Cómo se llama tu dueño?

—Hilel ben Hamram —dijo el capitán, y miró a Lucano y Ariei esperando ver su asombro—. Sin duda que conocéis su familia porque no sólo es la más rica de toda Judea, sino famosa por sus doctores, abogados y hombres sabios; mi señor es amigo de Poncio Pilatos y el rey Herodes Antipas se siente halagado cuando le recibe por huésped.

Lucano sonrió ligeramente; el joven Ariei escuchaba con interés. Lucano le hizo un gesto.

—Veamos a nuestro paciente.

Fueron guiados hacia abajo, a otros puentes, cada uno de ellos más lujoso que el anterior, llenos de luz y de valiosos trabajos, maderas y muebles.

—Mi señor no posee esclavos —dijo el capitán con adoración en su voz—. Es algo que está contra los principios de un judío devoto. Lucano no pudo evitar decir con un gesto hacia Arieih:

—Eres muy inteligente, capitán; conoces los nombres famosos en Israel. Sin duda reconocerás el hijo de Eleazar ben Salomón, que está dando la vuelta al mundo a fin de perfeccionarse en las artes de la medicina.

Arieih enrojeció. Lucano le estaba insultando. Los ojos del capitán se agrandaron mientras miraba a Arieih.

—¿El hijo de Eleazar ben Salomón? ¡Pero si fue robado cuando era un niño y nadie ha podido encontrarle!

—Estaba perdido, pero ha sido encontrado —dijo Lucano—, Vamos. ¿Es esta la puerta de tu señor?

Incapaz de hablar y mirando a Arieih, el capitán abrió una puerta tapada con un brocado de oro y los médicos entraron en una habitación tan lujosa en su magnificencia oriental que se sintieron completamente sorprendidos. Cortinas, brocados y bordados de plata colgaban de las ventanas; alfombras persas cubrían el suelo; el puente se movía y vacilaba, pero la gran cama de oro se mantenía firme. En ella, bajo colchas de rica seda, yacía un hombre que no tendría más de veintinueve años. Su rostro parecía un mármol gastado; sus ojos estaban hundidos en grandes círculos morados; parecía no respirar; su negro cabello caía como un abanico sobre los cojines bordados; tenía rasgos elegantes y austeros. Cuando Lucano y Arieih se acercaron a él no se movió.

—Hilel ben Hamram —dijo Lucano amablemente, inclinándose sobre él—. Soy Lucano, médico, y he venido a ayudarte.

—Y yo soy Arieih ben Eleazar, también médico y compatriota tuyo —dijo Arieih con una nota de profunda compasión en su voz.

El enfermo no se movió. Parecía como si fuese incapaz de oír, Arieih escuchó. Puso su mano sobre la fría frente de Hilel y dijo:

—¡Escucha, oh Israel; el Señor nuestro Dios es uno!

Hilel permaneció inmóvil. Los dos médicos le contemplaron ansiosamente. Lucano alzó su flácida y helada mano y le tomó el pulso. Auscultó el pecho casi inmóvil. El corazón palpitaba débil y lentamente. Cuando Lucano miró otra vez, vio que lentas lágrimas caían de sus ojos cerrados. Arieih se sentó junto a Hilel, cogió su mano y la estrechó con fuerza y Lucano quedó impresionado por la belleza del cuadro de aquel joven hermoso, consolando silenciosamente a su hermano. El sol penetró a través de la ventana iluminando sus rostros.

—No llores —dijo Arieih tiernamente—, porque Dios está contigo y te ayudará con su poder.

Las lágrimas brotaron más de prisa de los ojos del enfermo. Arieih creyó que los dedos de Hilel apretaban los suyos, luego dijo:

—Yo estaba perdido y Él me ha encontrado. Era esclavo y Él me ha liberado, un extranjero y me ha devuelto a mi pueblo. ¡Bendito sea Él, Rey de Reyes, porque nada está más allá de su poder y Él no permanece silencioso cuando sus hijos acuden a Él!

Hilel gimió. Parecía un gemido que surgiese más de su espíritu que de su carne. No abrió sus ojos pero susurró:

—Es demasiado tarde. Me llamó y me aparté de Él. No le olvidé, y un día supe que no podía vivir sin Él, aunque lo que me pidió era muy difícil. Por lo tanto fui a verle otra vez. Era demasiado tarde. Los romanos le habían matado. Le habían clavado en una cruz como a un criminal.

Lucano se enderezó violentamente. Cogió a Hilel por un hombro descarnado, la suave seda resbaló entre sus dedos.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó.

Hilel no respondió inmediatamente; parecía haberse hundido en el sueño de la muerte. Después dijo débilmente:

—Fue durante la Pascua, cuando la tierra se oscureció.

Lucano se sentó abruptamente. Su corazón saltaba y un sonido atronador retumbaba en sus oídos. Se apretó los oídos con las manos para tratar de oír, Después de un rato cogió mecánicamente su bolsa de médico y extrajo un frasco que contenía un estimulante. Sus manos temblaban y vertió un poco en una copa de vino que estaba sobre una mesa de madera de limonero al lado del enfermo. Llevó la copa a los labios de Hilel y exclamó perentoriamente:

—¡Bebe esto... y luego debes hablar, porque esta historia es la que hemos estado buscando!

Hilel bebió sin abrir los ojos, después Lucano dejó de nuevo reposar la cabeza sobre los cojines. El deslumbrante mar lanzaba brillantes destellos de luz a la habitación. Las gaviotas piaban cerca de los ojos de buey y las voces de los marineros llegaban arrastradas por el viento. Un cálido olor a brea, cal y pescado se mezclaba con el aromático olor de mirra. Lucano y Arieih esperaron a que Hilel hablase. Empezó a aparecer un débil color sobre sus mejillas de marfil; sus cenicientos labios se avivaron y adquirieron el color del coral. El sudor se secó sobre su frente. Luego abrió sus trágicos ojos, oscuros y torturados.

—¿Le buscáis? —murmuró—. Está muerto. Vi tres cruces, pequeñas y disminuidas por la distancia, sobre el apartado Lugar de las Calaveras, proyectadas contra el cielo turbulento de nubes rosas y lilas, enormes e hirientes, mientras una terrible luz descendía sobre la tierra. La gente que me rodeaba dijo que en una de aquellas cruces estaba Jesús de Nazareth y que había sido condenado por desafiar a la ley e incitar la insurrección contra Roma. Se apoderó de mí una sensación de muerte y pérdida; el sol perdió su brillo, la tierra se estremeció y la gente cayó sobre sus rostros con un gran lamento de terror. Era demasiado tarde, para decirle que yo le seguiría.

— ¿Y entonces? —preguntó Lucano, mientras Hilel quedaba en silencio moviendo la cabeza angustiado. El enfermo hizo un gesto débil.

—No lo sé. Huí de aquel maldito lugar y permanecí insensible durante unos días. Luego huí al mar, porque ya nada tenía valor para mí.

—Las antiguas profecías dicen que resucitará otra vez —dijo Lucano.

Se acercó hacia Hilel que alzó la cabeza.

— ¿Cómo es eso posible? —murmuró—. Sí, es cierto que he oído por mis criados que sus seguidores lo afirman. Al fin de cuentas tan sólo era un hombre. —Miró a Lucano con un gesto implorante—. ¡Murió! ¡Debes decirme, por amor a mi alma y a mi paz, que no era más un hombre, y que yo realmente no le traicioné ni le herí!

— ¿Acaso los hombres no le han traicionado siempre? —preguntó Lucano tristemente ¿Y no le traicionarán siempre por los siglos sin fin? ¿No le traicioné yo mismo aunque vi la estrella de su nacimiento y oí hablar de Él desde su infancia? Arrepiéntete porque todo cuanto Él pide es penitencia.

Hilel lloraba.

—Entonces, ¿no estoy perdido? ¿Él me ha perdonado?

—No despreciará un corazón arrepentido —dijo Lucano—, y enjugó el rostro del hombre enfermo con un paño humedecido en agua fría—, pero cuéntenos.

Pasó algún tiempo antes de que Hilel pudiese hablar. Se retorció sus delgadas manos y miraba a las brillantes ventanas como si viese algo tras ellas.

—He visitado a Herodes con frecuencia, porque es amigo de mi familia, en su palacio de Cesárea. Es decir, le visitaba, hace un año con mi esposa y mis hijos, que también estaban conmigo, pero a medida que el día del perdón se acercaba no podía continuar frecuentando la casa de Herodes, que es medio griego, y hombre caprichoso que unas veces vive como griego y otras como judío. Yo no soy un hombre piadoso ni observo la ley estrictamente. Sin embargo, no podía soportar por más tiempo la conversación de Herodes ni sus cambios de humor. Sacrifica en los templos romanos; luego iba a Jerusalén para purificarse, se arrojaba cenizas sobre la cabeza, gemía solicitando el perdón y llenaba de oro las manos de los sacerdotes. Por lo tanto envié a mi familia a Jerusalén y luego les seguí un día o dos después.

Se detuvo y Lucano le volvió a ofrecer el vino con estimulante.

—Debéis comprender que había oído hablar mucho de aquel Rabbí judío que enseñaba a las gentes sobre el polvo de los caminos y las calles de las ciudades. Herodes hablaba de él con una risa insegura; hay muchos que le acusaban de incitar a los judíos a la rebelión contra el opresor romano. Pero Herodes también estaba intranquilo porque había causado la muerte de Juan el Bautista, como era llamado por la gente. Herodes es un hombre erudito a su manera y creía que Juan era Elías y al principio había evitado dañarle. Juan le denunció, a él, el Tetrarca, por haberse casado con la esposa de su hermano, Herodías. Debes comprender, Lucano, que recuerdo todas estas cosas con vaguedad, porque, ¿qué significaba un pobre Rabbí judío de Galilea para los ricos y los poderosos? Siempre hay profetas; los judíos alientan e incuban profetas como las langostas crían sus hijos. Otro de ellos más o menos importante. No hubiese escuchado ninguna de las historias que se contaban si Herodes no se hubiese manifestado anormalmente caprichoso y turbado y no se hubiese comportado de forma salvaje y variable desde que condujo a Juan a la muerte. Comprendo que Herodes podía haber olvidado a Juan, como se olvida algunas veces un sueño torturador, si no hubiese aparecido el Rabbí judío tras sus huellas. Herodes me dijo que Juan le había hablado. Se rumoreaba que un Rabbí realizaba grandes milagros; el palacio estaba lleno de rumores. Se decía que era el Mesías. Era extraño que sólo los esclavos y los miserables libertos hablasen de Él con pasión y excitación. Pero los gobernantes escuchan a los esclavos. Y así los rumores del Mesías llegaron hasta los oídos de Herodes y le sacaron de sus casillas.

Lucano enjugó el rostro de Hilel. Ariei permanecía silencioso, sentado y escuchando, y Hilel no soltó su mano.

—Fue en un día caluroso que dejé el palacio de Herodes conduciendo mi propio carro y rodeado por mis criados a caballo y a pie. El polvo parecía fuego blanco y me envolví en un manto que me cubría hasta los ojos. De pronto, junto a la carretera cerca de un pueblo, vi un pequeño grupo de hombres sentados sobre piedras y varios niños de aspecto tímido en pie junto a ellos.

— ¿Que por qué me detuve? Uno de mis hombres cabalgaba ante mi carro y acudió a decirme con vehemencia que allí estaba el humilde Rabbí con sus amigos. Sentí curiosidad por ver al hombre que tanto había excitado a Herodes y sobre el que se contaban tantas historias increíbles. Por lo tanto me acerqué a Él y a su pequeña banda de seguidores y niños y escuché con una sonrisa a uno que parecía tan pobre y humilde como un mendigo y no pude evitar preguntarme: ¿Es ése aquél de quien todos hablan? En aquel momento contaba una historia, una parábola. Los judíos están tan llenos de historias como la granada de granos. Habla con acento rústico, porque era un campesino de Galilea, un carpintero según me dijeron. Contaba la historia muy bien, con mucha elocuencia. Contemplé su rostro, sus pies y sus vestidos cubiertos de polvo, mientras permanecía sentado en una piedra y quedé sorprendido por la historia. Hablaba de un fariseo —los fariseos son hombres devotos y rigurosos que defienden la ley como las legiones defienden Roma— que fue al templo a orar y junto a él rezaba un oscuro publicano de poca importancia, a quien, el fariseo encontraba insoportable. Y el fariseo, fastidiado y molesto por la proximidad del publicano, se cubrió la cabeza con el capuchón de su vestido para que no le ofendiese la presencia de aquel hombre de oficio vil.

Los ojos de Hilel cambiaron de expresión; adquirieron viveza e interés mientras contaba la historia mirando a Lucano.

—Fue una historia muy interesante. A mí no me gustan los fariseos; que me molestan con su excesiva piedad, conforme con la letra de la ley pero no con su espíritu. Quise distraerme. Me divertía que aquel hombre pobre y harapiento pudiese criticar a los fariseos que son el terror de Galilea, con sus constantes acusaciones a los sacerdotes de que el pueblo no observa los rituales propiamente. Son aburridos, y peligrosos esos fariseos que buscan siempre la herejía.

Jadeó un poco y de nuevo Lucano le dio a beber. Permanecía echado entre sus cojines con sus ojos soñadores.

—Una excelente historia. El Rabbí dijo que los fariseos rogaban a Dios diciendo: «Te doy gracias, señor, porque no soy como los otros hombres, que son adúlteros, explotadores, injustos e ignorantes de tu ley. No soy como este miserable publicano que no debiera profanar tu templo con su presencia. Ayuno en todos los ayunos, doy mis diezmos escrupulosamente.» Y el fariseo se sintió muy complacido con sí mismo. Pero el publicano golpeando su pecho y llorando, no levantaba sus ojos y exclamaba: «Señor, ten misericordia de mí que soy pecador.»

Hilel se había recobrado tanto que podía reír un poco, aunque débilmente.

—Y el Rabbí dijo a sus seguidores: «Os digo que el publicano era más digno que el fariseo, y Dios le consoló pero no consoló al fariseo. Porque aquel que se ensalza a sí mismo será derribado y aquel que se humilla a sí mismo será exaltado.»

—Debo hablaros de aquel Rabbí. El sol caía vivamente sobre su rostro que aparecía aún más brillante, porque su emoción era más fuerte que la emoción de ningún hombre. Se sentaba como un príncipe en un trono y olvidó que era sólo un miembro de los amurastem sobre la tierra, y que sus pies estaban llenos de polvo. Sonreía como un padre, miraba a sus seguidores con sus ojos azules llenos de ternura y ellos le escuchaban reverentemente. Su barba era rubia, sus manos permanecían sobre sus rodillas. Hablaba como quien está dotado de autoridad.

Fue entonces, cuando los niños, andrajosos y descalzos, de pie en el polvo se acercaron a él tímidamente. Mientras yo había estado escuchando al Rabbí, sus manos se habían unido a la de ellos, pobres mujeres vestidas con toscos vestidos de rayas llevaban jarrones en sus hombros. Empujaron a sus niños hacia Él, mirando por encima de ellos humildemente como implorando perdón. Sus seguidores les dijeron: «No molestéis al Maestro, y llevaros a vuestros niños de aquí, porque está cansado y no debe ser molestado cuando habla su sabia palabra.»

Pero el Rabbí llamó a los niños, extendió sus brazos hacia ellos y dijo a sus seguidores: «Dejad a los niños que vengan a mí y no les rechazéis porque de ellos es el reino de los cielos.» Y los niños se amontonaron a su alrededor y se sentaron sobre sus rodillas y extendieron sus brazos alrededor de su cuello abrazándole, Él les dejó que permaneciesen con él. Entonces os juro que me sentí emocionado porque soy padre y conozco la dulzura y el amor de los niños. El Rabbí dijo a sus seguidores: «Aquél que no recibe el reino de Dios como uno de estos niños no entrará por sus puertas.»

Hilel abrió sus ojos nuevamente y parecían estar llenos de tortura.

—Nunca había comprendido al Rabbí antes como en aquel momento y descendí de mi carro para acercarme a Él, mis criados pidieron a la gente que me abriesen paso. Él contempló como me acercaba y me sonrió reconociendo en mí a un hermano y esperó. Mis criados gritaban: «Haced paso para Hilel ben Haram, que es un gran hombre en Israel, porque tiene el gobierno de una ciudad y su familia es renombrada por sus muchas riquezas.» El Rabbí no dijo nada y tan sólo me esperó, aunque la gente retrocedió con temor. Me detuve ante Él, lo bastante cerca para tocar su hombro y me miró en silencio. Luego le dije: «Buen Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?» Él me sonrió de nuevo y dijo con voz sonora. « ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es bueno sino sólo Dios. Debes guardar los mandamientos, no debes matar, robar, dar falso testimonio o cometer adulterio. Debes honrar a tu padre y a tu madre.» Yo le dije: «He guardado los mandamientos desde mi niñez.»

Se mantuvo en silencio por tanto tiempo que pensé que me había olvidado, Él, aquel pobre e ignorante Rabbí con acento vulgar. Pero luego volviendo sus ojos hacia mí me dijo en tono pensativo: «Una cosa te falta, vende todo lo que tienes porque eres rico y dáselo a los pobres, entonces tendrás tu recompensa en los cielos.»

Hilel se levantó sobre los cojines y miró a Lucano con gesto de ruego.

—Médico, ¿puedes comprender lo increíble que aquello fue? ¿Por qué me pediría que me transformase en un mendigo?

Lucano miró al mar, que podía ver a través de la ventana y dijo suavemente:

—Pide que cada hombre le entregue lo que tiene por más valioso en este mundo y es evidente de que tú consideras el dinero lo más, valioso sobre todas las cosas.

Hilel gimió y volvió a echarse.

—Es cierto. Lo comprendo ahora. Me alejé de Él abrumado. Vio mi tristeza y me dijo muy amablemente en voz baja: «Ven, sígueme.»

Hilel pasó su mano sobre su rostro.

—Me pidió que le siguiese, que me hiciese uno de sus seguidores sin hogar. Yo, Hilel ben Haram, me dije que era una locura. Él entonces, volviéndose hacia sus seguidores, dijo con tono apesadumbrado: «Qué difícil será para aquellos que tienen riquezas entrar en el reino de los cielos.»

Se puso de pie y volvió a hablar de nuevo a aquellos que le rodeaban y yo volví a mi carro y me alejé de allí.

Lucano y Arieih habían permanecido en silencio. Hilel miró a uno y a otro implorantemente.

—Fui educado en Atenas y Roma. Soy hombre de sabiduría, poder, influencia y riqueza, soy un hombre de mundo. Soy Hilel ben Haram y me pidieron lo imposible.

—Comprendo. Comprendo lo increíble que esto te pudo parecer. —Dijo Lucano suspirando—, porque yo mismo le odié y le desprecié cuando Él me arrebató lo más querido de mi corazón y juré vengarme de Él. No sabía, como tú tampoco sabías, que Él tan sólo toma para luego volver a dar. Castiga para después consolar, ciega a fin de que el hombre pueda ver su luz. ¿Quién soy yo para reprocharte a ti, Hilel ben Haram?

Señaló a Arieih con su mano.

— ¿Quién puede conocer los misterios de Dios? Busqué a este joven durante más de veinte años y el lo devolvió a mis manos. Ahora sé que cuando Él me dio a Arieih para librarme de mi odio fue para atraerme hacia Él.

Hilel le miró. Luego contempló como Arieih reclinaba su cabeza sobre el hombro de Lucano. Arieih dijo:

—Bendito sea Aquél porque nos ha visitado.

Lucano extendió su mano hacia Hilel.

—Veo que nunca le has olvidado, que Él ha perseguido tu vida y tus sueños y que no puedes huir de Él. Ahora descansa y ten paz porque has sufrido mucho. Él te ha perdonado y sólo te pide que le sigas y nunca más le dejes. Ven con nosotros a Israel, donde le encontraremos otra vez, porque sin duda que Él no está muerto sino que vive.

CAPÍTULO XLIII

HILEL ben Haram se levantó de la cama fuerte y joven como si no hubiese pasado ninguna enfermedad. No estaba dispuesto a permitir que Lucano y Arieih le dejaran. Pero los dos médicos tuvieron que volver al barco donde prestaban sus servicios a la tripulación y Hilel siguió al navío con su magnífica embarcación, esperando que el contrato de Lucano expirase. Luego arreglaron que una vez quedasen libres de sus compromisos embarcarían en el barco de Hilel y se dirigirían a Israel juntos.

—Estaba muerto y me habéis devuelto la vida —exclamó Hilel dirigiéndose a Lucano y abrazándole.

Cuando se detenían brevemente en algún puerto Hilel insistía en compartir las casas de Lucano con el médico y Arieih. Se acostaba en un camastro sobre el suelo y participaba en las frugales comidas de Lucano y acompañaba a Arieih hasta el lugar donde los pacientes esperaban sus cuidados. Pero la paciencia y sacrificio de Arieih asombraba a los humildes pacientes que atendía... Por la noche, de sobremesa, Hilel contaba a sus amigos todo cuanto había oído acerca de Jesús de Nazareth. Su hermoso y marfileño rostro brillaba, sus ojos se iluminaban reflejando el gozo que sentía.

—Supe por mis criados que los seguidores del Maestro se dispersaron después de la crucifixión por temor a los romanos; desde entonces están considerados hombres peligrosos porque incitan al pueblo a la revuelta. Os llevaré a mi casa de Jerusalén e invitaré a que ellos vengan también. Allí podremos hablar bien con ellos.

Lucano escuchaba con profunda atención los relatos de Hilel. Cuando a última hora de la noche quedaba sólo. Empezó a escribir aquellos relatos. Escribía con la precisión, la brillantez, la fuerza y exactitud de un erudito griego aunque también con la calma de un filósofo, pero a la vez con apasionada elocuencia. Le parecía haber presenciado con sus propios ojos todos aquellos acontecimientos. A medida que escribía veía las escenas, oía las voces de la gente, y así empezó su Gran Evangelio, un relato universal, destinado a todos los hombres, porque tenía la perfecta clarividencia, ausente en Hilel, de que Dios se había vestido en carne mortal no sólo para los judíos sino también para los gentiles.

—Como tú sabes, Lucano, las profecías han predicho durante siglos que el Mesías descendería de la casa de David y se dice que Jesús desciende del tronco del gran rey. He oído decir que su madre recibió la visita de Gabriel y que el ángel le anunció el nacimiento del Mesías prometido. Pero debes verificar estas cosas personalmente cuando estemos en Israel.

Lucano pensó en la Madre del Mesías, que Hilel no sabía ni como se llamaba. Una noche recordó que José ben Gamliel le había hablado de Ella. Cuando su Hijo era tan sólo un niño había visitado a los ancianos y eruditos en el Templo. La más dulce y tierna de las emociones se apoderó de Lucano. Empezó a pensar en Ella como la representación de todas las mujeres que había conocido y había amado: Iris, su madre, Rubria y Sara, su inteligente e infantil hermana Aurelia, que amaba a todas las cosas creadas. Deseó llegar a la presencia de María, aunque no conocía entonces ni siquiera su nombre. Ansiaba oír de sus propios labios la historia del nacimiento de su Hijo, su infancia, juventud y mayoría de edad. Sin duda Ella le podría contar más cosas que ninguno de sus seguidores. Ella le había llevado en su vientre, le había amamantado, enseñado sus primeros pasos, tejido sus vestidos, cosido y lavado. Si alguna vez había estado enfermo le había cuidado y velado sus noches. Ella había oído sus primeras palabras y visto su primera sonrisa. Mientras Lucano pensaba en María empezó a sentir un apasionado deseo de estar en su presencia, oír su voz. Empezó a amarla. Ella era el Gran Misterio, era mujer y las mujeres siempre le habían confiado sus más profundos secretos.

—Cuando sepamos lo que Ella pensó e hizo, sabremos todo cuanto hay que saber, absolutamente todo —dijo Arieih a Hilel.

—Fue un simple instrumento de Dios —respondió Hilel.

—Fue su Madre y ¿acaso no saben las madres todo respecto a sus hijos? —Preguntó Lucano—. ¿Por qué fue ella escogida para ser su Madre? Ha debido existir una razón para que fuese escogida entre todas las mujeres y ella podrá decírmela.

— ¿Acaso no aman los hombres a sus madres? —Dijo ArieH—. ¿Acaso no la amó Él más que a ninguna otra criatura y la obedeció dulcemente de niño, joven y cuando fue hombre?

—No hay duda de que será bendecida por todas las edades —dijo Lucano.

El griego escribió la historia del centurión Antonio y de su criado. La de Ramus que había visto al Mesías resucitar a un joven de entre los muertos y devolverle a su madre. Pero la primera parte de su Evangelio la dejó en blanco para cuando pudiese ver a María.

Lucano se sentía turbado acerca de una cosa y un día dijo a Hilel:

—Me has dicho que cuando el Mesías fue por última vez a Jerusalén el populacho judío se alineó a su paso y extendieron ramas de palmeras ante Él y su asno, y le aclamaron como al Altísimo, se apiñaban a su alrededor para besar sus vestiduras, elevaban sus niños para que Él los viese y los bendijese. Cuando le condujeron al lugar de la crucifixión, su pueblo llenaba la carretera llorando; una mujer enjugó su rostro cuando cayó a causa de los latigazos de los soldados romanos y un pobre y miserable judío llevó su cruz. ¿Por qué si el pueblo le amaba así permitió su muerte, le denunciaron y dispersaron a sus seguidores después de lo que en su misericordia había hecho por ellos?

Hilel respondió:

—Existe una situación precaria, llena de tirantez, en las relaciones de judíos y romanos. Los sumos sacerdotes y los hombres sabios de Israel realizaron bien su labor. Actuaron como mediadores entre su pueblo y Roma asegurando a ésta que no habría revueltas sangrientas contra su poder, que no permitirían la presencia de ningún agitador entre la gente del pueblo, porque temían que si ocurrían cosas así en Israel el país sería destruido por Roma como había destruido a otras naciones. Por otra parte estaba el grupo de jóvenes Esenios, muy devotos y entregados a ruegos durante meses en los desiertos esperando la venida del Mesías y la liberación de Israel del yugo de Roma. Se decía que Jesús era uno de ellos, aunque no sé si esto es cierto o no. Por otro lado estaban los fariseos, hombres grises y avinagrados que se habían erigido por su cuenta en defensores de la ley. Son mercaderes, banqueros y hombres de leyes. No viven con alegría ni dejan que los demás la tengan, desprecian a los pobres, a los humildes, a los desheredados y a los amuratzem o campesinos. Se han atrevido incluso a sugerir que los amuratzem tuviesen prohibido acercarse a los altares porque son analfabetos y van mal vestidos. Además estaba la plebe, el populacho callejero que no siente amor ni por su patria ni por su Dios, los petulantes, la multitud inconsecuente que alige a todas las ciudades y naciones, mendigando siempre, ansiosos, avariciosos y en busca continua de diversiones, incapaces de aprender nada, llenos de apetitos bestiales, camorristas, siempre inquietos, contenciosos y egoístas. ¿No existe esta plebe en Roma y acaso no acarrea la ruina al imperio, a causa de las cargas que imponen sobre sus mejores para mantener su holgazanería?

Cuando el Mesías produjo tan gran conmoción en toda Judea, dirigiéndose a los humildes, los trabajadores, la gente sencilla, prometiéndoles que Dios no les abandonaría nunca sino que les amaba, curando sus males con ternura, asegurando que aunque careciesen de dinero Dios no les despreciaba como los fariseos hacían, afirmando que eran más valiosos a los ojos del Todopoderoso que un fariseo, rey o sacerdote vestido de seda, despertó la ira de los fariseos. Más aún a los fariseos les pareció que el Mesías se tomaba ciertas libertades con la ley, interpretándolas para sus seguidores y la gente no como ellos la interpretaban. A los ojos de los fariseos el Mesías rebajaba a Dios a un nivel inferior, proclamando herejías que destruirían la fuerza espiritual de Israel. Cuando sus seguidores le aclamaron como Mesías, los fariseos se sintieron enfurecidos, porque creían que el Mesías vendría a los judíos como el más poderoso de los reyes, revestido de gloria y poder, rodeado por una hueste angélica y que al instante libraría a Israel del poder de los romanos haciéndoles huir para siempre. Sin embargo, allí estaba aquel hombre humilde, miembro de la clase de los amuratzem de Galilea, desconocido por todos hasta hacía tres años escasos, un hombre sin renombre, calzado con sandalias de esparto y vestido toscamente, que hablaba el lenguaje del pueblo como un campesino, y ¡de tal Hombre se decía abiertamente que era el Mesías! ¿No era aquello una blasfemia contra Dios y la profecía? Pero además, Él no negaba que no fuese el Mesías. Sus seguidores y el pueblo se sintieron confundidos. Allí estaba el Mesías, pero no manifestaba odio contra Roma, incluso condescendía a curar a algunos romanos. Sin embargo, sus seguidores y el pueblo que había recibido por sus palabras la libertad y la alegría, le amaban, le conocían y le aceptaban. Éstos fueron los que le aclamaron en el camino a Jerusalén y lloraron mientras llevaba su cruz al Calvario. Esperaban hasta el último momento que cuando los romanos clavasen el primer clavo en sus pies los cielos se abrirían airados y descenderían sobre la tierra.

Además, los sacerdotes, muchos de los cuales pertenecían a la secta de los fariseos, se horrorizaron por sus enseñanzas. Temían también que los romanos usasen al Mesías y sus enseñanzas como excusa para emplear la supresión, derramar sangre e imponer leyes opresoras lo cual destruiría todo el trabajo que ellos habían realizado para aplacar a Roma y mantener ciertas libertades en su patria.

«De modo que por un lado estaban los sacerdotes que temían por su pueblo su fe, por otro los que se habían erigido en guardianes de la Ley, los fariseos, que despreciaban a los humildes; luego la despreciable plebe siempre deseosa de encontrar una víctima. Y estaba Roma, siempre atenta a cualquier señal de rebelión

contra su poder. Considerando todos estos factores es una maravilla que pudiese vivir lo que vivió. Pero, por fin, fue denunciado a los oficiales romanos y aquello fue el final. O el principio —añadió Hilel.

Luego suspiró.

—Me han dicho que mucho antes de Su muerte, Él la había profetizado. Afirmó que había nacido para morir en la cruz. Dios le había decidido desde el principio del tiempo, le había escogido para reconciliar al mundo con Él, para demostrar que nunca le había abandonado, que le amaba y estaba dispuesto a morir por él, a fin de que pudiese ver la luz de la Verdad y de la vida y gozar de ellas eternamente gracias a Su misericordia. Por eso se vistió de carne mortal a fin de demostrar que no hay nada imposible para Dios. Los hombres que le mataron eran, por lo menos, sus instrumentos elegidos. Sin Su muerte y sin Su vida las profecías no hubiesen sido cumplidas.

Lucano mantuvo silencio por un largo tiempo, asintió una y otra vez mientras pensaba y luego dijo:

— ¿Sabes que ocurrió después de Su muerte?

Hilel vaciló.

—No..., pero sus seguidores decían que resucitaría de entre los muertos porque así lo había afirmado.

Lucano sonrió.

—Ha resucitado —dijo—, tenlo por seguro, querido amigo; ha resucitado de entre los muertos. Lo sé con certeza en el fondo de mi alma.

Sus días estaban llenos de gozo y limpia confianza. Parecía haberse rejuvenecido y se sentía henchido de palabras y buenas nuevas. Miraba a su alrededor y le parecía como si nunca hubiese visto el mundo, igual que si por primera vez disfrutase de la vista y oído, con una profunda comprensión desconocida hasta entonces. La oscuridad y la tristeza desaparecieron de su vida como una tormenta que pasa. Cuando sonreía a sus amigos o a sus pacientes parecía como si el sol brillase en su rostro. Palpaba la cruz que llevaba siempre colgada del cuello y sobre el pecho y escribía su Evangelio.

Tenían el proyecto de desembarcar en Joppa, pero una tempestad les alejó de su rumbo y les condujo hasta Cesárea. Lucano, Hilel y Arieih, permanecían juntos reclinados sobre la barandilla del barco mientras contemplaban la costa de Judea a medida que se acercaban a ella. Lucano pensó: «He ahí mi hogar, el lugar de donde siempre he huido.» El puerto de Cesárea estaba formado por una larga hilera de rocas negras que se adentraban en el mar. Hilel explicó que en uno de los lados del puerto cargaban y descargaban los galeones romanos y en el otro embarcaban y desembarcaban los pasajeros. Dijo sonriendo:

—Tengo un amigo muy querido, un oficial romano, que fue destinado a esta región hace tres años. Te será simpático. Es un hombre agudo e irónico, lleno de ilusiones.

Tras el maravilloso barco de Hilel se empezaba a formar una tenebrosa nube negra que se alzaba sobre el fondo como una gran torre, destacada a causa del abrasador y dorado sol poniente. El mar brillaba como líquidos rubíes. Marte, como una estrella de ámbar, brillaba sobre el nuboso edificio. El barco se deslizó hacia el concurrido rompeolas. Varios galeones y otros barcos menores se mecían suavemente con las anclas echadas. Sus velas brillaban bajo la luz escarlata del sol poniente. Una cordillera de montañas de poca elevación se extendían más allá del puerto, desnudas y terrosas; la brisa llegaba cargada con los olores característicos del Oriente.

Hilel señaló hacia las montañas y dijo con un deje de amargura:

—Los romanos han despoblado nuestra tierra de cipreses para construir sus barcos.

Los ojos azules de Arieih brillaban con expresión aguda y penetrante al contemplar la tierra de sus antepasados; le temblaban los labios a causa de la emoción. Hilel, al darse cuenta, colocó su mano sobre el brazo del joven y le apretó afectuosamente. Hilel tenía una hermosa hermana de quince años, Lea, dispuesta para el matrimonio. Empezó a planear la boda entre Lea y Arieih, el hijo de Elazar ben Salomón, un nombre noble en Israel.

El barco, hábilmente manejado, se deslizó hacia el muelle con todos sus alegres gallardetes desplegados, las velas desplegadas al viento de aquel cielo amenazador del atardecer. Los demás barcos le saludaron y Hilel devolvió los saludos con el rostro sonriente. Los marineros gritaban sobre los mástiles. El muelle estaba colmado de apresurada actividad. Antes de que cerrase la noche comenzaron a aparecer luces en el crepúsculo que daba rápido paso a la noche. Varios soldados romanos contemplaban ociosos la actividad reinante y su oficial bajaba corriendo hacia el muelle mientras el barco de Hilel echaba el ancla.

— ¡Hilel! —Gritó con sonora y alegre voz— ¡Saludos!

Su yelmo brillaba como el fuego reflejando la luz del atardecer que iluminaba a la vez con tonos rojos su viril rostro. De pie sobre el muelle empezó a reír; tenía los dedos pulgares metidos en su ancho cinturón, las piernas desnudas separadas, la túnica ondeando a causa de la ligera brisa. Luego, cuando fue echada la plancha, subió al barco, saltó sobre él y corrió sobre el puente riendo. Hilel le recibió con los brazos abiertos y se estrecharon en un cariñoso abrazo.

— ¿Cómo sabías que atracaríamos aquí? —preguntó Hilel.

El romano hizo un guiño picaresco simulando no ver a Lucano ni a Arieih que estaba cerca de ellos.

— ¿Qué como lo supe? Puesto que eres un místico judío me gustaría que creyeses que un ángel me lo dijo volando hasta mi oído, o que un sacerdote lo descubrió al examinar las entrañas de un animal sacrificado. Pero no, mi obligación es saber por donde has andado durante los dos últimos meses y quién has tenido a bordo contigo.

Al decir esto dejó de sonreír. Se volvió de pronto hacia Lucano que le contemplaba con interés.

— ¿No me conoces, Lucano, hijo de Diodoro Cirino? —preguntó con gravedad y decepción.

Lucano abrió los ojos con asombro. Retiró los codos de la barandilla y exclamó:

— ¡No, no puedes ser Plotio! —cogió a Plotio por los brazos incapaz de pronunciar palabra.

Hilel les miró con asombro. Plotio le dijo:

—Estos griegos son muy emotivos, aunque pretenden lo contrario, sus duros ojos de soldado se habían humedecido—, así que por fin estás aquí, nos volvemos a encontrar. Estaba en Joppa hace dos días y allí oí que el barco atracaría aquí —hizo una pausa—, Lucano —dijo con profunda emoción—, nunca nos hemos escrito pero siempre he sabido donde has estado porque el César te tiene bajo su protección.

—No puedo creerlo —respondió Lucano—, pero me siento muy feliz. Eres realmente tú, Plotio, mi querido amigo; nos vemos de nuevo después de tantos años —se echó a reír ligeramente para ocultar lo emocionado que estaba. Ante sus ojos bailaban las brillantes y rojas linternas.

—Juro por Castor y Pólux que no has cambiado— apoyó las manos sobre los hombros de Lucano inclinándose para examinar mejor su rostro—, todavía eres un joven aunque tienes edad bastante como para poseer una barba gris —miró a Hilel y le dijo:

—Este es nuestro querido Hermes, que huyó de los brazos de Julia, acerca de lo cual te he hablado otras veces —y al decir esto se echó a reír de nuevo.

—Tú tampoco has cambiado —dijo Lucano con cierta mordacidad, porque Plotio estaba más grueso y ancho que en la época que evocaban y mostraba los fuertes rasgos de un hombre de cuarenta y seis años. Las negras cejas que aparecían bajo el yelmo estaban surcadas por hebras grises.

—Ja —dijo Plotio—, los dioses no me han dado el secreto de la eterna juventud como a ti, mi querido Lucano. Bajo este yelmo tengo la cabeza pelada. Rara vez me lo quito porque temo que si lo hiciese un águila podría confundir mi cabeza con una piedra y echar una tortuga sobre ella. Prefiero recordar que también Pericles era calvo y por esa razón nunca se quitaba el yelmo.

Lanzó una carcajada que resonó sobre la superficie del agua. Abrazó de nuevo a Lucano golpeándole la espalda afectuosamente; Lucano le presentó a Arieih.

—Sí, sí, comprendo —dijo Plotio cordialmente—; he oído hablar de Arieih ben Eleazar. Los abogados de Jerusalén no hacen más que hablar de él. Sabía que estaba con vosotros en este barco. Me habían informado también, que estabas enfermo, Hilel, pero me siento encantado de ver que no es así.

—Estoy muy bien —respondió Hilel—, y ahora debes buscarnos alojamiento para pasar la noche, Plotio, porque tenemos intención de permanecer aquí unos cuantos días.

El rostro de Plotio sufrió un brusco cambio, se ensombreció e hizo inescrutable. Volvió un poco la cabeza hacia un lado y dijo sin mirar a Lucano:

—Está todo arreglado por que sabía que llegaríais aquí. Poncio Pilatos ha ofrecido amablemente su casa para que dispongáis de ella ya que él permanecerá en Jerusalén durante algunas semanas. Creo que desea volver a Roma. Su esposa ha estado... inquieta... durante algún tiempo.

—Tu propia casa nos servirá —dijo Hilel, y frunció el ceño—. Prefiero no ser huésped de Poncio Pilatos.

—Vendí mi casa hace poco porque estoy agregado a la casa de Pilatos. No debes ofender al procurador, aunque sé que nunca te ha gustado ir a su casa, querido Hilel.

—Quien no me gusta es Herodes, que fue quien construyó esta hermosa casa para él —respondió Hilel con vehemencia.

Plotio le contempló con astucia.

—Lo que quieres decir es que ya no quieres tratos con los romanos —respondió—. ¡Si es así vete a una taberna, rígido saduceo, y goza allí de las pulgas y los perros!

Hilel vaciló. Miró a Lucano y Arieih, y luego se encogió de hombros.

—Muy bien, si mis amigos no tienen nada que objetar iremos a casa de Pilatos aunque sea a disgusto.

—Yo prefiero ir donde tú vayas —dijo Lucano.

Plotio le miró con un gesto extraño y dijo:

—No creo que lo hagas cuando te diga que tu hermano adoptivo, Prisco, está en la villa de Pilatos sobre aquellas montañas y te espera.

— ¡Prisco! Hace mucho que no tengo noticias tuyas; creí que estaba en Jerusalén.

Lucano, al recibir aquella noticia, se sintió doblemente encantado.

—Allí estaba hasta hace unas semanas —dijo Plotio con una voz que delataba un sentimiento raro y contenido—, es amigo de Pilatos que le ha visitado —el soldado hizo una pausa—. El aire de aquí es más sano que el de Jerusalén y tu hermano ha estado un poco enfermo.

Hilel percibió la reserva y ambigüedad en la voz de Plotio, pero Lucano, lleno de alegría por la presencia de su viejo amigo y la noticia de la presencia de su hermano, no se dio cuenta de ello. Los tres montaron en la gran cuadriga de Plotio arrastrada por cuatro caballos negros. Una luz moribunda iluminaba la tierra, y Lucido, a medida que la cuadriga avanzaba contempló el paisaje con profundo interés.

Apenas si podía ver nada a causa de la oscuridad creciente excepto el ocasional parpadeo de una luz en la vasta fortaleza, alguna lámpara en las casas o la sombra de un grupo de cipreses seguidos como lanzas que amenazaban a la creciente luna amarilla. Muchachos y muchachas corrían ante la cuadriga arreando rebaños de ovejas de cabezas negruzcas y gritaban con roncós sonidos guturales; conducían sus ganados, ovejas o cabras, hacia los establos. Lucano dedujo por el olor del polvo que la tierra estaba reseca y agrietada. La

ciudad de poca altura. Las azoteas de las casas brillaban bajo la luz de la luna; las tortuosas calles parecían moverse inquietas a causa de luces de mano y los portalones de las casas reflejaban una luz dorada. Poco se podía ver en la creciente oscuridad del anochecer, sin embargo Lucano sentía una profunda emoción, mayor que la que nunca había experimentado. No le conmovían los pesados, penetrantes y cálidos olores que la brisa arrastraba, evocadores de perfumes e incienso y especies que parecían proveer de la misma tierra, ni tampoco los picantes perfumes desprendidos de los árboles, ni la hierba reseca, ni el polvo. Conocía demasiado bien Oriente. Los olores en aquel lugar eran más intensos que en Alejandría, El Cairo, Tebas o Siria. No eran aquellas sensaciones lo que conmovía a Lucano sino el pensamiento de que aquella era la tierra de los profetas, en la que habían vivido los hombres sabios, patriarcas y hombres poderosos como Moisés, David, Saul, Elías, Goliat, Samuel, Salomón, tierra de reyes y guerreros. Allí había sonado el trueno de los siglos; por aquella tierra había andado Dios en medio de un terremoto. En ella estaba el Sinaí sobre el que había resonado el trueno y al que el relámpago había azotado con latigazos cegadores y sobre él fueron dados a los hombres los Diez Mandamientos. Sobre aquella tierra había nacido la idea de que el hombre es algo más que mero hombre porque se le había ordenado que fuese así. En aquella pequeña tierra los gigantes, los Titanes, habían surgido de la tierra y el choque de sus voces había resonado como un eco en el silencio. Allí había más sabiduría que toda la que Grecia había concebido, más grandeza que la que Roma había acumulado bajo el sol. Ni una pulgada de terreno en aquel país dejaba de ser bendito, ni un solo árbol que no recordase hechos asombrosos. Era el suelo sobre el que habían vivido los héroes del espíritu cuyas sombras caminaban por todos los senderos. Era allí donde una doncella había llevado a Dios en su seno y donde Él había elegido manifestarse al hombre. Allí había vivido, muerto y hablado a los hombres como hombre.

Estoy en mi hogar, pensó en Lucano, y un profundo sentimiento de éxtasis se apoderó de él. Dios ha hecho su propio hogar en este pequeño rincón del mundo, entre aquellos que Él ha escogido para que oigan sus palabras.

Los jinetes que cabalgaban ante la cuadriga llevaban antorchas encendidas cuyas llamas brillaban cual rojizos penachos, reflejando de cuando en cuando la figura de un árbol, unas piedras de la rocosa carretera, o los rostros y lomos de los caballos. Lucano vio que ascendían hacia dos impresionantes palacios. Plotio señaló a uno de ellos.

—Pilatos —dijo. Luego señaló al otro— el de su querido amigo el tetrarca de Jerusalén, Herodes Antipas.

La blancura de los edificios y sus columnatas brillaban a la luz de la luna. El palacio de Herodes estaba rematado por una cúpula dorada. Empezaron a ver legiones romanas alineadas a lo largo de la carretera presentando armas.

La ciudad se extendía a sus pies. Las plateadas terrazas aparecieron entonces iluminadas por antorcha y linternas. Desde algún lugar desconocido llegó hasta ellos el quejido de una mujer.

—Mañana te mostraré uno de nuestros mayores templos —dijo Plotio con orgullo—. Tiene dos enormes estatuas, una de Zeus hecha en mármol, la de Apolo de porfirio rojo. Esta es una tierra muy extraña. Los judíos desprecian nuestros templos en cualquier sitio que estén, evitan verlos pese que son el pueblo más religioso del mundo. Te aseguro que es imposible comprender a los judíos. Lo peor de ellos es que escupen cuando pasamos. Muchos de nuestros soldados se han casado con hermosas doncellas judías pero no sin antes haber pasado por la más dolorosa circuncisión, y con prolongados lamentos de las madres y atroces amenazas de los padres de las novias. Nos hacen pensar que somos peores que los salvajes del Africa negra.

—Desean preservar la ley y a sí mismos sin mácula —dijo Hilel con sequedad. Plotio hizo un guiño a Lucano.

—Te aseguro —repitió— que son muy extraños. Detestan a Herodes incluso cuando va al Templo de Jerusalén para cubrirse la cabeza de cenizas y ofrecer sacrificios. Miran sus lágrimas con desdén; ¡ah, tienen la cabeza muy dura! —Azotó a los caballos con el látigo—. Pero esta tierra ejerce sobre mí una curiosa fascinación. Prisco tendrá mucho que contarte. Tendrás que armarte de paciencia porque no parece el mismo.

—¿Por qué no? —preguntó Lucano alarmado por primera vez y elevando la voz por encima del ruido de la cuadriga.

Plotio se encogió de hombros.

—Estuvo de servicio como oficial al mando de los Soldados que crucificaron a un miserable judío y es muy posible que lanzasen sobre él algún hechizo. Los judíos poseen gran número de encantamientos y ya te he dicho que odian a los romanos. Me alegro de que estés aquí. Te reirás y alejarás de él todas estas supersticiones al instante.

Su voz sonó de nuevo con un tono peculiar.

Lucano miró a Hilel y a Ariei y estos le devolvieron la mirada en medio de la silenciosa danza de antorchas.

—Como sabes —prosiguió Plotio, conduciendo con habilidad sus poderosos caballos— la familia de Prisco no está con él y hasta el día de la crucifixión Prisco fue el más alegre y robusto de los hombres y mi oficial favorito. Frecuentaba también la compañía de las más caras y presumidas ramerías, y alborotaba en las tabernas. Sin embargo —añadió—, recuerdo que con cierta frecuencia sufría ataques de melancolía y quedaba sumido en sus pensamientos incluso antes de la crucifixión. Discutía conmigo sobre Roma y pretendía convencerme de que nuestra patria no está corrompida y depravada. ¡Cómo si yo no recordase a mi tío, el senador que murió por su patria como un general en el campo de batalla aunque en vano! Pero debo decirte que Prisco ha cambiado.

—¿En qué?

La voz marcial de Plotio se hizo evasiva.

— ¿Soy yo médico? Le traje a Cesárea porque le amo como si fuese mi hijo. No te alarmes —dijo Plotio con amabilidad—, puede que no sea nada. Tanto Pilatos como Herodes han enviado a sus mejores médicos para que le cuiden respondiendo a mi solicitud. Dos están con él ahora y podrás hablar con ellos. A mí no me dicen gran cosa. Pasan mucho tiempo junto a su cama y al parecer tu hermano tiene dificultades para comer. Con frecuencia estalla en un incomprensible llanto pero los médicos no me permiten que le pregunte. Estos médicos tienen mucha arrogancia y se toman libertades incluso con los soldados —golpeó cariñosamente sobre el brazo de Lucano con la empuñadura de su látigo—. ¡Ah, te he producido intranquilidad! Ten la seguridad que los amigos de Prisco le tratamos como a un sátrapa de Persia. Le curarás, como hermano y médico, por medio de razonamientos lógicos.

Lucano se sintió alarmado por las ambiguas palabras de Plotio pero sabía que el soldado era obstinado y no deseaba discutir con él. Por lo tanto dijo:

—El día de la crucifixión, ¿se produjo aquí una oscuridad anormal?

—Sí. Dicen que incluso vieron a muchos muertos por las calles y en las casas. Esta gente es muy supersticiosa. El sol se oscureció y no pudimos verlo durante algún tiempo. Pero sólo fue una tormenta de polvo —vaciló un momento—. Prisco podrá contártelo si le persuades a que te hable. Lloro como una mujer cuando le hablo, en las pocas ocasiones que tengo para acercarme a él.

— ¿Y por qué llora? —murmuró Lucano con insistencia.

Plotio le sonrió con desesperación.

—Me cuesta decírtelo, mi querido amigo, porque temo que te rías de mí. Asegura que era Dios, o quizá Zeus, Hermes, Osiris o Apolo; me refiero al que murió en aquella cruz criminal. No te rías de mí, te lo ruego, sólo repito lo que tu hermano me ha dicho.

Lucano permaneció en silencio y Plotio le contempló irónicamente.

—No te sientas turbado —dijo con cierto aire de preocupación—, estoy seguro de que no está loco sino que es víctima de algún hechizo y de su propia imaginación.

— ¿Y por qué está aquí? —preguntó Lucano.

Plotio vaciló de nuevo.

—Lo sugerí yo mismo. Vivía como si estuviese alejado, por algún tiempo, en Jerusalén. La tropa se dio cuenta de ello. Todos vieron su palidez y modales distraídos, sus repentinos estallidos en sollozos. ¿Iba yo a permitir que semejante escándalo fuese conocido en Roma y contado a Tiberio, que se ha transformado en un salvaje que odia a todo el mundo y cuyo carácter va de mal en peor? No deseaba que Prisco cayese en desgracia, que volviese a Roma para ser castigado por un comportamiento perjudicial a su reputación de soldado de Roma. En Jerusalén las cosas no marchan muy bien, te lo aseguro. Desde la crucifixión han surgido muchos tumultos e incluso muchos de nuestros soldados participan en ese histerismo estúpido. Pilatos se vio obligado a perseguir a los seguidores de aquel rabbi crucificado a fin de restaurar la tranquilidad y finalmente huyeron de la ciudad. Pero las cosas siguen muy amenazadoras. La multitud choca con frecuencia con quien manifiestan que sin duda alguna el Rabbi era un Dios judío. El populacho callejero está en todas partes y, ¡por Marte!, sólo desean revueltas y alboroto porque tienen almas de bestias irracionales y aman la excitación sin importarles la causa. En el anonimato el tumulto les brinda la oportunidad de portarse como hombres y ser importantes, aunque no sea más que frente a la ley a la que odian por naturaleza.

La voz de Plotio expresaba una irritación contenida y por lo tanto Lucano no quiso volver a hablar. Comprendió que la ira no estaba encaminada hacia él sino contra la plebe de] mundo entero. Plotio murmuró enfurecido:

— ¡Ah, si nos dejaran a nosotros los soldados entendernos con la plebe! En cierta ocasión nos dejaron intervenir y dimos un escarmiento ejemplar. Pero la plebe tiene el privilegio universal de que la mimen, alimenten, diviertan y cobijen, porque es terrorífica. Sin embargo, ¿quién tiene la culpa de que sea así? Políticos venales que quieren su apoyo y...; ¡malditos sean!

Lucano empezó a darse cuenta que atravesaban lujosos jardines al percibir dulces olores que todo lo invadían y la fragancia resinosa de los árboles. Vio distantes fuentes iluminadas por la luz de la luna como náyades danzando en la solitaria noche. Oyó las monótonas pisadas de los soldados y vio el brillo de los yelmos y desnudas espadas ante las puertas del palacio. La dorada cúpula de la casa de Herodes rivalizaba con la luz de la luna. Los jinetes y los carros atravesaron la última puerta y la casa de Pilatos apareció ante ellos deslumbrante como alabastro.

Cuando estuvieron en el maravilloso e iluminado vestíbulo, lleno de estatuas y muebles, Plotio sugirió que sus huéspedes se retirasen a sus habitaciones y descansasen hasta la hora de la cena. Lucano adivinó que su amigo estaba inquieto y turbado a causa de pensamientos secretos y deseaba librarse de él por algún tiempo. Luego dijo colocando su mano sobre el fuerte brazo de Plotio:

—Plotio, no estoy cansado. Quisiera celebrar consulta con los médicos de Prisco porque estoy muy preocupado. Además no he visto a mi hermano desde hace mucho tiempo.

—Sin duda, mi querido Lucano —dijo Plotio cordialmente—, considera esta casa, en ausencia de Pilatos, como la tuya propia. —Sonrió a Hilel y le dio unos golpecitos sobre los hombros—, te he echado de menos —aseguró. Miró a Ariei y le hizo un guiño—, no hay nada como una buena fortuna para atraer a los perdidos al hogar. Los esclavos os conducirán a vuestras habitaciones, queridos amigos, y después en la cena descansaremos y podremos hablar de muchas cosas.

Metió los pulgares en el cinturón, y se quitó el yelmo. Estaba completamente calvo pero la calvicie aumentaba su aire de virilidad. Posó una mano sobre el hombro de Lucano pero evitó sus ojos.

—Vamos —dijo—, los médicos están ahora con Prisco y podrán decirte muchas cosas que yo desconozco.

CAPÍTULO XLIV

ANDUVO silencioso junto a Lucano mientras le conducía a través de las habitaciones del palacio, la última de las cuales era siempre más bella que la anterior. En algún lugar escondido cantaban esclavas jóvenes acompañadas por los dulces sonos de la flauta y el arpa. Sonaban risas contenidas tras las cortinas. La luz de las lámparas se reflejaba sobre mármoles y columnas multicolores. Las paredes estaban cubiertas de murales deslumbradores en los que las criaturas representadas parecían poseer vida y movimiento propio. Los suelos eran de mármoles grises y toda la casa estaba perfumada. Lucano pensó que Herodes había construido una casa espléndida para su amigo el procurador de Israel. En todos los lugares brillaban los reflejos del oro y la plata. Las lámparas estaban construidas con cristales de Alejandría. Hasta las habitaciones que los amigos cruzaban en silencio, llegaba la olorosa y penetrante brisa del mar. Lucano vio, en cierto momento, la dorada cúpula de la casa de Herodes a través de las suaves columnas, oyó el sonido de voces distantes y el monótono grito de alerta de los soldados de la guardia. Aparte de aquellos sonidos, una intensa quietud reinaba en la atmósfera del palacio.

Llegaron frente a una elevada puerta de bronce y Plotio dio sobre ella unos golpes en forma de contraseña. Inmediatamente fue abierta por un esclavo armado que se inclinó ante ellos. Plotio le dijo:

—El noble Lucano, huésped de Poncio Pilatos, desea consultar a los médicos del capitán Prisco. Llévale ante ellos.

Hizo un ligero saludo a Lucano y le dirigió una leve sonrisa. Luego se retiró apresuradamente, igual que si fuese perseguido. Lucano le vio marchar y frunció el ceño. El esclavo le condujo a una antecámara y le indicó una silla tapizada de oro, una de las muchas que allí había. Luego le sirvió vino de un jarro de plata. Las copas estaban adornadas con gemas incrustadas de varios colores. Lucano bebió el vino con gratitud y descubrió que tenía un sabor exquisito a rosas y miel. Las elegantes lámparas que iluminaban aquella habitación vacilaban ligeramente a causa de la brisa. Los pies de Lucano se hundían en una rica y multicolor alfombra persa. La tentación de abandonarse a la languidez ejercía allí un poder casi irresistible a causa de la belleza del lugar y la fuerza del vino. Pero Lucano estaba demasiado preocupado para abandonarse. Miró hacia una puerta de ciprés profusamente tallada y esperó a los médicos con impaciencia.

Por fin aparecieron y le saludaron con una inclinación de cabeza digna, con el saludo dirigido a un colega. Lucano, a su vez, correspondió levantándose y haciéndoles también una reverencia. Eran hombres de mediana edad y Lucano percibió que uno de ellos era judío y el otro griego. Se presentaron a sí mismos. El griego dijo:

—Me llamo Niceas y mi colega es el médico Josua.

El griego tenía un aire sutil y frío que denotaba una naturaleza impersonal. El judío era más bajo, pero en sus ojos brillaba una tranquila inteligencia y viveza. Ambos iban vestidos con elegantes togas azules, bordadas de oro y los dos llevaban el anillo distintivo de los médicos montado sobre brillantes joyas. Era evidente que eran hombres importantes y considerados y que se sentían sorprendidos ante los humildes vestidos de Lucano.

Se sentaron junto a Lucano acercando sus sillas a la de él, con el gesto inmemorial de médicos que están a punto de celebrar consulta sobre la situación de un paciente importante. Bebieron el vino que trajeron los esclavos y miraron frente a ellos con gesto reflexivo. Lucano esperó. Los doctores de importancia no se apresuraban porque consideraban que las prisas eran Cosas del vulgo. Tenían que mantener una posición y por lo tanto se daban gran tono.

Niceas preguntó por Atenas y Lucano se vio obligado a responderle cortésmente. Niceas mencionó a Isócrates que, al parecer, era su filósofo favorito y Lucano respondió demostrando poseer un profundo conocimiento de aquel filósofo. El griego se sintió complacido. Josua inclinó la cabeza hacia adelante para escuchar mejor.

—He oído que fuiste educado en Alejandría, Lucano —dijo Josua con tono paternal—, creo que Alejandría ha perdido algo de reputación en los últimos cien años. Yo fui educado en Tarso. ¿Qué opinas de las rivalidades entre los médicos de las dos escuelas?

Lucano, devorado por la ansiedad, respondió, sin embargo, con forzada calma. Comprendía que aquellos hombres le estaban examinando a fin de comprobar si carecía de conocimientos y cultura antes de confiar en él y antes de decidir si era o no digno de su completa confianza. Lucano pensó que aquello era como una majestuosa danza sagrada en la que es iniciado un extraño y durante la que se determinará si podrá ser admitido en el ritual.

—Os aseguro, mis nobles colegas —dijo al final con gran exasperación— que puedo comprender nuestra jerga de médicos, que tengo una gran experiencia y conozco los tratamientos más modernos. Por lo tanto os ruego que comprendáis mi natural ansiedad. Decidme qué aqueja a mi hermano.

Durante unos momentos los dos médicos parecieron sentirse muy ofendidos. Los ojos del judío parpadearon con nerviosismo. Lucano, inquieto, creyó percibir un guiño en ellos, pero no estaba seguro porque el rostro del médico permaneció grave y circunspecto como correspondía a su profesión, clásico a lo largo de

las edades: cabeza adelantada y pensativa, el codo derecho apoyado sobre el brazo de la silla y el dedo índice tapando parcialmente la boca.

Niceas vaciló mientras reflexionaba. Después Josua, con una rápida mirada a su colega griego, decidió aparentemente que ya había habido bastantes formalidades. Dejó caer la mano y dijo:

—Comprendemos tu ansiedad, Lucano. Permíteme explicar con brevedad el asunto.

Niceas le dirigió una helada y desconcertante mirada.

—Tu hermano tiene un cáncer en el estómago. La enfermedad ha invadido gran parte del hígado. Nos has pedido que hablemos y, por lo tanto, te lo he dicho con claridad porque yo no creo en las vaguedades. En estas condiciones no puede vivir mucho. Hemos hecho cuanto hemos podido. Le hemos recetado alimentos muy sazonados para despertar su apetito, todo el vino que desea tomar, y calmantes para el terrible dolor que sufre.

Lucano quedó petrificado y lleno de desesperación. Josua le miró compasivamente. Niceas contempló sus blancos dedos que reposaban sobre su regazo.

—Puede vivir un mes —dijo— o quizá dos, pero, sin ningún género de dudas, no mucho más.

Parecía que estuviese discutiendo tranquilamente el estado del tiempo con dos amigos aristócratas y el asunto no fuese de importancia personal. Lucano, luchando con su ansiedad les odió con furor. Se dirigió a Josuá, en quien percibía un poco de interés y preocupación más humana.

—¿Durante cuanto tiempo ha estado mi hermano enfermo? —preguntó con voz temblorosa.

Josuá se encogió de hombros con un gesto expresivo.

—Estaba ya muy enfermo cuando le trajeron aquí. Creo que ha debido estar sufriendo esa enfermedad por lo menos desde hace ocho meses. Esto explica su pereza, su falta de atención, la pérdida de peso, el tono gris de su aspecto, su aversión por la carne, las infrecuentes pero agotadoras hemorragias del estómago, sus espasmos, la inflamación de las articulaciones. Está en los últimos grados de la enfermedad. No podemos hacer nada por él, sino intentar aliviar su dolor y consolarle. Comprenderás que la enfermedad ha causado trastornos en su carácter que explican su frecuente llanto, porque aún no sabe cuán mortalmente está enfermo, el cuerpo envía a su cerebro señales de preocupación y presentimientos de muerte.

Niceas dijo con voz fría y reprochadora:

—Que el cerebro recibe señales somáticas, Josuá, es una teoría tuya que no puede demostrarse. Estoy firmemente convencido de que el corazón es el asiento de las emociones y los presentimientos. Prefiero las teorías de Aristóteles, aunque en algunos sectores se me considere anticuado por ello.

Los «sectores» eran, aparentemente, el propio Josuá y los ojos del médico se cerraron por un momento para ocultar su combate interior.

—¡Oh...! —Exclamó Lucano fuera de sí—. ¿Debemos discutir de teorías ahora? Dijiste, Josuá, que mi hermano tenía cáncer. ¿Estás cierto?

—Sin ninguna duda —respondió Josuá sin sentirse ofendido —sus ojos expresaron simpatía—. ¿Deseas examinarle tú mismo?

Los tres médicos se levantaron. Niceas arqueó sus pálidas cejas al ver el tosco y barato estuche de médico que llevaba Lucano, en el que tintineaban frascos de medicinas como en los de un médico rústico. Niceas abrió la puerta de cedro con un aire de suave resignación ante las inoportunidades de los hombres de baja condición.

El dormitorio que había detrás era magnífico, amueblado con los mejores muebles y una cama de oro. Cuatro esclavos velaban junto a ella vestidos de blanco. Lucano corrió hacia la cama gritando:

—¡Mi querido Prisco! ¡Por fin estoy aquí!

Se apoderó de una lámpara de mesa y la alzó sobre el lecho. Prisco yacía allí, y Lucano se sintió abrumado al contemplar el aspecto que tenía, y casi fue incapaz de reconocer en aquel gris y abatido joven a su amado hermano. Los párpados permanecían cerrados sobre unos ojos hundidos, la boca estaba contraída sobre los dientes. Por un momento terrible Lucano pensó que su hermano estaba muerto, porque no parecía ni respirar.

—Duerme bajo la influencia de nuestras drogas —dijo Josuá lleno de piedad y puso su mano sobre el hombro de Lucano—, por el momento, goza de una paz temporal y por eso debemos dar gracias de ello a Dios misericordioso. Sufre mucho.

Prisco movió la cabeza entre las almohadas.

Las lágrimas inundaron los ojos de Lucano mientras examinaba a su hermano a la luz de la lámpara que tenía levantada. Allí yacía uno que le era más querido que su hermano y hermana de sangre, porque él había dado a Prisco la vida cuando estaba muerto. El hermano de su amada Rubria, a punto de expirar como ella había muerto, el preferido del corazón de Iris, el hijo de Diodoro, aquel valeroso y virtuoso guerrero cuyo nombre nunca sería olvidado. Allí yacía en la casa de Diodoro, el hijo idóneo y valioso para perpetuar el nombre del soldado muerto, mucho más apropiado que Cayo, que se estremecía ante la vista de espadas o banderas. Aquel era el alegre y moreno Prisco, un tanto inconsciente en su alegría pero reflexivo, que gozaba de la vida y amaba su patria y a sus dioses. Recordó el temperamento de Prisco, afectuoso y considerado, amable y sin embargo firme, alegremente activo y afanoso, amante, inteligente y risueño. Lucano no podía soportar verle así. Puso lentamente la lámpara sobre la mesa y se cubrió los ojos con las manos para no contemplar aquella visión dolorosa.

—Sí, es triste —dijo Josuá suspirando.

Niceas se acercó al lecho, moviéndose como un majestuoso dios, y miró a Prisco como si contemplase un teorema. Prisco se estremeció. Lucano, con los ojos aún tapados oyó la débil voz, estremecida por el deleite.

— ¡Lucano... eres tú! ¡He estado esperando...!

Lucano cayó sobre las rodillas y extendió la mano para coger la descarnada mano de su hermano. Estaba fría, seca al tacto y el pulso latía irregular. Vio los ojos de Prisco cubiertos de dolor y agotamiento, aunque animados con el gozo de su presencia.

—Querido Prisco —exclamó Lucano luchando por controlar la agonía que le poseía—, sí, he venido. ¿Sufres?

Los descarnados dedos apretaron la mano de Lucano como los de una momia. Prisco mojó sus secos labios y miró a Lucano con resolución.

—Dolor —dijo en un murmullo con esfuerzo— es lo que todos los hombres sufren. Esto me dijiste en cierta ocasión Lucano. Un soldado comprende el dolor y no lo rechaza. Pero el dolor del espíritu..., ¿has recibido noticias de casa? —dijo la palabra casa, en tono de desesperada ansiedad.

—Todo va bien —respondió Lucano deshaciendo el nudo que se había formado en su garganta.

Prisco no veía de nuevo su hogar, nunca más jugaría con sus niños sobre las rodillas; nunca más besaría a su esposa ni se acostaría con ella abrazando sus largos rizos oscuros, besando su boca, sus mejillas y sus pechos. Nunca más vería sus huertos y sus campos, sus ganados y sus caballos. Nunca más nadaría de nuevo en el verde cristal de la corriente o bebería el vino de sus viñedos. Los placeres sencillos y agradables que los hombres aceptan y consideran naturales no serían nunca más suyos porque estaba muriendo y Lucano comprendió esto al instante. El corazón del médico se estremeció. Luego, instantáneamente, sonrió porque Prisco le contemplaba ansiosamente.

— ¿Todo va bien? —preguntó el joven soldado.

—Todo va bien —repitió Lucano.

Prisco suspiró y cerró los ojos contento por un instante. Lucano empezó a examinarle suavemente, y su última esperanza de un diagnóstico falso murió. Encontró la enorme masa palpable en el área derecha del estómago, que podía fácilmente ser apreciada a través de la escasa carne semi-extinguida. Los dedos de Lucano se movieron hacia arriba y pudo apreciar que la inflamación se extendía también allí. Las glándulas linfáticas periféricas estaban tremendamente hinchadas en la zona supra-clavicular. El examen costó a Prisco dolor insufrible pese a haber sido realizado con suavidad, pero como soldado se mantuvo quieto y rígido. Sus ansiosos ojos no abandonaron el rostro de Lucano, sin una expresión de alivio pero con el gozo de contemplarle. Sabía, en su alma, que no le quedaba mucho para vivir. Dijo débilmente:

—Mi madre, mi esposa, mis niños. Debes decírselo —y no pudo contener un estremecimiento cuando Lucano encontró un lugar particularmente tortuoso— que he muerto en paz, de un accidente quizá y rápidamente; ah, —suspiró cuando Lucano retiró sus manos—, ¿comprendes?

—Sí. Comprendo. —Puso su palma contra la mejilla enfebrecida con gesto paternal y su pecho se agitó. Trató de sonreír—. Pero no todo está perdido —añadió con el tono consolador y mecánico de un médico.

— ¡Todo está perdido! —dijo suavemente.

—Hay que tener esperanza —dijo Josuá.

—No deseo vivir más —suspiró Prisco con sencillez—. Hablas de mi cuerpo, buen Josuá. No me preocupa mi cuerpo puso la mano en la de Lucano, como un niño exhausto—, debo hablarte, hermano mío a solas. Tengo mucho que decirte antes de partir para el último viaje.

—Comprendo —dijo Josuá envuelto en su propia tristeza, porque había llegado a amar a Prisco, como todos cuantos le conocían—, pero no debes cansarte.

—A menos que me libere de mi carga no podré unirme a mi padre, mi madre y mi hermana en paz —dijo Prisco—, tengo poco tiempo.

—Sólo los dioses saben esto —dijo Niceas fríamente.

Hizo una inclinación de cabeza y Josué le siguió fuera de la habitación y tras ellos los esclavos. Prisco contempló como se marchaban y luego con un esfuerzo dijo a Lucano.

—Levántame sobre las almohadas, querido hermano, a fin de que pueda hablar con más facilidad.

Lucano le alzó y se sintió abrumado por la ligereza del cuerpo del soldado y su delgadez. Pero sonrió con un gesto de consuelo. La cabeza de Prisco descansaba sobre los alzados cojines y jadeó débilmente durante algunos momentos. Cerró los ojos.

—Debo hablar —dijo con algo del ímpetu de Diodoro—. No debes decirme que no me canse; debo decir cuanto he de decir.

—Sí —dijo Lucano. La mano de Prisco se aferró a la suya y sonrió débilmente.

—Es una historia terrible —dijo después de unos momentos. Y su rostro cambió, ensombreciéndose como si acabase de morir entre tortura y entonces empezó su historia.

Las lámparas vacilaban o se animaban a causa de la brisa exterior que se filtraba entre las columnas. Los olores de Oriente llenaban el aire junto con el sonido de las tintineantes fuentes. Prisco habló sin parar, con un ansia surgida de su última fuerza. Y Lucano no le interrumpió ni una sola vez.

Hacia tiempo que Plotio permanecía en Jerusalén. Había encontrado la ciudad fascinadora y llena de excitación. Los judíos eran un pueblo extraño pero nunca flácidos o poco interesantes. Miraban a los romanos fríamente y les evitaban, excepto los ricos mercaderes, políticos y propietarios de buques de carga. El pueblo menor y humilde les despreciaba, pero los sumos sacerdotes, cuyas familias estaban dedicadas al comercio y hacían fortuna con los romanos, no.

—El pueblo es a la vez realista y práctico, como nosotros los romanos —dijo Prisco—, y sin embargo están llenos de piedad y misticismo incluso los más groseros y despreciables mercaderes y fabricantes abandonan las preocupaciones mundanas en los días santos y son tan poco mundanos como las sombras, olvidando todo por completo. El templo se llena con los sacrificios y de los perfumes de incienso, suenan gemidos y llantos durante ciertos días, gozo y baile en otros. Los judíos lloran eternamente, incluso cuando sonríen y hablan de un Mesías que les librará alguna vez de Roma y que pondrá su pie sobre el postrado pecho de Roma y nunca la permitirá volverse a alzar.

Prisco, joven y lleno de curiosidad, había oído mucho de la religión de los judíos porque deseaba ser amigo de aquellos que rechazaban su amistad. Pero nadie discutía de religión con él, ni siquiera los mercaderes y amigos comerciantes. Ante aquel asunto retrocedían, sus gruesas caras de color de vino se oscurecían y se hacían reservados. Empezaron a correr rumores sobre un extraño Rabbí del campo, sin ninguna educación, procedente de las montañas de Galilea, de una gente despreciada en Jerusalén por los hombres cultos y mundanos. Era un hombre sin familia ni riqueza. No tenía nada más que los pobres vestidos que llevaba puestos y las sandalias de esparto en sus pies; no poseía ni caballo ni litera, ni siquiera el más indigno de los asnos. Sin embargo, cuando iba a Jerusalén, era rodeado por las multitudes, cuando avanzaba, ellos avanzaban también, escuchándole. Se rumoreaba que había curado enfermos y resucitado muertos. Los sacerdotes al principio, se reían, luego se enfurecieron. Para Prisco aquello no tenía ningún significado porque nunca comprendía a los judíos, sus muchas y rivales sectas, su insistencia sobre ciertos rituales, sus constantes argumentos acerca de pequeñeces respecto al significado de los profetas antiguos, incluso la plebe de la calle discutía y peleaba acerca de aquellas cosas. Seguían su religión con rigor y devoción y la observaban meticulosamente. Y era así tanto para el hombre más ruin como para el más alto y más honrado. Carecían de duras supersticiones cínicas acerca de su religión, como tenían los griegos, y no tenían las vulgares de los romanos. Aquello, sin duda, explicaba la excitación acerca del Rabbí, del que se rumoreaba que había resucitado muertos, curado enfermos y realizado otros muchos milagros. También explicaba la ira de los sumos sacerdotes que despreciaban a la gente común y encontraban incluso sus sacrificios indignos. El Rabbí estaba invadiendo sus sagrados privilegios y distrayendo al pueblo de sus deberes. Casi tan malo como esto, se rumoreaba que incitaba al pueblo contra Roma y aquello era mucho más peligroso.

Se rumoreaba, por fin, con inmensa excitación, que Él, era el Mesías. Él rescataría a su pueblo, Israel, del poder de Roma, y con legiones de ángeles alejaría a las legiones romanas de las paredes de Jerusalén. Por primera vez a partir de la aparición de aquel rumor, Poncio Pilatos, que nunca se metía en los asuntos de los judíos, porque era un hombre discreto, empezó a preocuparse. Que los judíos luchasen entre ellos mismos como hacían interminablemente sobre alguna doctrina no le preocupaba, en tanto que sus luchas no amenazasen la autoridad de Roma. El tetrarca, Herodes medio griego y medio judío, fue abordado por los sumos sacerdotes que declararon que los judíos peregrinaban a causa de las enseñanzas de aquel miserable Rabbí, que no sólo había afirmado que Él había llegado para cumplir la ley de los profetas y que los sacerdotes estaban engañando y oprimiendo al pueblo, sino que causaba confusión y peligroso desvío en las relaciones pacíficas entre los judíos y sus señores romanos. Herodes discutió el asunto con Pilatos que visitaba Jerusalén aunque no le gustaba la ciudad, y se sentía violento porque aquella visita era forzosa. Llamó a Plotio y a Prisco ante él y les interrogó. Plotio se encogió de hombros y declaró que los sacerdotes estaban siempre frenéticos y no se les debía escuchar seriamente. Prisco habló a Pilatos de los rumores de milagros y Pilatos se echó a reír. Pilatos se preocupó más por un posible alzamiento de los judíos que del Rabbí como persona.

—No estoy seguro de lo que ocurrió a continuación —dijo Prisco con voz monótona y débil, mirando con unos ojos agudos y lívidos a su hermano—, los asuntos de los judíos no significaban nada para mí. Me dijeron que los sumos sacerdotes solicitaban la muerte del errante y descalzo Rabbí y que fue llevado ante Pilatos para ser juzgado. Pilatos no encontró en él ninguna culpa pero la multitud aulló pidiendo su muerte, no porque no les gustase particularmente sino porque deseaban excitación. Era la Pascua de los judíos y yo estaba allí encargado de mantener la paz. En la Pascua los judíos se dirigen a nosotros como egipcios y esto es incomprensible e insultante. Mis amigos judíos se apartaban de mí durante este período. Ocurrió en la víspera de la Pascua, la excitación en la ciudad acerca del Rabbí crecía de una forma incontenible. Varios grupos luchaban en las calles y maldecían a los soldados que les separaban.

Entonces Prisco recibió órdenes de ejecutar al Rabbí con dos ladrones que habían sido condenados a muerte. Era tan sólo una tarea desagradable y Prisco cumplió las órdenes que había recibido.

Era costumbre bajo la ley romana que aquellos criminales condenados a muerte en la cruz por más viles, fuesen azotados antes de la ejecución.

Prisco había ordenado a dos de sus oficiales inferiores que actuasen en aquella ocasión, el Rabbí estaba en la prisión esperando su último castigo. Él esperaba la hora en que debía conducir a sus soldados y a los verdugos al lugar acostumbrado, un monte conocido con el nombre de Gólgota o lugar de la Calavera. Permaneció sentado en su caballo, aburrido hasta la fatiga, porque había pasado varias horas en su taberna favorita la noche anterior y estaba inquieto por causa de aquella tarea tan insignificante que le había sido encomendada. El criminal era tan sólo un desgraciado judío, comido de pobreza e indigno de la atención de un oficial como él. Miró a su alrededor a los turbulentos y excitados movimientos con un gesto ligeramente curioso. Pero los judíos estaban siempre excitados y con frecuencia por las cosas más insignificantes. Oyó las maldiciones contenidas que le eran lanzadas y permaneció sentado en su caballo entre sus oficiales; pero los judíos especialmente cuando se acercaban sus días santos maldecían frecuentemente a los romanos aún

cuando en otras ocasiones se sentían amistosos con ellos. No era que importase. Incluso se echó a reír divertido e intercambió chistes con sus oficiales y bostezó de hastío.

La multitud se había reunido a lo largo de la estrecha calle que conducía desde la prisión al lugar de la Calavera. Prisco se sintió repentinamente abatido por la expresión de aquella gente. Los volátiles judíos permanecían en forma rara, rápida y silenciosa. Cientos de mujeres lloraban abiertamente, otras sostenían a sus pequeños hijos en alto, como hacen las madres que desean que ellos vean el paso de un príncipe o un alto potentado. Muchos hombres retorcían sus manos, lloraban en silencio o se daban golpes en el pecho. Un extraño aire de ruina se cernía sobre la ciudad y sobre la gente. Una cálida y misteriosa luz bañaba la tierra, era como si el sol hubiese perdido su color dorado natural y se hubiese transformado en un furioso incandescente. Ante esta luz los colores de los vestidos de la gente tenían un vívido resplandor; rojo y azul, rayado de rojo y blanco, amarillo y negro, rosa y esmeralda brillaban de tal forma que parecía que iban a estallar en lágrimas. Los rostros se hicieron inminentes, las facciones, las caras, las líneas de nariz y boca, el color de los ojos, el brillo de la frente y de la barbilla, incluso de aquellos más distantes, poseía una perfilada claridad y vehemencia. El olor de sudor impregnaba el ambiente. No había sacerdotes en aquella confusión y sin embargo sorprendente multitud había realizado su tarea, estaban en el templo preparándose para la Pascua. Prisco miró hacia el inquieto cielo. Sobre los montones bronceados, éste tenía un color muy peculiar. Era como si una parte estuviese ardiendo más allá del lugar de las calaveras, lanzando al aire un vapor rojo pálido y púrpura que ascendía al infinito. Prisco llamó la atención al oficial más cercano. Éste era un joven supersticioso y miró aquel movimiento maligno y coloreado con desmayo.

— ¿Quiénes son los que vamos a ejecutar? —preguntó. Prisco había respondido:

—Tan sólo tres criminales.

El joven oficial había tocado un amuleto y movido su cabeza murmurando:

—No me gusta esto. Aquí hay portentos.

Prisco se había reído de él, pero se inquietó en su caballo. Respiró el aire tan fiero, llameante y lleno de polvo cálido amarillo. Bajo su armadura sudaba.

Después de un movimiento alborotado se percibió una gran algarabía ante las puertas de la prisión. Un rugiente grito llegó a sus oídos y el profundo gemido de los quejidos. Prisco y sus oficiales cabalgaron hasta sus puertas. Un hombre era arrastrado hacia adelante por los soldados. Era un hombre alto, de dorado cabello y barba recia. Parecía postrado. Llevaba puesto un vestido blanco rasgado y sobre él una capa color de tela muy pobre. Sobre su alta cabeza una corona de espinas había sido colocada y su pálido rostro estaba bañado de sangre.

— ¿Qué es esto? —murmuró el joven oficial a Prisco. Pero Prisco no podía responder.

Vio el rostro del criminal que, a pesar de la suciedad y la sangre, era de una nobleza más allá de toda imaginación, tranquila y amable y parecía irradiar una luz propia, mayor incluso que la furiosa luz del sol. Su compostura era la de un Rey, majestuosa y santa, libre de todo miedo. Un frío horror que no se pudo explicar se apoderó de Prisco. Aquel no era un criminal, aquel era un hombre de la más alta sangre. Sus vestidos tomaron un tono de magnífica púrpura. La corona de espinas era una corona de oro. El horror aumentó en Prisco. ¿Era aquél el desgraciado Rabbí, en verdad? ¿Era aquél el campesino sin familia y sin riqueza? Parecía increíble. Tenía el aspecto de un Emperador, aunque los soldados le empujasen y golpearan riéndose de Él, en la forma más grosera que acostumbraban y le escupiesen en el rostro.

—¡Salve, oh rey de los judíos! —gritaban los soldados. La multitud callejera aullaba. Pero cientos de mujeres cayeron sobre sus rodillas y extendieron hacia adelante sus brazos, cientos de hombres gimieron y sus ojos se inundaron de lágrimas, deseando ser niños para llorar abiertamente. La escena era demasiado caótica para un solo par de ojos y los de Prisco se alocaron tratando de abarcarlo todo. Pero finalmente no pudo ver más que al condenado, que vacilaba bajo los golpes de los soldados.

Prisco condujo su caballo y sus manos temblaron cogidas a las riendas. Hizo un gesto a sus oficiales y empezaron a andar hacia las puertas de la ciudad que estaban completamente abiertas. Prisco se dijo a sí mismo: « ¿Quién es este que está a punto de morir? » Miró hacia atrás. Una cruz había sido colocada sobre los hombros del débil Rabbí y vacilaba desesperadamente bajo su peso, tratando de mantenerse firme bajo los brutales golpes de los soldados. El horror se profundizó en Prisco. Metió la mano bajo su propia armadura y tocó su amuleto, un talismán contra el mal, pero el metal ardía en sus dedos y estaba húmedo a causa del sudor.

A su alrededor oía los más ensordecedores rugidos, lamentos, gritos y sollozos. La luz era insufrible, era como si el resplandor del sol se hubiera multiplicado. Su fulgor traspasaba sus párpados e inflamaba su frente. El olor humano y el ácido sabor que se elevaba le producían náuseas al joven romano. Empezó a dolerle fuertemente la cabeza, sus huesos temblaban y se estremecía, era demasiado fuerte para él. Tuvo que cerrar sus ojos para escapar de la furia y resplandor de la fiera luz. Los edificios, aún los más lejanos, danzaban salvajemente ante él, olas de color se extendían sobre todas las cosas, dándoles aspecto de locura e inestabilidad. Y más allá del Gólgota, las nubes rojas y púrpura llenaban el cielo como llameantes lenguas, encendiéndose sobre los cielos al rojo vivo, saltando tras el cobre del monte.

Un grito todavía mayor surgió de la multitud; de nuevo Prisco miró hacia atrás. El criminal había caído en el polvo; una mujer joven, con el rostro cubierto de lágrimas, limpiaba su rostro. Un soldado había gritado terminantemente a un mirón y el hombre, negro de piel y enorme corpulencia se acercó al instante y alzó la cruz sobre los hombros del condenado. Con ayuda de los soldados colocó la cruz sobre sus propios hombros y

permaneció en posición inclinada y con una profunda sonrisa jugueteando en sus labios. Miró al cielo, las lágrimas y el sudor empezaron a correr por su carne bronceada por el sol. Avanzó dócilmente, como quien está sometido a un sueño extático, con fuerza y sin vacilaciones. Era como si llevase con orgullo sobre sus hombros la litera de un rey. Tras él avanzó el criminal tropezando, sus labios se movían silenciosos. El populacho le siguió como un río multicolor, gritando y gimiendo, agitando sus puños en el aire. Y sobre todo aquello caía una estremecida y ultraterrena luz.

Entonces Prisco oyó una voz, hablando en un arameo cerrado, pero pura, segura y firme como la voz de un rey:

—Hijas de Jerusalén... no lloréis por mí, sino por vuestros hijos. Porque he aquí que días vendrán que los hombres dirán: «Benditas sean las estériles y los vientres de las que nunca parieron y los pechos que nunca amamantaron». Luego dirán a las montañas: «Caed sobre nosotros», y a las colinas: «cubridnos.»

Prisco se sintió asombrado por aquella voz y las extrañas palabras que había pronunciado. Era como si mil oráculos hubiesen hablado, era como si Apolo, conmovido por la agonía de los hombres, hubiese llorado por ellos, era como si Zeus hubiese lanzado sus rayos sobre ellos, y el pueblo tan clamoroso, tan estremecido y roto de dolor quedó silencioso por un momento.

— ¿Quién es Él? —preguntó el joven soldado a Prisco, pero Prisco no pudo responder.

El ardiente y tortuoso camino se extendía ante ellos, ascendiendo hasta el Gólgota. Prisco se dijo a sí mismo en una inexplicable desesperación:

«No debo mirar hacia atrás otra vez.» No podía cerrarse ante la conciencia de una tremenda lamentación que se mezclaba con aquella luz, el lamento que seguía al condenado como una marea de tristeza y desesperación. Y sobre toda aquella marea se alzaban los gritos de la plebe callejera, ansiosa, como siempre, con su instinto de odio y amenaza para la víctima.

Las murallas amarillas de la ciudad quedaron atrás y el estrecho camino se alzó empinado hacia el monte Gólgota, cuyo bronceado color ardía y semejava el humo de un fuego devorador. Las piedras rodaban bajo los cascos del caballo de Prisco que retrocedía tropezando. Podía oír el repiqueteo de los cascos de sus seguidores y sus aterrorizadas y contenidas maldiciones. Sorprendido, miró a su alrededor; el paisaje abrasaba por el calor, las montañas con terrazas sobre las que descansaban cipreses y olivos, eran trozos de jardines verdes. Pero todo tenía un brillo siniestro de pesadilla. El sudor descendía por el rostro de Prisco que se quitó su yelmo para secarse la frente y el rostro. Su respiración se hizo pesada con profundo esfuerzo. «No debo pensar —exclamó para sí—. Estoy enfermo, veo con ojos de enfermo. Esto no tiene importancia, es sólo la ejecución de un criminal para Roma, un incitador de la multitud contra su autoridad.

El terror de aquella situación continuaba oprimiendo su carne, su mente y su alma. Se sintió abrumado ante el tono del cielo sobre el monte; las llamas encendidas se elevaron más y más como devorándolo todo. Podía en realidad, sentir su palpitación. Su espíritu romano supersticioso se acobardó. Las lamentaciones llenaban el aire.

Prisco dijo al oficial que tenía ante sí:

—Haced retroceder a la muchedumbre. Que no cubran la cima del monte, han de permanecer abajo. ¿Quién sabe lo que pueden hacer con nosotros? Somos pocos y ellos son miles, crecidos por la excitación y la emoción.

Los oficiales dieron media vuelta y en sus caballos, que se resistían; descendieron contra la multitud, pero Prisco no miró hacia atrás, jadeante, dejó caer la cabeza contra su pecho y esperó. Después de un poco, le pareció que los gritos y los quejidos disminuían ligeramente y sus oficiales y soldados hicieron retroceder con fuerza a la gente para evitar que siguieran ascendiendo. Entonces Prisco vio que dos cruces estaban siendo levantadas contra el amenazador y humeante cielo, dejando un lugar entre ellas. Pudo ver los hombres desnudos claramente, aunque estaban abajo y a cierta distancia. Eran rostros oscuros y contorsionados, sus brazos extendidos en agonía sobre las cruces, uno de ellos gimiendo.

Sus oficiales volvieron de nuevo a su alrededor y el más joven de ellos dijo:

—Les hemos hecho retroceder, no se entrometerán, porque nuestros hombres tienen las espadas desenvainadas.

Entonces Prisco se sintió impelido a mirar hacia atrás. El pueblo cubría los lugares inferiores del monte como un bosque turbulento de muchos colores, se movía constantemente, estremeciéndose y agitándose en todas partes. Ante ellos pasaba la pequeña procesión del portador de la cruz; unos pocos soldados y el condenado. El Rabbí ascendía con movimientos débiles y la cabeza inclinada. Sin embargo, todo su aspecto era real, era un rey cautivo que esperaba la ejecución. Prisco le miró con una terrible intensidad y en aquel momento Jesús alzó el rostro y los ojos azules brillaron con ardor. Su manto rojo pendía de sus hombros como un manto real.

A pesar de las precauciones, ya había un grupo esperando en la cima del monte, unas pocas mujeres silenciosas; un joven o dos vestidos pobremente y, para la inexpresable ira de Prisco unos cuantos fariseos y escribas a quien él reconoció. Llevado de toda su fuerza, Prisco ascendió el último trozo difícil y dijo a los fariseos con voz ronca:

— ¿Qué estáis haciendo aquí, ante la ejecución romana de criminales bajos?

Uno de ellos se inclinó servilmente y respondió:

—Estamos aquí como testigos, porque corre el estúpido, rumor de que este turbulento desgraciado, Jesús, no morirá, sino que vivirá y descenderá de la cruz y conducirá al pueblo a la anarquía y levantamiento contra la paz. Nosotros debemos decir al pueblo después lo que hemos contemplado y esto será el fin de todo.

Prisco, no supo por qué, dijo en alta voz:

—No, no será el fin. Nunca será el fin.

Y golpeó el puño contra su espada, mientras el sudor empapaba su rostro.

Los fariseos fruncieron el ceño y se consultaron unos a otros; luego se encogieron de hombros mientras los escribas respiraban fuerte. Pero Prisco, respirando pesadamente ante el temeroso silencio en la cima del monte, volvió su atención hacia las mujeres. Sin embargo, tan sólo vio a una en realidad. Una mujer ligera, de edad indeterminada, porque su pálido y liso rostro podía ser el rostro de una muchacha como el de una mujer madura, serena pero rígida a causa del dolor. Pensó para sí mismo: « ¿Es ella su hermana, su esposa, su madre? No, es imposible que ella sea su madre, porque tiene el aspecto de la eterna juventud y es muy hermosa, más hermosa incluso que mi madre adoptiva Iris o mi hermana Aurelia.» La mujer le miró como si oyese sus pensamientos, volviendo el profundo azul de su rostro hacia él, un rizo o dos, dorados a la luz del sol, se habían escapado del velo azul oscuro y se mecían sobre su blanca frente movidos por un repentino viento. Su boca era dulce y sin color, llena de ternura. Pero tenía una serenidad que impresionó a Prisco, la firmeza de su cuerpo juvenil, la paz de su importante belleza. Estaba vestida de lienzo tosco, y en sus hombros pendía una túnica azul de la misma tela. Prisco deseaba hablar con ella, porque ella tenía una quietud tan noble y un aspecto de pacífico dolor. No supo por qué, desmontó y se acercó hasta ella. Ella vio cómo se acercaba, su condolido rostro se volvió hacia él. Prisco intentó que su voz sonase ruda:

— ¿Quién eres y quiénes son los que están contigo?

Ella respondió amablemente:

—Soy María, su madre, y éstos son nuestros amigos.

Deseó ordenarle que descendiese. Luego vaciló. Ella continuó mirándole con tranquilidad, penetrándole con sus ojos. Sus manos estaban cruzadas juntas, dos mujeres permanecían junto a ella como doncellas de una reina. Lloraban, pero ella no lloraba. Una profunda dignidad la rodeaba.

— ¿Eres tú su madre? —dijo Prisco entristecido y el pensamiento de Iris y de la madre que nunca conoció, y se sintió lleno de la tristeza de todas las madres del mundo.

María inclinó su cabeza, sus ojos azules continuaron inmutándole. Él hizo un gesto de incertidumbre.

—No será una misión agradable para una mujer.

—Yo lo he sabido desde hace mucho tiempo.

Él la miró parpadeando, ella sonrió un poco, y de nuevo pensó incoherentemente en la compasiva sonrisa de Iris. ¿Cómo era posible que aquella mujer se entristeciera por él, el verdugo romano de su hijo? Deseó hablar más con ella, pero sus ojos le habían dejado, dirigiéndose hacia su hijo, que llegaba en aquel momento hasta la cima y un estremecimiento como el reflejo en el agua, recorrió todo su cuerpo, dio un paso hacia adelante con las manos extendidas en la eterna actitud de una madre. Las demás mujeres pusieron sus brazos alrededor de ella y la hicieron retroceder. Los colores llameantes de fuego, rosa y púrpura, iluminaron su rostro.

Los oficiales de Prisco miraron asombrados a su superior desmontado, que se había dignado acercarse a una pobre mujer judía. Vieron su expresión miserable, su incertidumbre, sus ojos llenos de desesperación y se asombraron más con intranquilidad. El joven oficial murmuró para sí su encantamiento contra los acontecimientos adversos. Los fariseos y los escribas permanecían aparte, los fariseos fríos de aspecto y silenciosos, los escribas murmurando entre ellos. Entonces Prisco, mirando al silencioso prisionero que permanecía; de pie ante él y viendo las gotas de sangre que descendían sobre su rostro, procedentes de las espinas de la corona y su absoluto sufrimiento, exclamó:

— ¡Terminemos con el asunto, en nombre de todos los dioses!

Se volvió hacia un lado con gesto desordenado y vacilante.

— ¿Dónde hay vino y una copa? —dijo a uno de sus oficiales que le miró cegado por un momento, quien se dirigió a su saco colgante de la silla y trajo un recipiente de soldado que contenía vino y una tosca copa. Desmontó y lo puso en las temblorosas manos de Prisco.

—Opio también —murmuró Prisco deseando dar al condenado algo de insensibilidad para el dolor. Sin hablar, el oficial sacó de una caja de madera un poco de opio y lo vertió en el vino.

La amenazadora y tremenda luz aumentó como la temible luz del Olimpo. Prisco se acercó al condenado y todo el monte quedó en silencio. Las mujeres dejaron de sollozar. Entonces Prisco permaneció ante Jesús y le miró de lleno el rostro, su voz apenas salía de su garganta. Los ojos divinos le miraron directamente como si penetrasen hasta su alma y Prisco pensó con terrible asombro: « ¿Quién es Él? »

—Bebe —dijo—. Te ayudará.

Pero Jesús movió la cabeza ligeramente rehusando, sin embargo, inclinó la cabeza agradecido. Entonces, la mirada que hizo a Prisco era más tierna, más allá de toda la ternura que pudiese ser imaginada, más gloriosa y más increíblemente amable y gentil. Prisco retrocedió ante aquella mirada. Sumido en mayor terror y asombro que antes, hasta que tropezó contra su caballo.

—Que se consume —exclamó—; terminemos de una vez. —Y escondió su rostro sobre el cuello de su caballo, temblando. Prisco permaneció junto al caballo con los ojos cerrados. Desde abajo en la lejanía, como el sonido de un doloroso mar, surgían quejidos y lamentos. Pero ante ellos, Prisco no se atrevía a volverse. Llegó el sonido de los martillos. ¿Por qué todo estaba allí tan silencioso? ¿Por qué no gritaba el condenado cuando los clavos atravesaban su carne?

Y entonces Él habló en voz alta:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

Prisco sintió un horrible estremecimiento recorrer toda su carne y su caballo se agitó bajo su presión. ¿Está implorando a Dios?, se preguntó Prisco a sí mismo en medio de la turbia confusión de su mente. ¿Por qué deben los dioses perdonar, y a quién deben ellos perdonar? ¿A mí? ¿Al pueblo? ¿A los verdugos? ¿Qué locura es esta? ¿Por qué debe cualquier hombre perdonar a sus enemigos o implorar a los dioses que lo hagan, cuando está sufriendo y la agonía y la muerte están sobre él?

El joven soldado deseó que la oscuridad descendiese sobre él y desmayarse para no ver nada más. Pero la terrible luz penetraba a través de sus párpados y alzó su cabeza retirándola del cuello del caballo y se sintió impelido a mirar. Los verdugos habían terminado su tarea, el condenado había sido atado desnudo, excepto por un ligero lienzo alrededor de su cintura. Los hombres empezaban a alzar la cruz para colocarla entre los dos ladrones, contra el estremecedor cielo. La cruz era mayor que la de los otros y en contraste con la oscura y tosca madera, el cuerpo del hombre que colgaba, era blanco y suave como el alabastro y semejaba brillar. Parecía no darse cuenta de su angustia, sus ojos tranquilos contemplaron a la mujer, su madre, y le sonrió amorosamente como para consolarla y darle seguridad. Luego los separó de ella y miró hacia abajo a la inquieta multitud que se extendía en la parte superior del monte y luego contempló a la ciudad a lo lejos, sus retorcidas paredes amarillentas bañadas en aquella luz ultraterrena, sus tejados y cúpulas iluminadas. Suspiró con un gran y profundo suspiro y momentáneamente cerró sus ojos.

Entonces un silencio atemorizador se extendió allí. María se había sentado sobre una gran roca con el rostro cubierto por las manos, las mujeres arrodilladas ante ella consolándola, sus amigos, tan pobres como Él, permanecían en un grupo sin dejar de mirar al condenado. Eran jóvenes, evidentemente muy jóvenes, sus pequeñas barbas se movían en sus mejillas por el más ligero de los vientos y sus rostros estaban cubiertos de lágrimas.

Un joven oficial, un centurión, tocó el hombro de Prisco en tono de pedir disculpas.

—Los soldados esperan tu señal, noble Prisco —murmuró—, Como sabes, la ley les permite que se dividan los bienes de aquellos condenados a la muerte.

Prisco le miró distraído porque todo se movía ante él. Los impacientes soldados se dividieron los vestidos de Jesús y se quejaron entre ellos de que fuesen tan pobres y de que no hubiese ninguna bolsa de dinero o algo de más valor. Descontentos, y después de haber bostezado, se apartaron un poco y se arrodillaron para jugar a los dados. Pasaría algún tiempo antes de que pudiesen marcharse. Aquellos que eran crucificados morían lentamente. Era tedioso. Las mujeres permanecieron sentadas como estatuas. Entonces Prisco vio que sobre la cabeza del moribundo había sido clavada una inscripción que estaba escrita en letras griegas, romanas y hebreas: «Este es el Rey de los judíos».

Un golpe de aplastante ira invadió el corazón de Prisco ante aquella burla. Apretando sus puños se obligó a sí mismo a acercarse a la cruz y miró al crucificado. Sus dientes castañetearon. Trató de hablar. Los ojos misteriosos le miraron con una sonrisa azul que contenía compasión y agonía. Prisco colocó su mano contra la parte inferior de la cruz y se sintió lleno del deseo de caer al suelo y llorar. Se volvió hacia un lado y vio que su mano estaba manchada de sangre y miró a la brillante escarlata estupefacto. Como un ruido de violento choque de huesos podía oír el juego de los dados de los soldados y la excitación de sus apuestas. Un grupo de escribas y fariseos se acercó también a la cruz. Uno de los fariseos miró hacia arriba al moribundo y dijo severamente:

—Que se salve a sí mismo si es el Cristo, el elegido de Dios.

La atención de los soldados que apostaban fue atraída por su voz y ellos estallaron en risas. Uno de ellos, un joven, se acercó a la cruz con una copa de vino en su mano. Con gesto incierto, pero no hostil, sino más bien estúpido. Alzó la copa a Jesús y dijo casi en tono amistoso:

—Si tú eres realmente el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

Pero el moribundo no habló. Un pálido velo azul había cubierto sus ojos, parecía haberse sumido en una insondable contemplación.

Uno de los ladrones gemía terriblemente. Volvió su ruidosa y torturada cabeza hacia Jesús y sus oscuros rasgos estaban contorsionados. Trató de escupir al rostro heroico, pero su saliva cayó en el polvo. Luego exclamó:

—Si tú eres el Cristo, sálvate y sálvanos.

Y cayó en un gemido y ahogado maldecir.

Prisco se movió convulsivamente, deseó elevar su espada y cortar los labios del ladrón. Pero antes de que pudiese desenvainarla el otro ladrón decía con voz débil y reprochadora:

— ¿No temes ni siquiera ahora a Dios, viendo que estás bajo una misma sentencia? Y ciertamente con justicia, porque recibimos lo que nuestros actos merecen. Pero este hombre no ha hecho ningún mal.

Prisco quedó transfigurado, su mano cayó de la espada. El segundo ladrón volvió la cabeza a Jesús y sus burdos rasgos temblaron mientras las lágrimas caían de sus atormentados ojos. Su pecho se agitaba y sus brazos se retorcían sobre la cruz. Sollozó en alta voz. Luego dijo humildemente:

—Señor, acuérdate de mí cuando entres en tu reino.

Y se inclinó hacia Jesús como si su miserable alma fuese impelida por una tremenda fuerza y como si todo su espíritu se sintiese atraído hacia su compañero. Jesús no pareció oírle durante algunos momentos. Luego levantó la cabeza y de su penetrante contemplación que se extendía hacia abajo de la sollozante multitud habló. Su voz era aún más fuerte, clara, amable. Miró al segundo ladrón con una compasión ultraterrena y sonrió:

—Amén, te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

De nuevo miró a su madre y de nuevo una luz recorrió su espectral figura sobre la cual la sangre corría como rubíes. Como si hubiese oído una orden, alzó su caída cabeza y madre e hijo se miraron otra vez y hablaron juntos en una lengua que no fue oída por ningún hombre. Prisco les contemplaba y su corazón latía de temor con un furioso deseo.

Un tiempo incontable transcurrió. Prisco había caído en un estado de semisueño. Creyó que había permanecido siempre en aquella forma, su cabeza apoyada contra el cuello del caballo, su enfermedad siempre apoderada de él. Pensó que no había conocido otra cosa toda su vida, que el brillo de aquella luz sobre los yelmos de los soldados, mientras permanecían arrodillados jugando, sus llameantes manos y la iluminación que parecía danzar sobre sus armaduras. Había visto por siempre aquellas hirvientes nubes coloreadas como vapor, ascendiendo inflamadas hacia el cielo rojiblanco. Y por siempre su vista había estado fija en aquellas tres cruces y había contemplado la blanca figura contra la oscura madera, congelada eternamente, y nunca dejaría aquel lugar o nunca sabría nada más de nada.

Los jóvenes amigos de Jesús se habían acercado hacia la cruz y cayendo ante ella, como si un rayo hubiese caído sobre ellos, sus posturas abandonadas e inmóviles de dolor, sus cabezas inclinadas contra la madera y las mujeres permanecían sentadas aparte. María mirando ante ella, como si mirase a las edades venideras, su noble cabeza elevada por encima de la de las demás mujeres.

El joven centurión se acercó de nuevo a Prisco. Estaba muy pálido y murmuró:

—Prisco, no me gusta esto. Hay algo amenazador aquí. Prisco humedeció sus enfebrecidos labios.

—Dame vino —dijo.

El capitán centurión le dio vino, vertido cuidadosamente. Pero sus ojos continuaron contemplando el cielo. Prisco tomó la copa y bebió de un tirón, era un vino pobre y ácido, que le enfermó. Vertió el resto en el suelo y se sintió estremecer.

Era la hora sexta. La atronadora luz vibraba más cegadora que antes, como si estuviese tomando fuerza para transfigurarse, en una enorme conflagración. Prisco pasó sus manos sobre su rostro, encontrando corrientes de agua. Los dos ladrones crucificados antes habían caído en la inconsciencia de la muerte. Pero Jesús aún contemplaba la ciudad como si pensase y no se diese cuenta de que estaba muriendo.

Y de pronto la luz se fue. Había desaparecido tan completamente como si la noche se hubiese extendido sobre la tierra. Los soldados arrodillados que apostaban en su juego, saltaron y se pusieron en pie con un grito de terror. El centurión, con renovado pánico, se agarró a los hombros de Prisco como buscando protección. De la multitud que se extendía debajo surgió un poderoso gemido. En aquel instante la tierra se estremeció como un barco agitado por una gigantesca ola y el sonido como de un trueno recorrió las tinieblas. La tierra vaciló y se retorció como si en sus entrañas surgiese un enorme quejido del fondo del mundo y del cielo.

— ¡Es cierto! ¡Es cierto! —exclamó Prisco.

Pero no sabía qué es lo que quería decir. Se agarró fuertemente al cuello de su caballo aferrándose. El débil pensamiento de que tenía que inspirar valor a sus hombres se le acudió, pero sus piernas vacilaban.

Entonces todo el aire se llenó por una poderosa voz, alzándose firme y llena de gozo.

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

La oscuridad se hizo más profunda. Los soldados se agruparon temerosos. Los fariseos y los escribas retrocedieron hacia abajo murmurando silenciosamente y cogiéndose los brazos unos a otros. Pero Prisco miró a la cruz central con ojos desolados. La figura sobre ella era la única luz en aquella aterradora oscuridad y era como un fuego blanco que parecía tender y elevarse hasta el mismo cielo por encima del monte. La temblorosa tierra, trémula y agitada, se calmó y permaneció quieta.

Prisco oyó la voz de su joven oficial, el centurión, hablando débil y estremecido.

—Ciertamente este era un hombre justo.

Y cayó sobre sus rodillas y los demás soldados igualmente abatidos cayeron también a su alrededor implorando a sus dioses que les ayudasen y les salvase. Una poderosa náusea se apoderó de Prisco. Se retiró de su caballo con pasos débiles, se acercó a la cruz y a su brillante figura. Jesús estaba muerto, su cabeza yacía sobre el pecho. Las gotas de sangre se deslizaban negras sobre su carne en aquella profunda tenebrosidad.

Prisco miró a las silenciosas figuras de los amigos de Jesús, su cabeza estaba llena de dolor. Después volvió a apoyar su mano sobre la cruz y lloró.

Lucano se inclinó más cerca hacia su hermano sosteniendo su fría mano. No se había dado cuenta del tiempo, la luz de la lámpara brillaba sobre el rostro descarnado de Prisco por el que corrían abundantes gotas de sudor. Pasó un largo tiempo. Prisco cerró sus oscurecidos ojos y todo quedó en silencio. Lucano le miró como un hombre sumido en un sueño. Ni él ni Prisco se habían dado cuenta de que los criados habían penetrado en el dormitorio para anunciar la hora de la cena. No se dieron cuenta que finalmente el propio Plotio había entrado, alarmado y luego viendo a los dos con sus cabezas juntas y oyendo que Prisco estaba hablando y no podía ser interrumpido, se había retirado frunciendo sus cejas y secando sus labios.

Lucano levantó la cabeza. Estaba lleno de asombro y tristeza, pero también lleno de gozo y seguridad. Tocó con su mano la frente de Prisco y éste abrió sus ojos.

—No hay nada más... —dijo Prisco con voz moribunda—, los rumores de que en el tercer día se levantó de entre los muertos, pero estos rumores fueron suprimidos y sus seguidores temerosos, huyeron de la ciudad.

Fue en aquel tiempo que caí enfermo, empecé a vagabundear y comenzó el dolor de mi estómago y supe que Él me había condenado a muerte por mi parte en su ejecución.

Pero Lucano sonrió alegremente y colocó sus palmas contra la mejilla gris y descarnada de su hermano. Luego exclamó:

—No, ¿cómo podría Dios condenarte? Estaba profetizado desde hacía siglos que Él moriría de aquella manera para la salvación de todos los hombres. No sólo de los judíos. Lo he sabido siempre también. ¿Te odió él? No, Él te amó. Has hablado de su mirada compasiva hacia ti. Desea que tú te acerques más a Él, que descanses en su corazón y que seas uno con Él. Escucha, te aseguro que Él te ama y está siempre contigo.

Los ojos hundidos de Prisco adquirieron brillo. Incluyó su mejilla contra la mano de Lucano, las lágrimas empezaron a manar de sus ojos.

—¿Es cierto? —Preguntó con ansiedad—, ¿es cierto?

—Sí, es cierto, y Él ha resucitado. Sin duda alguna. Él ha resucitado.

—¿Y era sin duda Dios?

—Sin duda. Él era Dios.

Lucano se inclinó hacia adelante y besó la frente de su hermano. Los ojos de ambos estuvieron cerca, los oscuros y los azules. Lucano sonrió amoroso y con fuerza. Prisco murmuró, y acurrucó su marchito cuerpo más cerca de su hermano y repentinamente quedó dormido en completo agotamiento. Parecía no respirar. Una expresión de paz y contento se extendió por sus moribundos rasgos y era como si hubiese llegado al hogar después de un terrible viaje a través del cual ha sido amenazado por tremendos monstruos. Era como uno que ha sido exilado en un fiero desierto y a quien se le ha ordenado regresar.

Lucano se levantó y contempló al durmiente enfermo. Juntó sus manos y murmuró:

—Oh, Tú que me has atraído de los desiertos desolados, de la oscuridad, de la esterilidad, por causa de Tu amor y Tu eterna misericordia. Oh, tú que eres compasivo más allá de toda imaginación, Tú que has perseguido mi vida para llevarme a Ti. Tú que conoces el sufrimiento de los hombres porque Tú lo has sufrido. Oh, bendito eres en mi alma y yo te imploro que aceptes mi vida para que pueda servirte a Ti. Siempre te he amado incluso cuando contendía contigo a causa de mi falta de comprensión. Sé misericordioso para mi un pecador, un hombre sin importancia. Oye mi voz que te implora. Ten misericordia de mi pobre hermano, a quien le fue concedido el mérito de verte en carne, él te ama y te conoce. Tráele la paz, líbrale del dolor. Si debe morir concédele una muerte tranquila sin más angustia. ¿No eres Tú compasivo para con todos tus hijos? ¿Acaso imploran a Ti en vano? No. Nunca apelan a Ti sin que Tú les ayudes y les consueles. Aquí está mi hermano que te ama, ten misericordia de él y condúcele a Ti.

Prisco durmió como un niño cansado. El sudor se secó en su rostro. Lucano se inclinó y le besó dulcemente. Luego redujo las lámparas y salió de la habitación.

Entró en el comedor, donde estaban sentados Niceas, Josuá, Arieih, Hilel y Plotio. Él no lo sabía, pero su aspecto brillaba como la luna y ellos abrieron los ojos para contemplarle. Miró a Arieih y a Hilel y exclamó:

—He escuchado a mi hermano durante todo este tiempo y os aseguro que él conoció a Dios, le vio crucificado y es bendito y sin duda, como se ha dicho, Dios ha resucitado. Sin duda Él ha resucitado, bendito sea su nombre.

Los otros permanecieron sentados como estatuas y palidieron. Después Josuá se levantó y extendió su mano hacia Lucano y dijo:

—Lo sabía. Desde el principio lo sabía.

Arieih y Hilel se levantaron y extendieron sus manos hacia Lucano y sonrieron, él vio sus lágrimas, pero Plotio, turbado, frunció el ceño y secó sus labios.

CAPITULO XLV

MUCHO después que todos los demás durmiesen, excepto los guardianes encargados de la entrada, Lucano escribió su evangelio de la crucifixión. Las puertas de su dormitorio estaban abiertas y la brisa procedente del mar, cargada de sonidos y aromáticos perfumes de los jardines, llegaba hasta allí. Algunas veces, medio soñando con su estilo en la mano, alzaba su dorada cabeza para escuchar el silvestre y dulce estremecimiento de los pájaros de la noche y el incesante rumor de las fuentes. A su alrededor ardían lámparas de oro, plata y cristal y con frecuencia ignorándolo contemplaba los murales de las paredes.

¿Cuántas cosas, pensó, le había dicho Prisco? ¿Y cuanto había visto espiritualmente a través de los moribundos ojos de su hermano? Prisco no era un joven que tuviese un gran poder descriptivo, sin embargo había influido en Lucano a través de aquellas horas de grandeza y terror en el Gólgota, de tal forma que Lucano podía contemplarlas por sí mismo como si estuviese presente. Fue él quien tocó la cruz, quien había visto al hombre sobre ella; había recibido su dulce y misteriosa sonrisa, había mirado a María y se había sentido desgarrado a causa de su dolor, había escuchado los aullidos y lamentos del pueblo. ¿Qué significaba aquel grito que Dios había lanzado sobre la cruz, que Prisco recordaba pero que no pudo traducir? Lucano se detuvo pensativo. Como griego era preciso no poner nada en su evangelio excepto lo que Prisco había visto y recordaba, y lo que, a través de sus ojos, misteriosamente, él por sí mismo había discernido. Mientras Lucano escribía, sus ojos se llenaban con frecuencia de lágrimas y su corazón se inflamaba de adoración. Algunas

veces era incapaz de sufrir su emoción, se levantaba y caminaba inquieto de arriba abajo en su habitación, percibía el cansancio, de cuando en cuando, bebía un poco de vino dulce de Judea o comía un dátil o un trozo de pan. No sentía entonces tristeza por Prisco. El joven soldado estaba a salvo, había visto a Dios con sus propios ojos, la tristeza que Lucano sentía era por Iris, su madre, y por aquellos otros que amaban a Prisco y que se lamentarían por él. «Pero yo no puedo lamentarme. Él ha sido bendecido»

Los pájaros de la noche quedaron silenciosos repentinamente y el aire frío del amanecer trajo los cánticos de otros pájaros y las fuentes sonaron con un sonido más cercano. El evangelio de la crucifixión quedaba terminado. Había otras partes que añadir, después de hablar con María y los apóstoles. Una ligera luz sonrosada, débil y tenue se proyectó a través de la puerta; Lucano se levantó y salió a la blanca columnata más allá de la puerta.

Nunca había visto una vista más hermosa ni llena de paz, sobre la montaña. El mar hacia occidente, tenía el color de las uvas maduras, moviéndose hacia oriente de donde procedía la luz. El puerto estaba lleno de grandes galeones, sus mástiles blancos más altos parecían tocados ligeramente con un sonrosado fugitivo. El cielo se inclinaba purpúreo y en sus más bajos lugares las estrellas fulgían ligeramente como si descendiesen tras una turba de tierra.

La pálida luz de la luna las seguía, hundiéndose para descansar. Cesárea apenas si se había despertado; la ciudad se extendía sobre el mar y la montaña sobre la que se elevaba el palacio de Pilatos, apretadas masas de tejados blancos relumbraban como nieve. Todo alrededor de aquel monte en particular se elevaba; plateados olivares, murmurantes con las voces de las palmeras y los cipreses, aunque algunos de ellos estaban tan desnudos como el bronce. Pero los jardines descendiendo ligeramente de los palacios mellizos de Pilatos y Herodes aparecían de un verde nuevo llenos de senderos curvados de piedra roja machacada o blancas piedras deliciosas con nuevos planteles y parterres de fragantes flores con árboles resinosos. El aire puro bañaba todos los alrededores, claro y transparente a medida que la tierra se iluminaba y las blancas estatuas esparcidas a través de los jardines empezaban a brillar débilmente.

Lucano suspiró con placer y plenitud. Un ligero viento se elevó desde el mar y las crestas del agua quedaron cubiertas en un delicado color rosa. Lucano miró al cielo oriental, ancho y púrpura, estremecido de luz escarlata, y sobre este lago de fuego tembloroso los cielos habían tomado un tinte de jade insondable e intenso. Abandonó la columnata y volvió al palacio andando suavemente sobre los senderos engravillados. Y entonces frunció el ceño. Ninguna ventana se asomaba al otro lado de la montaña y en consecuencia se veía desnuda y amarilla, incluso la luz que empezaba a emerger, tenía allí un tono de limón fuerte, como si el desierto y el aire que se alzaba de ella fuese pesado y cálido. Allí instantáneamente surgía la belleza de la fealdad. Tuvo conciencia, por primera vez de estar cansado y sus ojos parpadearon. Descendió la colina durante un buen trecho, sintiendo la pesadez de aquella tierra amarilla bajo sus sandalias, escuchando el resbalar de pequeñas piedras que se extendían a sus pisadas. Era un lugar desolado aquél, y la desolación había sido creada por el hombre. Se sentó en un tronco suspirando y frotando sus ojos, miró las cimas de los montes que lo rodeaban, que adquirirían un mayor contorno momento tras momento. En pocos minutos el sol surgiría tras el monte oriental más alejado como un guerrero revestido de armadura de oro.

Lucano oyó el rodar de las piedras y mirando hacia abajo vio un perro amarillo del color de la misma tierra. El perro viendo su mirada se detuvo y le miró fijamente. Era un animal de tamaño mediano, y cada pelo de su rizada pelambreira parecía poseer un extraño brillo que destacaba en aquella atmósfera aguda y seca. Tenía un aspecto sinuoso, fiero, tímido y muy agresivo, su cabeza plana echada hacia adelante, olfateando, y sus ojos brillantes como salvajes rubíes. Lucano sintió su desconfianza y le sonrió. No era un perro de raza, mimado o alimentado con delicadezas de una mesa de patricios. Aparentemente había sido castigado, porque miró a Lucano con fiereza, y éste pudo ver los rápidos movimientos de sus costillas mientras jadeaba un poco.

Lucano amaba profundamente a los animales, silbó suavemente, extendió sus manos y chascó sus dedos. El perro dio unos cuantos pasos hacia atrás sin apartar sus ojos de él. De pronto se quedó muy quieto, su cabeza aún inclinada hacia adelante, contemplándole como sorprendido. Tras él había unos matorrales polvorientos y secos. Lucano sonrió otra vez al ver un grupo de cuatro cachorrillos emerger gruñendo, y rodear al animal que aparentemente era su madre.

—Ven —murmuró Lucano, extendiendo su mano y chasqueando sus dedos con un tono de confianza.

El animal alzó sus orejas y de su garganta surgió una pregunta esperanzadora. Entonces su boca se abrió mostrando sus dientes en una sonrisa casi humana de afecto, se inclinó hacia el monte, descendió la colina y saltó, maloliente, pestilente y polvoriento sobre su pecho. Sus agudas patas se apoyaron en su hombro, olfateó su cuello, su rostro y le lamió las mejillas como dándole besos fervientes.

Él no se sintió molesto por el olor de carroña. La sostuvo en sus brazos y le habló como un padre. « ¡Pobre criatura!» Recordó que Dios había bendecido a los animales de la tierra mucho tiempo antes de que hubiese creado al hombre. El excitado corazón palpitaba contra el de Lucano como en un ardiente deseo de amor. Los cachorros ascendieron la colina perezosamente y contemplaron a su madre con asombro y examinaron a Lucano olfateando sus pies, luego suspirando se echaron a sus plantas y reclinaron sus pequeñas cabezas contra su carne. Él continuó acariciando a la madre y ella se mantuvo junto a él como si deseara mezclarse con él. De su garganta surgía un desolado e inexpresable murmullo de ruego. Qué consoladores eran los animales. Nunca eran malos. Vivían sin hipocresía de acuerdo con su naturaleza. Cazaban, no por deporte sino para alimentarse. Poseían una inocencia salvaje y un encantador jugueteo, y sus lealtades eran seguras y sin malicia. Los griegos habían afirmado que no tenían alma, pero sin duda que esto no era cierto. Tenían

almas de niño, simples y sin malicia, e incluso sus pasiones eran infantiles y no corrompidas como las de los hombres. ¿Conocían a Dios? ¿Quién podría contestar a esta pregunta con seguridad? Incapaces de tener virtudes, eran por lo tanto libres de culpa verdadera. Incluso el audaz tigre, el fiero león, el poderoso elefante, las multicolores serpientes eran incapaces de malicia real como era el hombre. Por lo tanto no les impedía amar a Dios.

El animal repentinamente olfateó en los brazos de Lucano. Alzó su cabeza rígidamente, luego gruñó y saltó de sus brazos cayendo al suelo con un aullido que era a la vez familiar para él. Lo había oído en Siria, en los alrededores de Alejandría, en las plateadas montañas de Grecia y se sintió aturdido. El perro aulló a sus cachorros y éstos se pusieron en pie apartándose de Lucano, rodearon a su madre y huyeron con ella hacia los matorrales y desaparecieron allí inmediatamente. Eran chacales, los más odiosos y despreciables animales, los portadores de rabia, los comedores de carroña, los despreciados de bestias y hombres. Lucano no les había visto nunca antes porque eran criaturas nocturnas. Miró sus manos que habían estado en contacto con los chacales, donde habían yacido y se sintió lleno de asombro y sorpresa, porque supo que odiaban y temían al hombre y le evitaban como a la misma muerte.

Miró hacia atrás, arriba a lo lejos de la colina, amarilla, cálida y polvorienta, y vio un grupo de soldados petrificados, entre ellos Plotio y Josuá, el médico, y un hombre que nunca había visto y a quien reconoció como romano; estaba vestido con una toga blanca y tenía un severo rostro pálido y una nariz aquilina, su cabeza estaba calva y únicamente alrededor de sus oídos, se veía una línea de cabello negro y escaso. Sus brazos desnudos estaban cubiertos con oro y en sus dedos brillaban anillos con la primera luz diurna. Todos aquellos hombres estaban absolutamente silenciosos y tenían expresiones de asombro. Lucano se levantó. Se sintió un poco embarazado de haber sido descubierto allí en aquella colina. Empezó a descender. Entonces Plotio se adelantó con un extraño aspecto.

—Eran chacales, Lucano —dijo en un tono raro mirando profundamente a los ojos del otro hombre.

—Sí, lo sé —dijo Lucano—, debo lavarme las manos al instante. Son portadores de la rabia.

La extraña expresión de Plotio se intensificó.

—Estaban sentados a tu alrededor, y la madre estaba en tus brazos. Nunca he oído de una cosa semejante antes de ahora.

Se encogió de hombros y continuó mirando a Lucano con una mirada de asombro.

—De momento no supe que eran chacales —dijo Lucano como si buscara una excusa.

Plotio colocó su brazo alrededor de su hombro y le abrazó. Entonces Lucano vio que había lágrimas en los ojos del soldado. Lucano quedó asombrado.

—Prisco —exclamó—. Prisco.

Plotio sonrió de una forma muy peculiar.

—No, no está muerto. Está mucho mejor.

Parecía estar abstraído a medida que ascendían juntos. Entonces Josuá destacándose del grupo llegó a su encuentro, sus rojizos ojos estaban humedecidos y extendió su mano para que Lucano la tomara y le ayudó a ascender la cima en silencio. El extranjero esperó y miró a Lucano curiosamente.

Josuá dijo una cosa misteriosa.

—No me asombro por los chacales. No me asombro de que no huyesen de él, sino que le abrazasen.

—Ni yo tampoco —dijo Plotio.

Lucano se echó a reír y dijo:

—Pobres criaturas...

Deseó acudir al instante junto a su hermano para ver si necesitaba de su ayuda. Pero entonces vio el rostro del extranjero. Plotio se dirigió a él.

—Noble Poncio Pilatos, éste es nuestro buen amado médico, Lucano, hijo de Diodoro Cirino.

Entonces Poncio Pilatos, el terrible Procurador de Israel hizo una cosa insospechada. Extendió sus brazos y los apoyó sobre los hombros de Lucano. Los otros permanecieron contemplándole porque aquel frío y austero hombre, acostumbrado a la adulación nunca hablaba excepto impersonalmente, con brevedad, a todo el mundo, como si ningún hombre fuese digno de su consideración,

Lucano pensó: Aquí está el hombre que intentó salvar a Jesús, pero la plebe callejera, asesina como siempre, no se lo permitió. ¿Se habrá también él sentido emocionado como Prisco?

Pilatos le sonreía y las pálidas arrugas de su rostro se profundizaron.

—He oído muchas cosas de ti, procedentes del César —dijo—, en cierta ocasión César me dijo: He encontrado sólo un hombre justo, incorrupto y bueno, sin malicia ni avaricia, su nombre es Lucano y es médico. Le recuerdo en mis momentos más oscuros.

Lucano se ruborizó cortado.

—César me hace un gran honor, pero no es cierto. He sido el más ciego de los hombres, el más amargo, el menos reconciliado y sin méritos.

Pilatos tomó su mano y examinó el anillo de Tiberio.

—Has tenido esto durante mucho tiempo pero nunca se lo has enviado al César y nunca le has pedido nada. Esto solo es de por sí una maravilla.

Examinó después el anillo de Diodoro.

—Llevas este anillo dignamente, Lucano. —Luego suspiró.

—He enviado a mi esposa a Roma porque está enferma del espíritu; —Hizo una pausa—.

Pero yo soñé hace dos noches que debe volver aquí. Creo en los sueños. Mi esposa tuvo un sueño muy extraño mucho antes y yo debía haberla escuchado, pero no lo hice.

—El sueño habla la verdad, noble Pilatos —dijo Josuá.

Tomó a Lucano de un brazo y le dijo amablemente:

—Vamos. Acudamos junto a tu hermano que desea hablar contigo.

La ansiedad de Lucano volvió y olvidó el preguntar acerca de las palabras de Pilatos.

—¿Ha dormido durante la noche? ¿Sufre dolores?

—Ha dormido durante la noche. No sufre dolores —dijo Josuá en un tono ambiguo. Miró largamente a los ojos de Lucano como si buscara algo en ellos.

Lucano empezó a andar rápidamente y ahora era de nuevo el médico quien actuaba. Josuá dijo a medida que ascendían las amplias escaleras de mármol de la casa:

—Niceas está sentado junto a tu hermano, sin hablar y llorando

—¿Por qué? —exclamó Lucano con temor.

—Lo verás. Vuelvo a asegurarte que tu hermano está mucho mejor.

Lucano empezó a correr y Josuá le siguió jadeante exclamando:

—No somos jóvenes, y yo no soy un atleta como tú, mi querido Lucano.

Pero Lucano corrió como el viento a través de las habitaciones brillantemente iluminadas por el sol y llegó ante la habitación de Prisco. Cuando un esclavo abrió la puerta, Lucano se precipitó adentro rápidamente, pasó a la antecámara y luego al dormitorio. Corrió a la cama de Prisco esperando encontrar un cadáver, pero encontró, asombrado, que Prisco estaba sentado sobre sus cojines y disfrutando de su desayuno. Junto a él, sentado en silencio estaba Niceas, con la cabeza inclinada sobre su pecho como si meditara:

—Bienvenido, bienvenido —dijo Prisco, dejando un enorme tazón de leche de cabra.

—Querido hermano Lucano. Me has ayudado, he dormido como un niño la pasada noche y me he despertado sin dolor y tan solo hambriento.

Lucano le miró boquiabierto y estupefacto. El rostro descarnado de Prisco estaba liso y matizado con un ligero color rosa, sus humildes ojos brillaban juveniles. Extendió sus brazos.

—Puedo levantarme de la cama ahora, porque estoy bien. Mírame, ¿tengo el aspecto de un hombre enfermo? Pero debo permanecer aquí dicen estos tontos doctores, cuando la salud recorre mi cuerpo fuerte, pulsante.

Niceas se levantó e hizo una profunda reverencia a Lucano.

—¡Oh, Esculapio —murmuró el médico—, has consumado un milagro!

Alcanzó la mano de Lucano y la besó humildemente.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No hice nada, excepto rogar por él —murmuró Lucano.

—Fue bastante —dijo Niceas—. ¿Acaso los dioses niegan algo a sus hermanos?

—Fue bastante —dijo Josuá—. ¿Acaso niega Dios algo a sus elegidos?

Prisco prorrumpió en un profundo sollozo seco e inclinó su cabeza contra el brazo de Lucano.

—En mis sueños me dijeron que cuando mi hermano viniera me vería libre de dolor.

Lucano puso la cabeza junto a su frente y la frotó cariñosamente.

—No comprendo —murmuró.

Luego apartó las ropas del cuerpo de su hermano y se inclinó sobre su estómago e hígado palpando sus glándulas. Los amenazadores tumores habían desaparecido. La carne estaba delgada y libre y el pulso era firme.

Lucano se levantó.

—No es posible. —Miró a Niceas y a Josuá en tono implorante—. Hemos cometido un error.

—No —dijeron sonriéndole.

—Por tu mediación, Dios obró el milagro, como testimonio nuestro —dijo Josuá—, como Él cura a los hombres por su toque o por su palabra, así Él ha curado a tu hermano oyendo tus ruegos. Bendito seas Lucano, porque eres uno de Él, y hemos visto con nuestros ojos y hemos oído con nuestros oídos y alabamos su nombre.

Lucano se sentó abruptamente y le miró. Luego se levantó de nuevo y examinó cuidadosamente a Prisco. Ninguna señal de tumor podía descubrir con sus dedos.

Prisco cogió un racimo de uvas y las comió con apetito, pero sus ojos miraban con suavidad a Lucano.

—Sabía que podías ayudarme —repitió—, conocía mi enfermedad y era mortal. Pero me has curado.

Lucano se sentó y ocultó su rostro, y se sintió conmovido por las lágrimas.

—¡Oh!, que me hayas escogido a mí, a mí, que te odié. ¡Oh!, que hayas condescendido hasta mí cuando yo te había rechazado. ¡Oh!, que hayas andado conmigo, cuando te había rehuido a través de todos los años de mi vida. Perdóname, Padre, porque no sabía lo que hacía.

Volvió su rostro hacia los médicos y dijo:

—No fui yo quien curó a mi hermano, sino sólo Dios. No soy yo quien tengo mérito, sino sólo Dios. Alabadle a Él porque es bueno y misericordioso; escucha a sus hijos y no aflige a los hombres sin razón.

Josuá humedeció sus dedos en vino y dibujó la figura de un pez sobre la mesa de mármol.

—En griego. ¿Qué es esto? —preguntó a Lucano como si se tratara de un anagrama.

—Cristo —dijo Lucano.

—Es el signo de los cristianos —dijo Josué—, les encontrarás buscando este signo.

CAPITULO XLVI

AUNQUE Poncio Pilatos un romano de rango ecuestre, era invariablemente cortés con Hilel ben Hamram y Arie ben Elazar, era evidente para el sensitivo Lucano que no sentía ningún amor hacia los judíos. Esto era aparente en su expresión de alivio cuando los dos jóvenes judíos partieron para Jerusalén, a recoger noticias para Lucano, respecto a los expatriados cristianos. Dijo a Lucano:

—Soy amigo de Herodes, que es medio griego. Pero a los judíos no los comprendo. Cuando construí un acueducto muy necesario para su uso, al no haber dinero, confiscé los tesoros del templo. Los dioses, incluso ese Dios judío, deben inclinarse ante las necesidades humanas. Con esta confiscación cometí el más vil de los crímenes. Hubo alborotos que me vi obligado a aplastar rudamente y muchos murieron. Nosotros los romanos aceptamos a nuestros dioses con realismo, también con alguna ironía. Pero sonreiros satíricamente al omnipotente Dios y los judíos caerán sobre vuestra garganta. Incluso vuestros propios amigos. No bromean con Él, como nosotros bromeamos con nuestros dioses en forma civilizada, su ley está por encima de todas las leyes humanas por sensibles que sean. He estado diez años con los judíos y estoy desesperadamente aburrido de su fanatismo, de su devoción por Dios. Hablan de Él y riñen a causa de Él. Están llenos de sectas donde divergen sus opiniones.

—Tomemos a los judíos como intelectuales —dijo Pilatos con impaciencia—, ¿discuten ellos la filosofía del mundo, las artes, o las ciencias? ¿Aman los comentarios? No. Son eruditos. Sin embargo te juro, mi buen Lucano, que sus discusiones se centran exclusivamente sobre lo que uno de sus profetas... quería decir cuando interpretó la más insignificante ley de su Dios. Están locos, completamente locos. Desprecian a nuestros dioses, llamándoles espíritus malos, nos denuncian como adoradores idólatras. Yo no me siento particularmente ofendido porque es una ofensa a Roma. Si su Dios fuese tan poderoso, ¿por qué no les libra de nuestras manos? He llamado la atención sobre esto a los sacerdotes y me miran con ojos fieros y permanecen silenciosos.

Lucano escuchaba sin decir nada. Pilatos suspiró de nuevo, jugueteó con un pliegue de su toga inquieto. He pedido a Tiberio que me releve y espero que lo haga. Mi pobre esposa Prócula, está actualmente en Roma, casi fuera de sí misma. Tuvo un sueño acerca del hombre que ordené fuese ejecutado. Un Rabbí judío, el Maestro que estaba levantando a la gente contra Roma. No encontré ninguna falta en él, pero Herodes estaba enloquecido. Él y sus sumos sacerdotes me aseguraron solemnemente que estaba incitando al pueblo y que había otros testigos de una secta judía, los fariseos, que son hombres respetuosos afirmando esto. Por mi parte creí que tan sólo estaba despreciando a los sacerdotes, a quienes había ofendido a causa de algunas libertades suyas en la interpretación de la ley. ¡Qué ley la suya!... Están dispuestos a morir por su Dios y a abandonarlo todo por Él y esto conduce a la locura.

—No te preocupes —dijo Lucano suavemente—, ha sido profetizado desde todas las edades que moriría así. Tú tan sólo has sido su instrumento.

Pilatos le miró curiosamente. Luego movió su cabeza.

—Mi querido Lucano, no debes escuchar a esos judíos. Ésta es sólo otra de sus múltiples y peleadoras sectas, estos hombres que se llaman a sí mismos cristianos. Hace dos semanas me vi impelido a ordenar la ejecución de algunos judíos cuando ofrecían sacrificios, invocaban a su Dios para que destruyese Roma y librase su tierra santa de ella. Nosotros tenemos nuestras propias leyes y deben ser respetadas.

Lucano le miró con horror.

— ¿Un asesinato?

Pilatos se encogió de hombros.

—Ya te he dicho antes que los judíos están locos. Están llenos de sentimientos de insurrección y creen completamente que ese Rabbí suyo, a quien tuve que ejecutar, había lanzado su encanto sobre mi esposa y por lo tanto ella tuvo sus sueños especiales.

— ¿Qué hay de los cristianos ahora? —preguntó Lucano en voz baja.

Pilatos se movió enfurecido en su tallada silla.

—Los he proscrito en toda Judea. La gente me mira sobriamente en todo Jerusalén, porque debido a esta nueva secta y a su dirigente ejecutado amenazan con sus puños a mis espaldas y me profetizan cosas malas. He dado órdenes de que sus seguidores, quienes se llaman a sí mismos cristianos, porque declararon a Él el Cristo esperado a través de todas las edades, sean cazados, apresados y destruidos. Son un peligro para Roma.

Lucano se levantó y miró hacia las columnas brillantes, hacia Cesárea, resplandeciente al cálido sol y más allá de su puerto, el purpúreo mar con sus cegadoras crestas de luz. El muelle estaba lleno de actividad. Pero, aquí, sobre los jardines se estaba fresco y tranquilo, las abejas zumbaban alrededor de las flores, mientras las fuentes parecían danzar.

—Es un alivio —dijo Poncio bebiendo un poco de vino, luego frotándose sus manos débilmente sobre su pálida y arrugada faz—, hablar con un hombre sencillo, insensible y no con un judío. He oído mucho de tu

milagro en favor de tu hermano, a quien amo entrañablemente. Estoy enfermo, Lucano y la carne pesa en mi cuerpo. Mi alma está en trabajo no sé por qué razón, yo lo desconozco.

— ¿De qué le sirven a los hombres los dioses? Es presuntuoso pensar de otra manera. Sin embargo, siento con certeza que Apolo te ha tocado y te ha dado su misterioso poder de curar.

— ¿Deseas que te cure? —preguntó Lucano sin volverse hacia él.

—Te aseguro que ya no duermo. No te rías de mí. Pero veo el rostro de aquel Rabbí que apareció ante mí como un hombre amable, incapaz de hacer daño, excepto su incitación al pueblo. ¿Acaso lanzó un encanto contra mí cuando miré su rostro?

Lucano volvió hacia Pilatos y se sentó junto a él mirándole con piedad.

—Te haré una poción, Pilatos, que te permitirá dormir esta noche. Me alegro de que vuelvas a Roma porque algo te oprime aquí.

—Así es —suspiró el Procurador, luego se reanimó olvidando los actos de los judíos y a su Mesías—. Hablemos de cosas más importantes y eruditas. ¿Sabes cuanto tiempo hace que he tenido una conversación inteligente con alguien? He estado estudiando la teoría aristotélica del origen espiritual de todas las cosas. Esta teoría me divierte, ¿por qué no son nuestros dioses aún más espirituales que importantes? Los romanos que son voluptuosos prefieren la teoría de los epicúreos en sus explicaciones mecánicas del universo.

«La teoría atómica del origen de toda materia es más realista, aparece y atrae a la mente racional. Nuestra virtud romana es de gran moral y una cualidad social. Recordarás que nuestro emperador Augusto dijo: «¿Quién se atreverá a comparar estos poderosos acueductos con las inútiles pirámides o las famosas obras de los griegos?»

—Estoy de acuerdo con él..., como romano prefiero nuestra virtud al incomprendible arte de los griegos, que buscan y exigen una excelencia de mente y espíritu más allá de la capacidad humana.

Lucano sonrió abstractamente.

—Debo estar en desacuerdo, porque soy griego. El hombre es algo más que un animal. Los romanos son ciertamente epicúreos naturalistas y por lo tanto han inventado la democracia que trae como consecuencia, la semilla de la discordia.

Los ojos exhaustos de Pilatos brillaron con un nuevo interés. Se levantó.

—Pero se dice que los griegos inventaron la democracia, mi querido amigo.

Lucano movió su cabeza.

—No la democracia romana. Fue la democracia de la mente, el limitado encuentro del hombre intelecto y no la simple y mera cuestión del encuentro de los cuerpos físicos de la multitud para su propio interés. La explotación de los que son sus mejores intelectuales. No siempre estoy de acuerdo con Platón, pero recordarás su consejo de que la ciudad caerá cuando el hombre de bronce abra las puertas. El mundo está guardado por hombres de bronce. Mucho después de que Roma haya caído, la sabiduría de los griegos continuará iluminando la mente de los hombres, porque las cosas del espíritu son más importantes para ellos que las cosas del cuerpo.

Pilatos le miró incrédulo.

— ¿Hablas en serio?

—Ciertamente. Sin embargo, no temas por Roma —Lucano sonrió secamente— siempre habrá naciones materialistas siguiéndola a través de las edades y su virtud continuará dominándola. La creencia de que los acueductos y los departamentos de sanidad, los edificios públicos y el pan, la ciencia, los circos y las carreteras, pueden satisfacer las necesidades del alma humana. La lucha fue iniciada hace muchos siglos entre los hombres que reverencian el espíritu humano y los hombres groseros que no sólo declaran que no existe el espíritu sino, que las alcantarillas y los conductos de los negocios prósperos del comercio, son las únicas cosas que tienen importancia en la vida.

Poncio reflexionó. El pálido brillo de su inquietud se reflejaba en su rostro. Bebió algo más de vino, luego dijo:

—No soy un obtuso y un hombre completamente materialista. Creo en la mente humana, aunque perezca con el cuerpo. Creo más en el bienestar físico de la gente.

Su intranquilidad aumentó. Sus delgados rasgos se tensaron mientras pensaba —no puedo alejar aquel hombre de mi mente— dijo inquieto, como si él y Lucano no hubiesen hablado de otra cosa—. Recibiré con gusto tus pociones.

Miró a Lucano de lado.

—La cura de tu hermano no fue ciertamente de una forma ordenada y corriente, en la forma inteligente de los médicos. ¿Puedes curarme sin pociones, Lucano?

Lucano se inclinó hacia él y en su rostro brillaba una fuerza tan vívida, que Poncio crujió supersticiosamente y tocó el amuleto que tenía bajo su túnica.

—Si, —dijo Lucano sintiendo un poder sobrenatural en él. Extendió el anillo de Tiberio hacia el elegante romano—. Debes retirar la proscripción contra los cristianos al instante.

—Estás loco —exclamó contemplando el magnífico anillo—. Vuelvo a decirte que no conoces a esos enloquecidos del Dios judío. Ni sabes tampoco en lo que ha venido a parar Tiberio. Es ahora un hombre salvaje y terrible. Me ha dado tan solo una orden. Mantener la paz en Judea. Te aseguro que es terrible. La plebe le ha corrompido fieramente. Si quitase esa prohibición contra los cristianos judíos, habría de nuevo el desorden y el alboroto y Tiberio me trataría con severidad. ¿Qué significa esta gente para ti, un griego, el hijo adoptivo de un noble romano?

—Me llevaría una vida contestarte —dijo Lucano—, pero siento algo doloroso extraño de ti. Me has dicho que Jesús te persigue en tus sueños y que no te deja en paz. Crees que tendrás nunca la paz hasta que abandones la persecución de su pueblo y de sus seguidores. Te aseguro que no.

Se quitó el anillo del dedo y lo puso en la palma de la mano de Pilatos.

—Envía esto a César. Escríbele que he solicitado que tus órdenes contra los cristianos fuesen retiradas. Dile que te he rogado esto y ante la presencia de su anillo no tenías derecho a rehusar mi petición.

Pilatos movió el anillo en la palma de su mano reverentemente pero con temor. Estaba en un dilema. Luego dijo:

—Volverán los alborotos. Estos judíos lo harán y yo recibiré los reproches —luego vaciló, sin embargo éste es tu ruego y aunque es incomprensible para mí, ¿quién soy yo para desobedecer los deseos de César implícitos en este maravilloso anillo?

Puso el anillo en su bolsa y se tranquilizó en su silla como un hombre enfermo se siente aliviado después de una buena medicina.

—Francamente —dijo—, no me siento feliz acerca de mis órdenes contra los cristianos. Me disgusta esta lucha a causa de la religión que es una cosa sin importancia. Los dioses romanos se ríen. El Dios judío nunca se ríe.

Se levantó.

—Me siento aliviado ya. Mi depresión y mi melancolía están desapareciendo; por anticipado disfruto del disgusto que tendrá Herodes.

Hablaba de Herodes con maliciosa intención.

—Hubo un desgraciado judío que llegó a Jerusalén, uno llamado Juan el Bautista, que gritaba había venido como mensajero delante de Dios. Exclamaba que estaba anunciando al Mesías judío. Herodes oyó esto y su espíritu judío brilló con excitación, aunque lo es todo menos un hombre religioso. Es un hombre muy realista. Interrogó a Juan. Aparentemente había un acusado desacuerdo entre los dos, Herodes, el culto Tetrarca de Jerusalén, y ese salvaje, ignorante asceta del desierto. El por qué Herodes condescendió incluso a preguntarle, está más allá de mi comprensión, excepto de que Herodes tiene las supersticiones judías en su cabeza. En cualquier caso, hizo prudentemente destruir a Juan. Yo estaba en Roma en aquel tiempo y hasta Herodes rehúsa todavía discutir el asunto de Juan que a mí me divierte. Sin embargo comprendo que Herodes se sintió desilusionado posteriormente por Jesús, aunque también le interrogó a él. Su desilusión alcanzó el extremo de una ira furiosa.

— ¿Quieres saber lo que pienso? Herodes había esperado, en la parte de su alma que permanece sombría, que allí ciertamente estaba el Mesías judío, llegado para librar a Judea de las manos de Roma y levantar a su pueblo como reyes sobre el mundo.

Para entonces Pilatos había recobrado su buen humor. Sintió la vuelta de su salud, la ligereza de su cuerpo y la tranquilidad de su mente. Sirvió una copa de vino para Lucano y brindó con él.

—Fue un buen día cuando tú me visitaste —dijo—, y ahora sé por qué he tenido mis sueños.

—Yo también —dijo Lucano con una sonrisa enigmática.

Hilel ben Hamram escribió a Lucano desde Jerusalén. «He encontrado a María, la madre de Jesús, mora dentro de las murallas de Jerusalén y vive con un joven llamado Juan que es para ella como un hijo. He oído de un tal Pedro, que es seguidor de Jesús de Nazareth, está en Hople escondido, ven.»

«Te alegrarás de saber, mi querido Lucano, que Arie ben Eleazar ha mirado con buenos ojos a mi hermana Lea. Hay muchas festividades aquí, desde que Arie llegó para heredar el patrimonio de su padre. Únete a nosotros y sé feliz.

CAPÍTULO XLVII

LUCANO permaneció en la casa de Pilatos hasta que estuvo seguro que su hermano estaba completamente recobrado. La salud de Prisco volvió rápidamente, su cuerpo consumía alimentos en una proporción enorme. Su rostro volvió a recobrar su antigua alegría morena. Brillaba con entusiasmo, él y Plotio practicaban la esgrima en el pórtico exterior y el joven no parecía tener bastantes ejercicios atléticos. Lucano estaba lleno de felicidad. Prisco volvería a sus posesiones y a su familia. Iris se alegraría.

—No tengo mucha fe en mis capataces —dijo Prisco sobriamente—, permaneceré por lo menos un año, si César lo permite, antes de aventurarme a una campaña.

Intentó persuadir a Lucano de que volviese con él, pero Lucano se negó con la cabeza.

—Tengo mucho que hacer aquí —replicó, y no dio más explicaciones aunque Prisco y Plotio le miraron con curiosidad.

Cuando Prisco insistió de nuevo en que por lo menos volviese durante algún corto tiempo, Lucano cambió de conversación. Él, Prisco y Plotio disfrutaban del brillante aire del atardecer tan fresco en aquella montaña. Lucano se puso en pie y dijo:

—Estoy cansado de contemplar vuestras luchas de gladiadores inhábiles.

Apartó su ropa y permaneció cubierto únicamente con su túnica, mientras flexionaba sus músculos. Aunque una considerable cantidad de gris cruzaba el oro de su cabello, sus rasgos griegos tenían una forma ascética, era corporalmente como un joven. Prisco se acercó a él, tomó la postura de luchador mientras Plotio les contemplaba sonriendo. Prisco se acercó a Lucano y extendió su arco para cogerle. Lucano esperó que sus dedos tocaran su hombro. Luego se inclinó hacia atrás rápidamente y Prisco salió volando por encima de sus hombros y cayó con un golpe sordo sobre la hierba. Plotio se sintió sorprendido..., no pudo ni siquiera aplaudir, Prisco yacía sobre la hierba parpadeando y agitando su cabeza mientras Lucano se reía.

—Un rayo me ha herido —exclamó Prisco levantándose.

Corrió de nuevo hacia Lucano y éste apenas sin moverse lo derribó de nuevo. Esto excitó enormemente a Plotio. Solicitó una lucha con Lucano y sufrió la misma clase de vuelo por el aire. Los dos se sintieron muy excitados. Lucano explicó como intentando justificarse.

—Es muy sencillo. No podéis imaginaros cuanto me ha servido cuando he tenido que tratar con rufianes y ladrones en las ciudades. Me lo enseñó un maestro chino en Alejandría después de que yo juré que guardaría el secreto.

Sin embargo, deseaba revelar su secreto en el arte de lanzar el disco, boxeo, esgrima, así como el salto a distancia. Incluso derrotó al diestro Plotio en esgrima.

—Vaya, exclamó Plotio —secando el sudor en su rostro con su fuerte brazo—, eres como un joven.

—No es cuestión de fuerza —dijo Lucano que estaba disfrutando mucho—. Es cuestión de gastar tu fuerza hábilmente y gastar tan poca como sea posible.

Prisco y Plotio desearon llevarle al circo cerca de Cesárea, pero Lucano no sentía ningún amor por los juegos y la brutalidad de los gladiadores. Entonces Pilatos anunció que él debía volver a Jerusalén y se ofreció a llevar a Lucano con él a lo que el médico asintió inmediatamente. Había llegado la hora de su partida. Abrazó al desconsolado Prisco y le dio amorosos recados para su familia en Roma. Luego acompañando a Pilatos y a Plotio partió de Cesárea despidiéndose de Josuá, el médico, a quien él había llegado a amar no sólo como un colega, sino como a un hermano. Plotio insistió en que Lucano visitase el templo de Apolo y de Zeus en la ciudad, a medida que la caravana de caballos y carrozas descendían del monte. Herodes había construido el enorme templo, para su amigo Pilatos y el Procurador se sentía orgulloso de él. Una doble columnata de gigantescas columnas conducían hasta el templo, alternando el mármol blanco y el rojo oscuro porfidio, lo cual le daba una apariencia exótica. El techo elevado de la columnata estaba decorado con bajos relieves de dioses, diosas, centauros, ninfas y sátiros, como voluptuosos miembros mezclándose juntos, sus rostros sonrientes y maliciosos. El aire brillante les daba una apariencia viva. El suelo estaba pavimentado de mármol multicolor, rojo y azul con círculos blancos. Pero el elevado templo, amplio y cuadrado, era sorprendentemente austero y allí se revelaba el incierto espíritu griego de Herodes, porque no había frescos, ni bajos relieves, sobre las deslumbrantes paredes y blancos techos. Dos enormes estatuas se alzaban una frente a otra, una de ellas sentada, tres veces mayor que el tamaño de un hombre, Zeus, con su barba de blanco mármol y Apolo de Rojo. Se miraban uno a otro con frías y ultraterrenas caras, las manos reposando sobre sus rodillas como si se retasen. Delante de ellos se alzaban altares con incienso humeante y allí estaba el altar plano sobre el que había una lámpara de oro y sobre la que se había inscrito: Al Dios Desconocido.

Lucano permaneció meditando ante la lámpara que descansaba sobre el desnudo altar. Pilatos colocó su dedo reflexivamente sobre sus labios y miró a la gran y sencilla piedra. Plotio deslizó unas cuantas monedas en una caja de bronce que reposa a unos pies de Zeus. La luz del sol penetraba en el templo y un vasto silencio le llenaba. El menor movimiento, incluso la respiración despertaba ecos en el techo y las paredes, hasta el débil siseo de la lámpara podía ser oído.

Lucano volvió la cabeza y contempló la enorme figura de Zeus, con su barba, sus rígidos rasgos, sus ojos profundos. El griego recordó a Moisés y sonrió tristemente acordándose de Herodes, aquel hombre rasgado entre dos mundos y dos religiones. El rostro de Apolo, aunque remoto, tenía una expresión más inquieta; las cuencas de sus ojos daban un aspecto volátil a sus rasgos a la vez que retadores. Era como si en la propia escultura de sus vestidos, en la alzada de su tremenda cabeza, estuviese a punto de alzarse y solicitar una lucha con Zeus para controlar a la humanidad. Y Zeus en una actitud de olímpico reposo se sentaba divinamente grandioso. Lucano estaba seguro, en aquella radiante y rápida luz. Una ligera sonrisa jugueteaba en sus carnosos labios. El séquito tomó la estrecha carretera cerca del antiguo mar, que tenía un color que excitaba la vista. Muy tranquilo, yacía como un cielo azul extendido hacia el horizonte, sobre el que barcos con sus blancas velas flotando se deslizaban majestuosamente. Los caballos aceleraron la marcha en la carretera, porque era largo camino hasta llegar a Jerusalén, el aire era puro, aunque un polvo amarillo se alzaba de nuevo porque allí la tierra era arenosa. A la izquierda de los viajeros se elevaban las montañas bajas, desnudas por el incandescente calor, otras marcadas con múltiples terrazas de piedra que incluían trozos de tierra cultivada, color esmeralda y oro. Campos de olivos como vieja plata, elevaban sus retorcidas ramas en el aire, las ovejas bebían o pacían bajo ellos, dejando que su fecundo estiércol fuese aprovechado por los árboles. Grupos de palmeras datileras se elevaban en las laderas; entre sus polvorientos fondos podía ser visto el cálido oro de su brillante

fruto. Los viñedos se tostaban al sol sobre las terrazas inclinadas y los árboles frutales se apoyaban contra amarillentas piedras y los cipreses permanecían en grupos de centinelas, oscuros y vigilantes, sus ramas inmovibles. En las partes inferiores de la montaña, frescas y brillantes, pacía el ganado y pequeñas fuentes surgían de la tierra burbujeando como una rápida plata. Los niños las guardaban perezosamente; un rebaño de

patos comía esparcidos y reñían entre ellos. Allí y allá una baja capa se alzaba en los trozos verdes, rodeada de pastos y flores; las mujeres hilaban y levantaban sus cabezas para contemplar el ruidoso séquito que pasaba por allí cerca. Algunos perros ladraban. Era una hora temprana de la mañana, pero los pájaros estaban silenciosos en sus nidos.

Lucano se sintió lleno de paz en aquel pacífico paisaje, el mar a su derecha, la montaña a la izquierda. Permanecía sentado en la carroza de Plotio; hombres a caballo marchaban ante ellos, llevando los estandartes, las águilas y las banderas de Roma, sus anchas espadas colgadas de su costado, sus yelmos brillando al sol. Plotio empezó a cantar canciones propias de los soldados. Poncio Pilatos se sentaba en su propia carroza esculpida de bronce, pálido y silencioso, su cabeza inclinada como si estuviese dormido. Un esclavo permanecía de pie junto a él con un parasol de rica seda para preservarle del sol. Iba vestido de negro. Los campesinos caminaban a lo largo de la carretera llevando cestos de fruta en sus cabezas o manojos de vegetales en la mano. Se apartaban silenciosamente para dejar paso al importante cortejo y miraban tras ellos, con oscuros, fieros y resentidos ojos. Un hombre golpeaba a su burro rebelde que seguía a los carros con una cadena de juramentos y su compañero sonreía tímidamente.

Y siempre, esparcidas por doquier, estaban las férreas fortalezas de Roma, sobre cuyos tejados estaban los soldados que saludaban con la mano en señal de reverencia. Las banderas adormecidas en el tranquilo aire de la mañana. Un agudo olor se alzaba de los bosques de pino, donde los campesinos los estaban sangrando para obtener su resina. De cuando en cuando aparecían grupos de muchachas que llenaban sus jarros en los pozos, miraban a los carros y a los jinetes con ojos oscuros y repudiantes, los pliegues de los paños de la cabeza llenos de un polvo sucio y sus morenos pies desnudos. Así pensó Lucano, que no es tan pacífico como yo creí. El pueblo odia a los romanos, este pueblo sencillo de la tierra. En forma distinta a sus hermanos más sofisticados que, en las ciudades hacen buenos negocios con el enemigo y se ríen y lloran con él. El cortejo se paraba para comprar higos o dátiles de algún campesino, que silenciosamente los alargaba sobre anchas hojas verdes, o se detenía para beber en un fresco manantial y estirar sus piernas. Posteriormente se sentaron en un pinar para comer una excelente comida de aves frías, carnes, aceitunas, granadas, lenguas preparadas de cordero y vino.

—Detesto viajar —se quejaba Poncio Pilatos limpiando sus manos fastidiosamente en una blanca servilleta de lino—, y especialmente en esta tierra extraña. El vino es abominable.

Pero para los labios de Lucano era dulce, meloso y suave. El rostro de Pilatos estaba sofocado y suspiraba. Dijo a Lucano con una mirada afectuosa:

—He dormido como un niño, gracias a ti, mi querido Lucano, y aunque mis pensamientos son algunas veces pesados ya no me siento deprimido. He enviado el anillo al César y él te lo devolverá por correo.

Continuaron su camino. Las montañas reverdeaban con calor. Cruzaron pequeñas agrupaciones de casas construidas de barro amarillo, protegidas por grupos de oscuros cipreses. La tierra parecía danzar en olas de calor, el mar brillaba como un fuego azul. Aquí y allá las montañas tomaban un aspecto cuadrado, furioso, sulfuroso y áspero. Blancas paredes a lo largo de la carretera danzaban mostrando flores rosadas o purpúreas. En cierta ocasión oyeron el fuerte tronar de una estrecha catarata que saltaba en un lado de la montaña. Pequeños valles de un verde lívido se extendían como dedos entre los montes.

Allí, a lo largo de aquella carretera, dirigiéndose hacia su hogar, creyó haber caminado muchas veces, pensó Lucano. Conocía aquel polvo, aquellas aldeas donde se detenía para refrescarse, aquellas voces, aquellos pozos, aquellos cipreses, aquellas flores, aquellos diminutos prados. ¿Acaso Él se sentó en alguna de aquellas piedras hablando a sus cansados seguidores? ¿Acaso se acercó para tomar unos racimos de dátiles en aquel lugar? ¿Acaso comió un puñado de aquellas aceitunas negras, que destilaban amargor? ¿Acaso sonrió a aquellas ovejas? ¿Acaso miró al deslumbrante mar? ¿Acaso disfrutó de una roja granada? Había allí un pozo que parecía un espejo azul. ¿Se bañó sus cansados pies en él? Y..., ¿qué dijo, en su amabilidad, a aquellas muchachas que estaban en el pozo? ¿Qué pensó de las redondas o cuadradas fortalezas romanas alzadas en el suelo de su país? Debió haber mirado a sus torreones y soldados reflexionando. El aire era luminoso y silencioso allí. « ¿Escuchó el eco de los cascos de los caballos romanos y de las ruedas de sus carrozas como las oigo yo ahora? » Lucano se sentía lleno de asombro y humildad.

Salvaron el flanco de una elevada montaña y un lano cubierto de rojas amapolas se extendió a su derecha, mezclado con extrañas flores amarillas, ardiendo bajo el sol. Era un campo de trigo, puro oro, meciéndose ligeramente, mientras los campesinos recogían la cosecha, llamándose unos a otros en un arameo toscó. Detuvieron su trabajo por unos momentos para contemplar el paso de la comitiva y su silencio era amenazador. Pero el llameante cielo se arqueaba sobre las montañas y la luz era impresionante sobre las abrasadas colinas. Pilatos aprobaría su desnuda desolación. ¿Acaso los romanos no necesitaban los cipreses para sus barcos? El que ellos hiciesen que las montañas estuviesen desoladas no importaba. Entonces oyeron un lamento o cántico de lo más doloroso.

—El Señor es mi pastor —exclamaban roncadas voces en hebreo—, no temeré ningún mal. En pastos verdeantes me dará reposo. Me conducirá a aguas tranquilas.

La tierra estaba agrietada y reseca y el aire lleno de un polvo amarillento y las montañas peladas oscureciéndose lentamente, alzaban sus cabezas a poca distancia.

—Un funeral judío —dijo Plotio señalando hacia la derecha con su látigo.

—Contemplémosle —rogó Lucano, y Plotio detuvo su carro al instante, porque no podía negar nada a Lucano, incluso aquella tontería.

Los viajeros avanzaron el paso, luego detuvieron los caballos y esperaron curiosamente. El carro de Poncio Pilatos se advino con el de Plotio y dijo:

— ¿Qué es lo que no va?

—Un funeral judío —repitió Plotio—. Lucano ha querido verlo.

Pilatos frunció el ceño con un gesto de incredulidad.

Cansados y barbudos hombres vestidos de oscuro llevaban un ataúd negro, sus mujeres vestidas de gris les seguían llorando. Una de ellas permanecía aparte cantando el salmo de David con un gorro negro sobre su cabeza, sus manos unidas y sus ojos elevados al cielo. La escena era infinitamente dolorosa en aquel lugar polvoriento y seco; un pobre cementerio rodeado de un silencio ardiente. Los plañideros no se daban cuenta de que los romanos se habían detenido para contemplarles. Se deslizaban sobre la abrasada tierra en una línea patética. El cantante exclamó:

—Él no rechazará mi alma. Me conducirá por senderos rectos por amor a Su Nombre. Aunque ande en el valle de sombra de la muerte no temeré mal alguno porque Tú estarás conmigo y tu vara y tu cayado me darán aliento.

Los demás hombres se unieron a él débilmente, los portadores se inclinaban bajo el peso del ataúd porque eran viejos, las mujeres elevaron desesperadas voces en tono más alto y golpeaban a sus pechos mientras seguían a los hombres. Entonces Lucano vio que un hombre permanecía aparte, un joven que no miraba al cielo, sino fijamente al suelo y que no se unía al resonante cántico. Su rostro era terrible y pétreo, parecía no darse cuenta de nada; los pocos presentes no le miraban excepto el cantor, el Rabbí que miró hacia él con gesto de reproche y elevó su voz más alta todavía.

—Sólo la bondad y la magnanimidad me seguirán todos los días de mi vida.

El joven abrió entonces los ojos, miró temeroso a su alrededor salvajemente y colocó las manos sobre su rostro. Un rasgado grito surgió de él, repentino y agudo, después quedó silencioso de nuevo.

Lucano no supo porqué descendió de la carroza y quedó de pie sobre el polvo frente a la gente del funeral.

— ¿Qué es lo que le pasa? —preguntó Pilatos con alguna petulancia.

Los soldados, a caballo, contemplaron a Lucano y permanecieron en grupo.

El Rabbí cantante murmuraba entonces algunas oraciones y de pronto vio como Lucano se acercaba a él. Lucano con su túnica bordada en oro y su firme y hermoso rostro. El viejo Rabbí parpadeó confundido; sus ojos enrojecidos estaban irritados por el polvo y la tristeza. Luego una mirada de fría afrenta cruzó su rostro oscuro y vio a los demás en la carretera, los soldados romanos arrogantes, con sus fases coronadas de águilas, sus ricas carrozas, sus excelentes caballos, sus yelmos, espadas y banderas.

— ¿Debes tú entrometerte en esto? —preguntó el Rabbí a Lucano.

Su rostro se movía desesperadamente. Luego exclamó:

—Dejadnos romanos, adoradores de espíritus malignos. Alejaos de este lugar donde nuestros sagrados muertos duermen en el polvo. Lucano alzó su mano y dijo con mucha amabilidad en arameo:

—La paz sea contigo, Rabbí.

Ante este saludo judío, el Rabbí quedó silencioso. Estudió el rostro de Lucano y sólo vio amabilidad, simpatía y amor en él. ¿Era aquel hombre también judío? ¿Estaba emocionado en su corazón por un pequeño funeral de los pobres? Los ojos del Rabbí se llenaron de lágrimas. Miró a los portadores del féretro que se habían detenido ante una ruda fosa en la ocre tierra.

—La paz sea contigo también —respondió el Rabbí. Luego murmuró:

—Es mi hija, mi única hija, la que ha muerto. Mi pequeña, mi corderito de mi ancianidad, que era muy hermosa. Murió esta mañana al dar a luz y más allá está su joven esposo que no podrá ser reconciliado y que maldice a Dios en su corazón.

Lucano miró al joven esposo, tan abatido, silencioso, cubriendo sus ojos con las manos; era alto y esbelto, iba vestido de negro y estaba solo, como están aquellos que sufren la muerte de los que aman.

—El está desolado Rabbí. —dijo Lucano, y pensó en Rubria.

El Rabbí golpeó su pecho y las lágrimas corrieron a través de sus curtidas mejillas.

— ¿No estoy yo también desolado, señor, yo, su padre, viudo, que no tengo ya más que un débil nieto? Sin embargo alabo a Dios y me inclino ante su voluntad y sé que Él da y Él quita. Pero en cuanto al esposo de Rebeca hay esperanza, porque es joven y tiene aún a sus padres, se casará de nuevo a pesar de sus juramentos, sus exclamaciones de odio contra Dios y toda su desesperación.

Pero Lucano no podía creer aquello, porque la postura del abatido esposo era la de su ilimitada agonía. Vaciló, luego lentamente se acercó al joven y puso la mano sobre su hombro. El joven no se movió, tan sólo murmuró incoherentemente:

— ¡Oh, si tan sólo Él estuviese aquí! Él que se detuvo para hablar y ella se levantaría y volvería a mis brazos.

Lucano miró a su alrededor en aquella fiera luz. Los portadores habían dejado el féretro al borde de la tumba y esperaban. Las mujeres permanecían junto a la tumba esperando. Todos ellos miraban entonces al Rabbí, a Lucano y al esposo inmóviles de dolor. Lucano dijo al joven marido:

—Ella no ha muerto, sino que vive. No está sorda, sino que oye. No se ha ido, sino que está entre nosotros.

Su cabeza empezó a brillar con el calor y la luz, pero un lento éxtasis le envolvía en su corazón.

—Vayamos a la tumba —dijo, y tomó al esposo del brazo. Pero el joven se resistió como una piedra.

—Te lo he dicho —dijo el Rabbí— que no será reconciliado, no se inclinará ante la voz de Dios.

El viejo lloró amargamente.

— ¡Reconcíliate, David!

—Ten esperanza David —dijo Lucano, y de nuevo extendió su brazo hacia el esposo.

David dejó caer sus manos, volvió hacia Lucano su rostro tan seco como el mismo polvo, delgado y pálido y sin embargo hermoso. Sus ojos brillaban como el fuego.

— ¿Esperanza? —exclamó en voz terrible—. No amaba a nadie, sino a mi esposa y éramos como dos niños juntos y ahora ella no es más que arcilla y su espíritu ha huido de mí.

Lucano empezó a temblar sin saber por qué. Todo parecía expandirse y contraerse ante él y todas las cosas tenían un áurea cristalina ante sus ojos y dentro de sí percibió una orden, como una gran voz imperativa.

—Vayamos a la tumba —repitió.

Los mordidos labios de David se estremecieron. Sus ojos se fijaron ciegamente en Lucano, pero dejó de resistir. Tropezando anduvo tras el griego con la cabeza inclinada. Los otros les contemplaron avanzar seguidos por el Rabbí que oraba. Permanecieron junto a la tumba cerca del féretro.

Lucano permanecía silencioso. Miró al féretro y sintió una convulsión dentro de sí mismo y una orden más fuerte, de forma que sus oídos no oyeron nada más. Luego dijo:

—Abrid el féretro para que pueda ver a la muchacha.

El rostro de David quedó repentinamente inundado de lágrimas. Se inclinó hacia el hombro de Lucano.

—Le habéis oído —dijo con voz sencilla—, yo soy su esposo. Abrid el féretro. Veré su rostro por última vez.

Los barbudos hombres miraron desolados al Rabbí, cuyos labios continuaban moviéndose. Pero él dijo débilmente:

—Él es su esposo, yo tan sólo soy su padre. Abrid el féretro porque él no quiso mirar a su rostro antes.

Ellos abrieron el féretro, golpeando su negra delgadez. Los clavos surgieron protestando y la tapa se abrió. Lucano se inclinó y vio en la profundidad de la ruda madera a una joven muchacha que no tendría más de quince años, yaciendo envuelta en un sudario, sus manos cruzadas sobre su pecho. Lucano retiró la tela que cubría su rostro. Un olor de hierbas y aceites olorosos se elevó en el aire cálido. David cayó sobre sus rodillas, sollozando en alta voz y se abrazó al féretro mirando a su esposa difunta.

Ella era encantadora. Su rostro era remoto y sereno como si durmiese. Su carne estaba pálida y translúcida como el alabastro. Su cabello negro yacía alrededor como una capa y sus labios inocentes sonreían débilmente. Era imposible creer que estuviera muerta. Lucano pensó: «Los judíos enterraban a sus muertos antes de la puesta del sol o de que el día muriese.» Se inclinó más cerca sobre el féretro. El joven pecho no respiraba, los labios estaban fríos e inmóviles, las narices inmóviles también. Sintió una tremenda sacudida en sí mismo. ¿Sería posible que la muchacha no estuviese muerta, sino tan solo sumida en una catalepsia? Sus ojos de médico exploraron ansiosamente los rasgos tranquilos. Alargó su mano y tocó la suave y blanca mejilla, estaba tan fría como el mármol, pero no rígida. Pero ella había muerto tan sólo aquella mañana y el calor del día rechazaba el rigor. La voz imperiosa sonó más fuerte dentro de él y entonces oyó unas palabras.

«Toma a esa mujer por la mano y levántala.»

—Sí, Señor —dijo en voz alta.

Tomó la mano de la muchacha que estaba helada en aquel calor feroz. Lucano vaciló de nuevo. Luego mientras sostenía la pequeña y flácida mano sintió el familiar vacío dentro de sí, como si alguna virtud fluyese de él hacia afuera.

A una enorme distancia oyó el llanto de David y los gemidos de las mujeres. Algún poder se estaba concentrando en él que le mantenía fuera de sí. Luego dijo:

—Despierta, Rebeca, porque tú no estás muerta, únicamente dormida.

Ante estas misteriosas y profundas palabras los demás dejaron de llorar y David, arrodillado junto al féretro, dejó caer sus manos y miró a Lucano. Una gran luz brillaba en su rostro.

La mano quieta que reposaba en la de Lucano se caldeó rápidamente. Las narices empezaron a dilatarse y los labios a estremecerse. El joven pecho se alzó en un profundo suspiro. Los ojos se abrieron oscuros, velados y confundidos mirando a Lucano. Él sonrió hacia ella tiernamente; tirando de su mano la levantó del féretro y ella se sentó echando su cabello negro hacia atrás como alguien que estaba soñando y es despertado súbitamente.

Ante esto, los plañideros alzaron sus voces en un temeroso grito y retrocedieron espantados. Pero el Rabbí y David permanecieron junto al féretro, sin habla. El viejo inclinado como una seca rama sobre su hija. Fue solo David quien se arrojó a los pies de Lucano y presionó su frente junto a ellos y los cubrió de besos.

El Rabbí estalló en un himno ensalzado, uniendo sus manos y alzando su barbudo rostro hacia el cielo.

—Ella estaba muerta y Tú me la has restituido, ¡Oh Rey de Reyes, bendito sea el nombre del Señor!

Lucano se inclinó y levantó a David. El joven se quedó junto a él.

—Él nos la ha enviado —exclamó—. Oh, bendito eres tú que nos has visitado en su nombre. Alabad al Señor porque Él hizo esto y no yo porque Él es la resurrección y la vida.

Se volvió sonriendo como en éxtasis pero débil en todo su cuerpo. Tan sólo miró hacia atrás una vez. Las mujeres ayudaban a la muchacha a salir del féretro, el esposo estaba besando sus manos y el anciano rogaba. Todo el aire vibraba ahora con regocijo y exclamaciones confusas.

Los hombres de la comitiva habían visto todo con terror y contemplaron a Lucano acercarse. Él les sonrió infundiéndoles seguridad.

—La muchacha no estaba muerta —dijo—, tan sólo dormía.

Y subió a la carroza. Continuaron avanzando por la carretera en silencio.

Entonces Pilatos inclinándose de su carroza dijo a Lucano con un estremecimiento trémulo y descompuesta voz:

—Los judíos entierran a sus muertos antes de la puesta del sol, ¿Es que ella no estaba muerta?

—No estaba muerta.

Pero Plotio le dirigió una larga mirada y su rostro de soldado estaba profundamente emocionado y reverente. Lucano de repente se durmió, como alguien que ha quedado tremendamente exhausto.

Lucano se despertó cuando cambiaron su propio caballo. El aire del atardecer estaba frío; Plotio le había cubierto con su tosco manto de soldado. A la derecha el mar era como un enorme y llameante plano de luz, demasiado brillante para poderlo contemplar por mucho tiempo y sin ningún color. El cielo se había transformado en un arco; el tono amarillo había desaparecido en la fuerza de una llama blanca. El paisaje había cambiado, contra los pálidos y ardientes cielos se elevaban las frías montañas de un reflejo negruzco, cubiertas con pesadas piedras. Altos cactus bordeaban la carretera, soportando maduros y espinosos frutos y polvorientos bordes corrían sobre los campos de luna tan faltos de vida como los campos de la muerte. Incluso los cipreses habían desaparecido, ni los olivos ni palmeras aliviaban la tierra en las montañas. Aquí y allá las amargas colinas mostraban blancuzcas y rotas piedras, casas planas de un color de tierra repleta, permanecían silenciosas y abandonadas. Lucano miró la desolación que los romanos habían operado al talar los cipreses y pensó que hasta la misma tierra parecía estar maldita. Incluso las ocasionales charcas pedruscos donde bebían las cabras aparecían sin vida, de un color pétreo. Aquel era el progreso del que había hablado Poncio Pilatos, la devastación desoladora, aquella soledad, aquel desierto árido. Donde el hombre penetraba, avariento y rapaz, la muerte le seguía y el terreno era arrasado.

—Un lugar odioso —dijo Poncio Pilatos, y Lucano respondió:

—No era odioso hasta que el hombre llegó aquí. La fealdad marca, sus pasos, deforma todo lo que ve y toca.

Pilatos frunció el ceño ante aquella respuesta aguda. Luego dijo:

—Encontrarás que Jerusalén no tiene ningún encanto y es muy peculiar. Siento que no quieras estar conmigo en mi casa; has dicho que serás huésped de Hilel ben Hamram que te espera. Mi querido Lucano, los judíos pueden contarte las más extrañas historias, estarás bañado en misticismo.

Lucano respondió:

—Me he preguntado por qué Dios escogió nacer entre la gente judía y no entre los griegos con su cultura o los romanos con su poder. Pero ahora lo sé.

Se estremeció bajo el manto que Plotio había puesto sobre él y se adormeció de nuevo porque su cansancio era muy grande, pero en su sueño su mente estaba activamente ocupada y triste. Pensó en los dos mil judíos de Siria a quienes el legado romano había crucificado por predicar la rebelión contra Roma; pensó en los terrenos de ejecución cerca de Cesárea, donde los judíos eran regularmente crucificados por «incitar contra el imperio». Pensó en los miles e incontables crímenes que el hombre cometía contra sus semejantes a través de todas las edades y en los gemidos que incesantemente llegaban a los oídos de Dios. Se preguntó a sí mismo en su adormecimiento por qué Dios no destruye a esta raza humana, devastadora, este horror sobre la tierra brillante, este odio entre hermanos de todas las cosas inocentes, este paria del que todos los animales sin pecado huyen temen y maldicen, este abrasador de sus propias ciudades y civilizaciones, este saqueador, este guerrero y el más terrible de los criminales, este hipócrita embustero, este asesino traidor, este inquieto espíritu malvado que camina, como Lucifer, de arriba abajo sobre la tierra mirando a quien y qué puede destruir. Pero yo no estoy sin mérito porque fue en un tiempo cuando creía que era contra el hombre con quien se pecaba y no el hombre quien pecaba.

Lucano abrió sus ojos. La carroza en la que marchaba ascendía un dificultoso y ennegrecido monte. Allí se detuvo y Plotio señalando con su látigo dijo: ¡Jerusalén!

Allí permanecía Jerusalén sobre el monte Sión, al Oeste, una sombra de la tierra en aquel atardecer, una polvorienta línea azul contra el sonrosado horizonte que doblase sobre la ciudad. Alrededor del monte de Sión se alzaban otros montes, de un marrón blancuzco, cubiertos de tierra o de estrechas terrazas como pisos que se alejaban sobre los que crecían los cipreses, laureles, olivos, palmeras, viñedos, ganados y árboles amarillos o verdes de coloreadas frutas. En lo alto del monte Jerusalén parecía una parte de él, de un marrón pálido, parecía convulsamente empujado desde la tierra más bien que haber sido edificado por el hombre. Las tortuosas paredes y fortificaciones, amenazadoras y toscas, se retorcían protectoramente alrededor de la ciudad; sus puertas y torres guardadas, con los pendones de Roma flotando sobre las cimas elevadas. Unos escalones de un gris amarronado se alzaba hasta las paredes brillantes. Las caravanas habían acampado ya para pasar la noche bajo las murallas, los fuegos habían sido encendidos y las inquietas linternas se movían alrededor. Nadie podía entrar en la ciudad después de la puesta de sol. Aquellos que llegaban al atardecer levantaban sus tiendas, establecían a su alrededor un pequeño pueblo temporal, hacían acostarse a sus caballos y camellos y esperaban la mañana. Las puertas estaban cerradas, los senderos escarpados y las escaleras hacia las murallas, vacías.

Incluso cuando Lucano contempló la rápida noche descender como un agua oscura sobre la ciudad y sus montañas, el rojo reflejo de las antorchas se elevaba dentro de las murallas y las linternas brillaban dentro de ellas. Una luna cobriza se elevó tras el monte de color oscuro y Marte parecía una joya de topacio cerca de ella. El color abandonó las pocas montañas que eran aún fértiles y estaban plantadas; toda la escena era amarillenta y marrón bajo el cielo que se volvía purpúreo y rojizo. Lucano pensó que nunca había visto un

espectáculo tan desolador, tan contenido, tan gris, tan falto de vida excepto los fuegos de los campamentos, las linternas y las antorchas. Un frío viento procedente de las montañas, vacío de perfume y fragancia golpeó su rostro. Acostumbrado a ciudades despiertas durante la noche y resonantes de risas y voces, Lucano percibió un pesado silencio desde la ciudad, como si se hubiese tragado todos los ecos y todos los clamores. Desde lo alto podía ver por encima de las murallas y observar las estrechas y retorcidas calles sombreadas rojizamente por las antorchas y llenas de multitudes silenciosas y allí, alto, ancho e impresionante se elevaba el templo, de mármol amarillo; pacífico, con sus torres doradas, rodeado por inmóviles jardines y más allá de ellos por una multitud de casas de techos planos construidos con el amarillento color de la tierra y de las montañas. Sólo ocasionalmente cimas de oscuros cipreses aparecían unidos en la ciudad como para protegerse.

—Compara esto con Cesárea, que nosotros hemos edificado —dijo Poncio Pilatos con voz fría y disgustada.

Pero Lucano comprendió que la ciudad se había retirado para protegerse contra el conquistador y si muchas de sus montañas estaban muertas, los romanos habían hecho aquel mal avaricioso. La ciudad antigua había repudiado a sus dueños y su aire estaba incubado de desesperación.

La comitiva descendió rápidamente por la montaña; los legionarios cabalgando delante con sus banderas y sus fastos. La actitud del polvo de los siglos penetraba en la nariz de Lucano. Trozos de luz brillaban en los contrafuertes de las murallas que ahora se alzaban ante ellos. Las carrozas y los caballos cabalgaron sin ninguna cortesía a través de los campamentos; por el brillo de las antorchas cerca de las tiendas se podía contemplar repentinamente la blancura de los ojos, hundidos y vigilantes; asnos, caballos y camellos estaban unidos lejos de la compañía, rebuznando y protestando. Grupos de niños se habían reunido para contemplar la comitiva. De las lejanas montañas procedía el eco de los agudos aullidos de los chacales, veladores y ultraterrenos. La luna era una calavera amarilla en el oscuro cielo.

Los jinetes y las carrozas tenían alguna dificultad en ascender la empinada montaña que conducía a la ciudad, pequeñas piedras rodaban tras ellos. Una puerta fue abierta y una trompeta romana sonó en saludo, despertando agudos y resonantes ecos. Penetraron en la ciudad por en medio de filas de soldados que saludaban en las polvorientas y estrechas calles cuyas tiendas estaban cerradas y cuya gente estaba silenciosa. La marcha de los caballos y carrozas resonaba sobre los oscuros cantos de las calles. Grupos de familias aparecían sobre los tejados planos; volvían sus rostros sin mirar a los romanos. Las puertas brillaban en el oscuro atardecer, las ventanas palidecían a falta de la luz de las lámparas. Era una ciudad cercada, silenciosa y airada, orgullosa de su polvo. Para Lucano, acostumbrado al colorido de Oriente, Jerusalén no le pareció una ciudad oriental, porque carecía de alegría, música, pasos rápidos que se deslizasen y voces alegres. Había pensado que el tiempo se había establecido allí como piedra de una tumba y no podía ser nunca movido y que las antorchas arrojadas en los hoyos disminuían más bien que elevaban el ritmo de vida de la ciudad. Las rojas sombras se deslizaban sobre las paredes como fantasmas de una conflagración ardiendo en las habitaciones de los muertos.

—Es más viva durante el día —dijo Plotio, como sintiendo los pensamientos de Lucano—, los judíos no se alegran por la noche, son un pueblo sombrío.

Descendieron a una calle más ancha, llena con la luz de las antorchas y la amarillenta luz de la luna, guardada por altas paredes. Entonces Lucano pudo percibir la fragancia de los jardines y la voz de las gentes, pudo oír una que otra vez, el sonido de una flauta o una lira resonando tímidamente en la quietud de la noche. Allí vivían los administradores romanos y los judíos pudientes que colaboraban con los romanos y se habían contagiado algo de las costumbres romanas. La comitiva se detuvo ante una puerta y Plotio dijo:

—La casa de Hilel ben Hamram, tu amigo. Nosotros seguimos adelante con el noble Poncio Pilatos hasta su propia casa.

Una negra puerta de hierro giró y Hilel apareció sonriente y vestido con una hermosa túnica blanca.

—Saludos, amigos míos —dijo—, os esperaba más pronto.

—Lucano tuvo que parar para asistir a un funeral judío —dijo Pilatos—, afortunadamente fue capaz de evitar que una mujer fuese enterrada viva. Qué ansiosos estáis los judíos de libraros de vuestros muertos antes de la puesta del sol. A menudo me pregunto: ¿cuántos desgraciados se despiertan en la tierra? y reflexiono en su terror antes de que mueran asfixiados en la oscuridad.

El rostro de Hilel cambió súbitamente a causa del insulto, pero permaneció sonriente. Dirigió a Pilatos una mirada afectuosa e invitó a la compañía que se uniesen a él para tomar un poco de vino. Pero Pilatos dijo que estaba cansado; se movía inquieto en su carroza, Hilel alargó la mano y ayudó a Lucano a descender; su apretón era cálido y lleno de aviso, porque percibía la ira del griego.

Plotio dirigió a Hilel una llameante mirada y saludó. La comitiva continuó adelante, Sosteniendo aún la mano de Lucano, Hilel le condujo a un gran jardín lleno de fuentes con la fragancia del jazmín y de las flores que se abren durante la noche. La gran casa de mármol en medio del jardín reflejaba la luz de la luna como plata. Lucano suspiró con placer, consciente de su cansancio. Entonces Arie ben Eleazar salió de prisa descendiendo los sombreados escalones hacia ellos; extendiendo sus manos y gritando el nombre de Lucano con deleite; cuando llegó hasta él se abrazaron. Los dos jóvenes condujeron a Lucano al gran recibidor y miró a su alrededor con interés, Hilel era un cosmopolita, las paredes de mármol de muchas tonalidades, estaban recubiertas con las mejores y más variadas tapicerías, brocados y sedas; tejidos enjoyados, relumbrando y luciendo a la luz de muchas lámparas altas y candelabros de bronce corintio puestos sobre talladas mesas de mármol, ébano y limonero. Grandes jarrones persas y de catay permanecían en los rincones, de los que brotaban altos y fragantes lirios, rosas, ramas de jazmín y brillantes hojas oscuras. Exóticos tiestos orientales

decoraban las ventanas, grabados en oro, plata y marfil; por ellas penetraba la fresca y perfumada brisa de los jardines; sillas cubiertas de brocados y sedas teñidas, estaban puestas sobre pequeñas alfombras persas. Lucano había entrado en muchas casas lujosas antes, pero pensó que aquella era la más comfortable. Sin embargo no vio ninguna suerte de estatuas. En el centro del amplio recibidor una argentina fuente murmuraba y caía sobre una redonda balsa llenando el aire de perfume. Los tres hombres se sentaron sobre un suave diván romano de color granate y un criado les trajo vino romano y un plato de dátiles, higos rellenos de almendras y otros dulces delicados.

Lucano se estiro con cansancio y placer. Sus amigos le miraron con afecto. Ariei dijo:

—Mi hogar, que era el de mi padre, es más humilde que éste, pero dentro de unos días deberás ser mi huésped también. Su mano aún sostenía la de Lucano como un hijo.

—No estoy aquí para ser mimado —dijo, pero sonrió—, debéis recordar que ya no soy muy joven y tengo mucho que aprender y hacer.

Hilel le estudió con preocupación.

—Antaño —dijo Lucano—, yo no tenía esperanza, el mundo era completamente corrompido y sin Dios. Vivía con amargura y desesperación. Pero como mi hermano Prisco me ha dicho, la revelación ha sido dada al hombre por Dios y nunca más será el mundo lo mismo. La esperanza y el gozo ha sido concedido sobre él, una nueva edad ha empezado llena de portentos. He sido llamado para ayudar a aumentarla y para llevar las buenas nuevas a todos aquellos con quienes me encuentre.

Hilel vaciló.

—He estado en Joppa. He visto a Pedro, uno de los apóstoles de Cristo, el principal de ellos. Es un hombre de unos treinta y cuatro años, impetuoso, ardiente y un tanto enigmático. Su habla es ruda y locuaz. Tendrás que recordar que él ha tenido poco contacto con los gentiles; es un pescador de Galilea, un campesino; era un judío muy devoto, de poca sabiduría acerca del mundo. Sin embargo, impresiona mucho y está lleno de fuego. Está escondido en una pequeña casa de Joppa y pasa el tiempo en la azotea, mirando hacia el mar rogando.

Hilel vaciló de nuevo y luego se echó a reír un poco.

—Cuando llegué no me miró amablemente. Durante varios días no quiso verme porque es muy suspicaz. Luego me reprochó con su lenguaje galileo; me dijo en la cara que yo era un judío corrompido, tenía familiaridad con los griegos, los romanos y otra gente abominable. ¿Qué sabía yo de los libros santos? Era evidente, declaró, mirando a mis vestidos despectivamente, que vivía para el placer y era muy posible que los mandamientos sólo fuesen palabras para mí. Era un hombre de riqueza. ¿Cómo era posible para mí comprender a los pobres y los humildes? El Señor no había venido a morir para los que son como yo. Su mensaje me sería incomprendible. Sin embargo, después que le dejé desahogarse en sus reproches y desprecios, escuchó mi historia, aunque se mantuvo mirando significativamente a mis anillos y mis sandalias de plata. Finalmente se suavizó; me recordaba como el hombre rico que hablaba con el Señor. Luego empezó a llorar y dijo: ¿Por qué debo reprocharte yo, que le negué tres veces y huí cuando le apresaron y crucificaron?

Hilel sirvió más vino a Lucano.

—Luego entre cortados tonos siguió: «Cuando volvió a nosotros y moró aquí, nos dijo que debíamos llevar las buenas nuevas a todas las naciones. Confieso que sentí horrorizarme. Somos pocos y somos judíos, sin dinero y sin amigos. Hemos sido proscritos por el Procurador romano. ¿Qué pueden entender los gentiles de Él? Para nosotros han sido abominables; la ley declaró que debíamos permanecer aparte y no ser corrompidos por los gentiles. Los circuncisos viven sin ley, son impuros, sus maneras no son nuestras maneras. Débiles y sin poder, debemos ir entre los extranjeros con sus ídolos, sus viles dioses y sus inexpresables costumbres. Debemos contarles acerca de nuestro Mesías, que nosotros creemos vino tan sólo para su pueblo. Vine a Joppa no sólo para esconderme de la ira de los romanos que nos declaran insurreccionistas, sino para rogar y tratar de comprender. Todas las noches he permanecido en esta azotea; he estado pensando y he tenido visiones. Debo hacer lo que nos ha mandado, pero aún hay enfermedad en mi corazón y me escondo de los gentiles y de sus obras, de sus crueldades y abominaciones.

Hilel sonrió con buen humor.

—Aunque nunca he considerado a los gentiles con un tono tan despectivo como el de aquel humilde y enfático hombre, comprendí. Le hablé de ti, le dije que habías venido a hablar con él. Tú eres griego, un pagano, has adorado a dioses falsos; hablas una lengua extranjera; no estás circuncidado. Entonces volvió a caer en llantos y se reprochó a sí mismo confesando que él también había cometido el pecado del orgullo y el desprecio. Ha consentido en verte. Antes de dejarle me bautizó, no es el más amable de los hombres y podrás encontrarle rudo e incluso insultante y con el lenguaje de un campesino.

—He encontrado también a dos apóstoles más, Santiago y Juan, hermanos, hijos de un tal Zebedeo también galileo. Son llamados los hijos del trueno y les describe exactamente. Viven dentro de la muralla; la madre de Cristo vive con ellos como su madre, porque así lo mandó Dios. Son muy jóvenes y poseen una cierta fiereza y una dedicación fanática. Incluso hay un tono de venganza en ellos. He oído que dejaron que Cristo hiciese descender fuego del cielo sobre una ciudad de Samaria que mostró poco interés en escucharles. Desde que fueron reprochados, aún respiran llamas. No te considerarán amablemente, aunque les he persuadido para que te vean.

Hilel suspiró.

—Incluso ante los santos, entre aquellos que comieron, anduvieron y durmieron con Él y oyeron sus palabras hay ahora disensiones. Algunos de ellos insisten vehementemente que antes de que un hombre pueda hacerse

cristiano debe ser primero admitido al judaísmo y que debe ser circuncidado. Estos son los más viejos, que se mantienen aferrados ferozmente a la ley de los siglos, los más jóvenes dicen que no es necesario. Tienen sus propias interpretaciones. Los ancianos creen que cuando Cristo habló de la misión a la ciudad de Israel quería hablar literalmente. Los más jóvenes creen firmemente que significa a todos los hombres. No sólo están aparte, escondidos a causa del mandato de Poncio Pilatos, sino que se mantienen separados de sus opiniones. Me siento muy pesimista.

—Yo no —dijo Lucano con firmeza—, debéis recordar que los apóstoles no son más que hombres y los hombres difieren de opinión. Iré a ver a Pedro tan pronto como sea posible.

Una joven muchacha se deslizó en el recibidor, vestida con una túnica blanca y con una trenza alrededor de su cabeza. Debía tener unos quince años y era extremadamente comedida, con un tono gracioso en su figura, hermosos ojos azules bajo sus estrechas cejas, una piel tan blanca como la nieve y un cuello tan esbelto como una columna. Su boca era una rosa; bajo su trenza fluía una masa de oscuros cabellos rizados en olas. Tenía una expresión tímida pero coqueta, aparentemente era consciente de su belleza. Hilel se levantó y la tomó de la mano.

—Ah, Lea —dijo afectuosamente. La trajo hasta Lucano y dijo:

—Esta es mi hermana a quien yo he desposado con Arie. ¿No está él afortunado?

Miró a Lea con orgullo. Muchos enojados brazaletes tintineaban en las muñecas de la joven y un pesado collar de gemas ornaba su garganta y sus sandalias eran de plata. Lucano se sintió tiernamente divertido. Lea aunque joven, mimada y guardada cuidadosamente, tenía un aire de mucha mundanidad. Le respondió suavemente en griego, que hablaba con precisión.

Arie permaneció de pie junto a ella, sus oscuros ojos azules brillaban de amor. Ella aceptó no darse cuenta de su presencia, aunque un ligero rubor había aparecido en sus mejillas. Habló a su hermano con la arrogancia de una joven consentida.

— ¿Por qué no está nuestro huésped en sus habitaciones descansando? Eres poco delicado Hilel.

—Es verdad —respondió él. Palmeó con sus manos y el encargado entró en el recibidor al instante—. Conducirás al noble Lucano a sus habitaciones, Simón —dijo. Reflexionó por un momento—, te presentaré a mi esposa a la hora de la cena. Los niños están acostados. Mis padres, no se unirán a nosotros porque son viejos y han tenido fiebre.

Lucano comprendió al instante que los padres de Hilel no querían que su hijo recibiese a gentiles y los tuviese bajo su techo. Asintió gravemente.

—Espero que su salud mejore —dijo. Y no pudo evitar el añadir con un poco de malicia:

— ¿Me dejarás examinarlos y si es necesario recetarles algo?

Hilel dijo con cierta prisa.

—Gracias, mi querido amigo, pero no deseo abusar de ti. Además sólo confían en nuestro médico de familia. Hay que seguir el humor de los ancianos; tienen sus rarezas.

—Son muy pesados —dijo Lea en tono mimoso—, nunca me hablan sin desaprovecho y reproches. Creen que vivimos en los tiempos antiguos cuando las muchachas eran reclusas y guardadas aparte y vestidas a la moda de los viejos; escondido su cabello hasta después de que fuesen casadas —acarició sus bellos rizos—, nuestro mundo es un mundo moderno y debemos comportarnos de forma moderna, que son más agradables y más cultas.

Hilel rompió a reír y tiró de uno de sus rizos afectuosamente.

—Recuerda honrar a tus padres, Lea —dijo. Ella retiró su rizo exasperada.

—Es muy bueno para ti, hermano —dijo—, que tienes libertad para no pasar toda la tarde escuchando las admoniciones como yo he de hacerla. Yo soy modesta, no estoy versada en la ley de los profetas, no tengo respeto por los patriarcas; seré una esposa como una romana y mis niños serán negligentes y no serán enseñados en sus santos deberes. Y en cuanto a tu esposa, Débora, ella es casi tan mala, con su escondido cabello y sus ojos inclinados y en silencio ante la presencia de los hombres. Si tú no existieses, no parecería ni siquiera a nuestra mesa, sino que comería sola y humildemente. Para ellos yo soy una Jezabel.

—Márchate, niña —dijo Hilel—, has dicho bastante.

—No sabes lo que sufro —exclamó Lea, pateando sus pequeños pies. Además, tú eres un hombre y yo una niña.

—Tus modales son deplorables —dijo Hilel con un poco de severidad—. Se comprende que abusan mucho de ti y simpatizamos contigo, pero no canses a nuestro huésped.

Lea salió del recibidor acariciando su cabeza. Hilel explicó a Lucano en tono de excusa:

—Es la niña de mis ancianos padres, pero ha sido excesivamente mimada. Sólo ellos deben ser reprochados. Les encanta su belleza, pero están temerosos por su alma. Se transformará en una matrona judía apropiada cuando se case y sin duda reprochará a sus propios hijos y sentirá agonía por ellos.

—Es un gozo para mis ojos —dijo Arie—, me ha estado instruyendo en la ley y suspira sobre mi ignorancia. Es la más dulce de las mujeres.

Cuando Lucano estuvo en sus habitaciones miró a su alrededor con placer. Salió a un balcón y miró a Jerusalén, que brillaba con linternas de antorchas. Lavó sus manos en agua perfumada y tomó unas blancas servilletas de un criado. Vestiduras limpias y frescas del más blanco lienzo, habían sido preparadas para él con mucho tacto y pudo cambiarse sus toscos vestidos que estaban polvorientos y sucios del viaje. Se calzó unas sandalias de la mejor clase de cuero. Miró a la rica cama nostálgicamente. De algún lugar de la casa oyó un

arpa distante y sospechó que la música alegre estaba siendo tocada por Lea, desafiante. Por alguna razón oyendo aquella música danzarina su corazón se animó. Tenía una inocencia. Una afirmación. Creía en la vida y la abrazaba ansiosamente.

Un criado le condujo a través de habitaciones lujosas y luego al comedor donde Hilel, Arieih, Lea y Débora, la esposa de Hilel, le esperaban. Débora era joven, una mujer rellena, vestida muy modestamente con una túnica pálida. Un velo azul cubría su cabello completamente. Sus brazos y cuello estaban escondidos. Su redondo rostro recordó a Lucano el de Aurelia, y sus castaños ojos que se alzaron rápidamente una vez para contemplar su rostro, miraron luego hacia abajo, eran lívidos a pesar de su comedimiento. Un hoyuelo se formaba junto a sus llenos labios y hablaba con una alegría que sin duda ella reservaba para su esposo. No usaba joyas; se sentó al pie de la lujosa mesa cerca de Lea; no había hablado ni una sola vez. Lea la miró con impaciencia, luego ignoró su presencia. La muchacha impudicamente se unió a la conversación, demostró su desacuerdo, rió, hizo broma y en conjunto se comportó como una bella joven estropeada de acuerdo con la moda moderna. Débora demostraba desaprobación. Lea gruñó, acarició sus cabellos y tintineó sus brazaletes.

—Tenéis una excelente cocinera —dijo Lucano descubriendo que tenía hambre.

Los peces rellenos estaban sazonados y succulentos, el cordero asado, jugoso, los vegetales y las ensaladas bien condimentados. Había pasteles rellenos de uvas pasas, ciruelas secas y dátiles. El vino era romano y de primera calidad. Velas en candelabros de plata brillaban sobre un mantel blanco en el que la plata deslumbraba. Las cucharas y cuchillos estaban grabados profusamente, y las copas de oro eran macizas e incrustadas con gemas, los platos de sal y las fuentes estaban asimismo engalanadas.

—Vivimos como campesinos —dijo Lea con descontento—. No es que yo desee lo que es impuro. Pero preferiría más elegancia y variación. La mesa de mi mejor amiga es deliciosa.

—Tranquilidad, niña —dijo Hilel automáticamente—. Lucano a veces deseo que tuviésemos las antiguas costumbres y las mujeres fuesen excluidas de la comida con los hombres.

—Es joven —dijo Arieih. Volvió sus ojos hacia su desposada y preguntó gravemente—: Me has dicho que soy ignorante y es así. Repítame las leyes de Moisés en relación con los templos y sacrificios.

Lea alzó su cabeza orgullosamente y con voz severa empezó a instruir a Arieih. Lucano escuchaba con diversión afectiva y Arieih con un aspecto de humildad. Débora no hablaba pero una o dos veces Lucano la vio sonreír. La felicidad de aquella joven familia afectó a Lucano profundamente. Oyendo a Lea y viendo su inocencia; sus rosadas mejillas y el brillo de sus ojos y la belleza de su cuello y brazos desnudos, pensó en Rubria y en Sara, las muertas que él amó con tanta ternura, y se dijo a sí mismo que en realidad no existía la edad ni el cansancio, ni el dolor ni la desesperación, ni la separación ni la muerte. El mundo y los planetas, los incontables soles, vibraban con juventud inmortal y las constelaciones se alegraban en ella. Se sintió inundado de exaltación. Todo lo que había amado estaba con él para siempre.

Antes de quedarse dormido aquella noche oyó el aullido de los chacales fuera de las puertas y le pareció que eran las voces y gritos del desierto que esperaban consuelo y admisión entre la compañía de los que habían sido bendecidos.

CAPITULO XLVIII

LUCANO recibió una invitación para cenar con Poncio Pilatos y estaba a punto de rechazarla impaciente cuando Hilel dijo:

—Fuiste su huésped en su casa de Cesárea. Por alguna razón le obsesionas. Es un hombre muy inquieto desde la crucifixión de Cristo. ¿Te costará mucho el darle algún alivio?

—Tú, mi amigo, que me alojas en tu casa, no has sido invitado. Esto es una gran falta de cortesía.

Hilel sonrió.

—Concedamos que sea así. Pero los romanos son descuidados en la cortesía hacia aquellos a quienes han conquistado. Estabas a punto de decir que a él no le gustan los judíos. Si fuésemos intolerantes con la intolerancia seríamos también arrogantes.

—Esto es un sofismo —dijo Lucano. Pero aceptó la invitación.

Hilel le atavió en forma elegante.

—Los romanos, tan materialistas, están sumidos con vestiduras ricas y apropiadas —dijo Hilel—, desprecian la simplicidad, aman el alarde de riqueza.

Lucano se vistió una túnica azul y sobre ella una toga del más delicado, aunque pesado tejido, bordada de oro. Sus sandalias eran de oro, con una hebra de piel, cuajadas de gemas sobre el empeine Hilel colocó enjorjados brazaletes alrededor de sus brazos.

—Estás ciertamente magnífico —dijo amablemente—, pareces la más noble de las estatuas griegas.

Ordenó una litera a la puesta del sol y Lucano fue llevado a casa de Poncio Pilatos; una casa grande, levantada dentro de los altos muros y ricos jardines florecientes, animada con fuentes que danzaban en el rojo aire del sol poniente. Pero una brisa turbia soplabla de la calle que toda la fragancia de árboles, hierbas y flores era incapaz de superar. Pilatos dijo arrugando su nariz:

—La pestilencia es abominable.

Lucano recordando que debía ser amable, se contuvo de comentar los malos olores de Roma y especialmente aquellos que procedían del Trans-Tiber cuando cambiaba el viento. Pilatos tenía un aspecto preocupado y condujo a Lucano a un recibidor más lujoso que el de Hilel. Lucano quedó abrumado por el esplendor, que aparecía demasiado amontonado con mal gusto. La fuente central estaba fuertemente perfumada y el olor era asfixiante. La casa aparecía llena de hermosas esclavas, que sentadas sobre cojines extendidos sobre el deslumbrante suelo blanco, tocaban el arpa o el laúd y acariciaban sus largos rizos.

—Iremos a la terraza —dijo Pilatos—, donde el aire es fresco y podemos disfrutar de una buena vista de la ciudad. Estoy esperando a otros invitados. —Su rostro ausente sonrió fríamente— Nada menos que Herodes Antipas en persona y su hermano. Desea hablar contigo y debes comprender que esto es una gran condescendencia. Hubo un tiempo cuando nos aborrecíamos uno a otro; ahora somos los mejores amigos. Es una cuestión de diplomacia.

— ¿Has hablado a Herodes de mí?

Pilatos se sintió turbado.

—Sí. A propósito, se siente ofendido a causa de mi retirada de la proscripción contra la secta que se llama a sí misma cristiana. Está preparado para no verte con buenos ojos.

Se echó a reír con repentino buen humor y condujo a su huésped a través de varios pisos de una escalera de mármol ancha, cubierta con alfombras persas. Lucano pudo vislumbrar ricas habitaciones durante su ascenso. La música les siguió. La terraza era muy ancha y larga, guardada por parapetos de madera tallada en intrincados dibujos, el suelo completamente adornado con alfombras, las sillas bajas y divanes cubiertos con fundas de seda rayadas de muchos colores; las mesas separadas sobre las que descansaban brillantes lámparas. Las esclavas les siguieron e incitaron una nueva música.

Lucano quedó interesado por la vista de la ciudad desde aquella altura. La rojiza llama de sol poniente se extendía sobre los pétreos o cultivados montes que permanecían alrededor de la ciudad, dándoles el aspecto de estar ardiendo. Las retorcidas y reforzadas murallas amarillas de Jerusalén tenían un aspecto sombrío; un tinte escarlata polvoriento se había extendido sobre las estrechas y concurridas calles como el reflejo de un fuego, un monótono murmullo subía de las calles susurrando y murmurando. Lucano podía contemplar el fuero romano, sus blancas paredes y columnas brillando sobre la nieve en la tenue luz y también el teatro romano. Los palacios se elevaban sobre el interminable plano de las casas más pequeñas; las terrazas débilmente iluminadas por un baño rojo. Dominándolo todo estaba el templo, alto y firme entre sus propias murallas, sus doradas torres incandescentes, sus muros sonrosados. Quedaba al este de la casa de Pilatos y el cielo que se extendía tras él, tenía las tonalidades de la cola de un pavo real, contrastando con los llameantes cielos del Oeste. En la distancia se percibía un amplio bosque de negros y altos cipreses, amontonados juntos o esparcidos en un gran jardín verde.

—Getsemaní —dijo Pilatos notando el interés de Lucano.

Su voz sonó con una nota peculiar. Él y Lucano se habían sentado bajo un toldo y bebían vino. Pilatos quedó silencioso, como si pensase. La música se alzó a su alrededor y una muchacha cantó dulcemente, Lucano escuchó; la carencia le era poco familiar, llorosa e insistente. La canción era cantada en arameo.

*Qué misericordioso es el Señor nuestro Dios.
Su merced es más ancha que el mar.
Su amante cariño abraza la tierra y el cielo,
y sus palabras son gozo para mi corazón.
¿Quién puede conocer al Señor en sus anchos pensamientos?
¿Le conocen a Él los montes o las grises montañas?
¿O los vastos desiertos donde el hombre no habita?
¿O el tigre en su búsqueda, o el árbol sólo en su majestad?
¿O la muerte que duerme como un bebé en su pecho?
¿O el moribundo solitario y dolorido?
¿O los dorados ríos que corren hacia los océanos, o los jardines
en el amanecer?
En el más secreto lugar, Él es conocido.*

Lucano miró a la muchacha; sus grandes ojos negros brillaron bajo sus pestañas y su rostro era suave y pálido. Quedó sorprendido ante las palabras de la canción y miró a Pilatos que aparentemente no escuchaba. El codo del romano descansaba sobre el brazo de la silla, y sus meticulosos dedos tapaban su rostro. Estaba sumido en sus pensamientos, olvidando a su huésped, luego dijo sin quitar la mano de su rostro y como dirigiéndose a sí mismo:

—Es imposible que se levantara de entre los muertos, sus seguidores se lo llevaron, le curaron y le han escondido, porque fue quitado de la cruz demasiado pronto.

Lucano esperó sin hablar. La música cambió a un tono más suave y menos molesto; Pilatos dijo con voz distante:

—No me sorprendería nada que ese viejo sinvergüenza, José de Arimatea haya tenido que ver en este asunto. Es un consejero y se dice que es justo y bueno. Le he recibido a pesar de mi escepticismo y no he sido capaz de igualar sus sofismos o su mundanidad. Fue José quien me pidió su cuerpo para ponerlo en una tumba. He oído suficientes rumores de ese hombre quien, ante mis ojos, no tenía culpa alguna. Fue el sumo sacerdote, Caifás, no hay nadie que se oponga a los sacerdotes sin correr un gran peligro personal; pueden hacer mucho daño. A mí me ordenaron el mantener la paz en este país a toda costa. ¿Puedo ser reprochado por esto?

Entonces miró a Lucano agudamente.

—No —dijo el griego con vacilación.

Pilatos añadió:

—José es un hombre muy rico. Es posible que el soborno entre en esto de alguna manera y que Jesús fuese quitado de la cruz mientras estaba aún vivo y llevado a casa de José para ser curado y sanado. El Tribuno romano se movió inquieto a causa de los rumores que corrían de que Él resucitaría de entre los muertos el tercer día coloqué guardias en las puertas de la tumba a fin de que no fuese usado ningún truco. El sumo sacerdote había solicitado esto de mí. —Se detuvo. Volvió el rostro a fin de que Lucano no pudiese ver su cara. Lucano continuó esperando. Luego el Procurador suspiró...

—Los hombres son muy supersticiosos, son también histéricos. Mis guardias me informaron después y yo les escuché incrédulamente. Hablaban con la máxima incoherencia. Habían mantenido fuegos ardiendo alrededor de la tumba, bebido vino y jugado a los dados explicando chistes. ¿Acaso su vino fue drogado por ese hombre sinvergüenza, José? Me juró solemnemente que esto no había sido hecho. Sin embargo mis hombres declaran con juramentos y aterrorizados que, antes del amanecer del tercer día una gran luz brilló alrededor de la tumba y cayeron sin sentido sobre el suelo. Cuando se despertaron, la piedra maciza y pesada, había sido retirada del sepulcro; allí dentro no había nada sino vestidos, un banco de piedra vacío y el olor de especias y ungüentos.

Miró a Lucano con mirada implorante.

— ¿Puede un hombre sensible creer que esto sea sobrenatural? Fue un chiste de mal gusto, ciertamente, con la idea de engañar y producir asombro en los pechos de los simples; una pretensión de que la profecía había sido cumplida. Mira, Lucano, soy un hombre educado de una familia noble. Esperas que yo crea estas insensateces acerca de un miserable e inculto Rabbí de Galilea. ¿Quién podría inspirar menos a los dioses?

— ¿Qué deseas que te diga? —preguntó Lucano en voz baja.

—Dime lo que creas acerca de estas estupideces.

Pilatos se inclinó hacia él y Lucano vio que estaba aturrido y furioso en su turbación. Lucano palpó dentro de sus vestiduras y mostró a la luz del rojizo sol la cruz que colgaba de su cuello. Pilatos la miró con asombro.

—Hace muchos siglos —dijo Lucano—, este hombre fue profetizado por los caldeos y los babilonios y después por los judíos. Los egipcios decoraron sus paredes con este signo; los griegos alzaron altares al Dios Desconocido. Las escrituras de los judíos escritas hace siglos nos hablan de Él, de su misión, de su nacimiento, de su vida y de su muerte.

Pilatos se sintió asombrado. La luz rojiza del último sol caía sobre su rostro. Miró a Lucano penetrantemente.

— ¿Crees esto? —preguntó con una voz asombrada.

—Sí, lo creo. Lo sé.

Pilatos quedó silencioso por algún tiempo. Luego dijo con voz contenida:

—Entonces, ¿qué acerca de mí que le entregué a la muerte?

—Tú fuiste sólo un instrumento.

—Los dioses son vengativos.

Él no es vengativo.

Pilatos meditó.

—Curaste a tu hermano que estaba moribundo...

—No. Dios le curó. Yo también fui tan sólo su instrumento.

—Dime lo que debo hacer... —exclamó Pilatos repentinamente turbado. Miró a Lucano temeroso—. He pensado mucho acerca de todo esto. Aquella mujer que iba a ser enterrada, ¿no estaba muerta?

—Te lo he dicho, no estaba muerta. No existe la muerte.

—Hablas con misterios, como los oráculos délficos.

—Los hombres hacen misterio de todo y de las cosas más sencillas, Poncio.

—Estoy perdido —dijo Pilatos en tono desesperado.

Pero el supersticioso corazón del romano batió rápidamente.

— ¿Quién eres tú, Lucano? —preguntó.

Lucano frunció el ceño.

—Yo soy quien tú sabes que soy.

—Pero tú tienes poderes misteriosos.

—No, no tengo ningún poder ni ningún mérito. Sólo Dios los tiene.

—Él, entonces, ¿te los ha concedido?

Lucano movió su cabeza. Pero en aquel momento un esclavo llegó para anunciar la llegada de Herodes Antipas, el Tetrarca de Jerusalén y su hermano Herodes Felipe. Las esclavas iniciaron una música triunfante y otras muchachas corrieron hacia la terraza llevando cestos de hojas de rosa, que como sonrosada nieve esparcieron sobre el suelo y aún otras vertieron perfume en el aire. Pilatos acudió a recibir a sus huéspedes y

mientras las lámparas de la terraza eran encendidas rápidamente, Lucano miró curiosamente a los dos hombres. Antipas le recordó instantáneamente a una zorra rojiza, tenía un rostro estrecho e irritable y era brusco e impaciente de movimientos. Llevaba una corta barba roja y Lucano recordó que Antipas se dejaba crecer la barba a causa de los cercanos festejos judíos y que se la afeitaba inmediatamente después; pero Felipe, hombre más joven, más alto y de más noble expresión, poseía hermosos y nítidos ojos oscuros, un rostro clásico como una estatua y unos modales pacíficos y dignos. Parecía estar sumido en sombríos pensamientos. Antipas devolvió el saludo a Lucano e hizo una pequeña reverencia con una palabra corta y una mirada de disgusto. Pero Felipe le sonrió y preguntó por su salud e interrogó cortésmente qué le parecía Jerusalén.

Los hombres se sentaron y bebieron más vino. La noche cubrió la ciudad y las antorchas fueron encendidas abajo y las linternas empezaron a brillar. Antipas estaba aparentemente de muy mal humor; se limitó a una insulsa conversación con Pilatos, habían sido antes enemigos, pero ahora eran amigos. El aire de Antipas hacia Pilatos era a la vez arrogante y lo más servil. Felipe le miraba pasionalmente y sus negras cejas se fruncían. Habló amablemente con Lucano y le contó que había oído hablar mucho de él. A esto Antipas miró hacia atrás amenazadoramente a Lucano y dijo con voz aguda y severa:

—Sí. Queremos hablar de esto.

Volvió su delgado hombro vestido con un brocado azul y se frotó la barba. Antes de volverse de nuevo a Pilatos, dirigió una venenosa mirada a su hermano, que la recibió imperturbable.

Un gong sonó y se levantaron, pasando al comedor que relumbraba con colgaduras engemadas, mármol y ricas lámparas. La comida fue de lo más lujosa. Antipas comió poco y bebió en forma abstemia. Se quejaba de muchas cosas insignificantes al poderoso romano. Nada le complacía ni en Jerusalén, ni sus propios asuntos privados. Su rostro se suavizó cuando habló de su esposa, Herodías, al hacerlo Felipe se puso rígido en la silla y miró a su hermano con encendidos ojos y su boca tomó un aspecto duro y amargo.

—Cómo me gustaría vivir en Roma —exclamó Antipas—. Allí uno sólo encuentra la civilización y el realismo, pero aquí todo es Dios, todo son observaciones religiosas, discusiones tedias. Incluso el Sumo Sacerdote sólo puede hablar de los comentarios. Para los judíos nada existe excepto Dios.

Lucano dijo:

—Demócrito escribió, hace unos cuatrocientos años: «Si uno escoge los bienes del alma, escoge la proporción divina, si los bienes del cuerpo, simplemente la mortal.»

—Esto está muy bien —dijo Antipas en tono desagradable y con una sonrisa perversa—, pero el hombre es también mortal, y lo mortal debe ser alimentado.

Hizo una pausa. Luego dijo casi amenazadoramente:

—He oído extrañas cosas acerca de ti, Lucano. Corren rumores de que realizas milagros.

Se echó a reír un poco.

—No —dijo Lucano, empezando a sentir un pequeño estremecimiento de disgusto—, no realizo milagros. Sólo Dios hace esto.

Sus mejillas se colorearon a causa de la afrenta.

—¡Ja! —Exclamó Antipas—. Esto es excelente. Hemos tenido bastantes hacedores de milagros en Judea, o charlatanes. Confío en que no estés aquí para excitar al pueblo. O para aclamar que tienes una misión única recibida de Dios.

—Estoy aquí sólo para encontrar la verdad y escribirla —dijo Lucano con ira.

Pilatos empezó a sonreír. Felipe escuchaba con una copa de vino junto a sus labios y sus ojos abiertos alerta, brillantes hacia Lucano.

—Y yo estoy aquí para establecer la paz y el orden entre mi pueblo —dijo Antipas—. Seré despiadado con los revoltosos.

Sus ojos brillaron amenazadores.

—Estas aceitunas, si es que se me permite decir tal cosa en mi propia mesa —dijo Pilatos—, ¿qué pasa, Lucano? Pareces tener poco apetito. Mi cocinero es excelente, este cerdo asado está delicioso.

—Quizá tu honrado visitante no gusta de la carne de cerdo —dijo Antipas con una desagradable sonrisa.

Lucano rehusó responder a esta grosería. Permitted que un esclavo le sirviese un poco de aquella carne. Empezó a preguntarse por qué Antipas estaba tan evidentemente agitado e irritable. El Tetrarca puso un puñado de pequeñas aceitunas saladas en su boca y las empezó a masticar ruidosamente, escupiendo luego los huesos. Luego dijo:

—¿De manera que estás aquí para descubrir la verdad y escribirla? Dime, ¿eres cristiano?

—He sido cristiano desde el día del nacimiento de Cristo —dijo Lucano.

Antipas casi dejó caer la copa con la sorpresa. Su boca quedó abierta.

—¿Qué es lo que dices? —preguntó incrédulamente.

Felipe se inclinó hacia adelante en su silla y la sutil sonrisa en el rostro de Pilatos desapareció.

—Estás loco —exclamó Antipas golpeando con su mano sobre la mesa—. Nadie ha oído de los cristianos hasta hace cuatro años. Aquel galileo apareció por primera vez en aquel tiempo.

—Sin embargo, yo le conocía desde el día en que nació. Fue mi propia falta de mérito lo que me hizo olvidarle durante muchos años; mi propia obstinación e ira.

Lucano miró de frente a Antipas, que estaba estupefacto. Sacó una vez más la cruz y se la enseñó a Antipas, que repentinamente se estremeció. Lucano le habló de Keptah, de los caldeos y babilonios, de los egipcios y

de los griegos, de sus antiguas profecías. Les habló de los magos de la gran cruz en el templo secreto de Antioquía. Les contó que la estrella había sido vista por él cuando era un muchacho, en su movimiento hacia el Este. Muchos de los esclavos, a lo largo de las paredes, se inclinaban ansiosamente para oír, y en algunos de ellos aparecían las lágrimas inundando sus ojos.

—Estaba en Atenas el día de la crucifixión —dijo Lucano en tono apresurado—. El sol desapareció, sonaron ecos de gemidos y terremotos. He oído muchos rumores en mis vagabundeos de que esto ocurrió en todo el mundo conocido. ¿Crees que es una coincidencia?

El rojizo rubor en la estrecha cara de Antipas desapareció; fue reemplazado por un tinte lívido. Permaneció silencioso, cerró sus ojos, que iban de un sitio para otro como buscando refugio; se remojó los labios con la lengua. Poncio permaneció pensativo, su mano jugaba con una copa. Felipe sonrió y alzó su cabeza como si hubiese llegado a una profunda resolución.

Antipas empezó repentinamente a temblar como poseído por un frío interior. Por fin dijo en aguda y furiosa voz:

—Todo esto es una insensatez. Hablé con Jesús personalmente. Había esperado que Él fuese el Mesías. Deseo ver sus pretendidos milagros por mi cuenta. —Dirigió una furtiva mirada a Pilatos—. Conozco las profecías del Mesías, las he oído durante toda mi vida. —De nuevo humedeció sus labios con la lengua y volvió a mirar a Pilatos—. El Mesías iba a librar a los judíos de los opresores. ¿Me perdonarás, Poncio? Esto era la profecía real. Pero Jesús declaró que no era de este mundo, que las cosas del César no le concernían. Le hice traer a mí.

Hizo una pausa... Sus temblores se hicieron más perceptibles.

—A pesar del Sumo Sacerdote, que le acusaba no sólo de violar la ley, sino de incitar al pueblo contra la autoridad, y provocarle a la rebeldía. Para conservar la seguridad del pueblo judío, le hice traer a mí para interrogarle. Si hubiese sido el Mesías se hubiese manifestado en toda su gloria y milagros a mí; hubiese quedado transformado ante mis ojos. Pero para mí gran desilusión, era tan sólo un miserable mal vestido campesino de Galilea; le interrogué, le imploré que se revelase si era realmente el Mesías. Pero permaneció ante mí en silencio y no contestó. Ante mí, el Tetrarca de Jerusalén. Tan sólo me miró como si no me hubiese oído.

Había sido informado de que él me había llamado «esa zorra.» Estaba dispuesto a perdonarle si él hubiese sido en verdad el Mesías, porque los dioses no tienen reverencia para los hombres, ni siquiera para los reyes.

Por primera vez Antipas bebió largamente de su vino y extendió su copa solicitando más. Moviéndola negando una y otra vez.

—Un desgraciado Galileo. ¡Qué imprudencia la suya asegurando que era el Mesías de los siglos! Allí permaneció y sólo me miraba sin contestarme. ¿Por qué no me contestó? Era bastante voluble entre sus seguidores y ante su pueblo. He llegado a la única conclusión. Enfrentado con la majestad de la autoridad y lleno de temor, él no pudo hablar. Perdió su lengua. Por lo tanto comprendí que aquél no era el Mesías, sino tan sólo un insurrecto. Era un pobre campesino que había engañado a los ignorantes y sencillos de mente. Me enfurecí profundamente, tanto contra la blasfemia como contra la insurrección que había instigado. Y por lo tanto le dije: «Tú no eres el Mesías. Eres un farsante y un mentiroso. No.» No puedo decir la ira y la desilusión que me embargó contemplando su gris mirada hacia mí. Por lo tanto le entregué a la justicia y me burlé de sus pretensiones colocando un manto llamativo sobre sus hombros y despachándolo.

Felipe dijo:

—También te enfureciste contra uno llamado Juan el Bautista.

Habló contra ti a causa de tu esposa Herodías. Permitiste su muerte a requerimiento de tu esposa.

Los ojos de los dos hermanos se encontraron como el choque violento de dos espadas. Luego Antipas miró a su hermano con odio y dijo:

—No soy ambicioso. Soy el Tetrarca de Jerusalén y amigo de Poncio Pilatos.

Felipe se encogió de hombros.

—Hablas de aquellos que son crédulos. Sin embargo, esperabas que Juan fuese Elías nacido de nuevo.

Antipas dejó de mirarle y dirigió su rojiza y malévolamente mirada hacia Lucano.

—Y por lo tanto, debo aconsejarte, a pesar de que seas huésped de mi querido amigo Poncio Pilatos y un ciudadano romano, que no permitiré más desorden entre mi pueblo ni más incitación. Busca la verdad que quieras, pero no entre los ignorantes y los engañados. Te he dicho la verdad. Que esto te baste.

—No hay nada tan laudable como la franqueza —dijo Pilatos sonriendo.

—Lucano, como todos los griegos, es supersticioso —contestó Antipas con otra mirada de odio.

—Sin embargo, buscaré la verdad —dijo Lucano mirando a Herodes fríamente—. ¿Quién puede impedírmelo?

Las narices de Antipas se disten dieron y respiró pesadamente.

—Soy un hombre civilizado. Conozco mis deberes como huésped de Poncio Pilatos. La cortesía se espera de un huésped. Pero tengo una cuestión contigo, mi noble Lucano. —Y respiró hondo—. A mi petición, Poncio proscribió a los cristianos. Es un hombre justo, un administrador de la ley romana. Ahora tú le has influenciado para que levante esta proscripción, a pesar de mi solicitud y de mis argumentos. Esto incitará de nuevo las revueltas y los desórdenes peligrosos. Estoy preparado para tratarles.

Poncio sonrió.

—Obedezco al César. Tiberio dio a Lucano un magnífico anillo. Lucano me pidió que levantase la proscripción. Puso el anillo en mi mano. Tiberio tiene una gran consideración por él y yo no podía hacer otra cosa sino obedecer su petición.

Parecía estar pasándolo muy bien.

Herodes Antipas dijo:

—Honro al César, pero incluso los Césares pueden ser engañados.

—Cierto —dijo Pilatos, y jugó perezosamente con una gema de su copa.

Lucano apretó los labios. Estaba a punto de hablar con calor cuando vio a Pilatos y a Herodes que intercambiaban duras y significativas miradas y que la mano de Felipe se cerraba crispada sobre la copa de plata. Entonces Pilatos movió su cabeza ligeramente, como si negase, y alzó la palma de su mano en un gesto con el que pedía paciencia. Antipas habló directamente a Lucano:

—Te he dicho la verdad. ¿Qué puedes aprender de otra manera, excepto de Pilatos y de mí? Sólo pueden ser mentiras. ¿A quién preguntarás? ¿A los despreciables seguidores de Jesús? Viniste armado con supersticiones. Los niños imaginan muchas cosas y nos has dicho que fuiste enseñado en tu niñez; puede haber sido una fantasía por tu parte, o los influjos de criaturas llenas de creencias en brujerías y magia. Recuerdo cuando yo era niño. ¡Soñé que con mis propios ojos vería al Mesías!

—Y así ha ocurrido —contestó Lucano.

Antipas golpeó la mesa de nuevo con una exasperación completa. Apeló a Pilatos con sus ojos volátiles como diciendo: « ¿Qué puede hacerse con semejante idiota? » Luego dijo:

—Comprendo que eres un hombre erudito. Maravillosamente educado en el arte de curar. Eres un graduado en la Universidad de Alejandría. Has viajado. Sin duda has encontrado a hombres sabios y eruditos. Sin embargo, tú que nunca viste al Galileo, vienes aquí con una creencia obstinada. Muy bien, es mucho más de lo que un hombre inteligente puede sufrir.

Se volvió hacia Pilatos.

—Te ruego que vuelvas a imponer la proscripción contra aquellos que se llaman a sí mismo cristianos, en nombre de la paz del imperio, en nombre del César.

—No tengo posibilidades de elegir —dijo Pilatos blandamente, extendiendo sus manos con un gesto de rendición—. Existe el anillo de Tiberio. El significado del anillo es que el propietario puede usarlo en nombre del César, como si el propio César estuviese hablando en persona. Comprende esto mi querido Antipas.

Antipas quedó pensativo. Sus pequeños dientes amarillentos mordieron su delgado labio. Sus ojos chispearon, profundos, con un brillo extraño. Finalmente habló a Lucano en un tono que había adoptado en forma de ruego.

—Perdóname si parece que te haya amenazado. Trata de comprender. He oído que tienes un profundo amor por el pueblo judío. ¿Deseas ver alboroto y desorden aquí de nuevo y la muerte de los ignorantes? ¿Deseas ver la mano de Roma sobre esta pequeña tierra que ha sufrido tanto, que sufre tanto? ¿Qué tiene que ver Israel contigo si fuese destruido?

—No vine a destruir —dijo Lucano—. He venido como un hombre que busca la verdad.

—Sí —dijo Antipas impacientemente—, no hablaba de esto. Pero has prevalecido sobre Poncio Pilatos para levantar la proscripción contra los ignorantes y los desordenados cristianos, que poseen considerable fiereza y has abierto la puerta para que aparezca de nuevo la turbulencia. Los judíos son un pueblo persistente y luchan entre ellos por una opinión respecto a la ley; manifiestan furiosos desacuerdos. La proscripción ha esparcido a los cristianos y los ha mantenido aparte y ha permitido que peleasen con sus discípulos los judíos. Ahora aparecerán de nuevo y todo estará perdido.

—Espero que no —dijo Lucano con seriedad—. Sin duda que Él era un hombre de paz; a su tiempo sus seguidores comprenderán esto.

—No —dijo Antipas—. Tú no conoces a los judíos.

Entonces Felipe habló.

—Ni tú tampoco. No has sido amigo de tu pueblo, has sido su enemigo.

Un gran silencio cayó sobre la mesa. Todos permanecieron sentados como estatuas. Antipas miraba sólo a su hermano y Lucano y Pilatos les miraban a ellos. Después, tras un largo momento, Antipas dijo suavemente:

— ¿Te atreves a hablarme así, Felipe?

—Sí. Me atrevo —dijo Felipe en voz baja—. Eres un pequeño hombre vicioso. Te digo esto en la cara. Careces de moral, no tienes honestidad, ni dignidad, ni presencia. Este es el fin.

Miró a su hermano con desprecio.

Antipas estalló en una carcajada débil, alzando al aire su barba. Luego exclamó:

—Ajá. No me has perdonado por haberte quitado tu esposa Herodías. Me has insultado en presencia de mi amigo, pero perdono tu falta de buenos modales. Me has llamado pequeño; si hubiese sido de mayor estatura no hubiese podido quitarte la esposa. ¿Quién es entonces el hombre mayor?

Sus ojos bailotearon malignamente sobre Felipe.

Los labios de Felipe estaban blancos, pero habló en voz baja.

—No tengo ningún resentimiento contra Herodías. La había amado y si ella me hubiese amado, no hubiese existido posibilidad de que tú la sedujeses. No me siento ofendido porque nadie puede ofender a otro sin su propio consentimiento. Hablas de buenos modales; eres tú quien carece de ellos.

Lucano se sintió violento. No estaba acostumbrado a insultos y discusiones tan crudas, especialmente entre dos hombres de una misma sangre.

Entonces Pilatos intervino, hablando placenteramente.

—Estás equivocado, Antipas, cuando buscas una corona. Nunca busques una corona de un César. Has caído en desgracia para él. Precisamente hoy he recibido una carta de él sugiriendo que desaparezcas secretamente. Los Césares no sugieren con frecuencia, ordenan ¿Esperas tú su orden?

Antipas se quedó tan blanco como la muerte y su rojiza barba resaltaba prominentemente sobre el tono pálido de su carne. Luego murmuró:

—Estás bromeando.

—No —dijo Pilatos suavemente—. César mira con buenos ojos a tu hermano.

Bebió vino mientras Antipas se aferraba al borde de la mesa y se inclinaba hacia él jadeando.

—Os llamé aquí esta noche a ti y a Felipe. Tú tienes a Herodías; tienes una enorme riqueza. Sugiero, sin embargo, que abandones Judea. Será más agradable para todos.

Lucano casi se compadeció del exaltado Antipas y desvió su mirada de él. Su humillación no debía haber ocurrido delante de un extraño como él.

—Apelaré a Agripa —dijo Antipas con voz aguda y sofocada.

—Te aconsejo que no lo hagas. No te mirará con favor.

—Creía que eras mi amigo, Poncio.

—Es como amigo tuyo que te doy este mensaje. Si fuese tu enemigo te hubiese enviado una orden perentoria y destituido públicamente, ante las despectivas miradas de tu pueblo.

Antipas se volvió hacia su hermano y su mano se deslizó hasta su daga.

Felipe le miró con desdén.

—Tú has hecho esto —exclamó Antipas—. Me has traicionado. Has conspirado contra mí para vengarte.

—Sugiero —dijo Pilatos— que ningún daño ocurra a Felipe. En realidad he nombrado a mi oficial principal, Plotio, para que guarde la casa de Felipe, en caso de que fueses lo bastante indiscreto para violar los deseos de Tiberio y para evitar que Felipe sufriese... un accidente.

Lucano se levantó. Luego dijo fríamente:

—Me encuentro muy cansado. Debo rogarte, generoso Pilatos, qué me dispenses.

Antipas volvió su ira contra él. Señaló con un dedo a Lucano y lo agitó contra él.

—Has sido tú, buscando el anillo del César, que has conseguido no sólo que Pilatos levantara la proscripción contra los cristianos sino que sufriese mi exilio a fin de proteger a tus haraposos amigos.

Pilatos alzó una mano en tono de aviso.

—Nadie te ha traicionado, Antipas, ni tu hermano ni yo. Terminemos con estas acusaciones.

Hizo un gesto a un esclavo y ordenó una litera para Lucano. El griego se inclinó ante los que estaban en la mesa y abandonó la casa.

—Y también sugiero —dijo Pilatos a Antipas— que ningún daño le ocurra a Lucano. Está bajo la protección de Tiberio y sabes lo sangriento que se ha vuelto últimamente.

CAPÍTULO XLIX

LUCANO contó a sus amigos Hilel y Arieih lo que había ocurrido en casa de Pilatos. Escucharon con profundo interés. Luego Hilel dijo con alegría:

—Demos gracias a Dios de que Herodes Antipas haya sido destituido.

—Sin embargo, Pilatos no debiera haberle humillado ante mí.

—Es un hombre inescrutable y tiene sus razones.

Hilel continuó hablando y dijo que María, la madre de Cristo había regresado junto a sus familiares para hacer una visita a Nazareth. Alguien había muerto entre sus parientes.

—La visitaré allí —dijo Lucano. Hilel comentó que era un viaje muy largo. Sin embargo añadió:

—Podrás ver Galilea, donde Él enseñó por primera vez. Es un lugar hermoso. Pero hay una pequeña ciudad llamada Tiberías, construida por Herodes en honor a César. Los judíos la consideran una abominación y no debes visitarla. Tampoco lo hizo Cristo. Habló sobre un monte que está cerca de allí, en la sinagoga, que es sencilla y humilde como es el suelo. Pero no hay vida. ¿Permanecerás hasta que Lea y Arieih se casen?

—Debo atender mis ocupaciones— dijo Lucano con tono de justificación.

—Entonces esperaremos a que vuelvas.

Cuando estuvo solo, aquella noche Lucano escribió lo que había oído de Poncio Pilatos y Herodes Antipas. No puso sus opiniones, sino la información que había recibido. Su evangelio iba aumentando. Algunas veces una nostalgia abrumadora se apoderaba de él. Si él hubiese podido tan sólo ver a Cristo personalmente. Si hubiese podido tan sólo mirar a sus maravillosos ojos. No le hubiese abandonado cuando sus seguidores le abandonaron con temor.

A la mañana siguiente, muy temprano, fue en una litera a la casa de Santiago y Juan, fuera de las murallas. Hilel había enviado un mensajero a los dos jóvenes hermanos que se habían mostrado conformes, un tanto sobriamente, en recibir a Lucano. Hilel les había escrito que si no fuese por Lucano, la proscripción contra ellos

hubiese permanecido. Una vez fuera de las murallas, tras el monte de Sión, Lucano miró hacia atrás a través del cálido y pegajoso polvo. Aunque era temprano, las murallas amarillas de Jerusalén brillaban en medio de una terrible luz; un relumbrar de aguda incandescencia iluminaba las piedras de las paredes y las curvas y pedregosas montañas. Incluso las colinas cultivadas estaban envueltas en luz, doblez sobre doblez de amarga desolación.

Las apiñadas casas fuera de las murallas ascendían por las laderas, amarillentas y grises, ardiendo en luz. La mayoría de ellas eran pobres, con pequeños jardines polvorientos y deshechos, palmeras, pinos, olivos y árboles frutales plantados a su alrededor. Nunca había visto Lucano una tierra tan atroz, tan seca, tan polvorienta. Los criados que llevaban la litera empezaron a jadear cuando ascendieron las colinas y finalmente se detuvieron ante una pequeña casa amarillenta más pobre que todas las demás. Un joven permanecía sobre los escalones, con una expresión sombría, en silencio. Debió hacer un comentario, porque tras él apareció otro joven con una cara afilada y pálida, fieros ojos negros, una boca llena aunque dura, una masa de rizos castaños sobre su alta cabeza. El primer hombre iba vestido de gris y se cubría con una capa oscura; el segundo usaba una vulgar túnica amarilla. Los dos parecían muy pobres. No dijeron nada a Lucano cuando éste descendió de la litera. Simplemente permanecieron de pie mirándole.

—Soy Lucano, huésped de Hilel ben Hamram —dijo Lucano tratando de sonreír ante el rostro y la formidable mirada que los otros le dirigían—. ¿Me esperabais?

Los dos hombres se miraron uno a otro. El rostro del mayor no era tan estrecho como el de su hermano, pero tenía una nariz larga y delgada, barba y cabello oscuro y una boca más fina. Poseía un aire menos salvaje que el hermano más joven, menos fanatismo y aspecto de rebelión. Dijo en arameo y con acento galileo:

—Te esperábamos. —No dirigieron a Lucano ningún otro saludo—. Soy Santiago, hijo de Zebedeo de Cafarnaum, y éste es mi hermano Juan.

Santiago señaló el rostro del joven delgado y grandes ojos vengativos que tenían la fijeza de un temperamento extático. ¡Los hijos del trueno! ¡Qué bien les iba la descripción! Lucano sintió su intensa hostilidad y resistencia incluso a hablar con ellos por causa de su apasionada y manifiesta desconfianza.

—Soy cristiano —dijo dirigiéndose hacia ellos y esperando suavizarlos.

Pero ellos no le contestaron. Con un gesto de cabeza Santiago indicó a Lucano que debía seguirle y le condujeron, en silencio, a la parte trasera de la pequeña y miserable casa, donde las paredes proyectaban un poco de sombra en medio de aquella luz violenta. No había ningún jardín allí; sólo polvo y tierra. Dos bancos de madera permanecían cerca de la casa. Los hermanos se sentaron en uno de los bancos y continuaron su escrutinio de Lucano. Suspiró..., aquellos hombres empezaban a ser difíciles. Él era un extranjero, un incircunciso impuro. Si tenían vino o pan, no parecían estar dispuestos a ofrecerle nada, ni siquiera darle las gracias por haberles salvado de la proscripción.

Había pensado hablarles de Keptah, de los caldeos, de los babilonios, de José ben Gamliel, de los griegos y su Dios Desconocido y de las profecías que habían sido transmitidas a través de las edades, no sólo por medio de los judíos, sino a través de otros pueblos. Pero supo al instante que ellos no le escucharían sino que se sentirían más resentidos que antes y más incrédulos. Miránolos con gravedad se preguntó si aquellos que habían caminado con Dios podían ser tan inhóspitos, tan sin caridad para un extranjero, tan duros y fieros.

Bajo las dos miradas poco amistosas Lucano habló con vacilación del evangelio que estaba escribiendo. Les dijo que en su viaje había oído mucho del Mesías. Tan sólo deseaba que ellos le dijese lo que sabían a fin de poder continuar su trabajo.

—Yo nunca le vi, pero le he amado durante muchos años —dijo con suavidad.

Juan habló por vez primera con voz perentoria.

—Diremos lo que hemos visto con nuestros ojos. —Aspiró una profunda bocanada de aire y el frío y salvaje éxtasis de sus ojos acentuó su concentración—. Pero no comprenderás. ¿Le conocías? ¿Le oíste? Sin esto no puedes saber nada.

«Sí, pensó Lucano, le conocisteis vosotros y le oísteis, pero su amabilidad y su amor no están en vosotros, ni su caridad. Haréis buenos evangelios, pero habrá poca misericordia, ternura o amabilidad en lo que digáis o hagáis.»

Santiago dijo con voz grave:

—Si hubiese destruido esta ciudad cuando se atrevieron a rechazarle. ¿Por qué no hizo descender la ira del cielo sobre ella?

Lucano no respondió. Colocó sus manos sobre sus rodillas y esperó. Los hermanos cruzaron otra mirada..., no eran mellizos, pero era aparente de que eran inseparables y se comunicaban el uno al otro por medio de miradas y tenían poca necesidad de hablar para entenderse. El terrible calor penetraba incluso en aquella polvorienta sombra. Lucano se secó la frente y rostro con un pañuelo. Los otros continuaron mirándole y entonces, por primera vez, apareció curiosidad en sus fervientes rostros. La calma de Lucano, su gravedad, su belleza y su convencimiento, la serenidad de sus ojos azules, había empezado a impresionarles y a mitigar algo su natural enemistad ante un extranjero. Fue Juan quien empezó a hablar en frases cortas y cortantes. Pero después de un poco se sintió transportado por una incontrolable pasión..., sus ojos adquirieron una luz interna vívida y se quedó contemplando al fiero cielo. Su voz se hizo elocuente.

—En el principio era el verbo, y el verbo era con Dios y el verbo era Dios. ¡Bendito sea su nombre! Él era la vida y la vida era la luz de los hombres.

Juan habló de los milagros de Cristo, sus enseñanzas, de Juan el Bautista. Cuando hablaba del silvestre y vehemente Bautista, su voz adquiría un tono lírico y enfático. No había otro a quien él realmente pudiese comprender. Allí había habido uno que hablaba de la ira y de la venganza de Dios hacia los incrédulos, del juicio que se aproximaba, de los merecidos castigos, allí había habido uno que aconsejaba, que había avisado, que no habló de misericordia. El apasionado anacoreta del desierto, el que se alimentaba de miel silvestre y de langostas, el medio desnudo y barbudo gritador ante el Señor, estaba más cerca del corazón de Juan. Apretó sus delgadas manos sobre sus rodillas..., se estremeció con gozo y deleite.

—He oído grandes revelaciones —exclamó golpeando sus rodillas con los puños— del día del juicio, de las terribles cosas que tendrán lugar, de los humeantes pozos del infierno en los cuales las almas de los malos caerán como copos de nieve. De los vengativos serafines y querubines, de los buenos y los malos que quedarán eternamente divididos por la ira de Dios y de los condenados para siempre. Te escribiré estas cosas personalmente.

—Sí, sí —dijo Lucano suavemente—. Pero yo he venido para enterarme de Sus palabras, de Sus milagros. No le gustaba el amenazador brillo en los ojos del joven.

Las narices de Juan se distendieron. Veía las más amenazadoras visiones con su vista interna y se regocijaba en ellas con un gozo profundo. Miró, cuando Lucano habló, y le contempló casi sin verle. Santiago dijo:

—Nuestro visitante ha preguntado por las palabras de Dios y los milagros entre los hombres. Fuimos sus testigos. Continúa.

De esta forma Juan, le contó a Lucano lo que éste deseaba saber. El transcurrir del tiempo se hizo irrespirable de calor y polvo acre. Lucano escuchó con toda su alma. La voz de Juan adquirió las notas de una triunfante trompeta y de un gran júbilo. Mientras que otros, al hablar de Cristo, hablaban con amor y con tierna alegría, Juan hablaba con una exaltación creciente. Algunas veces no podía refrenarse a sí mismo. Se levantaba y andaba de un lado para otro fervientemente, su rostro delgado abrasado. Parecía crecer de estatura y fuerza, caminando desde el extremo de la sombra hasta la luz brillante, sus rasgos iluminados u oscurecidos alternativamente, sus manos en un momento sombreadas y seguidamente encendidas como fuego. A pesar de sí mismo, Lucano se sintió fascinado, tanto por lo extraño del joven evangelista como por las historias que contaba. Algunas veces Santiago intervenía, cuando Juan, cansado, se detenía por un momento para aclarar una palabra o una historia. Y Juan le miraba impaciente con unos ojos expectantes. Durante las pausas Lucano escribía rápidamente con su estilo, a fin de que todo quedase perfectamente registrado. Una o dos veces pensó: «Este hombre descorazonaría a los reflexivos, amables y compasivos. Pero será como un pilar de fuego amenazador para los lánguidos, los débiles, los egoístas, los escépticos, los apáticos y para aquellos que son incapaces de excitarse por visiones de desprecio y castigo. Será el terror de los materialistas. Apela a las pasiones y puede despertarlas en los más complacientes.» Cuando Juan contaba lo que había visto y oído no era con el asombro, la felicidad y la tristeza que otros habían usado al expresarse a Lucano. Contaba las historias con un aire de furioso desafío, como retando a la incredulidad y presto a lanzarse sobre ella.

Contó la crucifixión sin el miedo o tristeza de Prisco, pero con ira y agonía en su rostro que se hizo incluso más vengativo. Algunas veces Santiago se movía intranquilo, no en desacuerdo con su hermano, sino a la vista de sus brillantes ojos y el tono de su voz y algunas veces Juan miraba a Lucano con una fiereza que indicaba que casi creía que el propio Lucano había clavado los clavos en la carne sagrada. Lucano pensó que permanecía ante él, condenado como un malvado gentil que había destruido el cuerpo de Cristo y aparentemente creyendo que estaba destinado para siempre a su terrible infierno.

El mediodía llegó con una luz intolerable sobre la pobre casa y la sombra se acortó. Juan estaba exhausto y cayó sobre el banco, cubrió su sudoroso rostro con las manos y sollozó en voz alta. Luego murmuró una y otra vez.

—El día del juicio eterno. Lo dice mi alma; mi alma tiembla temerosa y sin embargo se siente exaltada.

Dos cabras llegaron cerca de la casa buscando la frescura de la sombra y las últimas briznas de hierba. Santiago entró en la casa y trajo un recipiente de bronce y ordeñó a los inquietos animales. Volvió a entrar el recipiente en la casa y de nuevo salió con tres vasos de barro y un plato en el que había pan negro y un trozo de queso. Puso estas cosas ante él sobre el brazo y miró con cariño a su hermano.

—Comamos y descansemos —dijo.

—Gozoso el día cuando no habrá más comida ni más bebida —dijo Juan con voz temblorosa.

Sin embargo, bajó sus manos; su rostro estaba cansado con la desesperada presión de sus dedos. Miró a las tres tazas, a la humeante leche de cabra y su voz salió como para decir que no estaba aún preparado para comer y beber fácilmente con el gentil, o aceptar su presencia con igualdad. Pero su hermano tomó una de las tazas y la dio a Lucano presentándole el plato de pan y queso. Lucano le sonrió agradecido y el rostro de su hermano tomó un aspecto de humilde intranquilidad.

—Comprenderás que el alma de mi hermano aún no está reconciliada con los acontecimientos —le dijo.

Juan frunció el ceño implacable. Tomó también en silencio una taza, pero rehusó comer.

—Se nos ha ordenado que llevemos las buenas nuevas a todas las naciones del mundo —dijo como mostrando desacuerdo.

—Yo soy uno de las naciones del mundo —dijo Lucano un tanto con piedad y un tanto vejado por aquel profundo desprecio de aquel hombre apasionado.

Juan bebió sobriamente. Sus pensamientos habían ya dejado a Lucano..., era como si estuviese hablando consigo mismo; interiormente rezaba con un fervor cada vez mayor. Pero Santiago miró a Lucano con más y más incertidumbre, como si su opinión sobre él estuviese cambiando y lamentase su anterior falta de hospitalidad. Finalmente dijo:

—No nos consideres desagradecidos por lo que has hecho por nosotros.

Juan alzó la cabeza y dijo agresivamente:

—El Señor no hubiese permitido que fuésemos perseguidos por largo tiempo.

Lucano no hizo ningún comentario. Su litera llegó para recogerle, y se levantó dando las gracias a Santiago por la buena leche y los alimentos. Santiago se levantó también y le siguió a la parte delantera de la casa. Pero Juan permaneció en su banco, la cabeza inclinada sobre su agitado pecho. Cuando Lucano entró en la rica litera y alzó su mano en señal de saludo, Santiago vaciló, luego alzó su propia mano diciendo adiós. Volvió hacia la casa rápidamente. Lucano sintió piedad por los dos hermanos. Se les había exhortado a realizar una tarea gigantesca entre extraños y en su espíritu la temían; sin embargo, debían obedecerla.

Cuando los portadores de la litera ascendieron las cálidas escaleras blancas que conducían a las puertas de Jerusalén se detuvieron para descansar un momento y desde allí Lucano pudo ver la pequeña ciudad de Belén en la distancia, brillantes sus casas, cubiertas de techos planos. Allí Jesús había nacido, en aquel polvoriento lugar, y allí, en los montes cercanos, había brillado la gran estrella y los pastores habían oído las voces de los ángeles trayéndoles el mensaje de los siglos. Una tierra de portentos, una tierra muy extraña y de contrastes.

Hilel le esperaba en el jardín, donde las fuentes proporcionaban un gran frescor a la temperatura. Lucano miró a su alrededor con placer. De las paredes cubiertas con flores, se derramaba una nube de púrpura. Paseos recortados se extendían alrededor de piscinas cuadradas en las que peces dorados nadaban y brillantes matorrales amarillos estaban cuajados de flores. Florecientes chumberas mostraban rojos floridos en sus gruesas hojas verdes. Setos de crisantemos y rosas blancas, rodeados por senderos rojizos o marrones estaban primorosamente cuidados. Altas y delgadas palmeras datileras cubiertas con ricos frutos, y árboles de laurel prestaban sombra al ambiente. El tintineo y salpicado de las fuentes proyectaba el agua sobre la hierba, que brillaba vívidamente con un verde casi imposible. Lucano bebió algo de vino helado y le contó a Hilel su visita a Santiago y Juan.

—Hombres así, hacen difícil la paz —comentó Hilel moviendo su hermosa cabeza—. Mañana partiré para Nazareth y Galilea. La retirada de la proscripción contra los cristianos ha despertado mucha excitación en Jerusalén —dijo Hilel—. A propósito, Poncio partió repentinamente para Roma esta mañana. Me envió un rápido mensaje de placer. Nunca se ha preocupado por Judea. Un grupo de centuriones entregaron un mensaje para ti de Tiberio, con tu anillo.

Devolvió a Lucano el maravilloso anillo y Lucano volvió a colocarlo en su dedo y luego abrió la carta de César.

«Saludos al noble Lucano, hijo de Diodoro Cirino. Fue con alegría que recibí el anillo que te di en cierta ocasión y que de nuevo te devuelvo. Soy ahora un anciano y estoy muy cansado. Durante muchos años esperaba únicamente recibir este anillo en muchas ocasiones. Pero los años pasaron y mantuviste silencio. Cuando el anillo llegó nuevamente de Poncio Pilatos con la petición que tú hiciste de cierta proscripción que él había promulgado, de que una pequeña secta fuese levantada por él, me sentí sorprendido. No habías pedido nada para ti. Reflexioné. He pensado en ti muchas veces, mi querido Lucano. He oído muchas cosas de ti de la casa de Diodoro Cirino. Te sentirás feliz de saber que tu casa está bien. Tu hermano Prisco ha sido reclamado aquí para un largo permiso. He oído decir que le curaste de una monstruosa enfermedad. Te sorprenderá saber que no siento escepticismo acerca de esto. Acepté la historia por completo. En mis horas más oscuras vuelvo mis pensamientos a ti. Algunas veces me siento tentado a ordenarte que vuelvas a Roma, para hablar contigo y contemplar tu rostro. Luego sé que no querrías, aunque obedecieses. No mando a hombres como tú, ni incluso para mi propio placer. Les considero como los romanos consideraron tiempo atrás a sus propios dioses. No son dignos, ni los propios Césares tienen bastante poder para ordenarlos.

«Habrás oído sin duda las más terribles historias acerca de mi crueldad en estos últimos años. No las niego, incluso a ti. Son ciertas. Estoy lleno de odio y mi odio aumenta con el tiempo. Me vengo sobre aquellos que han corrompido el pueblo de Roma y a sus criaturas, los senadores y los tribunos, los políticos y todos los avarientos e inconscientes rapaces que me rodean. En cierta ocasión tuve el sueño de hacer que Roma fuese otra vez Roma, llena de virtud, paz, justicia y honor, como tu padre lo soñó. Pero, ¿puede el César prevalecer sobre su pueblo? Le conducen. Cierran su púrpura hasta las cloacas. Ensondecen sus oídos con sus hambrientas demandas. Dishonrar su honor con sus apetitos.»

«Mellan sus espadas con sus lenguas esclavizantes. Estoy perdido. Piensa en mí con amabilidad, si quieres, porque te amo como un padre.»

Lucano no pudo evitar el echarse a llorar después de haber leído aquella carta y se la dio a Hilel para que la leyese. Hilel empezó a leerla fríamente y terminó muy emocionado.

—Pobre hombre —murmuró por fin—. Qué amargado y turbado debe estar para confiarse así a ti.

Luego añadió:

—A pesar del consejo de Pilatos a Herodes Antipas, éste ha apelado a su cuñado Agripa en Roma. Agripa tiene mucha influencia, por lo tanto se retrasará la partida de Antipas de Jerusalén, hasta que se decida el poder que tiene Agripa con César. Los retrasos son las armas formidables de los príncipes. No habrá una

inmediata persecución de los cristianos aquí..., pero no se puede hablar del futuro. Depende de su propia discreción. El sumo sacerdote está enfurecido y envía constantes mensajes a Agripa. ¿Quién sabe lo que el futuro traerá? Podemos estar tan sólo seguros de una cosa. Se producirá un cambio, bueno o malo. —Hilel continuó diciendo:

—Tengo amigos en muchos lugares del mundo. Los cristianos judíos están intentando hacer prosélitos en Damasco Y allí hay mucha ira contra ellos también. Así lo he oído hoy. Parece que algunos de los más jóvenes creyentes de Cristo han vuelto de nuevo a la ciudad y predicán y exhortan constantemente llevando sus nuevas a los muy piadosos judíos que allí residen. He recibido esta mañana una carta de mi buen amigo, Saulo de Tarso, un ciudadano romano, miembro de una casa judía de gran importancia, y además oficial romano. Va a Damasco a terminar con la insurrección y los desórdenes de la ciudad; toma sus deberes romanos muy seriamente. Había intentado visitarme aquí, pero un asunto de última hora en el tribunal de justicia, impidió que lo hiciese. Saulo es un hombre de no pequeño poder y es muy rígido. Siento temor por los cristianos de Damasco.

Lucano consideró esto con ansiedad. Luego, mientras reflexionaba se sintió, repentinamente exaltado y misteriosamente consolado.

—No te preocupes —dijo maravillándose ante sus propias palabras—. Todo irá bien. —No me gustan los consuelos engañosos —dijo Hilel— porque soy un hombre de bastante rigor lógico y no muy optimista. Pero cuando dices «todo irá bien», entonces siento que hablas con el lenguaje de los ángeles y no con el de los hombres.

CAPITULO L

HILEL deseó proporcionar a Lucano una escolta para acompañarle a Nazareth y Galilea. Pero Lucano rehusó la oferta con agradecimiento. Tan sólo necesitaba un buen caballo, firme y poderoso, capaz de escalar pendientes. Dormiría muchas noches en las tabernas de las carreteras, Hilel se sintió horrorizado. Aun, conociendo a Lucano como le conocía, le parecía increíble que un ciudadano romano de noble familia, un médico de considerable valía, un amigo del César, viajase como un hombre humilde.

Lucano respondió a sus objeciones sonriendo.

—No pretendo ser humilde —dijo—. Sólo quiero moverme con rapidez y sin dificultades y, además, ver el país.

El caballo que Hilel le proporcionó era árabe, de carácter tranquilo y acostumbrado a largos viajes, al polvo y a las montañas. Lucano ató a la silla su cartera de médico, una manta y los bártulos de pintura. Hilel insistió en ofrecerle un cesto de excelentes alimentos y vinos. Lucano envolvió su cabeza con un lienzo para protegerse contra el sol abrasador y llevó un pesado manto para cubrirse las piernas. Con mucha aprensión Hilel le dijo adiós con una inclinación de cabeza. Lucano se alejó agitando la mano hacia su amigo en un gesto de despedida. Era muy temprano cuando dejó Jerusalén y sin embargo el aire era ya caluroso. El caballo trotaba con agilidad. Cruzaron el puente de piedra sobre el río Cedrón. Las profundas tonalidades doradas se reflejaban en reberberos y sombras sobre las tranquilas y escasas aguas. Las orillas del río estaban guardadas por negros y puntiagudos cipreses.

Lucano deseaba visitar primero Galilea. Hilel, habíale aconsejado seguir por el camino de Betania y Jericó.

Pronto se encontró Lucano en el desierto, desolado, rojizo, sin árboles, sólo cubierto de grandes cardos, rodeado de bajas y planas colinas de metálico color, reverberando calor.

La carretera estrecha y tosca estaba vacía puesto que era muy poco frecuentada ya que la mayoría de los viajeros preferían seguir la ruta más larga de la Vía Mare a lo largo del mar. De cuando en cuando Lucano pasaba junto a una solitaria fortaleza romana desde cuyas cimas los soldados le contemplaban con curiosidad. Ante una de ellas fue detenido por un celoso oficial que no podía comprender como un hombre vestido con tanta sencillez y en aquella carretera pudiese poseer tan excelente caballo. Cuando Lucano reveló su identidad, el oficial se sintió aún más asombrado que antes, aunque respetuoso. Invitó a Lucano a tomar un vaso de vino con él y éste, que estaba sediento, penetró en las frescas profundidades de la fortaleza, se sentó en un banco de piedra y bebió vino con el joven oficial. Contestando a una de sus preguntas, Lucano le dijo que iba a visitar Tiberías.

Al ver los espléndidos anillos del viajero, el oficial le dijo:

—Aunque nunca intentará robarte ningún judío, ni tan siquiera los bárbaros samaritanos, encontrarás en el camino caravanas de hombres miserables que no vacilarían en cortarte el cuello por estos anillos.

Ante aquella advertencia, Lucano se los quitó guardándolos en su cartera.

Cuando estuvo otra vez de camino encontró una o dos caravanas de camellos, asnos y hombres de rostros oscuros y fieros que miraban codiciosos su caballo. Pero él les devolvía las miradas; era alto y de su cinto colgaba una espada y sus ojos azules miraban fríos y sin Llegó temor a Betania envuelto en oleadas de calor. Una nube de polvo amarillo flotaba sobre las estrechas y empinadas calles de la población y en ellas gentes de rostros sufridos y curtidos por el sol con las cabezas cubiertas por telas negras blancas o marrones, de igual color que sus vestidos polvorientos, transitaban ruidosamente, hablando y discutiendo. Las distintas tiendas de las calles hervían de gente; todos parecían estar irritados, se oían ladridos de perros; los niños jugaban en los

escalones de las empinadas calles y mujeres con jarras sobre sus cabezas se detenían a charlar. Un fuerte olor de carne asada, vino agrio, hierbas, ajo y estiércol se extendía sobre todo el pequeño pueblo. Lucano se sintió feliz cuando se alejó de allí. Un poco después se encontró de nuevo en el desierto. Las montañas del color de la tierra cocida cambiaron su fisonomía, salpicadas tan sólo por pequeñas agrupaciones de blancuzcos pedruscos. La llanura que atravesaba era desolada, vacía y llena de infinita soledad. De vez en cuando una polvorienta y tiesa palmera que luchaba por sobrevivir sobre el árido y rojizo suelo salpicado de negros peñascos rompía la monotonía, algunas malezas y matorrales medio secos se entremezclaban con los cardos, las hileras de cactus sólo servían para aumentar la melancolía del paisaje. Además el sol como una abrasadora esfera derramaba cataratas de luz insoportable.

Al mediodía Lucano llegó de pronto a un remanso de agua intensamente azul, alimentado por una fuente subterránea. Encantado descubrió un grupo de jóvenes sauces amarillo-verdosos meciendo sus doradas ramas en el cálido aire. Ató su caballo después de haberle dejado calmar la sed con el agua fresca del remanso y le dio un saco de avena. Luego se sentó a la sombra de los sauces y abrió el cesto de la comida. Comió un ave deliciosamente asada, rellena de hierbas y cebollas, unos cuantos pastelillos de cebada que recubrió con miel y dos pasteles. Bebió del excelente vino que le había proporcionado Hilel, después de sumergirlo durante un rato en el agua del remanso. Era como estar sentado en el centro de un espejismo rodeado por una tierra salvaje y desolada y las pedregosas montañas humeando a distancia. No se divisaba ser viviente alguno, un profundo silencio se extendía sobre la tierra y las montañas. Le invadió un bienestar soñoliento y sin dejarse dominar por él se levantó y ágilmente volvió a montar su caballo.

Tuvo cuidado en seguir la carretera que bordeaba Jericó, pero pudo contemplar la ciudad desde lejos, abigarrada, con sus casas de dos pisos entremezcladas con grupos de cipreses, reverberando en el calor y llegó hasta él la algarabía distante de sus gentes.

A partir de allí, empezó a encontrar rebaños de ovejas, paciendo la escasa hierba, pastores de rostros sombríos, cabras guardadas por sudorosos y ruidosos chiquillos.

Hilel le había hablado de una posada junto al río Jordán y dirigió su caballo hacia allí. La noche se acercaba. Imperceptiblemente la tierra cobraba un aspecto más fértil. Sobre algún monte había terrazas con hierba verde, palmeras, olivos e incluso algunos árboles frutales. El aire cálido y seco se llenaba con la fragancia de los viñedos. Ascendió un desolado monte; a su alrededor las piedras rodaban estruendosamente. Alcanzó la cima, a sus pies discurría el estrecho y retorcido Jordán de intenso color verde bordeado de sauces y altos árboles que proyectaban sombras acogedoras. Sintiendo la proximidad del agua el caballo descendió a galope.

Cuando llegó a las elevadas orillas del río desmontó; hombre y caballo descendieron resbalando sobre la cálida y húmeda tierra hasta el agua. El caballo bebió ansiosamente; Lucano se bañó la cabeza, manos y rostro. Sobre las aguas esmeraldas del río parecía reposar una dulce fertilidad que se torcía en una curva aguda en la distancia. Cerca de sus orillas se alzaban pequeñas granjas, cuyas blancas casas se destacaban claramente en el solo quedaban protegidas bajo la sombra de cipreses y otros árboles. Desde aquel lugar las montañas presentaban un aspecto menos fatídico y terrible.

Una niña de grandes ojos negros que conducía una manada de patos se le acercó mirándole inquisitiva. Lucano saludó a la pequeña con amabilidad; ella vaciló, luego contestó en arameo con el acento de los samaritanos. Él le hizo un gesto para que se acercase deseando ofrecerle un dulce de su cesto, pero la niña no se movió. Le creyó de Judea y los samaritanos estaban reñidos con los judíos; considerándoles demasiado cultos, superiores y haciéndoles malas pasadas durante las festividades, tales como encender fuego en los montes para confundir a los sacerdotes. La pequeña se echó de pronto a reír, le sacó la lengua y se fue corriendo seguida por los gansos que alborotaban tras ella.

Lucano montó de nuevo siguiendo las tortuosidades increíbles del río, refrescando sus sentidos en la contemplación de las pequeñas granjas desdibujadas en el crepúsculo. Escuchando el mugir del ganado y las ovejas, el parloteo de innumerables pájaros de brillantes colores cobijados en los verdes árboles, los dorados campos de trigo, centeno y cebada y las pequeñas casas cuadradas y blancas rodeadas de alegres jardines. Y las mil tonalidades de las vertientes de las montañas parecían gigantescas alfombras persas.

La luz declinaba rápidamente, un dorado tono de oro discurría entre las orillas del río cambiando su color; el cielo se convirtió en escarlata y jade sobre las montañas y el aire fresco.

Lucano encontró la posada cerca del río. Tenía un patio empedrado de brillantes piedras negras; era pequeña pero limpia, y el posadero le saludó con placer, dándose cuenta de la estampa de su caballo. Ni siquiera su arameo sin acento le sorprendió, haciendo estremecer su corazón de samaritano. No albergaba con frecuencia a viajeros con caballos como aquél y los modales de su huésped, aseguraron al posadero que no era un hombre pobre. Se sintió tan complacido de tener un visitante que decidió no cobrarle más del triple del precio regular de comida y hospedaje. Le introdujo en una pequeña y limpia habitación que daba sobre el río asegurándole que encontraría una cama cómoda y libre de pulgas o piojos. Lucano miró el desnudo suelo de madera blanca y asintió.

Estaba cansado y se sentó sobre el lecho bostezando. Llenaban la posada voces roncadas de hombres y estrepitosas risas. Los caballos pateaban en el establo, el sonido de pisadas retumbaba sobre las piedras del patio, una muchacha de servicio reía alegremente. A través de las toscas cortinas que cubrían la pequeña ventana, ascendía inundando la habitación un perfume de tierra fértil, uvas y abono, acompañado por el excelente olor de carne asada, pan en el horno, y un fuerte y grueso olor de sopa con especias. La criada, sin

llamar a la puerta, trajo a Lucano un jarro de agua caliente, una palangana y una tosca toalla de lienzo marrón. Le dio una moneda y ella se sintió tan sorprendida y encantada que le favoreció con una reverencia examinándole con mayor interés. Su apariencia le gustó, aunque su blanca piel estaba caliente y roja por las quemaduras del sol. Hizo un saludo, le dejó, y bajó a la cocina para hablar del extraño caballero que le había regalado una moneda tan valiosa.

Lucano abrió las cortinas y contempló el cielo escarlata sobre las montañas, oyó la murmurante voz del arco, que hablaba como a sí mismo deslizándose por entre los árboles y los sauces. Lavó cuidadosamente su rostro, parpadeando, y luego cubrió su carne ardiente con un ungüento. Después descendió la empinada escalera de piedra hasta el comedor común, donde unos diez viajeros estaban ya sentados. El enorme hogar de piedra crepitaba con madera encendida, la carne se cocía lentamente sobre el asador, mientras una muchacha la bañaba con la grasa que escurría de ella. El suelo de la habitación estaba cubierto con una alfombra y las paredes estaban pintadas de blanco. Los demás viajeros quedaron silenciosos al contemplar a Lucano, sus rostros curtidos reflejaban una viva curiosidad mientras trataban de situarle como judío, galileo o samaritano. Habían dejado a un lado sus turbantes y su cabello había sido peinado con descuido, sus ojos brillaban extrañamente por la mezcla de luz procedente de las lámparas y del fuego.

Lucano les saludó atentamente en arameo. Al principio no le contestaron, se encogieron de hombros y sus miradas se cruzaron, luego respondieron con hostilidad. Los galileos eran casi tan rubios como él y también muchos judíos, pero a pesar de su acento perfecto su aspecto no era judío, la mirada de los huéspedes reflejaba desconfianza. Les sonrió pero ellos no le sonrieron a su vez. Pensó ansiosamente en la cartera que tenía en su habitación y sus anillos. Había cerrado la puerta, pero a los ladrones nunca les detenían las cerraduras. Recordó al viejo Cusa y sonrió de nuevo. Los hombres permanecieron callados durante un rato, sintiendo entre ellos la presencia de un extranjero. Se sintieron sorprendidos al examinar sus pobres vestidos, tenía un aire de segura tranquilidad a pesar de la sencillez de sus atuendos. Habían oído ya de su excelente caballo. Era un hombre misterioso, con unos modales principescos y a ellos no les gustaban los misterios.

El silencio se adueñó de lo que había sido antes una mesa vociferante. La sopa era espesa y buena, cargada de especies y hierbas, llena de trozos de carne cocida y harina. Los viajeros comieron en un silencio morboso, mirando de cuando en cuando a Lucano que estaba disfrutando de la comida. Los criados que habían oído de su generosidad, le sirvieron a él primero con deferencia, esperando de su largueza alguna cosa. Recibió los trozos más tiernos de la cabra asada y los pedazos más jugosos del ave cocida. El vino era malo, pero su copa fue continuamente llenada. Su plato era constantemente rellenado con los dátiles más maduros, muchas pequeñas y saladas olivas, y vegetales cocidos. Una de las criadas, con una sonrisa, abrió un higo chumbo y elaboradamente extrajo su suave interior para él a fin de que el misterioso huésped no hiriese su piel con las espinas. Todos los viajeros advirtieron estas preferencias con una mezcla de resentimiento, mayor hostilidad y sospecha. Lucano comió con apetito. Al final de la comida abrió su bolsa y depositó sobre la mesa junto a su plato lo que fue considerado una enorme suma. Los viajeros se estremecieron e intercambiaron significativas miradas.

Uno de ellos, un hombre barbudo y arrogante, con enfurecidos ojos habló rudamente.

— ¿Quién eres tú, señor?

— ¿Yo? —Dijo Lucano sorprendido—, soy un médico, cuyo nombre es Lucano.

— ¿Romano? —la pregunta estaba llena de desprecio.

—No. Griego —Lucano sonrió.

—Hablas arameo muy bien, señor.

—Hablo muchas lenguas —por primera vez Lucano se dio cuenta de la hostilidad.

—Llevas una espada. ¿Es costumbre que los médicos lleven espada?

—Es un país pacífico —añadió otro.

Lucano miró a su espada y luego a los rostros amenazadores.

—Soy un excelente espadachín y el mejor atleta en Alejandría. Nadie le respondió, pero todos se sintieron atraídos por él. Por fin uno de ellos habló, intranquilo ante la azul fijeza en los ojos de Lucano.

—Nosotros somos un pueblo pacífico, nos disgustan las armas.

Lucano se encogió de hombros.

—Duermo con la espada en mi mano —y se levantó.

Tuvo la idea de vagabundear un poco después de la comida. Pero abandonó su idea. Fue a su habitación y la atrancó cuidadosamente, corrió las cortinas, extrajo la espada de su funda y la colocó sobre la cama. De repente se sintió exhausto. Se echó e instantáneamente quedó dormido. La lámpara quedó ardiendo.

Se levantó un poco después del amanecer, y ganó el corazón del hostelero no protestando ante la exagerada factura; el hombre le vio partir con una bendición en alta voz y las muchachas se reunieron en el patio para decirle adiós.

Siguió el río siempre que pudo, pero algunas veces la carretera torcía alejándole de él y se encontraba de nuevo en el desierto durante un corto tiempo. Por allí, muchas de las montañas estaban rotas y tenían el rojizo color de la tierra contra el ardiente y blanco cielo y devolvían el eco del trote de su caballo. Se sintió solo en un mundo de vasta desolación. Algunas veces podía ver las casas sobre las montañas, con algún ciprés polvoriento; entonces se preguntaba cómo sería posible que ningún ser humano viviese en aquel lugar tan amenazador. Cuando la carretera volvía de nuevo al río, brillante, alegre, sentase alegre de nuevo y descendía a sus orillas para bañar sus ardientes brazos y piernas. Al mediodía comió el contenido de un paquete que

halló al fondo de su cesto y bebió algo más de vino mientras jadeaba en medio de un calor insoportable. Trozos de río de color esmeralda ardían entre los árboles. Pero sus manos estaban frescas y limpias.

Atravesó pequeñas poblaciones, los perros le siguieron ladrando y galopando tras su caballo. Se encontraba entonces en la provincia de Decápolis y la gente empezaba a parecer más rubia y alta, de ojos azules o grises, con cabellos y barbas de moreno claro. Cuando pasaba un rebaño de cabras por la carretera, el campesino le miraba, sonriéndole y le saludaba con su cayado. Al atravesar un pueblo, pasó junto a una pequeña casa de un carpintero. El hombre estaba rodeado por sus cuatro hijos y ellos hablaban mientras trabajaban sobre un trozo de madera tosca que desprendía un olor resinoso. Lucano pensó en Jesús y en su padre. Así Él había trabajado, con el martillo, la escarpa y el serrucho, dando forma al sencillo mobiliario del campo. Así le había aconsejado para clavar un clavo torcido. Y se sintió más cerca de Cristo estando cerca de los carpinteros que en Jerusalén o con Juan y Santiago. Una mujer salió de la casa con un jarrón de leche y unas tazas; padre e hijos dejaron de trabajar para beber con fruición. La mujer sostenía el jarro con sus manos, sonriendo a Lucano. ¿Habría aparecido la madre de Cristo así, para refrescar a su hijo y a su esposo?

Debía continuar hasta el mar de Galilea pero el crepúsculo empezó a extenderse sobre la provincia de Galilea. Encontró una pequeña posada precisamente cuando la noche se echó encima. Estaba en el país de Jesús y cuando se envolvió en su manta y miró a su alrededor en aquel lugar pobre, tuvo la sensación de haber llegado a casa.

CAPÍTULO LI

AL seguir adelante la siguiente mañana, Lucano se sintió impresionado por el gran cambio del paisaje y las gentes de Galilea. Pasó a través de una pequeña aldea de pequeñas casas blancas, brillante cual luz cegadora bajo el sol de la mañana, rodeada por fértiles jardines y granjas y más allá de ellas, las montañas tenían su peculiar aspecto de aridez, resaltando sobre un cielo incoloro de ardientes fulgores. Los vestidos de hombres y mujeres que se divisaban al pasar por la carretera o atendiendo al ganado o las ovejas de caras negras, eran allí más alegres, y entre el púrpura oscuro y las ropas negras, vio algunas amarillas, rojas y azules. La gente era más alta que en Decápolis o en Judea y extremadamente rubios, con cabellos dorados o rojos y brillantes ojos azules o grises; su piel era pálida ligeramente sonrosada. Los hombres usaban hoces sobre los cardos y cactus, dispuestos a recobrar tierra para el trigo y los árboles, y a su alrededor brillaba un ambiente sencillo y rústico lleno de amable alegría. Los niños cuidaban de pequeños corderos a la vez que jugueteaban en pequeñas cometas azules que se deslizaban del Jordán y reían al salpicarse en el agua y lanzar piedras al río. Las mujeres se sentaban en los escalones de las casas amamantando a sus hijos, hilando o riñendo a los revoltosos pequeños. Una paz profunda sobre el campo junto con el calor descendía de las montañas.

Lucano abandonó el río para seguir la carretera que ascendía por un monte negro y pedregoso recubierto por pedruscos del mismo tono. Alcanzó la cima y se detuvo para que su caballo respirase, mientras contemplaba el valle y todo lo que le rodeaba. La escena le dejó boquiabierto y asombrado. Era como si hubiese estado laborando trabajosamente sobre una oscura montaña del infierno y se encontrase repentinamente frente al paraíso, inundado por un brillo inefable.

Porque en el fondo de una copa formada por montañas inclinadas, amarillentas con heliotropo, se extendía el mar de Galilea, brillante y con una quietud absoluta, celestialmente azul con oscuras sombras en su plana e incandescente superficie. Allí no solamente reinaba la calma, sino una paz ultraterrena, más que un completo silencio. Incluso mientras él miraba, el valle de las montañas se abillantó y pareció enroscarse sobre el mar como un pitón protector, con anillos llenos de oro de deslumbrante luz. Las silenciosas y purpúreas sombras sobre el mar se acentuaron sobre la azul extensión.

El río Jordán de un verde esmeralda y rodeado por ricos y fértiles sauces y árboles, sombras y cálida tierra fecunda se retorció alejándose del mar. Ninguna voz o movimiento rompía la completa quietud aunque sobre la negruzca ladera, campos de olivos y palmeras habían sido plantadas, así como viñas y árboles frutales. El follaje de los olivos tenía el aspecto de plata labrada, las verdes palmeras no se mecían en el aire inmóvil y puro, los granados soportaban sobre sus ramas cual joyas su roja fruta. Las ovejas dormían alrededor de los olivos, su lana parecía pálido oro. No se oía el menor grito de ningún pájaro en medio de aquella refulgencia aureolada. La paz más allá de toda comprensión, la luz que nunca permanecía sobre la tierra o el mar, parecía haber sido apresada allí eterna e inmóvil en un deslumbrante cristal.

Lucano permaneció sobre su caballo como una estatua por largo tiempo, respirando el nítido aire y la encajonada y suspensa paz. Luego vio Tiberías, sobre el borde del agua, una pequeña ciudad construida por Herodes Antipas en honor a Tiberio, maldecida y evitada por los judíos, porque había sido levantada sobre el terreno de un antiguo cementerio que había sido llamado Rakkath. El negro basalto de las montañas había sido usado para construir la fortaleza romana que guardaba la ciudad, y muchas de las casas, aunque aquellas que estaban en el centro eran blancas y azafranadas con brillantes tejados planos.

Lucano pensó: «Esto es lo que Él había conocido, y aquí es donde Él anduvo y enseñó y atrajo a los hombres hasta Él sin preguntar. Conocía este mar turquesa y estas montañas ambarinas sombreadas de violeta.»

Empezó el lento descenso hacia el valle y el mar, por la pequeña y áspera carretera. Había llegado justamente al fondo cuando oyó sonido de cascos. Seis soldados con un centurión galopaban hacia él desde la fortaleza, armados y cubiertos con yelmos y las lanzas de sus manos reflejaban la luz como una llama. El centurión cabalgaba en cabeza y le sonrió

—Saludos al noble Lucano, hijo de Diodoro Cirino —dijo en latín, disfrutando con la sorpresa de Lucano.

Era un hombre escuálido, de mediana edad con un rostro de águila romana y unos ojos duros y una piel bronceada por el sol.

—Soy Aulo, el comandante de la fortaleza.

—Saludos, Aulo —dijo Lucano—, ¿pero cómo supiste que yo llegaba?

—Tu amigo, Hilel ben Hamram, me escribió y me pidió que se te fuese dado todo honor y comodidad.

Lucano, aunque agradecido por la solicitud de Hilel, se sintió un poco violento. Había esperado encontrar una pequeña posada donde permanecer algunos días, meditando en aquel lugar santo, vagabundeando por donde él quisiese y explorando el territorio. Pero no podía elegir, decidió sonreír con gratitud a Aulo que le estaba contemplando. Aulo dijo, y su rostro duro se suavizó:

—Fui un joven subalterno bajo el heroico Diodoro y le amé como un padre, porque era un gran hombre lleno de virtud. Me encanta ahora poder contemplar a su hijo adoptivo.

Los soldados rodearon a Lucano y al centurión y trotaron hacia la pequeña ciudad, llegando a las puertas de la fortaleza. Se introdujeron en ella conduciéndole a un pequeño comedor donde les esperaban refrescos. Aulo ceremoniosamente separó una silla para su huésped. Reinaba una sombra azulada y gran frescura dentro de las negras paredes pétreas.

—No puedo ofrecerte alas de avestruz o las puntiagudas de faisanes, tales como se comen en Roma —dijo Aulo—, pero tenemos un excelente pescado de mar, pan húmedo moreno, un pato, frutas y vino del país —hizo una pausa y un guiño—. ¿Quieres que tomemos primero una copa de este excelente whiskey sirio? Es un portento y hace al hombre olvidar sus cargas.

Lucano pensó que era temprano para whiskey pero aceptó con cortesía. El licor de color ámbar en la copa tenía un gusto acre y ardiente que quemaba la garganta y la lengua. Sin embargo, después de unos cuantos sorbos, se sintió excitado y rió y bromeó con el centurión. Su rostro enrojecido por el sol se puso más rojo, sus ojos azules chispearon, pareció de nuevo joven. Aulo le dijo que había contratado habitaciones para él en la mejor posada de Tiberias, sobre la costa salpicada de basalto que daba al mar, donde estaría cómodo.

—Eres el huésped de Roma —dijo el centurión—. Es bien sabido que estás bajo la protección de César.

Aulo hizo una pausa.

En su carta Hilel había mencionado que Lucano se sentía atraído por el país como viajero y como médico, interesándole la medicina judía y que deseaba visitarlo. Debajo de su firma, Hilel había dibujado un diminuto pez. El sol se reflejaba en los pequeños ojos del centurión, que volvió a llenar la copa de su huésped y simuló hacer lo mismo con la suya. Había observado la misteriosa reserva de Lucano y sabía que no hay mejor que un buen vino para soltar la lengua de un hombre.

Éste alabó el pequeño pez fresco que había sido asado sobre las brasas sintiéndose encantado con el bien guisado pato relleno con hierbas y cebollas: la ensalada, la fruta y el queso eran sencillas pero frescas y de excelente sabor. El profundo silencio azul que les rodeaba y la comida disminuyó algo la normal taciturnidad de Lucano. Miró a Aulo con afecto.

—Nunca había comido una comida tan espléndida —dijo inclinándose hacia atrás en el banco para beber vino y disfrutar de la sensación de total bienestar.

Aulo sonrió; se preguntaba cuál sería la verdadera razón de Lucano para visitar aquel tranquilo lugar. Lucano había sido huésped de Poncio Pilatos, aquel vacilante y acosado patricio. Había comido con Herodes Antipas y sido un protegido de Tiberio. Era rico, el hijo adoptivo de una casa noble. Aulo no creía que estaba haciendo una simple visita turística y que buscase allí algo interesante para la medicina. Podía ocurrir que fuese un poderoso, hermoso espía. Aulo se rascó la barbilla y reflexionó. No solamente tenía que protegerse a sí mismo, sino a varios de sus soldados que le amaban.

Perezosamente Aulo introdujo su dedo en su copa y como si pensase en otra cosa, movió lentamente su húmedo dedo sobre la mesa y dibujó un tosco pez. Luego miró rápidamente a Lucano con sus agudos y penetrantes ojos negros. Lucano vio la húmeda imagen dibujada con vino. Sorprendido su rostro cambió dulcificándose; devolvió la mirada de Aulo y luego deliberadamente mojó su propio dedo y trazó la misma imagen. Aulo extrañado y suspicaz: frunció el ceño. Luego dijo:

— ¿Han vuelto las cosas a la normalidad en Jerusalén? Creo que hubo allí ciertos desórdenes desde la muerte de aquel galileo, Jesús.

Lucano miró a la pared pensativamente. Él también se sentía suspicaz. Luego abrió su bolso y extrajo sus anillos poniéndolos en los dedos. Los anillos reverberaron en la fría penumbra del pequeño comedor, y Aulo los miró con admiración.

—Este anillo me fue dado por César, cuando yo era joven. Nunca lo había usado hasta hace tres meses, cuando se lo di a Poncio Pilatos para que lo enviase al César. —Se detuvo un momento—. Pilatos había proscrito a los cristianos que son hombres inocentes. Le pedí que la proscripción fuese suprimida y así fue. ¿Has oído de la supresión de aquella proscripción?

—Sí —dijo Aulo. Cruzó sus fuertes brazos sobre la mesa y sus ojos se encontraron directamente con los de Lucano—. No sabía que tú habías sido la causa de ello. —Lucano miró hacia abajo a los dos dibujos de los peces que se habían secado dejando su huella roja sobre la madera—. ¿Puedo preguntar por qué lo hiciste?

Pero Lucano dijo:

— ¿Cuándo Jesús estuvo en Galilea, le oíste tú personalmente?

—Le oí. .

El rostro del centurión era inescrutable.

—Yo le oí cuando era niño, el día que nació.

Y le contó brevemente lo que había conocido observándole detenidamente mientras hablaba. El rostro de Aulo cambió lentamente y la exaltación empezó a brillar en sus ojos. Cuando hubo terminado, Lucano le mostró la cruz de oro que colgaba de una cadena alrededor de su cuello, Aulo se mantuvo silencioso durante algún tiempo, luego susurró:

—Que la paz sea contigo, Lucano.

—Y contigo, Aulo.

Viendo la expresión de Lucano supo que no tenía necesidad de temer por más tiempo. Se levantó e hizo un gesto indicándole que le siguiese, salieron a la luz deslumbrante. Aulo señaló un monte no lejano sobre el que se alzaba una pobre sinagoga hecha de basalto y rojas tejas en el plano techo. Con las puertas pintadas de blanco.

—Allí habló Él con frecuencia. Yo, por supuesto, no podía entrar, pero escuchaba desde la puerta. Él, seguido por sus discípulos, permanecía de pie sobre la cuesta y hablaba a la gente. En cierta ocasión estaba sobre el monte abierto; yo permanecí entre la gente, los pobres hombres y mujeres de la región, y le escuché.

—Te digo, Lucano, que era imposible escucharle sin sentir el corazón emocionado. ¿Quién es Él?, me pregunté. ¿Qué dioses hablaron nunca como Aquél? ¿Nuestros venales caprichosos y crueles dioses? ¿Qué esperanza, paz, gozo o promesa trajeron jamás a los hombres, en su corrupción, y en el hundimiento de sus propios placeres divinos? Pero aquél hombre habló de la bondad de Dios, de su misericordia, del amor por sus hijos, de su incansable cuidado, de su vida eterna y bendita; de la piedad de Dios y de su deseo que el hombre fuese hacia Él, no solamente para alabarle y postrarse ante Él temeroso, sino para gozarse con Él a través de toda la eternidad, participando de su propia felicidad. ¿Qué clase de hombre era aquél? me preguntaba a mí mismo. ¿Por qué hablaba con tal autoridad como quien trae un mensaje de un gran rey?, ¿por qué el pueblo le escuchaba con tanto gozo y amor, en silencio a fin de no perder una de sus palabras? ¿Por qué una multitud le seguía y permanecía a su alrededor sólo por tocar sus vestidos y mirar su rostro? En brazos de sus madres los niños reían llenos de alegría. Él les sonreía, su rostro resplandecía como el sol. Sin embargo, ¿por qué su apariencia podía estremecer a uno? Usaba los vestidos de un campesino galileo, con pobres sandalias de esparto y carecía de dinero, de esclavos y andaba a pie. Todo en Él era sencillez pero desde el momento que apareció aquí todo se llenó de esta paz que observas. Esta profunda y santa paz que nunca ha abandonado esto. Un día, amigo mío, yo estaba escuchándole mezclado en la multitud, y Él enseñó a la gente una oración que debemos decir.

«Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino. Danos nuestro pan cotidiano y perdónanos nuestros pecados, porque nosotros también perdonamos a cuantos nos deben, y no nos dejes caer en la tentación.»

—Su voz resonó sobre las montañas como un trueno de verano y el pueblo oró con El. Y cuando terminaron la plegaria, sus ojos repentinamente me encontraron, interrogantes y misericordiosos, me sonrió sobre las cabezas de la gente. Desde aquel momento fui suyo y hubiese muerto por El con gozo. Pero no puedo explicar por qué razón, yo soy romano y El judío galileo y carpintero. Aquel milagro no me ocurrió sólo a mí. Algunos de mis soldados le escucharon también y El tomó sus corazones en sus manos.

Aulo suspiró.

—Fui transformado. El mundo de Roma dejó de ser importante para mí. Mis ansiedades y preocupaciones desaparecieron. Quedé en paz, lleno de gozo. La tierra ya no estaba poblada de enemigos sino de amigos. Sólo tenía el deseo de reformarme a mí mismo a fin de ser digno de yacer a sus pies y contemplarle para siempre. ¿Cómo puede esto ser explicado? Uno ha del experimentarlo por sí mismo. Pero puedo decir esto: Ha dado, reflejado, su propia luz en todas las cosas. A mis ojos nunca había sido tan intenso el plateado brillo de la luna, ni tan radiante el sol. Los hombres, para mí, dejaron de pertenecer a clases; uno no debía de honrar a los hombres por la simple posición o riqueza sino por su virtud. Más aún, todos los hombres son mis hermanos, incluso los más bajos. Algunas veces me pregunto: ¿Pero eres romano, el dueño del mundo? Y esto no significa ya nada para mí. De nuevo me recuerdo a mí mismo: Poseemos la dirección de toda la tierra. Y una voz en mi alma responde: La nación que busca la dirección de la tierra está condenada a morir, porque es una nación mala, sin que importen sus suaves pretensiones; los hombres que buscan la dirección sólo para dominar y esclavizar a todos los demás.

Contemplaron el escenario que les rodeaba. La luz había cambiado. Las montañas, al morir el día, se bañaban en las diversas tonalidades de un púrpura profundo.

El cielo tenía el brillo del enamel y el mar había adquirido el color del agua marina rayada con cobalto. Lucano percibió toda su emanación espiritual profunda, vasta e incambiable como si invisibles seres celestiales se inclinaban sobre ellos cubriendo con sus alas el sol.

—Un día —dijo Aulo en voz baja—, trajeron bastantes leprosos, hombres, mujeres y niños llorosos, pidiéndole misericordia; el pueblo se le alejó con temor. Pero Él les tocó poniendo sus manos sobre ellos y fueron curados instantáneamente; llenó se de gozo la gran multitud y los que anteriormente habían estado afligidos por la enfermedad cayeron a sus pies y le besaron. Lo vi con mis propios ojos, debes creerme.

—Te creo —dijo Lucano amablemente.

Aquella tarde Lucano escribió todo cuanto el centurión le había contado durante aquellas largas horas, todas las palabras que Cristo había pronunciado en Galilea, todas las cosas gloriosas que Él había dicho y hecho. Lucano recordó la piedra que había sido quitada misteriosamente del sepulcro donde Él había yacido después de su crucifixión, y como aquella piedra había sido removida, no por manos humanas. La piedra que había cerrado un corazón muerto sólo podía ser movida por el amor de Dios, y así volver de nuevo a la vida el corazón.

— ¡Hazme digno de escribir de ti, de seguirte y concédeme tu gracia, oh, Padre! —rogó humildemente.

Cuando Herodes había construido Tiberias en honor de Tiberio, los judíos no entraban en aquel lugar despreciado. Pero Herodes había hecho coger a muchos galileos obligándoles a servir en las casas de la ciudad. Eran los desgraciados que habían visto, conocido y amado a Jesús, igual que aquellos de Canaan, Magdala y Cafarnaun, ciudades cerca del mar. Qué alivio y gozo trajo sin duda a aquellas pobres y trabajadas vidas. Había hecho el destino soportable a aquellos que batallaban con el negro y tostado suelo, moviendo las sombrías piedras de la región, los cuales eran oprimidos por los romanos y por sus propios dueños.

La posada a la que Aulo llevó a Lucano era muy grande y agradable, y el posadero era un hombre amable que se sentía orgulloso de su sencilla mesa y de la limpieza sus habitaciones. El edificio se alzaba sobre la orilla del mar, salpica de negras piedras de basalto que rodaban hasta el agua azul en suave desnivel. Grandes sauces de blancuzcos troncos se inclinaban sobre las pequeñas y desmayadas olas. Una terraza se extendía ante él. Se sentó en una silla. A su alrededor los otros huéspedes bebían y comían en pequeñas mesas; reinaba la ansiedad en su voz y en sus gestos. Muchos eran mercaderes. Se sintió complacido cuando se levantaron y entraron en fonda para la comida de la tarde. Podía contemplar con tranquilidad las montañas cuyo tono púrpura era cada vez más intenso reflejando inmóviles destellos en el mar. Momento tras momento la escena se hizo más silenciosa, más grande, más inminente. Oscurecido el cielo hasta convertirse en un violeta intenso, el agua cambió. El sol abandonó la tierra, una luna creciente, deslumbrante y blanca, se alzó detrás un monte, reflejando su imagen en el agua, y las estrellas danzaban no sólo en el cielo sino sobre el mar. Desde una pequeña sinagoga del monte llegó hasta Lucano el cántico de oraciones, intensificado por la serenidad del ambiente. Dios había visto y oído todo aquello. Había rezado en aquella pequeña sinagoga, había contemplado aquella misma luna, aquel agua color jacinto reverberando con las estrellas, aquellos sauces y los negros cipreses, aquellos matorrales y sus amarillas flores parecidas al lirio, aquellos ganados cerca del río color jade, aquellas palmeras y olivos rodeando Tiberias, aquel valle gentil.

—Bendito soy yo, a quien Tú has dado vida suficiente para conocerte —dijo Lucano en su corazón—. No soy indigno, ten misericordia de mí, pobre pecador.

CAPÍTULO LII

LUCANO permaneció en Tiberias sólo unos cuantos días. Durante aquel tiempo vagabundó por las montañas y la sinagoga y escuchó las oraciones de la gente en su interior. Estuvo en pie donde Cristo había permanecido y miró hacia el mar de Galilea, siempre cambiante, intensamente azul y tranquilo. Luego partió hacia Nazaret, buscando a María. Ansiaba a ver a la que había llevado a Dios en sus entrañas y le había nutrido y mimado sobre su regazo, le había llevado a los maestros al templo y, amándole sobre todas las cosas, le había visto expiar con la muerte horrible de un asesino. La reverenciaba en su corazón y mientras se dirigía hacia ella lleno de alegría, pensaba: «Bendita seas sobre todas las mujeres de todas las generaciones.»

Aulo se separó de él con tristeza.

—Si no nos encontramos de nuevo en la tierra, entonces nos reuniremos en el cielo —dijo abrazando a Lucano.

A medida que su caballo ascendía la pedregosa colina, Lucano miró tras sí al mar y pensó que sólo en el Paraíso podría encontrar de nuevo un lugar de tan vasta tranquilidad azul, de tan sonriente calma. Al alcanzar la cima del monte contempló en la distancia, rodeado por el marrón claro de las colinas salpicadas de trozos verdes y blancas piedras rotas, Nazareth. Sus casas de planos techos brillaban al sol sombreadas por escasos y anchos árboles; en el cielo despejado y caluroso destacaban las sombras oscuras del ciprés. La pequeña población estaba como colgada allí, en una eternidad, como para no ser nunca movida o perdida. Más allá de la población las distantes montañas ascendían una sobre otra en pliegues oscuros, como una barrera. Oleadas de calor relumbraban sobre la grandiosa escena, dándole una apariencia ultraterrena. Lucano descendió del monte hasta un pequeño valle salpicado de gruesos pedruscos de basalto negro, entre los que crecía una hierba escasa y blanqueada por el sol. Allí pacían las ovejas guardadas por pastores sentados sobre cantos. Los hombres con las cabezas cubiertas por telas medio colgadas sobre sus curtidos rostros contemplaban con curiosidad a Lucano. Les saludaba al pasar, ellos le devolvían el saludo, llenos de curiosidad. Él les miraba y pensaba: ellos le conocieron, le vieron y hablaron con Él. Quizá muchos jugaron con Él en su niñez.

A medida que avanzaba por el monte hacia Nazareth una gran excitación se apoderó de él. El sol le hacía sudar y las gotas le caían dentro de sus ojos. Nubes de un polvo caluroso y blanco le envolvían asfixiándole, forzándole a toser. Pero mantuvo sus ojos en Nazareth y ansiando una sombra espoleó su caballo. Las montañas devolvieron en el eco de las pisadas del cuadrúpedo, sus tropezones y el sonido de las piedras que rodaban a su paso. Finalmente, llegó a las afueras de Nazareth, una empinada calle estrecha, envuelta en polvo, tórrida, con niños que jugaban y bordeada con pequeños bazares donde se vendía cordero asado, carnero, salchichas y vino barato, utensilios de cocina, sandalias y vestidos multicolores. Después del silencio de las montañas, el clamor de allí era casi un alivio para Lucano. Cabalgó a través de las estrechas callejuelas cubiertas de una sombra purpúrea ocasionalmente proyectada por un roble, un árbol de caoba, un pino o un ciprés, una acacia o un grupo de polvorientas palmeras datileras. En el centro de una redonda y empedrada plaza, hecha del abundante basalto que se encontraba en la región, había un pozo y unas muchachas que charlaban y llenaban sus jarros; las poleas del pozo crujían derramando brillantes gotas en el sol. Las doncellas miraron a Lucano, abrieron asombradas sus ojos azules, grises o ligeramente marrones, le examinaban bajo los pañuelos multicolores de su cabeza. Era un lugar pobre. Allí no había casas buenas ni jardines con puentes, ni paredes altas cubiertas de flores rojas o de color clavel, ni literas, ni carros, ni figuras de hombres y mujeres bien vestidos. Tras algunas de las casas crecían pequeñas plantas, o las parras colgaban de los pórticos. Todas las calles resonaban llenas con ladridos de los perros y rebuznos de los burros, estos últimos cargados, mejor abarrotados, con los productos de las tiendas. Se detuvo en el pozo y preguntó a las muchachas si le podían decir donde estaba la casa de María, la madre de Jesús.

Las muchachas contemplaron la alta y rubia figura sobre su excelente caballo negro y su porte les hizo adoptar una actitud tímida y hostil; titubearon mirándose unas a otras. Luego una, sin decir ni una palabra, señaló a una calle que partía de la plaza. Lucano siguió adelante, dejando que las muchachas hablasen excitadamente. En aquella calle situada al final de la aldea y aún más pobre que las demás sólo se alzaban algunas casas. Estas eran extremadamente bajas, con cortas escaleras que conducían a las terrazas planas donde la gente buscando el frescor del atardecer, se reunía después de la puesta del sol. A través de las puertas abiertas, Lucano podía ver los escalones por los que descendían durante el calor del día y donde tomaban sus comidas.

Detuvo su caballo y miró a su alrededor con vacilación. El caballo se movió impacientemente, espantado con cabeza y cola a las pesadas moscas. Con la cegadora luz del mediodía la pequeña y empinada calle tenía un aire infinitamente desolado, el polvo planeaba sobre ella. Nadie la transitaba. Lucano eligió la casa más cercana, desmontó y se acercó a la puerta mirando al interior de los escalones que conducían a las habitaciones inferiores de los sótanos. Había unos pocos, muy pobres, muebles, en una pequeña habitación al final de los escalones; una silla o dos, un banco y una mesa. Las paredes estaban encalanadas y brillaban con reflejos del sol exterior. Del sótano inferior llegó el agradable sonido de agua corriente. Lucano llamó, y al no recibir respuesta, penetró a través de la estrecha puerta y miró hacia abajo. Pudo ver un pozo en el suelo empedrado de la cueva, algunos cacharros de hierro, una chimenea blanca. Llamó de nuevo y entonces oyó el roce de vestidos y una mujer apareció en el fondo mirándole silenciosamente.

—Busco a María, la madre de Jesús —dijo—, he recorrido un largo camino por venir a hablar con ella.

Sin decir una palabra subió los peldaños. Vio por el reflejo de la luz que era joven y delgada, sus ropas eran baratas, un sencillo vestido azul y un pañuelo blanco anudado en la cabeza; mientras ascendía los escalones pudo ver su rostro, era extremadamente hermosa, suavemente pálida, poseía una elegante barbilla y una nariz delicada y pálidos labios rojos; tenía los ojos azules más encantadores que él había visto. Un rizo de dorado cabello se escapaba rebelde de su tocado. Tenía el aspecto y la esbeltez de una muchacha joven, sus pies estaban desnudos y eran blancos.

Luego ella permaneció junto a él y con simple dignidad dijo:

—Soy yo.

Lucano se sintió asombrado. Por lo que había oído, María debía tener ahora unos 48 años, sin embargo tenía el aspecto de la juventud y de una joven princesa patricia infinitamente dulce. Ninguna arruga estropeaba su piel. Sonrió intuitivamente a Lucano; sus pequeños dientes parecían pequeñas y perfectas perlas. Sin embargo a medida que él miraba un sutil cambio apareció en ella, pareció más vieja, más llena de tristeza y pesadumbre, un poco inclinada. Pero de nuevo, misteriosamente fue joven, esbelta, tranquila como una estatua de serena sosegada frente.

Sin comprender porqué, Lucano empezó a temblar. Se sintió sofocado, lleno de reverencia y amor. Deseó arrodillarse a sus pies y besar sus manos gastadas por el trabajo. Ella le miró sin curiosidad y sus ojos azules parecieron penetrar hasta lo más profundo de su ser.

—Soy Lucano, un médico griego —murmuró—. He recorrido un largo camino para verte, porque amo y sirvo a Tu hijo, aunque nunca le vi, excepto en mis sueños.

Sin sorprenderse, ella le dirigió una dulce sonrisa, le habló. Su voz era cálida y suave cual sonido de arpa.

—Sentémonos tras la casa, en la sombra, Lucano —dijo.

Y le mostró el camino tras la casa a un banco arrimado contra la pared. Todos sus movimientos estaban llenos de gracia, tan suaves como un velo, y una noble aristocracia emanaba de ella. Se sentaron uno junto a otro y la mirada soñadora de María se perdió en la distancia. De pronto a Lucano le inundó la certeza de que ella sabía su vida, sus pensamientos, todo cuanto a él se refería. Pero no podía decir de qué forma lo había averiguado.

Tres o cuatro cabras mordisqueaban ávidamente pequeños cardos y blanqueadas hierbas. Algunas aves picoteaban en el fondo, y más allá las viñas, enrollándose sobre estacas, llenaban el cálido y seco aire con su perfume. María se sentó con sus manos dobladas sobre sus rodillas y su perfil era encantador y exquisitamente tranquilo.

Lucano empezó a hablar. Le explicó su vida. Habló de su maestro, de Diodoro, de su madre, de sus estudios. Le confió su honda amargura y su larga búsqueda. Le contó las historias que había oído de Jesús y su visita a Santiago y a Juan. Ella, de momento, no le interrumpió; su perfil emanaba una dulzura y suavidad que provenían de sus recuerdos. La pequeña sombra azul se alargó, una cabra llegó hasta María y puso la cabeza en sus rodillas con un gesto cariñoso; las gallinas picoteaban a sus pies. En la distancia los pálidos montes adquirieron un tono dorado oscuro bajo el sol.

Al terminar su historia, Lucano quedó en silencio. Miró el perfil de María y en él recordó todos los rasgos de las mujeres que había amado. Su madre Iris, Rubria y Sara. Su serenidad le invadió y sintióse lleno de paz. Olvidó que sólo era una pobre mujer galilea, la viuda de un pobre carpintero. Tenía en sus menos todos los siglos, era una reina entre las mujeres. Y de nuevo aquel misterioso cambio apareció imperceptible sobre sus facciones, convirtiéndose en un segundo a la muchacha casi niña, virgen pura e intocada por nada, en una mujer de aspecto dolorido y viejo.

—Quieres saber de mí —dijo al final muy suavemente—, y de mi hijo. Yo te contaré pero antes debes tomar algo —añadió con ternura maternal.

Se levantó y dirigiéndose a las parras arrancó dos racimos de uvas que ofreció a Lucano. Eran grandes y redondas de un rojo ambarino y púrpura, brillando como joyas; él las tomó de sus manos y comenzó a comer. El jugo era cálido y dulce, la miró agradecido, era como si le hubiese dado la vida con aquella fruta. María se sentó otra vez, su rostro brillaba en la penumbra, le sonrió. Luego empezó a hablar, el cálido ambiente que les rodeaba quedó lleno por la musicalidad de su voz. Habló de su prima Isabel, cuyo esposo, Zacarías, era sacerdote. No tenían hijos, lo cual les llenaba de tristeza. Vivían en una pequeña población de Judea y sentían gran predilección por la joven María, que entonces tenía 14 años. Cuando iba, junto con sus padres, a Jerusalén para las fiestas santas ella les visitaba a menudo y ellos les acompañaban el resto del viaje. También y siempre con sus padres, venía su desposado esposo, un carpintero llamado José, que era hombre bueno y amable.

Un día, mientras Zacarías oficiaba como sacerdote en el templo de su pequeña ciudad, un ángel apareció ante él cerca del altar mientras quemaba incienso, sólo en el lugar del sacerdote. La gente esperaba fuera del recinto, orando en aquella hora. Zacarías al ver al ángel se sintió muy turbado y lleno de temor pero el ángel le dijo:

—No temas, Zacarías porque tu ruego ha sido oído y tu esposa Isabel tendrá un hijo al que llamaréis Juan. Tendréis el gozo y la alegría y muchos se alegrarán en su nacimiento. Porque Él será grande ante el Señor. No beberá vino ni bebidas fuertes, y será lleno del Espíritu Santo, incluso en el seno de su madre, y él traerá al Señor su Dios a muchos de los hijos del Señor. Y él acudirá ante su presencia con el espíritu y el poder de Elías para volver el corazón de los padres a sus hijos y de los incrédulos a la sabiduría de los justos para preparar para el Señor un pueblo perfecto.

Pero Zacarías replicó en voz alta:

—¿Cómo sabré yo esto? Soy un hombre viejo y mi esposa de edad avanzada.

—El ángel entonces le respondió: «Yo soy Gabriel, que permanezco en la presencia de Dios, y Él me ha enviado para hablarte y para traerte estas buenas nuevas.»

Entonces Gabriel pareció enfadado por la duda de Zacarías y exclamó:

—Te quedarás mudo e incapaz de hablar hasta el día en que estas cosas ocurran, porque no has creído mis palabras que serán cumplidas a su debido tiempo.

El ángel permaneció allí unos segundos, palpitante, lleno de luz, dobladas sus poderosas alas. Luego desapareció y Zacarías quedó solo ante el humeante altar y su espíritu quedó lleno de temor y asombro.

Cuando salió del recinto no pudo hablar y las lágrimas rodaban por sus viejas mejillas y el pueblo supo que había tenido una visión.

—Las visiones no eran raras para aquellas sencillas y piadosas gentes; leyendas, apariciones de ángeles y portentos, circulaban en sus conversaciones. Interrogaron excitadamente a Zacarías, pero él sólo pudo hacer gestos mudos y nerviosos.

—Zacarías era un hombre pobre, a pesar de ser sacerdote, y volvió a su pobre y miserable casa, miró a su esposa llorando silenciosamente. Posteriormente, para su gran y casi increíble gozo, ella, en su ancianidad, concibió, y se escondió durante cinco meses diciendo:

—«Así me ha tratado el Señor en los días cuando Él decidió librarme de mi vergüenza ante los hombres.»

María hizo una pausa y miró a Lucano; sus azules ojos llenos de lágrimas brillaban sonrientes. Era como si de nuevo se gozase en las cosas de su prima Elizabeth, en aquel milagro recordando sus palabras de ternura y compasión.

Se acercaba el tiempo de su propia boda con José, con quien estaba desposada, y al que amaba. Tenía catorce años y estaba preparada para el matrimonio, pero algunas veces se sentía turbada preguntándose si ella podría ser una buena esposa para aquel hombre amable. Era única hija de sus padres que la habían mimado cariñosamente y le habían legado todo cuanto habían poseído con devoción y amor. Su madre le había ahorrado mucho trabajo, ella no tenía los mismos conocimientos de esposa y ama de casa que las otras

muchachas. Podía hilar, coser y guisar con sencillez; también cultivar un jardín de una forma discreta. Sus padres se habían preocupado de su piedad más que de sus humildes deberes, porque eran muy devotos del Señor su Dios al que tenían en sus corazones y de quien hablaban siempre. El rostro de María cambió mientras hablaba; miró al cielo con tranquilo éxtasis. Desde que era una niña, apenas capaz de andar, había conocido y amado a Dios. Él había llenado su vida como el sol. Ella le había hablado cuando permanecía echada sobre su camastro; su corazón se había gozado en Él con fe apasionada y santa alegría. Apenas podía pensar en otra cosa que en Él. Toda su vida estaba absorbida en adoración. Los árboles y la tierra le hablaban de Él. Él estaba en todas las primaveras, en cada flor; su presencia brillaba desde el cielo en los corazones de las frutas. Ella veía su sombra en la noche cuando había luna nueva. Pensaba, respiraba y vivía en Él. Algunas veces su alma se llenaba de insufrible exaltación y tenía que alejarse de sus padres, amigos y parientes para meditar acerca de Él. Todas las piedras, árboles, estrellas, poseían un nimbo de oro, porque Él estaba allí. A menudo no podía evitar el llorar sin saber por qué, y su corazón se estremecía. Su espíritu se ensanchaba y expandía; sólo deseaba servirle y emplear su vida pensando en Él.

Sabía muy poco de los deberes de la casa. Algunas veces su madre la reprochaba suavemente y luego se reprochaba a sí misma por no haber sido mejor maestra para aquella muchacha tan joven. Finalmente María se sintió también turbada pensando en la bondad de José, preguntándose si ella podría ser, como se esperaba, una buena matrona judía, cuidando de la casa, observando todos los detalles meticulosos de las leyes sanitarias y dietéticas, y siendo la honra de su hogar.

Así un atardecer, ascendió por la escalera hasta la terraza de la casa donde había nacido para rogar al Señor su Dios y pedirle su consuelo y su luz. El sol tenía el color de las ciruelas maduras; el calor de la pequeña ciudad había desaparecido y bajo las estrellas reinaba la paz. Una gran luna de oro relumbraba sobre todas las cosas, reflejando su amarillenta luz sobre paredes y árboles, trazando intrincados dibujos de oro el suelo. Un suave viento soplaba desde las montañas; el aire estaba lleno del perfume del jazmín. María, ante aquellas cosas, se asombró porque el tiempo había sido caluroso y marchitado las flores. Después la brisa quedó llena de perfumes de lirios y rosas, elevándose como incienso. Aumentó el brillo de la luna. Las montañas quedaron bañadas por una luz cobriza y con el oro de su reflejo temblaron los tejados a su alrededor. Ella no supo porqué pero contuvo su respiración estremeciéndose.

Momento tras momento el aire se hizo más transparente bajo la luna. María permaneció en pie, con sus manos unidas, orando inocentemente. Un sentimiento de portento la invadió. A causa de su intenso gozo podía haber llorado en voz alta. Volvió la cabeza; un poderoso ángel, más brillante que la luna, permanecía junto a ella; sus blancas vestiduras deslumbraban con rayos de luz, las recogidas alas desprendían plateadas chispas, su rostro era más hermoso que el de ningún mortal. El corazón de María titubeó, con una mezcla de temor y veneración; sus labios quedaron helados. Pensó que se desmayaría allí mismo. Hizo un movimiento para cubrirse el rostro con las manos, porque del ángel surgía un insoportable esplendor. Luego Él doblando, reverente, sus manos llenas de luz, dijo muy suavemente:

«Salve llena de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú entre todas las mujeres.»

Las manos de María quedaron paralizadas en el aire a causa de aquel saludo. Notó la turbación de todo su cuerpo. ¿Qué significaban aquellas palabras? Contuvo la respiración. Por fin pudo respirar con un sollozo alto y seco. Era muy joven, había soñado con los ángeles y ahora uno de ellos permanecía ante su presencia; se sintió llena de terror. Pero el ángel dijo, con dulzura:

«No temas, María, porque has encontrado gracia cerca del Señor. He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz a un hijo, al cual pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David. Y Él será rey sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin.»

María, aquella joven muchacha, no pudo hablar. Miró vagamente, con asombro a su alrededor. Se le ocurrió que aquello era un sueño y que sus meditaciones lo habían inspirado. Pero la pequeña ciudad, color naranja, yacía a sus pies y la fragancia de las flores llenaba sus sentidos. Notaba la tosca superficie bajo sus pies; un viento ligerísimo acariciaba su rostro. No soñaba; mirando de reojo podía ver la palpitante presencia cerca de ella, su corazón se estremeció. Pensó en sus palabras. Concebiría en su seno y daría a luz un hijo... Su cabeza moviéndose lentamente en humilde negación.

«Cómo ocurrirá esto, si no conozco a ningún hombre —aventuró.»

El ángel sonrió y su sonrisa fue como el repentino brillar del sol. María involuntariamente retrocedió, cerrando sus ojos.

«El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del supremo te hará sombra y he aquí que el Santo de los Santos nacerá y será llamado Hijo de Dios.»

María humedeció sus secos labios. Pensó en las profecías del Mesías, alzó sus pequeñas manos y las miró con profunda excitación, vio las señales del trabajo sobre ellas, vio la tosca tela de sus vestiduras, recordó que sólo era una muchacha de 14 años, la hija de un campesino de Galilea. ¿Cómo podía ser que una como ella fuese la elegida y no una princesa de Israel rodeada de trompetas, columnas de mármol, fuentes perfumadas y criados? Su confundida mente luchó con estas reflexiones. Miró al ángel y se preguntó débilmente por qué la miraba, con tal reverencia, a ella, una muchacha ignorante y sin importancia, y porqué mantenía sus manos unidas como ante una reina. Las lágrimas brotaron de sus ojos. El ángel inclinó la cabeza como ante la presencia de la Majestad.

«He aquí, Isabel, tu prima, ha concebido un hijo a su edad, anciana y ella, que fue llamada estéril, está ahora en su sexto mes, porque nada es imposible para Dios.»

María reflexionó. Luego fue como si una gran ola de luz la hubiese invadido, llenando todo su ser y todas las cosas de claridad. En voz alta y gozosa exclamó:

«He aquí la sierva del Señor, sea hecho conforme a su palabra.»

El ángel inclinó su rodilla ante ella y antes de que pudiese mirarle desapareció. Pero donde había permanecido quedó una luz como el reflejo de la luna, que se movió y se acercó cual niebla luminosa por algunos momentos hasta que lentamente desapareció. Ella cubrió su rostro con las manos y lloró. No sabía si eran lágrimas de gozo o de temor. Ambos sentimientos se mezclaban en ella. Primero pensó en sus palabras. Descendió la escalera, entrando en la pequeña casa. Joaquín y Ana dormían, podía oír en la oscuridad su respiración. Deseó despertarles y hablarles de la visitación. Sus mejillas se ruborizaron cálidamente. ¿La creerían? ¿Comprenderían? ¿O sonreirían con amabilidad y le dirían como tantas veces le habían dicho, que había soñado? Pensó en José su desposado esposo: Sintió el impulso de correr a su casa con la extraña revelación. Luego todo su espíritu se concentró. Se apoyó en la oscura pared y reflexionó. Debía ir junto a Isabel al instante, aquella vieja prima, tan extrañamente encinta, debía ser la primera en saberlo. Con paso alado María se deslizó silenciosamente atravesando la habitación de sus padres y se refugió en la suya. Allí les escribió brevemente, diciéndoles que iba al instante a casa de Isabel y que no temieran por ella pues volvería con seguridad.

Sola a través de la silenciosa ciudad, donde todos dormían excepto ella, partió a pie para su largo camino, sin vacilación sintiéndose guardada y protegida. Nunca había andado durante la noche a no ser acompañada. Pero las pequeñas calles brillaban llenas de amarillenta, luz. Podía ver con claridad las cimas de los cipreses resaltando bajo la claridad de la luna y el sólo movimiento de una sombra estremecida se proyectaba sobre el suave y aterciopelado polvo. Se sintió inundada de paz y seguridad. Ningún perro ladraba a su paso por las oscuras calles.

Rezó, alzando su rostro suave, nimbado de luminosa aureola. Al salir de la ciudad, echó a correr llena de juventud y de fuerza. ¿Cómo encontraría, sin dinero ni comida, el distante camino hasta Ain Karim, en Judea?

Era un largo viaje incluso cuando se hacía a espaldas de los burros. Tan sólo supo que llegaría, que estaba protegida y que ningún mal le ocurriría. Con confianza dejó Nazareth, y tomó la estrecha carretera que conducía al sur llena de puntiagudas piedras que la claridad de la luna agrandaba.

Anduvo incansablemente durante mucho tiempo, sin encontrarse con nadie en el camino. A veces veía a los pastores durmiendo en las laderas de resacas montañas, descansando entre sus ovejas. Atravesó una o dos aldeas, que dormían. Las negras y desoladas colinas parecían presionar al cielo incandescente. Repentinamente sintió sed. Miró a su alrededor, hacia el vasto y silencioso campo. Allí las montañas más cercanas estaban cultivadas; vio campos de olivos que bajo la luna parecían adornados de plata y palmeras meciendo sus ramos en el aire cálido de media noche. Luego oyó el murmullo de una pequeña corriente y la encontró, discurriendo su dorado chorro entre las negras piedras. Entonó una canción para sí misma, se arrodilló en la orilla y bebió con sus manos ansiosamente y fue como si bebiese un vino fortalecedor. Ascendió por el tronco de una joven palmera y alcanzó un racimo de cálidos dátiles maduros con lo que satisfizo su apetito. Continuó su camino, cantando suavemente, sus aniñados pies brillando bajo su pobre vestidura levantaban el polvo tras ella. Algunas veces apenas podía contener su gozo, otras meditaba sencillamente en su corazón. Todas las dudas habían desaparecido; el pulso de su cuerpo palpitaba fuerte y rítmico, era como si hubiese adquirido un nuevo y vigoroso corazón.

Decidió descansar aunque no sentía ningún cansancio. Encontró un grupo de fuertes robles y se echó bajo ellos sobre la hierba e instantáneamente quedó dormida, acurrucada como un niño, con la mejilla apoyada en su mano. Cuando despertó el cielo estaba cubierto de escarlata y perla y las ocres montañas ardían. Encontró agua corriente, bebió y lavó la cara y las manos. Apartándose del camino se dirigió a un grupo de granados; comió sus frutos con apetito. Metió alguno en su bolso para refrescarse posteriormente, luego continuó su camino cantando, entonces en alta voz.

Unas pocas horas después cuando el sol estaba alto, una caravana llegó tras ella; una pobre caravana de uno o dos camellos y asnos cargados con productos de las ciudades. Los hombres de la caravana, tres, tenían los oscuros y salvajes rasgos de las gentes de las montañas de lugares remotos. Sin embargo, uno de ellos, al verla, desmontó al instante y sin hablar la ayudó a subir a su cabalgadura. A ella le pareció aquello muy natural y sencillo; una o dos veces se adormeció. Cuando se despertaba encontraba que la morena mano del hombre la sostenía. Nadie le hizo ninguna pregunta. Cuando la caravana se detenía para descansar, los taciturnos hombres compartían su pan y su vino con ella, tratándola con gran deferencia. Sus inquietos ojos no demostraban curiosidad ni asombro de que aquella muchacha, tan rubia y sonriente, anduviese sola y sin protección. Durmieron sobre la carretera por la noche y extendieron una manta en el suelo para ella. Permaneció echada durante algún tiempo, escuchando las quejas de los camellos arrodillados, el pateo de los burros, el distante ulular de los chacales; un pequeño fuego danzaba en el centro del campamento. Se durmió llena de alegría.

Y así siguió adelante. Algunas veces los hombres sombríos cantaban oraciones y ella, sobre las espaldas del burro, se unía a ellos tímidamente. Otras veces contemplaban su pacífico rostro de niña y le sonreían como padres. Le traían vejigas llenas con agua fresca y dulce. Cogían alguna fruta para ella. Atravesaban entonces un país salvaje y los pocos hombres que encontraron creyeron que era hija de alguno de ellos o de algún pariente.

Por fin llegaron a Ain Karim, la pequeña población, y como si ya lo supiesen, los hombres la ayudaron a bajar del burro. Vacilando, uno de los hombres tocó su cálida mejilla tiernamente con el dorso de su mano; ella deseó darles las gracias pero la saludaron y se alejaron.

Encontró el camino a casa de Zacarías e Isabel; una pobre casa que colgaba de una colina rota entre cipreses y otros árboles. Apenas había amanecido. María llamó a la cerrada puerta y entró. Isabel estaba ya despierta, ocupada en las tareas de la casa, vio a María con gran sorpresa un gran temblor la estremeció; extendió los brazos y lloró en voz alta con una voz extraña.

—Bendita seas tú entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre. ¿Cómo he merecido que la madre de mi Señor venga ante mí?, porque he aquí que en el momento que tu saludo llegó a mis oídos, el niño en mis entrañas saltó con gozo. Bendita es aquella que ha creído, porque las cosas que le han sido prometidas por el Señor serán cumplidas.

Parpadeó, su arrugado rostro habíase transformado, sus ojos ardían. Extendió los brazos a María y ambas se abrazaron, como madre e hija, llenas de compasión, sin preguntas. Se besaron mutuamente murmurando palabras cariñosas con las mejillas juntas. El gozo las inundó. El éxtasis humedeció sus ojos. Luego María se inclinó y separándose de los brazos de su prima la miró alegremente.

En su voz pura e inocente el éxtasis cantó como en una canción: «Mi alma magnífica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque Él ha mirado la bajeza de su sierva. Y he aquí que desde ahora todas las generaciones me llamarán bendita. Porque Él, que es poderoso, ha realizado grandes cosas en mí y santo es su nombre y su misericordia es de generación en generación para todos y aquellos que le temen. Ha mostrado el poder de su brazo, ha rechazado los orgullosos con el desprecio de su corazón. Ha humillado a los poderosos en sus tronos y ha ensalzado a los humildes. Ha llenado a los hambrientos de buenas cosas y a los ricos les ha enviado vacíos. Ha dado ayuda a Israel, su siervo, que recuerda su misericordia. Incluso mientras habló a nuestros padres, a Abraham y a su posteridad para siempre.»

Lucano escuchó, inmóvil sobre el banco. La voz de María se había elevado como el desgrane de dulces campanas mientras recordaba aquellos días. Y como había ocurrido entre él y su hermano Prisco se preguntó cuanto había aprendido de las palabras de María y cuanto su vocación mística le proporcionaba, a través de sus ojos y de su hablar.

El rostro de María, mientras miraba al cielo, estaba lleno de un vivo gozo; alzó las manos en tal forma que sus palmas brillaron con luz. Lucano la contempló con amor y asombro; aquella era la mujer que había llevado a Dios bajo su pecho de niña y que le había dado a luz en un establo. Se inclinó hacia ella, que bajó las manos y le miró sonriente. Él pensó que nunca había visto un rostro tan gracioso y noble, ni tan dotado de belleza no terrena. Luego vaciló; después tomó una de sus manos y dijo:

—Feliz yo que he oído estas cosas de tus labios, Señora. No merezco esta felicidad.

La miró con reverencia y pensó: «Ciertamente aquí está ante mí la que carece de pecado, que ha sufrido el mal pero nunca ha sido tocada por él. Ha conocido el dolor pero no la culpa. Ha llorado pero no por las perversiones propias. Ha amado y su amor ha sido tan puro como la luz de la luna. Ha caminado entre el terror y la tristeza, pero no hay sombras en su espíritu ni sus manos están sucias. Bendita entre todas las mujeres.»

—Sólo Dios puede juzgar si eres digno o no de su felicidad —dijo María amablemente—, has sufrido mucho y Él te ha llevado junto a sí.

Las sombras del atardecer se alargaron rápidamente; un cálido y árido viento levantó polvo. Las cabras empezaron a balar. María se levantó y dijo:

—Ordeñaré a estos animales y si quieres puedes beber y comer conmigo.

—Déjame ayudarte —dijo Lucano y ambos se inclinaron sobre el terreno reseco y ordeñaron a las cabras, mientras el cálido líquido humeaba en los recipientes.

Luego María sacó platos de pan y queso, pequeñas aceitunas negras, unos pocos pasteles pequeños que había cocido anteriormente y un plato de madera lleno de fruta; se sentaron en silencio y comieron.

Luego María empezó a hablar de nuevo; contó a Lucano como había permanecido con Isabel hasta el nacimiento del pequeño Juan que desde el mismo momento que nació estaba inquieto y como en el mismo instante que Juan emergió del seno de su madre, su padre habló de nuevo.

—Zacarías había levantado sus manos al cielo mientras sus amigos se llegaron hasta él una a uno y besaban su barba felicitándole y el viejo había exclamado en voz alta:

—«Bendito sea el Señor, Rey de Israel, porque Él ha visitado y obrado la redención de su pueblo y ha levantado un cuerno de salud para nosotros en la casa de David, su siervo, como Él lo prometió por boca de sus santos, los profetas antiguos; la salvación de nuestros enemigos y de la mano de aquellos que nos odian para mostrar misericordia a nuestros padres y a los que recuerdan y cumplen su santo pacto; el juramento que juró Abraham, nuestro Padre que Él nos salvaría y que nos libraría de las manos de nuestros enemigos si les servíamos sin miedo y con santidad y justicia ante Él en todos nuestros días.»

Exaltado y lleno de Espíritu Santo exclamó de nuevo mientras sus amigos boquiabiertos y asombrados permanecían a su alrededor:

—«Y tú, niño —y puso sus marchitas manos sobre su cabeza—. Serás llamado profeta del Más Alto porque irás delante del Señor para preparar su camino, para dar a su pueblo conocimiento de su salvación por medio del perdón de sus pecados, por el amor de nuestro Dios, porque el Oriente desde lo alto nos ha visitado, para brillar sobre aquellos que permanecen en oscuridad y en la sombra de muerte para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.»

María relató a sus padres y a José, que estaba turbado, lo que había visto. Contó a Lucano su boda con José y el precepto del Augusto César de que todos sus súbditos del orbe entero debían ser empadronados. Su viaje con José a Betlem. Vacilando entonces, y hablando quedamente con voz temblorosa, le contó el nacimiento de su hijo, que los ángeles se aparecieron a los pastores en los montes, los cuales se sintieron llenos de temor al ver la estrella y como fueron conducidos a un establo donde su Señor permanecía en el pesebre. Mucho de esto lo había oído Lucano de otros, pero lo escuchó con la atención de uno que escucha la historia por primera vez. Porque la dulce y cristalina voz de María era como música para él. Las colinas alrededor de Nazareth se cubrieron del color de limones maduros, el cielo adquirió un tono dorado sobre ellos, y el clamor de la pequeña ciudad llegó entonces hasta aquella y descuidada calle.

María se cansaba; una pálida sombra apareció sobre sus suaves mejillas, sus ojos azules se oscurecieron con cansancio. De modo que mientras el sol comenzaba a ponerse abruptamente, bañando toda la tierra con una repentina y fiera luz como una conflagración, Lucano se puso en pie y de nuevo besó la mano de María.

—Permíteme volver mañana un rato, deseo conocer cosas acerca de la niñez de tu Hijo. Entretanto encontraré una pensión.

—Sólo hay una posada en el pueblo —dijo María mientras el viento del atardecer movía sus vestidos— y es muy pobre.

—No me preocupa el lujo —dijo Lucano.

María le acompañó a la puerta de la casa y se sintió de nuevo impresionado por la polvorienta desolación de la pequeña calle, donde las cabras vagabundeaban sobre las pequeñas piedras, las aves de presa planeaban sobre los ardientes cielos y los niños alborotaban dentro de casas cerradas. María dirigió a Lucano hacia la fonda. Descendió la calle, miró hacia atrás; ella alzó su mano y le sonrió.

La posada, como María había temido, era ciertamente abominable; una pequeña y tosca casa con un pozo abierto en el patio cubierto de piedras negras. Lucano era el único huésped, y el posadero, un viejo de barba rojiza y grisácea, le saludó con gratitud mostrándole la mejor de las cuatro habitaciones, diminuta, con un suelo gastado, una cama pequeña y estrecha, una silla y la lámpara que colgaba de una pared de madera. Más tarde Lucano se sentó solo en el destartalado comedor colectivo, pero el propietario orgullosamente le sirvió cerveza fría y vino, un plato de cordero asado, frío y cubierto de aceite, un ave a medio cocer, dura y correosa cubierta de grasa amarilla, algunos nabos escuálidos y un plato de granadas, dátiles y uvas.

—La cerveza es de Egipto —dijo el hostelero permaneciendo de pie junto al codo de Lucano—, hacen la mejor cerveza del mundo; los romanos son pobres imitadores —y tosió en tono de excusa.

—No soy romano —dijo Lucano sonriendo—, ¿quieres unirme a mí para tomar una copa de cerveza? Tiene una espuma excelente.

El hotelero dijo con picardía, poniendo un dedo a lo largo de su nariz.

—Ah, tengo una cosa mejor, que ésta —hizo un guiño como un conspirador—, tengo un excelente whiskey.

Lucano dirigió su pensamiento a la mezcla de cerveza y whiskey. Pero estaba cansado y lleno de un extraño sentimiento de exaltación.

—Si quieres unirme a mí —dijo con cortesía.

El hostelero se sintió encantado, pero era un hombre honrado y viendo las ropas sencillas de Lucano vaciló.

—El precio del whiskey es muy alto. Quizás no puedas permitirte el tomarlo, buen señor. Cuesta tres shekels la botella. Esto es debido a los elevados impuestos que los romanos ponen sobre él; ellos con sus infernales impuestos. No se puede vivir, te lo aseguro. Si lo exportamos, los aduaneros están allí con sus manos extendidas y con muchas hojas de papiros; si lo importamos, y la gente pobre debe importar mucho, están los aduaneros de nuevo con más papel burocrático y la mano extendida y sus sellos.

—Los burócratas están con nosotros siempre —dijo Lucano con un suspiro de simpatía—, pero tomemos un poco de whiskey y olvidemos el gobierno, sus impuestos y sus oficiales que devoran las ganancias del pueblo.

El hostelero trajo reverentemente una polvorienta botella.

—Lo hemos importado de Siria —dijo—, porque nuestro pueblo no mira con gusto las bebidas fuertes. Pero te sentirás sorprendido si supieses cuanto se importa y cuanto se bebe. Mira el sello y las marcas sobre él, es verdadero whiskey, no ilícito, hecho por hombres furtivos en las montañas.

Lucano cortésmente examinó el sello y asintió. El hostelero trajo dos pequeñas copas; Lucano las llenó y el hostelero se quedó moviendo la cabeza ante la cantidad pero no emitió ni una sola palabra de protesta ni lo rechazó. Se sentó junto a Lucano brillándole sus ojos rojizos. Luego dijo:

—El whiskey es la sangre de la ancianidad y yo soy un viejo y necesito calor, incluso en este clima. Puesto que estamos cerca de Siria, mucho más cerca que Jerusalén... —y volvió a toser.

Lucano sonrió.

—Te he dicho que no soy romano. Soy griego y como griego admiro a los contrabandistas.

—Engañar a un gobierno opresivo no es engañar —dijo el hostelero con una mirada de sabiduría—. ¿Cómo puede un hombre vivir de otra manera? Además, ¿quién se lleva el dinero que ganamos, el gobierno o nosotros? Habría que recordar al gobierno uno de los grandes mandamientos: «No robarás.» Pero, ¿ha habido alguna vez en toda la historia del mundo un gobierno que no fuese ladrón?

—Nunca —respondió Lucano—, los gobiernos son ladrones por naturaleza.

Bebió con cuidado el whiskey. No era el mejor producto y tenía un gusto áspero que hacía arder el estómago. El hostelero lo bebió con placer y dijo:

—Ah...

Pero él y Lucano bebieron rápidamente un buen trago de cerveza. El anciano tenía una sombra en los ojos, que le daba una apariencia aguda. Dijo:

—Si no hubiese impuestos no habría dinero para los soldados, y si no hubiese soldados no habría guerras ni conquistadas y si no hubiese guerras y conquistadas, la gente hubiese aprendido a vivir en paz; pero no es esto lo que los gobiernos quieren. Hacen la guerra debido a su avaricia y con el propósito de beneficiarse.

Había sacado prudentemente otro plato y se sirvió de la comida de su huésped que el médico no encontraba especialmente apetitosa. El viejo continuó lanzando inventivas contra los gobiernos y comentó que Samuel había aconsejado al pueblo de no poner nunca un rey sobre ellos porque les acarrearía el desastre. El hostelero no era solamente viejo, sino pobre, sin embargo tenía una mente inteligente y Lucano le escuchaba con interés. Los simples, pensó, son con frecuencia una fuente de sabiduría y los delicados intelectuales de las ciudades les podían escuchar con provecho.

—Me llamo Isaac —dijo el hostelero expansionándose y haciendo que sus marchitas mejillas se ruborizaran—. Soy también viudo. No es frecuente el tener huéspedes y algunas veces les canso— ajustó el negro gorro de algodón sobre su cabeza.

—A mí no me cansas —dijo Lucano.

Bebió más whiskey, esta vez no le pareció tan áspero. Su estómago se sintió calentado; las pocas lámparas de la habitación parecían más brillantes. De nuevo bebieron los dos más cerveza. Lucano decidió que un trozo del ave, un pastel, algunas aceitunas y un puñado de dátiles era bastante. Después de haber probado el ave se dedicó a los pasteles, rellenos con semillas y con pasas, aceitunas y frutas. Empezaba a sentirse descansado. El whiskey tenía entonces un gusto ciertamente intrigante. Lucano no creyó ya que procedía de Siria; había sido destilado cerca de Nazareth.

Isaac comió el cordero con apetito, luego dijo:

—Tienes un estómago delicado, señor.

—Muy delicado —replicó Lucano gravemente. El cordero no me sienta bien.

Bebieron con placer. Isaac le contó un par de chistes judíos y picantes, Lucano se rió. El médico se encontró de pronto estudiando fascinado, dos grandes grietas en la cal de las paredes. Parecían dos ríos sinuosos; manchas a ambos lados tomaban el aspecto de diminutas poblaciones. Lucano dejó su copa violentamente, de pronto; Isaac se habla vuelto pesado. Sus chistes ahora rayaban la obscenidad, como suelen hacer los viejos.

—Ah —dijo como excusándose—, cuando un hombre no es ya potente debe divertirse a sí mismo con palabras asquerosas. Esto engaña al que escucha y cree así que está ante un hombre lujurioso. David se procuró una esposa joven para que le mantuviese caliente. Yo prefiero el whiskey.

—Un macho cabrío es muy potente —dijo Lucano—, pero, ¿tiene el animal sentido en la vejez? No, va a la cazuela o al fuego.

Isaac empezó a amarle. Sus ojos se humedecieron y puso su sarmentosa mano sobre el brazo de Lucano.

— ¡Cuánto comprendes! —exclamó.

Lucano bebió más cerveza. Apoyó sus codos sobre la tosca mesa.

—Estoy haciendo algunas investigaciones —comentó suavemente—, estoy interesado en un tal Jesús que fue hijo de María y José, el carpintero. ¿Puedes hablarme de ello?

Instantáneamente los rasgos de Isaac se cerraron e hicieron vigilantes. Miró a Lucano con sospecha. Luego dijo con indiferencia:

—Oh, María, José y Jesús.

—No soy un espía —dijo Lucano—. No soy romano.

Isaac no estaba tan excitado como Lucano había esperado ni su lengua se soltó lo bastante. Sus astutos ojos contemplaron a Lucano y dijo con un tono sorprendido:

— ¿Quién habla de espías? ¿Por qué iban a venir espías a esta pequeña y oscura aldea y con qué misión? Una familia humilde judía, Jesús, María y José. ¿De qué importancia iban a ser ellos para el mundo? El padre y el hijo eran carpinteros. Sencillos, honrada gente, como todos en Nazareth —se rascó su barba y miró más agudamente a Lucano. Luego añadió:

— ¿Dijiste que María te había enviado a esta posada? Puedes darle las gracias cuando la veas porque es una prima mía distante y me quiere bien.

Repentinamente golpeó la mesa con sus sarmentosas manos y un joven moreno entró al instante y dijo:

—Sí, abuelo.

Isaac habló un hebreo tan perfecto y culto que Lucano se sorprendió. Comprendió que no debía demostrar que entendía, él, un médico viajero, griego, no podía saber la lengua erudita. Isaac dijo:

—Ezequiel, vete al instante a casa de mi prima María y pregúntale si en verdad envió a este extranjero, a este griego, y si se puede confiar en él y que desea que le contemos. Puede que él esté mintiendo. Mírale con cuidado para que puedas describírselo. Su nombre, según declara, es Lucano y es médico. También posee un excelente caballo árabe y al parecer no necesita dinero. Debemos tener mucho cuidado y recordar a Pilatos y Herodes.

Ezequiel estudió a Lucano con interés, memorizando sus rasgos, mientras él bebía más cerveza y comía un puñado de uvas simulando no comprender el hebreo. El joven dijo:

—Lleva hermosos anillos, tiene modales civilizados.

Lucano sonrió para sí mismo. El joven abandonó la habitación e Isaac con aire inocente dijo:

—Como te he dicho, somos gente sencilla. Hablé a mi nieto, en uno de nuestros dialectos, mandándole que, como la noche es fría, busque otra manta para ti.

—Eres muy amable —dijo Lucano—. ¿Está mi caballo debidamente albergado?

—Ah, sí, señor, también advertí a Ezequiel que le llevase agua fresca.

Bebían sus cervezas en cómodo silencio. Isaac distraídamente terminó el cordero. Luego dijo:

—Tengo una habitación donde duermo y vivo. Me gustaría mostrártela ahora, señor.

Se puso en pie; sus vestiduras colgaban como las ropas de un rey, a pesar de su pobre calidad. Condujo a Lucano hasta una pequeña habitación detrás del comedor. Encendió una linterna sobre la pared. La habitación, un estrecho dormitorio, estaba amueblada con sencillez; unas sillas, una gran mesa, un armario; todo brillaba. Isaac dijo:

—Observa estos muebles. No están esculpidos ni incrustados de oro ni tampoco son especialmente elegantes. Pero están excelentemente trabajados, suaves y pulidos. José y Jesús hicieron estas cosas para mí. No ha habido nunca mejores carpinteros en toda Galilea. José ahora está muerto y también Jesús, desgraciadamente. Ahora debemos comprar nuestros muebles contruidos por artesanos de menor habilidad.

Lucano colocó su mano sobre ellos y pensó: «El hizo esto, El, el Señor de todo. No desdeñó ser un carpintero. El que había creado las galaxias y las constelaciones y los soles que brillan a través de la eternidad. El cepilló esta madera y así brilla como la seda; dio forma a esta mesa y a esta cama y sin duda se sintió tan orgulloso en su construcción como en la creación de las pléyades.»

El médico deseó no solamente poner sus manos sobre aquellos muebles, sino sus labios sobre aquella sencilla y tranquila habitación que había conocido las manos de Dios. Sus ojos se humedecieron. Se sentó sobre una silla; Isaac le contempló. Vio la emoción de Lucano. Frunció el ceño sorprendido.

—Había otros hombres de este lugar —dijo Lucano—, he hablado con Santiago y Juan; pronto veré a Pedro.

—Oh, sí —dijo Isaac descuidadamente— les conozco bien.

Se sentó también. Unos pocos momentos después volvió Ezequiel, sus ojos brillaban con excitación y dijo:

—Abuelo, María declara que puedes hablar a este hombre libremente, porque ama a nuestro Señor y está escribiendo acerca de El y ha venido desde muy lejos para oír de Él.

—María nunca puede ser engañada —dijo Isaac respirando con alivio dirigiéndose a su nieto.

Se dirigió a Lucano y dijo con interés:

—Pregúntame lo que quieras de Jesús. María es una prima lejana mía y la he amado desde que era niña, una niña encantadora, una muchacha preciosa. Tiene una inocencia eterna y una sabiduría ultramundana. Conocerla es estar lleno de la dulzura de la miel. Yo dije a mi esposa cuando María nació: «Ha sido concebida y ha nacido sin pecado.» Simplemente hay que mirar a su rostro para saberlo.

Apoyó sus retorcidas viejas manos sobre las rodillas y reclinó su barbudo rostro sobre su pecho.

—María y José eran de la casa de David. Las profecías que nosotros conocemos del Mesías hablaban de esto; también han declarado que el Redentor de Israel nacería en Bethlem, y moriría como murió Él en Jerusalén. Esto ha sido conocido durante siglos, sin embargo cuando las profecías fueron cumplidas, la gente rehusó aceptarlas, excepto los humildes y desesperanzados.

Isaac habló durante largo tiempo, mucho de lo que dijo, también lo sabía Lucano, pero hubo mucho que él no conocía. La lámpara se reflejaba sobre la pared. Los insectos con agudos zumbidos entraban en la habitación y volvían a salir de ella; fuera cantaban los grillos y algunas veces se oía la voz de algún pájaro nocturno. Isaac contó a Lucano del tiempo de la purificación de María, después del nacimiento de Cristo, de acuerdo con la ley de Moisés, y como le había llevado a Jerusalén para la presentación a Dios. José era un hombre pobre y amable y tenía poco dinero para dedicar al acostumbrado sacrificio y todo lo que podía permitirse era un par de palomas que llevó a Jerusalén en una jaula.

—Él no podía pagar los precios que regían en el Templo —dijo Isaac con alguna amargura—, ¿cómo es posible que el hombre sea tan avariento que quiera hacer dinero en un asunto santo?

Habló del viejo Simeón que había sido muy devoto y quien cuando en el Templo llegó a la hora de la presentación, miró al Niño Redentor se sintió instantáneamente lleno del poder del Espíritu Santo. Le había sido revelado que no moriría hasta que viese al Cristo. Había tomado al Infante en sus brazos y entre rezos y lágrimas exclamó: «Ahora Tú, oh Dios, puedes despedir a Tu siervo, de acuerdo con Tu palabra, por que mis ojos han visto Tu salvación, la cual has preparado frente al rostro de todos los pueblos, una luz de revelación a los gentiles y gloria para tu pueblo, Israel.»

Simeón había bendecido a María y José y había dicho a la joven madre: «He aquí que este Niño será causa de caída y azamamiento de muchos en Israel, porque será un signo de contradicción. Y tu propia alma, María, será atravesada por una espada para que los pensamientos de muchos corazones puedan ser revelados.»

—Yo estaba allí —dijo Isaac extendiendo sus manos—, oí aquellas palabras con mis propios oídos. ¿Se sintió María asombrada o aterrorizada? No. Parecía saber todo, aunque su joven rostro se ensombreció de tristeza ante las palabras de Simeón.

—¿Y cuándo los tres volvieron de Jerusalén? —preguntó Lucano amablemente.

—Se transformaron en lo que la gente había esperado. Una buena madre y ama de casa. Así era María. Un concienzudo carpintero. Así era José. Un muchacho hermoso y tranquilo; así era Jesús. Eran con sus vecinos. ¿Has oído hablar de los zelotes? Sí. Tan sólo deseaban librar su sagrada tierra de las manos de Roma. Han circulado secretas conversaciones de insurrección, de expulsar a los romanos de nuestro país, con sus arrogancias y sus impuestos. Galilea se sentía entusiasmada con estos planes porque todo es fácil para los

simples. Los galileos no quieren darse cuenta de que Roma es la dueña del mundo, que cuenta con cientos de legiones armadas y poderosas. Para los galileos que ven a pocos romanos, era un asunto sin complicaciones, soñar que empujaban a las legiones hacia el mar y libraban la tierra santa. Sólo necesitaban algunos cuchillos cortantes, piedras y voluntad. Los judíos habían sido liberados de Babilonia y Egipto. Podrían, con el poder de Dios, librarse de Roma.

—Todos nuestros zelotes eran jóvenes. Intentaron atraer a Jesús, el joven carpintero, hacia el partido, pero Él no se sentía interesado. Sus ojos contemplaron soñadores la distancia. Esto ofendió a los patriotas. ¿Cómo podía un joven desligarse de la preocupación de expulsar a los paganos de su país? purificando así los lugares sagrados Jesús se hizo impopular. Hubo quien aseguró que María tenía ambiciones para su único hijo. Ella le envió a la escuela de Shamai. En cierta ocasión dijo a los más vehementes que le fueron a visitar a su casa y la de María y José: «Mi Reino no es de este mundo.» Y esto era incomprensible. ¿Un reino para un galileo? Aquel joven estaba loco. Los zelotes se sintieron despectivos; los más viejos movieron las cabezas, María educaba a su hijo para algo más allá de su posición, y destino. Era un ser extraño, vagabundeaba por el campo y sonreía a las flores, a las bestias, a los pájaros. Algunas veces se sentaba en un pedrusco y meditaba bajo el sol. Te digo Lucano que ningún hombre es tan aborrecido como aquel que se diferencia de sus vecinos. Se sienten violados y aterrorizados si alguien se atreve a ser como ellos no son. Cuando se vive en comunidad hay que conformarse con sus ideas y costumbres, de otra forma se es un perro paría que ha ofendido y herido mortalmente lo que ellos aceptan. Y debe peinarse cabeza y barba en la forma acostumbrada, debe hablar como hablan los demás. El indiferente a lo aceptado es un enemigo. La gente es estúpida. ¿No es verdad señor?

—Se han cometido más crímenes a causa de la estupidez, que por medio del ejército —dijo Lucano—, debiéramos compadecernos de los estúpidos, sino fuesen tan invencibles, tan vociferantes, tan positivos. Pero son terribles en su poder universal.

— ¿Pero, es que se les puede compadecer, señor?

Lucano reflexionó y luego movió la cabeza.

—A menos que un hombre nazca con un defecto en la mente, no puede ser perdonado porque sea idiota o estúpido, o tan completamente igual a su prójimo como le sea posible.

Isaac se tiró de la barba.

—No es que Jesús violase ninguna de las leyes ceremoniales levíticas o molestase a sus maestros con preguntas heréticas, o expresase dudas sobre las regulaciones de los fariseos. Sin embargo, incluso para el ojo más descuidado, no era como los demás. De ahí el sentimiento de vejación de muchos de sus vecinos. Recitaba las oraciones y los salmos de la sinagoga con fervor, devoción y lágrimas en los ojos. José le enseñó la costumbre de su tribu y de su casa.

—Le enseñó a ser carpintero, porque los judíos de costumbres antiguas creen que no es suficiente cultivar la mente. Se debe aprender a usar las manos también, porque es una buena cosa saber un oficio a la vez que conocer los libros. En estas cosas Jesús saber observó la costumbre meticulosamente. Quizá existía una mirada lejana en sus ojos, sus modales, sus leyes, sus sonrisas, en la forma en que Él andaba. Cuando niño jugaba como un niño y tenía una risa fuerte, clara y juvenil. Y sin embargo, no era como los demás.

—Éramos muy pocos los que comprendíamos las profecías y su nacimiento, o para qué estaba destinado; por eso no lo encontramos extraño. Pero los vecinos se sintieron ofendidos por Él. ¿Acaso no era el más hermoso joven de su edad? Esto es difícil de responder. Sólo sé que mirarle hacía estremecer el corazón, incluso aquellos que no sabían quien era. Turbaba a todos los que le observaban y los hombres no se sienten muy a gusto cuando son turbados.

Una luz amarilla penetraba en la habitación, algún animal roedor escarbaba en las piedras del patio. Isaac contó la aparición de Juan el Bautista en el valle del Jordán donde gritaba: «Yo ciertamente os bautizo con agua. Pero uno más poderoso que yo viene tras mí, del cual no soy digno de desatar los cordones de sus sandalias. Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego.»

—Juan era un hombre de temperamento furioso. Jesús le conocía como miembro de su familia. Juan no usaba túnicas como los fariseos, ropajes púrpuras con largos flecos, ni cubría su cabeza con el puntiagudo gorro de los levitas. Era un hombre salvaje del desierto, con barba de bronce, rostro oscuro, voz fuerte y que inspiraba temor. Algunas veces, cuando estaba enfurecido, lo que sucedía con frecuencia, rugía como un toro. Se vestía con pieles de animales. El pueblo le oía porque hablaba con autoridad e incluso los romanos que se encontraban con él. Su fervor era tan impresionante como el sol. Hablaba constantemente del redentor, que estaba al llegar. La gente empezó a inquietarse. El día de los romanos había llegado, el Cristo lanzaría a todos ellos al mar, libraría a su pueblo, Israel, se sentaría a si mismo en un trono de oro y el mundo al mirarle diría: «Que poderoso es el Rey y qué poderoso es Israel.» El Sinaí volvería a tronar ardiendo; la ley sería de nuevo proclamada sobre toda la tierra y los arcángeles permanecerían en el cielo sobre el templo de Jerusalén. El corazón del pueblo palpitaba con esperanza y gozo cuando escuchaban a Juan, aunque no decía nada de lo que ellos esperaban. Lo creían en su espíritu porque, ¿de qué otra forma podrían ellos reconocer al santo? Olvidaron todas las profecías.

Isaac continuó:

—Mi nieto Ezequiel descendió al Jordán para ser bautizado por Juan. Una gran multitud estaba junto al río y sobre el murmullo contenido podían ser oídos los gritos de Juan exhortando a que fuesen bautizados, exigiendo penitencia y prometiendo el perdón de los pecados. En los intervalos de estos discursos insertaba

sus opiniones acerca de la humanidad en general, que era muy baja y cándida. El último de sus gritos al pueblo era: « ¡Generación de víboras!, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que vendrá? Traed por lo tanto frutos dignos de arrepentimiento y no empecéis a decir: Tenemos a Abraham por padre, porque os digo que Dios puede levantar hijos de Abraham de estas mismas piedras. Porque ahora el hacha está junto a la raíz de los árboles. Todo árbol que no traiga fruto será cortado y echado al fuego.» Las mujeres lloraban y los hombres golpeaban sus pechos, los niños gemían y todos avanzaron hasta la orilla del río para ser bautizados y confesar. ¡Qué miserables pecadores eran! No tengo ninguna duda de que sintieron el deseo de santidad y limpieza porque estaban terriblemente excitados ante la venida del Salvador que iba a hacerles príncipes en Israel colocándoles a su derecha. Algunos eran de Nazareth, entre ellos mi nieto.

—Juan estaba en el medio de otra y más furiosa condenación de los crímenes de la humanidad, porque era un hombre que no tenía paciencia, incluso con el más pequeño de los pecados, y tenía poca compasión en su alma, cuando repentinamente Jesús apareció en la orilla. ¿Qué es lo que hizo que todo el pueblo alzase sus cabezas instantáneamente contemplándole con un repentino silencio? Incluso los naturales de Nazareth, que le conocían, permanecieron en silencio. Se mantuvo de pie sobre la orilla del río, mirando hacia Juan, sobre su dorada cabeza brillaba el sol, contemplaba al pueblo con sus ojos azules y compasivos.

—Ezequiel me dijo que tenía la majestad de un rey, el esplendor de un gran potentado, la gloria de un profeta, la austeridad de un Moisés, mientras permanecía allí, vestido con sus ropas de campesino, y descalzo. Se percibía que la Visitación había aparecido, e incluso aquellos que le conocían se sintieron asombrados, porque nunca le habían visto revestido de tal sobrenatural poder.

—Al otro extremo Juan detuvo su discurso de reproches y lloró alzando la mano hacia su pariente. Y entonces Jesús, en medio de la inexplicable tranquilidad, se dirigió hasta la orilla y pidió a Juan que le bautizara. Juan se sintió horrorizado; quitó sus zapatos, después de haber tocado su frente con los dedos. Luego dijo con voz débil: « ¿Quién soy yo para que deba bautizarte a ti?»

—Jesús le sonrió tiernamente, miró los rostros de la gente e inclinó la cabeza. Penetró en las aguas del río y esperó con calma. La gente se apiñaba en las orillas. Algunos de los nazarenos murmuraron entre sí. «Pero si este es Jesús, nuestro vecino, nuestro carpintero, el hijo de María y José a quien conocemos.» Miraron hacia abajo a los dos hombres en el río, uno de tan salvaje apariencia y otro tan silencioso y lleno de majestad. Y así Juan le bautizó, alzando las verdes aguas en sus manos temblorosas, su rostro maravillosamente humilde, y con lágrimas en sus ojos. Los gruesos árboles y matorrales proyectaban una luz esmeralda sobre ellos, sin embargo la barba y cabeza de Jesús permanecía dorada.

—Fue inmediatamente después del bautizo que ocurrió una cosa extraña, aunque los detalles han sido causa de discusión. Jesús quedó repentinamente iluminado, como si los árboles hubieran sido separados para dar paso al sol en toda su intensa luz y fulgores excesivos para mirarle. Un pájaro blanco apareció desde no se sabe donde y reposó sobre su hombro y una voz profunda fue oída desde el cielo. «Éste es mi hijo amado en el cual tengo puesta mis complacencias.»

—Ezequiel jura que esto ocurrió, querido Lucano —dijo Isaac, y secó las lágrimas de sus ojos con su vieja manga—, y Ezequiel no ha mentado en su vida. Volvió a Nazareth muy agitado y me contó todo esto en medio de sollozos. «He oído la voz de Dios», dijo una y otra vez, tapándose sus oídos como para evitar oír aquel sonido. Estaba fuera de sí en un raptó de temor. Es un joven muy comedido.

—Cuando nuestros convecinos de Nazareth volvieron a casa, muchos de ellos estaban en las mismas condiciones que mi nieto. Se amontonaron alrededor de la humilde casa de Jesús y María, donde ellos vivían solos, porque José ya había muerto. Gritaron para que Jesús saliese a ellos y finalmente Él surgió en los escalones de la puerta, y ellos cayeron sobre su rostro, postrándose a sí mismos mientras Él les bendecía, sonriendo con su amable y compasiva sonrisa. Conocía a su pueblo; sabía que eran pobres, despreciados por los levitas y fariseos, oprimidos por los impuestos de Roma y que vivían desesperanzados. Les amaba, eran los suyos.

—Pero algunos de los nazarenos estaban secretamente furiosos y molestos. Declararon que no habían visto ningún milagro en el Jordán. ¿Qué aquel carpintero con sus aires y gracias, aquel hijo de María que era aún más pobre que ellos? ¡Qué pretensión! Nunca habían conocido a un profeta de Nazareth, ni le habían visto iluminado, ni el pájaro blanco posado sobre su hombro, ni oído la voz del cielo, todo aquello era una blasfemia.

—Injuriosas discusiones surgieron entre amigos, entre padres e hijos, entre madres e hijas, entre vecinos y vecinas. Un poco después Jesús partió de Nazareth y se dijo que se había ido al desierto para meditar. «Es un zelote», dijeron algunos. «Nos causará dificultades con Roma. ¿No es acaso nuestra vida lo bastante dura sin poseer más aflicciones? ¿Recordáis lo que ocurrió cuando los romanos persiguieron y cazaron a los zelotes hace unos pocos meses?»

Las horas pasaban veloces e Isaac, aunque exaltado, era viejo y cansado. Lucano no había dormido en toda la noche, pero viendo el rostro de su posadero exhausto, se levantó, dio las buenas noches y se dirigió a su habitación.

Una vez solo escribió su evangelio. La luz de la amarilla luna caía sobre su hombro y la lámpara parpadeaba. Un solitario perro ladraba, los distantes chacales respondían con sus salvajes aullidos. Escribía rápidamente, sin pausar, hasta que concluyó la historia oída en boca de Isaac por completo. El alba tiñó el cielo con tono perla y los pájaros empezaron a piar saludando al aún invisible sol. Entonces se acostó, oró y quedó pacíficamente dormido. Soñó que permanecía en el río Jordán y que Aquél estaba en el río, vestido de luz,

emergiendo hacia él; y él caía ante sus rodillas. Se sintió bañado en un esplendor difuso y colocó las manos sobre los ojos.

CAPÍTULO LIII

A la mañana siguiente Ezequiel llamó a su puerta. Al abrirla, Lucano vio su rostro lleno de una insegura incertidumbre y, entregándole un paquete que llevaba en las manos, dijo:

—Este paquete lo han traído de Tiberias para ti, esta mañana, por un soldado romano.

—No temas —dijo Lucano amablemente tocando al muchacho en sus hombros—, sencillamente son cartas para mí de un gran amigo de Jerusalén, Hilel ben Hamram.

Se sentó en la cama y leyó las cartas que habían sido enviadas a la casa de Hilel. Había una carta de Iris, otra de Aurelia, su hermana, otra de Prisco y otra más de Plotio. Las leyó todas con amor. Algunas veces suspiraba. ¿Vería alguna vez a aquéllos que tenían su cariño? Su madre era vieja, pero por primera vez no le rogó que volviese a Roma. Le había escrito en los términos siguientes:

«Querido hijo: Debes hacer lo que tu espíritu te ordena y yo lo comprenderé. He tenido un sueño en el que se me decía que no pertenecías a tu familia y que Dios te había llamado para que le obedecieses. Pero recuérdanos con amor porque ciertamente tú estás siempre en nuestros corazones.»

Alegrose con las buenas nuevas que recibió de su familia. Pero Tiberio César caía y Roma secretamente esperaba su muerte, porque se había transformado en un ser terrible y cruel, carente de piedad y comprensión. Sus crímenes eran innumerables. Era como si estuviese vengándose de su imperio y de su pueblo. Lucano suspiró. Que la gente se diese cuenta del peligro de sus gobernantes, pensó, porque ellos son culpables de sus excesos.

Leyó después la carta de Hilel con un interés cada vez más profundo. Primero que nada esperaba que Lucano volviese a fin de seguir adelante con los planes de la boda de Ariei ben Aleazar y Lea.

Tenía un visitante en la casa. «Recordarás, mi querido Lucano, que una vez te escribí acerca de Saulo de Tarso, o Gallo Julio Pablo como es conocido en su ciudadanía romana. Es fariseo, y anteriormente había tenido las más estrechas convicciones religiosas. Era estricto observador de la ley a pesar de su alcurnia y su alta posición como administrador y abogado. Era también un hombre orgulloso y arrogante, de lengua aguda, como la mayoría de los abogados, y de opiniones incambiables; lo cual se debía en parte a su temperamento. Es propenso a fuertes entusiasmos y dogmatismos, y arranques de ira. No permitía que nadie olvidase que a la vez que romano y judío descendía de una noble e influyente familia y no toleraba la insolencia, que debía ser castigada al instante. Pese a su juventud era rígido y de honrado orgullo. En los juzgados temían y admiraban su genio forense.

«Sobre todas las cosas, fue siempre un devoto judío. Odiaba a aquellos que se atrevían a poner en tela de juicio El Torah en el más mínimo detalle. Cuando oyó hablar de Jesús, el humilde Nazareno, y los rumores de que Él era el Hijo de Dios, se sintió personalmente insultado.»

«Nada bueno salió nunca de Nazareth», me escribió. «Cuando Dios nos envíe nuestro Mesías, llegará como un rayo, entre una compañía de arcángeles, y con las trompetas del Señor nuestro Dios, todos le conocerán y las naciones del mundo se inclinarán ante Él. ¿Cómo se atreve ese campesino, ese carpintero, hijo de Nazareth, a ser proclamado el Salvador por los ignorantes? Es una blasfemia ante el rostro de Jehová. Estoy lleno de ira, y justo enfado. La ley ha sido violada por las tontas e ignorantes masas. Sabes que siempre he despreciado a los ignorantes, que cantan sus oraciones por rutina y no saben nada de la verdadera ley y de sus implicaciones. Si pudiese salirme con la mía les confinaría a los patios exteriores del Templo, porque su olor y grises rostros son una afrenta ante la gloria de Dios. Y sus sacrificios debieran ser rechazados.»

«Temo, Lucano, que mis cartas a él sólo sirvieron para aumentar su ira. ¿Cómo podía yo, Hilel ben Hamram, de una gran familia, un erudito, un hombre de posición honrado en el Templo ser engañado por los rumores de aquel Jesús, aquel hombre de las áridas montañas y gargantas de Nazareth? Sobre mí había caído un embrujo. Era intolerable. Y entonces los esparcidos cristianos empezaron a producir turbulencias en Damasco, peleando con sus prójimos, desafiando a la ley, declarando que el Mesías había nacido de una virgen, en una familia humilde, había predicado a través de todo Israel, violentando a los sacerdotes y a los escribas de la ley, hablando contra los fariseos que administraban la ley y llamándoles «generaciones de víboras e hipócritas.» y había sido crucificado, por incitar a Roma, para su mortal daño.

«Como administrador romano había marchado para cumplir este deber legal en Damasco y suprimir lo que los romanos llamaban insurrección, pero a lo que él llamaba blasfemia. Cabalgaba con su compañía de abogados y un cortejo de soldados romanos, sedientos de venganza y llenos de furia. Tan enfadado estaba que no se detuvo en ninguna posada para pasar la noche, sino que cabalgó adelante como un torbellino hacia Damasco.

«Y ahora, como amigo mío y huésped de mi casa, me cuenta la más maravillosa y extraña de las historias.»

«Está lleno de pasión y excitación y repite la historia como si yo fuese un incrédulo y él un evangelista que debiera convencerme.

«Cabalgaba todo el rato a la cabeza de su cortejo, camino de Damasco, con sus vestidos y cabello ondeando al viento.»

«Repentinamente el caballo se encabritó y Saulo tuvo que dominar a la bestia. Su cortejo frenó tras él, luchando con sus caballos y maldiciendo; se agitaron en medio de la carretera castigando con sus fustas a las cabalgaduras porque los cascos delanteros de los animales batían el aire en un tremendo movimiento mientras los arneses dorados por la luna brillaban como agitada plata.»

«Entonces, ante Saulo, apareció una tremenda luz, como un nuevo sol y en medio de ella vio una figura radiante, coronada de espinas y vestida con una túnica de deslumbrante blancura. La figura, alzando sus heridas manos, dijo a Saulo con voz profunda y amable: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»

«Saulo contempló la figura, medio cubriendo sus ojos para protegerlos de la luz. Un asombroso temblor se apoderó de él, un sentimiento de la más devastadora de las culpas. No sabía qué hacer, o qué responder. Su alma se sintió traspasada y estremecida. Aquel era el Mesías, a quien estaba a punto de perseguir, cuyos seguidores estaban a punto de destruir. Miró a la gloriosa faz y su corazón saltó con gozo. La carne humana no podía soportar aquella visión. Saulo sufrió un ataque y cayó inconsciente de su caballo.»

«Algunos en su séquito no habían visto nada. Otros declararon que habían percibido la luz cegadora y que se habían sentido llenos de terror. En cualquier caso, Saulo volvió a Jerusalén, un hombre nuevo, cambiado, lleno de lágrimas, de gozo y angustia mezcladas en un apasionado amor. Había visto al resucitado. Toda su naturaleza vehemente aceptó lo que la misma naturaleza había rechazado no hacía mucho tiempo con desprecio y contención.

«Ahora está en mi casa. Asegura que irá al instante a ver a Pedro en Joppa, para ser bautizado y recibir instrucciones. Luego se marchará a su misión. A mí me ha dicho: «Él, nuestro Señor, no sólo vino a los judíos sino a los gentiles.»

«Me transformaré en una voz para los gentiles y les conduciré a la salvación.» Recuerda esto del perseguidor Saulo.»

«Le he persuadido a que espere hasta que tú vuelvas de tu visita a María en Galilea. Es aún un hombre muy impaciente, y al principio rehusó. No podía perder ni un momento en realizar sus proyectos. Le he dicho todo lo que sé acerca de ti, mi querido amigo, y ahora declara que iréis juntos a ver a Pedro. No sé lo que Pedro hará de él, Pedro, el pobre galileo, el humilde pescador. Saulo es un hombre tan temperamental. Ni siquiera ahora puede olvidar que es judío de casa noble y un ciudadano romano. Está lleno de entusiasmo y oración ¿Reñirá con Pedro y Pedro con él? Saulo cree que ha recibido una dispensación especial de nuestro Señor, incluso admitió, que era mucho mayor que la gracia concedida a los apóstoles. ¿Será arrogante con Pedro? La humildad es difícil para él. Él lo vio y creyó. Saulo no vio al Señor en la carne, pero ahora cree con tal excitación que algunas veces intimida. Incluso me amonesta a mí, me aconseja a mí, que intenté tantas veces convencerle antes. Es como tener una tempestad en casa; anda por la noche, murmurando para sí y rogando.»

«Ayer me dijo: Estoy interesado en Lucano y las historias que me has contado acerca de él. Pero es un gentil, y debe ser conducido por mí, porque los gentiles tienen corazones testarudos, y a mí se me ha otorgado el llevarles a la fe.» Contuve mis sonrisas. Algunas veces me convence de que soy hartamente ignorante, de que no he acabado de darme cuenta del mensaje del Mesías.

«Y ahora, mi querido Lucas, te esperamos.»

Aquella era la primera vez que Lucano había sido llamado por el cariñoso diminutivo. Leyó y releió la carta de Hilel. Y su excitación creció. Tenía la impresión de que él y Saulo se comprenderían uno al otro porque ninguno de los dos había visto el Mesías en la carne. Le habían visto sólo en su espíritu; y sin duda que la visión del espíritu era más pura que la de los ojos mortales. Pensó en Saulo con un repentino afecto, lo cual le pareció inexplicable. Sonrió mientras consideraba a aquel hombre vehemente y orgulloso, ciudadano romano como él mismo. Saulo realizaría grandes cosas. Hablaría con enfática autoridad. Sería el acicate de los apóstoles que aun sospechan de los gentiles y les temían. Pero también sería un acicate para los gentiles.

Lucano sacó sus utensilios de pintura después de haber comido en su habitación. Pintaría a María para las edades venideras. Pensó en sus hermosos y tranquilos rasgos, su majestad, su gracia, su sereno y ultra terreno aspecto. Pensó en sus penetrantes aunque amables ojos, su heroica sonrisa, su dulce compostura. Empezó a trabajar. Pero María se le escapaba. Era a la vez vieja e inmortalmente joven, sencilla y profunda. ¿Cómo podrían los simples pigmentos representarla, a ella, la madre de Dios?

CAPÍTULO LIV

LUCANO fue a pie para ver a María por última vez. La desolada y desierta calle donde ella vivía le deprimía. El suelo estaba lleno de baches en los que un ardiente polvo blanco se acumulaba. Las cerradas ventanas y puertas, huyendo del calor, parecían mirarle. Unas cuantas cabras y gallinas polvorientas se apartaron corriendo de su paso. Las montañas grises parecían danzar en oleadas de calor bajo un cielo abrasador. Estaba contento de que María partiese pronto para Jerusalén para quedar con el joven Juan a cuyo cuidado la había confiado Su Hijo. Juan había hablado de ella con los ojos llenos de lágrimas y una profunda devoción, su voz temblorosa, y por lo tanto Lucano no temía que Juan descuidase a María.

María respondió a su llamada abriendo la puerta y sonriendo amablemente; luego le condujo por el tramo de escaleras a la habitación inferior, que parecía una cueva, donde reinaba la frescura. Le había preparado una comida que estaba dispuesta sobre la mesa de madera: rebanadas de pan con miel, panecillos crujientes, fruta, queso, leche de cabra y vino. Una luz difusa iluminaba la habitación en la que María se movía como una sombra. Mientras él comía ella permaneció sentada contemplándole, las manos reposando sobre el regazo, su hermoso rostro lleno de tranquilidad. Lucano había pintado su retrato sobre madera pero mientras la miraba se sintió lleno de frustración. Había creído, al final, que había conseguido una imagen de ella bastante aproximada. Pero María había cambiado de nuevo; era otra vez la tímida doncella, digna y llena de compostura, su mirada ensoñadora y lejana. Parecía emitir luz de su propia carne en tal forma que reinaba a su alrededor un halo de luminosidad.

Lucano dijo:

—Señora. ¿Supo tu Hijo siempre quién era? ¿Desde Su niñez?

María reflexionó y luego dijo:

—Creo que sí; sé que sí. Incluso en la cuna que José, mi esposo, hizo con sus propias manos, lleno de amor, parecía estar siempre meditando. Era el más amable y encantador de los bebés; nunca lloraba, ni siquiera cuando tenía hambre. Parecía conocernos desde el mismo instante de Su nacimiento. Algunas veces, durante las noches, levantaba yo sobre su cuna una lámpara para asegurarme de que estaba bien y dormía. Invariablemente abría sus ojos y me sonreía infundiéndome confianza.

Era un muchacho fuerte y vigoroso, obediente y con frecuencia silencioso. Se sentía dichoso con los juguetes que José le hacía; jugaba como juegan los demás muchachos. Pero a veces en pleno juego, se quedaba quieto, como si pensase o reflexionase. Era esto lo que molestaba a los demás niños, igual que Sus repentinas partidas a fin de quedarse solo.

Nosotros no hablábamos con él de su nacimiento ni de su misión. Existía entre nosotros un tácito entendimiento. En cierta ocasión me encontró llorando, porque yo presentía confusamente Su último destino, por las profecías y por lo que Simeón me había dicho en el Templo. Soy madre, Lucano. Mi Hijo era para mí más que la misma vida y algunas veces mi corazón casi se rompía y me atrevía a preguntar si la humanidad era digna de Él. Cuando me vio llorar, tendría entonces unos diez años, vino hasta mí, me abrazó contra su pecho de muchacho, tranquilo y consolador. No me hizo ninguna pregunta. Secó mis lágrimas cariñosamente y yo rompí en mayores sollozos. Finalmente me dijo: «No debes llorar, madre mía, porque estaré contigo siempre.»

María hizo una pausa y aunque sonreía, sus ojos estaban llenos de lágrimas y sus tranquilas manos empezaron a temblar.

—Cuando me dejó, después de que Juan le hubo bautizado, y se retiró por cuarenta días, parecía como si toda luz hubiese desaparecido de mi vida, porque comprendí que ya no me pertenecía y que desde aquel momento era de Dios y del mundo. José había muerto. Seguí a mi hijo por el campo con mucha frecuencia y Él se sentía preocupado por mí porque yo ya no era joven. Algunas veces, cuando el pueblo le rodeaba, escuchándole, yo permanecía en los límites de la multitud, sin querer turbarle con mi presencia. Pero sus ojos me encontraban invariablemente y algunas veces se ponían tristes. Siempre existió entre nosotros la mayor comprensión, amor y devoción. A menudo, cuando estaba más lejos de mí, se me aparecía en sueños, lleno de ternura y consuelo. Sabía que yo era mujer y madre, que sufría por Él y que siempre, por encima de todo, pensaba en Él como la carne de mi carne y el más querido de mi corazón.

Cerró los ojos poseída por un profundo dolor y Lucano comprendió que pensaba en la crucifixión, porque su rostro palideció y quedó transido. Después de algún tiempo empezó a hablar de nuevo en voz baja.

—Recuerdo un extraño atardecer, cuando Él tenía catorce años. Había trabajado todo el día en el taller, porque era un carpintero maravilloso y siempre tenía numerosos encargos. Estaba cansado. Pero aquella noche, a la puesta del sol, dejó la casa y subió a la colina que se alzaba tras nuestro hogar. Nadie estaba en la calle o alrededores de la aldea, porque era la hora de la cena. Nunca había visto yo un cielo tan rojo, como si el firmamento estuviese ardiendo. Incluso los montes parecían llamear como ardientes rocas. No sé por qué le seguí. Permanecí un poco alejada, en la ladera de la colina, sobre un pequeño sendero rocoso, y contemplé su lejana figura. Iba vestido con una túnica blanca que yo misma había tejido y cosido para Él. Contra el enrojecido cielo parecía una estatua. Permaneció quieto, como si esperase algo. La escena era tan impresionante, tan llena de majestad, tan inflamada de tonos violentos, que por un momento cerré los ojos. Cuando los abrí de nuevo Él no estaba solo. Un gran ángel negro, poderoso y majestuoso se hallaba ante Él y percibí al instante que aquel ángel era todo maldad, pese a que su rostro era sombríamente hermoso. Parecía estar envuelto en fuego y noche y sus poderosas alas reflejaban la última luz del sol como talladas rocas de basalto. Él y mi hijo se contemplaron en silencio y mi corazón se sintió sobrecogido al verles enfrentados. ¿Hablaron entre ellos? No lo sé. Aunque reinaba un profundo silencio no pude oír ningún sonido. Mi hijo era muy joven, pero era alto y esbelto y no manifestaba sentir ningún temor ante el terrible ángel de rostro apesadumbrado y sombrío, pero que respiraba invencible orgullo. Luego, mientras los contemplaba vi como el ángel se inclinó y tomó un puñado de crujiente tierra entre sus manos y se la mostraba a mi hijo y entonces oí una débil y despectiva carcajada. No sé como lo llegué a comprender, pero me di cuenta que mostraba a mi hijo lo despreciable de la condición humana. Arrojó luego la tierra y puso uno de sus pies sobre ella y entonces oí el ahogado retumbar de un trueno que procedía de abajo del ángel mismo. Luego mi hijo cogió un puñado de tierra, la sostuvo entre sus manos con amor, haciéndola deslizar entre sus dedos. Era una tierra seca y sin

vegetación, pero mientras Él la sostenía brotaron de ella repentinamente jugosas matas de hierba verde salpicadas de pequeños lirios que se inclinaban sobre sus manos. Incluso desde donde yo estaba pude percibir la fragancia de las flores que se extendían por el aire. El ángel contempló aquel florecer milagroso y retrocedió cubriendo sus rostros con las manos. Luego, con un terrible grito desapareció y mi hijo volvió a estar solo. Corrí a casa antes de que Jesús volviese y al poco rato Él también regresó. Me miró escrutadoramente, luego me rodeó con uno de sus brazos y me besó en la mejilla. Me acogí a Él sin decir nada y sin que Él tampoco hablase. Después nos sentamos y cenamos.

Lucano volvió a contemplar el rostro de aquella maravillosa mujer que había visto tanto y había sufrido tanto. Sonreía débilmente como si de nuevo estuviese sumida en sus sueños. No pudo resistir el deseo de caer de rodillas a sus pies y besarlos con profunda reverencia y amor. Ella hacia abajo contemplándole mientras su rostro se iluminaba y colocó una de sus manos sobre la cabeza de Lucano mientras los pensamientos de éste volaban irresistiblemente hacia su propia madre Iris.

María volvió a llenar su copa de vino y se la ofreció. Lucano, de rodillas aún, bebió el vino y se sintió maravillosamente reconfortado. Luego ella dijo:

—Mi querido niño, no llores. ¿Acaso no soy la más afortunada de todas las mujeres? Alégrate conmigo de que Él sea mi hijo.

Ascendieron las escaleras de piedra juntos y salieron a la calle plenamente iluminada por la luz del medio día que hacía que la calle apareciese incluso más desolada todavía.

—Debo dejarte ahora, Señora —dijo Lucano—, porque tengo mucho que hacer ante mí. Ella asintió con un gesto.

—Lo sé. Que la paz sea contigo, Lucano.

Lucano partió, descendiendo lentamente por la estrecha callejuela. Cuando llegó al final se volvió y contempló de nuevo a María.

Permanecía de pie con un paisaje de fondo ardoroso de luz y calor que parecía hacer arder los montes tras ella, ya Lucano le pareció como si ella hubiese crecido, alta, elevada, vestida en una luz purísima y que su rostro brillaba como la luz de una luna llena. Su aspecto era increíblemente hermoso, lleno de paz, intrépido y la calle parecía haber perdido toda su desolación.

Alzó sus manos hacia él en un gesto de despedida y bendición.

(Continúa en la Santa Biblia, el Evangelio de San Lucas y Los Hechos de los Apóstoles).

FIN

* * *